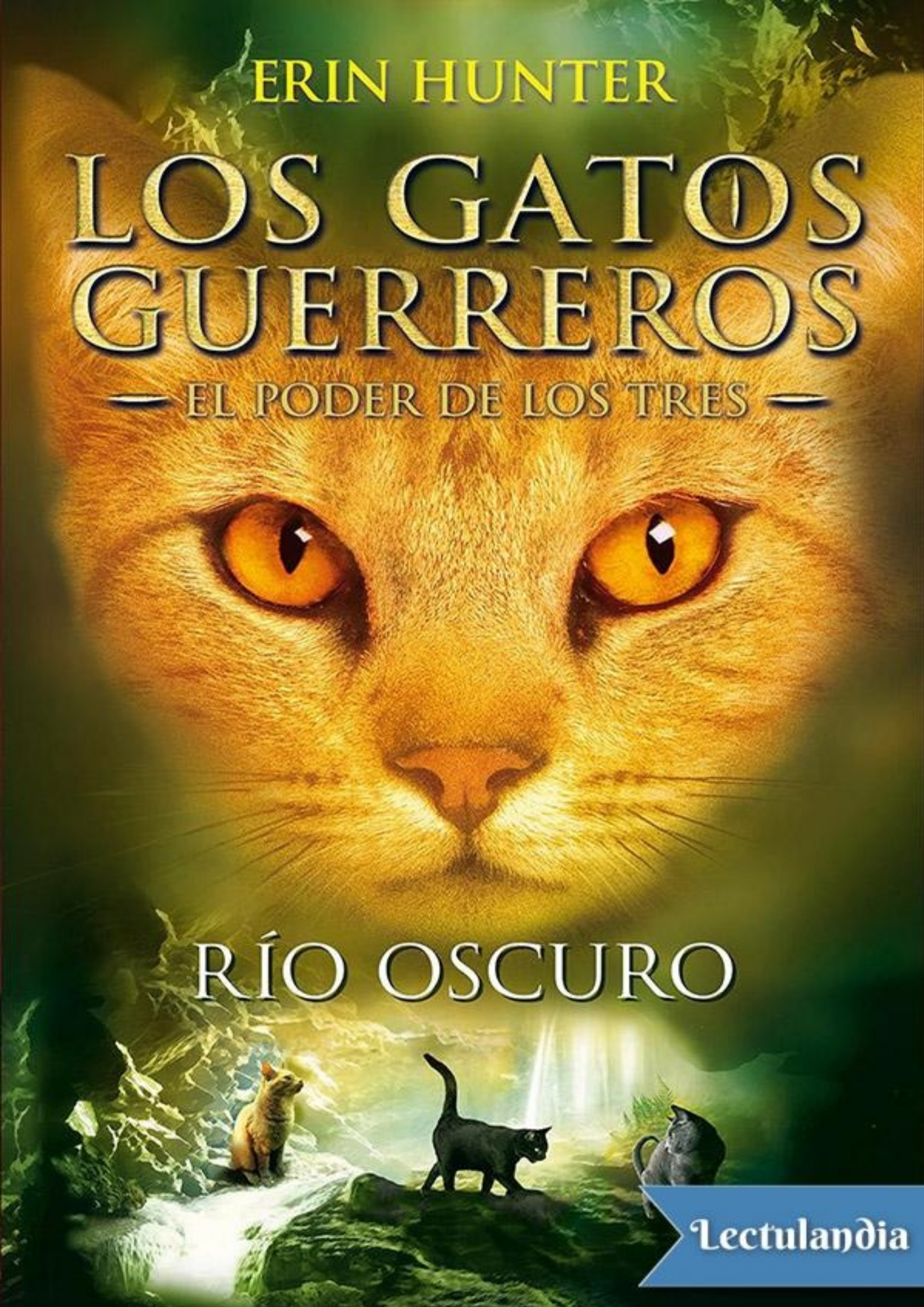
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL PODER DE LOS TRES



RÍO OSCURO

Lectulandia

A diferencia de sus hermanos guerreros, Leonino y Carrasquera, Glayino ha tenido que aceptar papel de curandero debido a su ceguera. Sin embargo, ahora empieza a disfrutar de un don recientemente descubierto: su capacidad para colarse en los sueños ajenos y ver el pasado. Así es como entra en contacto con los espíritus de gatos que habitaron en el lago muchísimo tiempo antes de que llegaran los clanes, y, mediante la profecía que le fue revelada a su abuelo antes de que ellos nacieran —«habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en su mano»—, descubre que él y sus hermanos están destinados a defender con su vida la supervivencia de los clanes.

Lectulandia

Erin Hunter

Río oscuro

El poder de los tres - 2

ePub r1.0
Titivillus 07-09-2019

Título original: *Dark River*
Erin Hunter, 2008
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Geof.

Un agradecimiento especial a Kate Cary.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• Líder

— ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

• Lugarteniente

— ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

— Aprendiz: BAYINO

• Curandera

— HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y ojos ámbar.

— Aprendiz: GLAYINO

• Guerreros (*gatos y gatas sin crías*)

— ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y ojos verdes.

— MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

— Aprendiza: ZARPA PINTA

— TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro.

— Aprendiza: MELOSA

— NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.

— Aprendiza: CARBONCILLA

— FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

— Aprendiza: CARRASQUERA

— ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

— ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.

— Aprendiza: ROSELLERA

— CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

— CENIZO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

— Aprendiz: LEONINO

— ZANCUDO: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

— Aprendiz: RATOLINO

— RIVERA DONDE NADA EL PEQUEÑO PEZ (RIVERA): gata atigrada de color marrón y ojos grises, antiguo miembro de la Tribu de las Aguas Rápidas.

— BORRASCOSO: gato gris oscuro de ojos ámbar, antiguo miembro de la Tribu de las Aguas Rápidas.

— CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

— BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

— LÁTIGO GRIS: gato gris de pelo largo.

— MILI: gata atigrada de color gris y ojos azules, antigua minina doméstica.

• Aprendices (*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)

— BAYINO: gato de color tostado.

— ZARPA PINTA: pequeña gata gris y blanca.

— RATOLINO: gato gris y blanco.

— CARBONCILLA: gata atigrada de color gris.

— MELOSA: gata atigrada de color marrón claro.

— ROSELLERA: gata parda.

— LEONINO: gato atigrado dorado de ojos ámbar.

— CARRASQUERA: gata negra de ojos verdes.

— GLAYNO: gato atigrado gris de ojos azules.

• Reinas (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)

— FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro. Pareja de Manto Polvoroso; madre de Albinilla (gatita blanca) y Raposillo (gatito atigrado rojizo).

— DALIA: gata de pelo largo color tostado, procedente del cercado de los caballos.

• Veteranos (*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)

— RABO LARGO: gato atigrado de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.

— MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

CLAN DE LA SOMBRA

• Líder

— ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

• Lugarteniente

— BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

• Curandero

— CIRRO: gato atigrado muy pequeño.

• Guerreros

— ROBLEDO: pequeño gato marrón.

— SERBAL: gato rojizo.

— Aprendiza: YEDRINA

— CHAMUSCADO: gato negro.

— Aprendiz: RAPACERO

— AGUZANIEVES: gata de un blanco inmaculado.

• Reina

— TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes; madre de Pequeño Tigre, Rosillo y Canelilla.

• Veteranos

— CEDRO: gato gris oscuro.

— AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

• Líder

— ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado de color marrón.

• Lugarteniente

— PERLADA: gata gris.

• Curandero

— CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

— Aprendiz: AZORÍN

• **Guerreros**

— OREJA PARTIDA: gato atigrado.

— Aprendiz: LEBRATO

— CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.

— Aprendiza: ZARPA BRECINA

— CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.

— COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

— Aprendiz: VENTOLINO

— NUBE NEGRA: gata negra.

— TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

• **Reina**

— GENISTA: gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules; madre de Cardina, Cañeta y Fosquilla.

• **Veteranos**

— FLOR MATINAL: reina de color carey, muy anciana.

— MANTO TRENZADO: gato atigrado de color gris oscuro.

CLAN DEL RÍO

• **Líder**

— ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Lugarteniente**

— VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

— Aprendiza: ZARPA ROANA

• **Curandera**

— ALA DE MARIPOSA: gata atigrada de color dorado.

— Aprendiza: BLIMOSA

• **Guerreros**

— PRIETO: gato negro grisáceo.

— MUSGAÑO: pequeño gato atigrado de color marrón.

— Aprendiza: PALOMINA

— JUNCAL: gato negro.

— Aprendiz: SALTARÍN

— MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

— Aprendiz: GUIJOSO

— FABUCÓN: gato marrón claro.

— TORRENTERO: gato atigrado de color gris oscuro.

• Reina

— FLOR ALBINA: gata de color gris muy claro.

— BOIRA: gata atigrada gris claro, madre de Soplillo y Malvillo.

— FLOR ALBINA: gata blanca de ojos azules, en avanzado estado de gestación.

• Veteranos

— GOLONDRINA: gata atigrada oscura.

— PIZARRO: gato gris.

OTROS ANIMALES

— PIPO: terrier blanco y negro que vive con los Dos Patas cerca de las caballerizas.

Emblemas
De Los
CLANES
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar
NORTE
VISTA DE GATO

Leyenda Del MAPA
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE
VISTA DE DOS PATAS
Laguna Cristal
Cantera
Carretera de la cantera (abandonada)
Casa de los obreros (abandonada)
Camping Hareview
Villa Sanctuary
Bosque de Sadler
Centro de vela de Littlepine
Carretera de Littlepine
Lago Sanctuary
Isla de Littlepine
Colinas de Hare
Caballerizas de Hare
Arboleda Knight
Carretera de Hare
Carretera de Littlepine
Río Alba

Prólogo

El cielo de color añil se extendía sobre el páramo y contenía el frío de la noche.

El viento agitaba el brezo de la ladera ondulante. Entre los arbustos, unas figuras felinas, con el pelo pegado al cuerpo por la ventisca, descendían por la pendiente.

Entre ellos, una reina atigrada caminaba al lado de un joven gato.

—¿Seguro que estás preparado para esto? —preguntó la gata.

—Estoy preparado —respondió él, y sus ojos verdes brillaron a la luz de la luna.

—Eres el mayor de la camada, Hojas Caídas —susurró la reina—. El primero de mis hijos en enfrentarse a la prueba.

—No me pasará nada.

—¡Ha entrenado bien! —exclamó una voz a sus espaldas.

—¡Ni siquiera el entrenamiento puede preparar a un zarpa blanda para la lluvia! —gruñó otra voz.

Hojas Caídas levantó la mirada hacia el cielo.

—Pero… está despejado.

—Os digo que huelo a lluvia en el viento.

Entre los demás gatos se extendieron murmullos de preocupación.

—¡El cielo está despejado! —insistió Hojas Caídas, que salió entre el brezo y se detuvo.

La luna iluminó su pelaje blanco y canela. Sus compañeros de clan se apelotonaron detrás de él, sacudiendo la cola. Bajo sus patas, la ladera descendía abruptamente. Allí, lunas y lunas de viento y lluvia habían azotado el páramo y se habían llevado la tierra hasta dejar la roca desnuda, un muro de piedra desigual en mitad del ondulante brezo.

—¡Buena suerte, zarpa blanda!

Hojas Caídas bajó de un salto y aterrizó con agilidad sobre el suelo arenoso que había al pie de la pared rocosa. Su madre saltó tras él.

—¡Ten cuidado, hijo!

Hojas Caídas restregó el hocico contra el de ella.

—Te veré al amanecer —le prometió.

Ante él se abría una grieta negra, como una herida en el muro. Se le erizó el pelo del lomo. Nunca había estado allí dentro. Solo los gatos elegidos entraban en la cueva.

Echó a andar, notando cómo lo engullía la oscuridad. ¡Debería haber alguna luz que le mostrara el camino! Hizo un esfuerzo por sofocar el miedo, que se agitaba en su pecho como un pez en tierra firme.

«El túnel te llevará hasta la cueva —repitió en su mente la voz de su tutor —. Deja que tus bigotes te guíen».

Sus bigotes se estremecieron, atentos al más mínimo contacto, guiándolo a lo largo del angosto pasaje.

De pronto, una pálida luz brilló a lo lejos. El túnel desembocó en una gruta, cuyas paredes arqueadas centelleaban bajo la débil luz de la luna que se colaba por un agujero del techo. El sonido de una corriente de agua resonaba alrededor de las rocas.

¿Un río? ¿Bajo tierra?

Hojas Caídas se quedó mirando el ancho arroyo que dividía en dos el suelo arenoso de la caverna. Sus aguas negras brillaban levemente bajo la luz tenue.

—¿Hojas Caídas?

El ronco maullido hizo que el joven diera un respingo. Levantó su hocico blanco para tratar de distinguir quién había hablado, y entornó los ojos al descubrir a una criatura agazapada en un repecho alto, alumbrada por la luz de la luna que bañaba la cueva.

¿Se trataba de Pedrusco?

El pelaje de aquella criatura se parecía al de un topo; apenas le quedaba pelo, excepto por unos pocos mechones en el lomo, y sus ojos ciegos sobresalían como huevos. Sus largas y retorcidas garras se aferraban a una rama lisa que descansaba a sus pies. La rama carecía de corteza y, a pesar de la escasa luz, Hojas Caídas pudo ver que tenía algunas marcas grabadas en la superficie: una serie apretada de líneas rectas hendidas en la madera pálida.

Sí, tenía que ser Pedrusco.

—Puedo notar tu sorpresa —dijo la criatura ciega con voz ronca—. Me araña la piel como la aulaga.

—Lo siento —se disculpó Hojas Caídas—. Es solo que no me esperaba…

—No esperabas que un gato pudiera convertirse en algo tan feo.

El joven se quedó petrificado por la vergüenza. ¿Es que Pedrusco le había leído el pensamiento?

—Un gato necesita el viento y el sol para que le lustren el pelaje, y buena caza para mantener las garras afiladas —continuó Pedrusco, y su voz sonó tan áspera como el roce de una piedra contra otra—. Pero yo debo quedarme cerca de nuestros antepasados guerreros, aquellos que han ocupado su lugar debajo de la tierra.

—Y te damos las gracias por eso —murmuró el joven gato con respeto.

—No me las deis —gruñó Pedrusco—. Era el destino que yo estaba obligado a seguir. Además, quizá no te sientas tan agradecido una vez que comience tu iniciación.

Mientras hablaba, deslizó una de sus largas garras sobre las líneas grabadas en la rama lisa. Algunas de las líneas estaban cruzadas por una segunda raya, pero no todas.

—Las líneas sin marcar son las de los gatos que entraron en los túneles pero no salieron.

Hojas Caídas se quedó mirando los oscuros agujeros, negros como bocas que acechaban al borde de la cueva. Si no conducían al aire libre y a la seguridad del exterior, ¿dónde terminaban?

—¿En qué túneles entraron?

Pedrusco negó con la cabeza.

—No puedo ayudarte. Para convertirte en un garra afilada, debes encontrar tú mismo la forma de salir. Yo solo puedo enviarte a tu cometido con la bendición de nuestros antepasados.

—¿No puedes darme ningún consejo?

—Sin luz, solo contarás con tus instintos. Síguelos, y si son auténticos, estarás a salvo.

—¿Y si no son auténticos?

—Entonces morirás en la oscuridad.

Hojas Caídas se cuadró.

—No voy a morir.

—Espero que no —maulló Pedrusco—. Ya sabes que no te está permitido regresar a esta gruta, ¿no? Debes encontrar un túnel que lleve directamente al páramo… ¿Está lloviendo? —preguntó de repente.

Hojas Caídas se puso tenso. ¿Debería mencionarle esa vibración en el aire que sugería que podía llover? No. Pedrusco podría decirle que se fuera por

donde había venido y que esperara a otro día. No podía retrasar más tiempo convertirse en garra afilada. Quería hacerlo ya.

—El cielo está despejado —aseguró.

Pedrusco volvió a pasar la zarpa por las líneas grabadas en la rama.

—En ese caso, puedes empezar.

Hojas Caídas examinó el túnel que había debajo de la cornisa donde estaba Pedrusco. Parecía más ancho que el resto, y daba la impresión de que iba hacia arriba. ¿Ascendería hasta el páramo que quedaba por encima de ellos? Aquel era el camino que debía escoger.

Con el corazón desbocado, cruzó el riachuelo de un salto y se internó en aquella oscuridad que helaba los huesos.

«Cuando amanezca, seré un garra afilada. —Se le erizó el pelaje—. Espero».

1

—¡Cuidado! —Leonino sacudió la cola—. ¡Hay guerreros del Clan de la Sombra detrás de nosotros!

Carrasquera giró en redondo, con el negro pelo de punta.

—¡Yo iré a por ellos!

Leonino miró a su hermano.

—¿Hueles algo, Glayino?

—¡Vienen más guerreros! —avisó el joven, alarmado y con sus ciegos ojos azules muy abiertos—. ¡Preparaos para atacar!

—¡Les tenderemos una emboscada cuando traspasen el muro de espinos del campamento! —gritó Leonino, antes de volverse hacia Carrasquera—. ¿Puedes ocuparte de esos tres tú sola?

—¡Sin problema! —La aprendiza rodó por el suelo y se levantó de un salto; sus garras relucían bajo el sol de la tarde.

Leonino salió corriendo y se agazapó detrás del muro espinoso.

—¡Rápido, Glayino! ¡A mi lado!

Su compañero llegó corriendo y adoptó la postura de ataque.

—¡Ya vienen!

Un guerrero atigrado cruzó la entrada.

—¡Ahora! —chilló Leonino.

El pequeño se abalanzó sobre el gato mientras Glayino se metía entre las patas del enemigo. Con un gruñido de sorpresa, el invasor trastabilló y cayó de costado. Leonino se arrojó sobre él al instante.

—¡Ya basta!

El maullido cortante de Esquiruela resonó en el pequeño claro.

Leonino dejó de aporrear el lomo de Zarzoso con las patas traseras y se quedó mirando a su madre, que cruzó a toda prisa la abertura en el muro de zarzas.

—Pero ¡estamos jugando a que nos ataca el Clan de la Sombra! —se quejó el aprendiz.

Glayino frenó en seco a su lado.

—¡Y estábamos a punto de ganar!

Zarzoso se puso en pie para quitarse de encima a Leonino.

—Buena emboscada —ronroneó—. Pero ya sabéis que no deberíais estar jugando aquí.

Leonino resbaló hasta el suelo.

—Es el único sitio donde podemos practicar un buen ataque por sorpresa —replicó, enfurruñado.

Miró la nueva guarida, ya casi terminada; sus paredes de zarza salían de un lateral del dormitorio de los guerreros. En cuanto colocaran ramas encima para formar un techo, harían un hueco para unir la vieja guarida y la ampliación.

Carrasquera dejó atrás a sus enemigos imaginarios y se acercó a sus hermanos.

—No estamos estorbando a nadie —señaló.

Ahuecó el pelaje para protegerse del viento. El sol de la estación de la hoja nueva se había llevado el frío de la hondonada, pero la tarde había llegado con una brisa de las montañas que les recordó que solo había pasado media luna desde el fin de la estación sin hojas.

—¿Y si todos los aprendices decidieran practicar aquí sus movimientos de combate? —preguntó Esquiruela—. Los muros de espino acabarían maltrechos en un abrir y cerrar de ojos, y todo el esfuerzo de Betulón y Látigo Gris no habría servido de nada.

—Necesitamos acabar la ampliación de la guarida de los guerreros antes de que vosotros y los demás aprendices os convirtáis en guerreros —añadió Zarzoso—. Ya está demasiado abarrotada.

—¡Vale, lo hemos captado! —Glayino levantó la barbilla. Tenía el pelo alborotado y lleno de trocitos de hoja.

—¡Miraos! —Esquiruela le dio un lametazo entre las orejas—. Estáis hechos un desastre —los riñó—, y dentro de poco tenemos que ir a la Asamblea.

Leonino empezó a quitarse hojas secas del pecho antes de que su madre la emprendiera con él.

Glayino, por su parte, se zafó enseguida de la lengua de la guerrera.

—Puedo lavarme solo, ¿sabes? —protestó.

—Déjalos —le dijo Zarzoso a su pareja—. Estoy seguro de que se habrán aseado adecuadamente antes de que salgamos.

—Por supuesto que nos asearemos —prometió Leonino. No iba a permitir que los demás clanes lo vieran con aspecto de erizo. Aquella era la primera Asamblea a la que iban a asistir los tres hermanos juntos—. Llevamos siglos esperando este día, ¿verdad que sí, Glayino?

Su hermano sacudió la cola.

—Sí, claro.

Leonino flexionó las patas. ¿Por qué Glayino tenía que ser siempre tan gruñón? Aquella iba a ser la primera Asamblea para él, y debería estar deseando que llegase el momento de ir. Se había perdido las dos anteriores: una, como castigo, y la otra, porque sus obligaciones como aprendiz de curandero lo habían retenido en el campamento. Leonino conocía muy bien a su hermano y sabía lo importante que era para él hacer lo mismo que los demás, a pesar de su ceguera… y eso incluía asistir a las Asambleas.

—¡Pues daos prisa! ¡Fuera de aquí, antes de que os vea Estrella de Fuego! —ordenó Esquiruela, empujando a sus hijos hacia la abertura en la pared—. Será mejor que vayáis a coger algo del montón de la carne fresca. Os espera una noche larga.

Leonino sintió un cosquilleo de emoción en la cola al pensar en la Asamblea. Ya casi podía oler el aroma de los pinos de la isla.

Los ojos de Carrasquera, sin embargo, centellearon levemente. Parecía preocupada.

—Espero que los demás clanes no se metan con nosotros de nuevo. ¿Sabéis si viene Mili? Esta vez quizá debería quedarse en el campamento.

Dos lunas atrás, Látigo Gris había regresado al clan acompañado de su nueva pareja, Mili, una minina doméstica a la que había conocido cuando los Dos Patas lo tenían prisionero. Él la había entrenado como guerrera y, a cambio, la gata lo había ayudado a hacer el largo y peligroso viaje hasta el lago, en busca de su clan perdido. Debido a sus orígenes como mascota, Mili era un blanco fácil para las burlas de los otros clanes, y no era el único miembro del Clan del Trueno del que se mofaban por no haber nacido en un clan.

—Mili puede cuidar de sí misma —maulló Esquiruela.

—Además, la competición parece haber limado un poco las asperezas —añadió Zarzoso.

—Pero ¿hasta cuándo será así? —replicó Carrasquera.

Leonino sabía que su hermana nunca había estado muy convencida de que la Asamblea diurna solucionara las divisiones entre los clanes. Los cuatro clanes habían competido enfrentando a sus aprendices en duelos amistosos para poner a prueba sus habilidades, en un esfuerzo por dejar a un lado la creciente desconfianza y las tensiones fronterizas. Pero Leonino recordaba aquel día por distintas razones. Él y Ventolino, un aprendiz del Clan del Viento, se habían caído dentro de una vieja madriguera de tejones y habían estado a punto de ahogarse bajo la tierra antes de que Glayino los encontrara.

—Tú siempre estás inquieta por algo —le dijo Glayino a Carrasquera en tono burlón—. Es como vivir con un búho angustiado.

—La estación de la hoja nueva ya ha llegado —señaló Esquiruela—. Hay muchas más presas, así que los clanes estarán menos quisquillosos.

Carrasquera le lanzó una mirada a Glayino.

—¡Algunos gatos no dejan de ser quisquillosos ni con la barriga llena!

—Chitón. —Esquiruela la empujó con el hocico—. Ve a comer algo.

—¡Solo he dicho la verdad!

Carrasquera echó a andar, pero Glayino la adelantó a toda prisa. La aprendiza soltó un chillido y miró, ceñuda, a su hermano, que siguió corriendo hasta la guarida de la curandera.

—¡Me ha mordido!

Leonino agitó los bigotes.

—Puedes pelear con tres guerreros del Clan de la Sombra con una sola pata —replicó, divertido—, pero por un mordisquito de tu hermano chillas como una cachorrita.

Ella le golpeó el hocico con la cola.

—¡Tú también habrías chillado!

—¡Yo no he chillado desde que salí de la maternidad!

Carrasquera entornó los ojos con malicia.

—¿Qué te parece si te muerdo, a ver lo valiente que eres?

—¡Primero tendrás que atraparme! —El joven aprendiz salió disparado y Carrasquera fue tras él. Leonino se detuvo de golpe junto al montón de la carne fresca y le lanzó un ratón a su hermana cuando ella lo alcanzó—. ¡Toma! Mejor muerde esto.

La luna llena flotaba en un despejado cielo de color azul oscuro, y ante ellos la isla emergía del lago, con los árboles elevando sus frágiles ramas hacia las estrellas.

Leonino caminaba al lado de Carrasquera, siguiendo a sus compañeros de clan por la orilla cubierta de guijarros, y miró una vez más a Glayino. Su hermano iba junto a Hojarasca Acuática, moviendo la nariz mientras olfateaba el terreno desconocido. De vez en cuando, la curandera rozaba a su aprendiz con el costado, para que esquivara alguna que otra piedra afilada o una raíz que sobresalía.

¿Debería avisar a Glayino antes de llegar al árbol caído que servía de puente? Aquel tronco era sorprendentemente resbaladizo; él mismo había estado a punto de caer al agua en su primera Asamblea.

—Será genial ver a Blimosa —maulló Carrasquera a su lado.

—¿Blimosa? —repitió el joven, distraído. Él solo esperaba ver a una aprendiza: Zarpa Brecina, la bonita gata de ojos azul intenso del Clan del Viento. Soltó un pequeño suspiro.

—¿En qué estás pensando? —Carrasquera le dio un empujón—. Estás en la luna.

—Eee… en Glayino —se apresuró a contestar—. Me preguntaba si podrá arreglárselas en el árbol-puente.

—Que él no te oiga decir eso —le aconsejó Carrasquera.

De pronto, Leonino notó el tacto del agua fría en las zarpas. Estrella de Fuego los había conducido hasta la orilla cenagosa que había en un extremo del territorio del Clan del Río. Tormenta de Arena avanzaba detrás del líder. Zarzoso y Esquiruela caminaban junto a Mili y Látigo Gris, y Betulón y Manto Polvoroso los seguían, hablando en voz baja. Zarpa Pinta escuchaba a su mentor, y Bayino corría de un lado a otro olisqueando entre las matas de hierba, como si estuviera siguiendo el rastro de una presa.

—Esto es territorio del Clan del Río —le bufó Carrasquera, recordándole que estaba prohibido cazar en el territorio de otro clan.

—Ya lo sé —replicó Bayino—. Pero no tiene nada de malo echar un vistazo.

—Siempre que no hagas nada más que echar un vistazo…

Látigo Gris soltó un sonoro ronroneo.

—¡Estrella de Fuego! —llamó—. Parece que Carrasquera está preparándose para cuestionar tu liderazgo.

Leonino miró a su hermana de reojo. ¿Estaba diciéndole Látigo Gris de un modo amable que no debía ser tan mandona?

—Carrasquera puede poner en cuestión todo lo que quiera —contestó Estrella de Fuego con un ronroneo—. No creo que deba preocuparme hasta que sea un poco más grande.

—¡Eh! —Carrasquera erizó el pelo, indignada—. ¡Solo estaba hablando con Bayino!

Estrella de Fuego se detuvo entre las serpenteantes raíces del árbol caído que se extendía entre la orilla y la isla. El olor del Clan del Viento y el del Clan de la Sombra estaban frescos en la corteza; sin duda, ya habían pasado por allí. Leonino plantó las orejas. Débiles maullidos llegaban desde la isla. Tormenta de Arena saltó con agilidad al tronco y zigzagueó entre las ramas y los nudos hasta el otro lado. Uno a uno, todos los demás la siguieron. Leonino se quedó rezagado cuando Carrasquera saltó detrás de Zarpa Pinta.

—¿No vienes, Leonino? —le preguntó su hermana, manteniendo el equilibrio.

—Por supuesto —siseó él.

—Está esperando para asegurarse de que no me caiga al agua —maulló Glayino a su espalda.

—¡Solo porque yo estuve a punto de caerme la primera vez! —se apresuró a explicar Leonino—. No es nada fácil si uno no sabe dónde poner las patas.

Glayino se plantó entre las enredadas raíces y las palpó con las patas delanteras.

—Aquí —le indicó Hojarasca Acuática, saltando al tronco—. No está demasiado alto.

Glayino levantó el hocico y olfateó el aire para calcular a qué distancia estaba su mentora. Luego se impulsó con las patas traseras y se aferró al tronco, al lado de Hojarasca Acuática, pero sus patas delanteras resbalaron de inmediato.

A Leonino le dio un vuelco el corazón cuando Glayino salió disparado hacia un lado. Hojarasca Acuática se abalanzó hacia su aprendiz, pero el joven ya había clavado las garras en la corteza y recuperó el equilibrio sacudiendo la cola. Debajo de él, las oscuras aguas lamían la orilla. Leonino tuvo que contenerse para no saltar a ayudar a su hermano cuando este pasó ante su mentora y comenzó a recorrer el árbol. Tensa y en silencio, la curandera lo siguió, preparada para saltar si Glayino volvía a perder el equilibrio. Poco a poco, dando un paso tras otro, el aprendiz ciego fue tanteando el camino a lo largo del puente vegetal.

—¡Salta por aquí, Glayino! —lo llamó Carrasquera desde la orilla opuesta —. La arena está un poco blanda, pero no hay piedras.

Glayino saltó, pero aterrizó de una forma un tanto patosa, aunque se enderezó al instante.

Leonino sintió una oleada de alivio.

—¡Vamos, Leonino, date prisa!

Bayino estaba intentando adelantarlo, pero Leonino saltó al tronco para impedirle el paso, y el árbol tembló cuando su amigo se lanzó justo detrás de él.

—¡Venga! —lo instó Bayino.

Leonino notó el aliento de su compañero en las patas traseras y se vio obligado a correr. Aferrándose con las garras, fue avanzando con rapidez.

—No hay por qué ir con prisas…

La advertencia de Fronde Dorado sonó a sus espaldas a apenas una cola de distancia, pero Bayino no dejó de presionar a su amigo.

—¡No seas tan len…! ¡Oh!

Leonino miró atrás y vio que Bayino había resbalado y estaba cayendo al agua.

Fronde Dorado se abalanzó hacia él para agarrarlo por el pescuezo. Bayino se sacudió en el aire, agitando las patas, mientras el muñón de su cola rozaba la superficie del lago.

—¡No te muevas! —gruñó Fronde Dorado con la mandíbula apretada. Tensó los músculos y consiguió izar al aprendiz hasta el tronco—. ¡Te he dicho que no había que ir con prisas!

Leonino parpadeó. «¡Gracias al Clan Estelar que no he sido yo!». Y recorrió lentamente lo que le quedaba, contento de que Bayino no siguiera presionándolo. Ya en la orilla opuesta, percibió el olor fresco del Clan del Río; sin duda, su patrulla debía de estar llegando al lago. El pequeño aprendiz inspeccionó la ribera, pero no vio ni rastro de ellos.

—¿Estáis todos listos? —preguntó Estrella de Fuego mientras él, Bayino, Fronde Dorado y, finalmente, Zarzoso saltaban a la orilla.

Los gatos asintieron. Estrella de Fuego hizo una señal con la cola y el grupo se dirigió hacia la arboleda.

Leonino vio cómo el pelaje negro de Carrasquera desaparecía entre los helechos y sintió un cosquilleo de emoción cuando ya se disponía a seguirla. Pero Glayino, que estaba a su lado, no se movió; su rostro miraba fijamente hacia los árboles. «¿Estará nervioso?», se preguntó Leonino.

—No son más que helechos —susurró para tranquilizarlo—. Solo tienes que atravesarlos. El claro no queda lejos.

Posó la cola en el costado de Glayino y notó sus músculos, fuertes y fibrosos bajo el pelaje.

—¡Eh, vosotros dos, venga! —maulló Carrasquera, que había vuelto a aparecer entre los helechos con mucho alboroto—. ¿Por qué estáis remoloneando?

—Solo estamos planeando nuestra entrada —respondió Glayino, que sacudió la cola y se internó en los matorrales.

Las resecas hojas de los helechos rozaron la nariz de Leonino cuando siguió a sus hermanos hasta el claro, pero también notó algunos brotes recién nacidos debajo de las patas. «Hojas nuevas para la estación de la hoja nueva».

—El Clan de la Sombra y el Clan del Viento ya están esperando en el claro —les dijo Carrasquera por encima del lomo—. Pero el Clan del Río no ha llegado todavía.

—Están de camino —maulló Leonino—. He captado su olor desde el árbol-puente.

Glayino levantó su pequeño hocico.

—Tienes razón —confirmó, agitando los bigotes—. Pero hay algo extraño…

Leonino abrió la boca para volver a saborear el olor del Clan del Río. Le pareció el mismo de siempre.

—Quizá hayan estado comiendo demasiados peces…

—Pues asegurémonos de llegar antes que ellos —los instó Carrasquera, que salía ya de los helechos para guiarlos hasta el claro.

Cuando llegaron al espacio abierto, Glayino se puso tenso.

—¿Siempre hay tantos gatos? —susurró.

Leonino miró a los guerreros, aprendices y curanderos que abarrotaban el claro. A él le parecía una Asamblea normal y corriente, y se preguntó una vez más si Zarpa Brecina estaría allí.

—¡Eh! ¡Minina!

Cola Blanca, una gata del Clan del Viento, se acercó trotando hacia Mili. Su aprendiz, Ventolino, iba tras ella con las orejas pegadas a la cabeza. Leonino desenvainó las uñas, listo para defender a su compañera de clan.

—¡Hola, Mili! —Cola Blanca restregó el hocico contra el de Mili y entrelazó la cola con la de ella, como si fueran viejas amigas.

Leonino volvió a guardar las uñas.

—¿Se conocen? —maulló Carrasquera en voz baja.

Su hermano se encogió de hombros.

Ventolino se quedó mirando boquiabierto a su mentora cuando la gata se apartó unos pasos de Mili y le dedicó un guiño afectuoso.

—Gracias por el conejo que nos diste en la competición —ronroneó Cola Blanca—. Compartes como una gata de clan.

Mili inclinó la cabeza.

—Era un día para compartir —maulló.

Carrasquera miró a Leonino.

—Al fin y al cabo, parece que la competición sirvió para algo bueno —le susurró a su hermano.

Pero otro gato del Clan del Viento, Oreja Partida, estaba observando a Mili con los ojos entornados. Era evidente que no le gustaba ver a su compañera de guarida hablando con la minina. Bermeja también estaba mirándolas con el pelo del lomo erizado, y se inclinó para decirle algo al oído a un compañero de clan.

Ventolino no dijo nada; se limitó a alejarse de su mentora para adentrarse en el claro bullicioso. Bayino y Zarpa Pinta estaban charlando con un grupo de aprendices del Clan del Viento y el Clan de la Sombra. Cuando Ventolino se unió a ellos, Leonino sintió un cosquilleo de expectación. ¿Estaba el pelaje atigrado de Zarpa Brecina entre aquel revoltijo de cuerpos?

No consiguió distinguirla.

—¿Por qué estás tan decepcionado? —le preguntó Glayino.

Su hermano se quedó mirándolo.

—¿De… decepcionado? —repitió. Glayino siempre tenía una forma inexplicable de adivinar lo que estaba pensando—. ¡No estoy decepcionado!

—¡Hasta un ratón en el páramo habría oído cómo has dejado caer la cola al suelo!

—Esperaba ver a alguien… —admitió Leonino.

Carrasquera agitó las orejas, inquieta.

—¿A Zarpa Brecina?

—¡Bueno, tú querías ver a Blimosa, ¿no?! —replicó él, erizando el pelo ante el tono acusador de su hermana.

—No es lo mismo.

—¡Sí que lo es! —protestó—. Solo somos amigos.

Mientras hablaba, captó un olor cálidamente familiar. Zarpa Brecina estaba cruzando el claro a toda prisa en su dirección.

—¡Leonino! ¡Estás aquí!

El joven sintió que se le paraba el corazón, pero luego miró de reojo a Glayino, con nerviosismo. ¿Estaría escuchando su hermano también los latidos de su corazón? Como si enterrara una presa para saborearla más tarde, Leonino intentó ocultar su emoción.

—Hola, Zarpa Brecina —maulló con frialdad.

—No pareces muy contento de verme… —La gata del Clan del Viento agitó las orejas—. Me he portado lo mejor posible durante toda esta luna para que Corvino Plumoso no me dejara hoy en el campamento.

Leonino sintió una oleada de culpabilidad por su falta de entusiasmo, y luego un hormigueo de rabia en las zarpas. ¿Por qué debería sentirse culpable? Zarpa Brecina solo era una amiga.

—Me alegro de que hayas podido venir —maulló.

Carrasquera pasó ante él y restregó levemente el hocico contra el de Zarpa Brecina.

—El Clan Estelar ha vuelto a darnos buen tiempo —maulló con educación.

—¡Oh, y habéis traído a vuestro hermano! —A Zarpa Brecina se le iluminaron los ojos al ver a Glayino.

Leonino notó los celos como agua fría sobre el lomo. Ojalá la aprendiza no hubiera visto cómo Glayino lo había rescatado de la madriguera de tejones hundida.

Casi se alegró cuando su hermano reaccionó acaloradamente ante el comentario de Zarpa Brecina.

—¡No me ha traído nadie! ¡He venido con mi clan!

—Por supuesto —maulló de inmediato la aprendiza—. Lo lamento. Ya sé que puedes viajar sin ayuda de nadie. Es solo que…

—¡Glayino! —El maullido de Hojarasca Acuática salvó a Zarpa Brecina de su torpe disculpa. La curandera estaba con Cascarón y Cirro—. ¡Ven a sentarte con nosotros!

Leonino se quedó mirando a Glayino mientras este se dirigía hacia los demás curanderos.

—No le hagas caso a mi hermano —le dijo a Zarpa Brecina—. Es tan gruñón como un tejón.

—¿Quién es el gruñón?

Leonino se volvió para ver quién había hablado. Se le cayó el alma a los pies al descubrir que Ventolino se acercaba de nuevo a ellos.

—No irás a malgastar tu tiempo hablando con estos dos, ¿verdad? —El aprendiz negro del Clan del Viento se sentó al lado de Zarpa Brecina—. Yedrina y Rapacero han desafiado a Bayino a competir para ver quién puede saltar más alto… —Y, dicho eso, se lamió una pata y se la pasó por la oreja.

—Entonces, ¿por qué no vas tú a verlos? —le contestó Zarpa Brecina.

—¿Por qué no vienes conmigo? —Un brillo retador refulgió en los ojos de Ventolino.

Justo en ese momento, Leonino oyó el susurro de los helechos y captó un olor familiar.

—El Clan del Río ha llegado.

Carrasquera se puso de puntillas para ver la entrada de los gatos del Clan del Río en el claro.

Algo iba mal. Todos arrastraban la cola y caminaban con las orejas gachas. Las palabras de Glayino resonaron en los oídos de Leonino: «Hay algo extraño…».

Carrasquera entrecerró los ojos.

—Estrella Leopardina no parece muy contenta.

La gata atigrada de color dorado estaba entrechocando el hocico con Estrella de Fuego, pero agitaba la cola con impaciencia y miraba nerviosa a su alrededor.

—¡Carrasquera! —Blimosa se separó de sus compañeros de clan para correr a saludar a su amiga—. No puedo quedarme contigo —maulló sin aliento—. Tengo que reunirme con Ala de Mariposa, pero quería saludarte.

—¿Va todo bien? —le preguntó Carrasquera—. Me refiero a tu clan. Todos parecéis un poco…

En ese momento se les acercó Corvino Plumoso. Leonino agitó los bigotes con frustración. ¿Es que no iba a tener un momento a solas con su amiga del Clan del Viento?

—Zarpa Brecina —le dijo secamente el guerrero a su aprendiza—, ¿por qué no vas a hablar con algunos aprendices de otros clanes? Esta es una buena oportunidad de conocer a nuevos gatos —añadió, mirando de reojo a Leonino y Carrasquera.

—Venga —insistió Ventolino—. Vamos a ver si Yedrina gana a Bayino.

Zarpa Brecina le lanzó una mirada a Leonino y se encogió de hombros.

—Está bien, vamos.

El aprendiz del Clan del Trueno sacudió la cola y revolvió la pinaza que cubría el suelo con las zarpas mientras veía cómo Ventolino y Corvino Plumoso se llevaban a Zarpa Brecina.

—¡Que todos los clanes se reúnan bajo la mirada del Clan Estelar!

El sonoro maullido de Estrella Negra resonó en el claro desde el Gran Roble. Los cuatro líderes estaban alineados en la rama más baja, y sus siluetas se reflejaban contra la luz de la luna. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Leonino corrió tras Carrasquera, que se abrió paso hasta sus compañeros de

clan y se sentó al lado de Fronde Dorado. Su hermano se apretujó delante de ella y se acomodó junto a Cenizo.

—¡Eh! —le susurró Carrasquera—. Baja la cabeza, que quiero ver.

Leonino se agachó. De pronto se dio cuenta de que ya era mucho más grande que su hermana; en las últimas lunas, había crecido mucho más que ella.

—El Clan de la Sombra tiene buenas noticias —anunció Estrella Negra—: Trigueña ha tenido una camada de tres cachorros.

Sonaron maullidos de felicitación entre los reunidos; el más sonoro fue el de Esquiruela:

—¡Bien hecho, Trigueña!

Estrella Negra continuó:

—Se llaman Rosillo, Canelilla y Pequeño Tigre.

Los guerreros de más edad enmudecieron ante el nombre de Pequeño Tigre. Leonino parpadeó. ¿Cómo podía seguir aterrorizándolos Estrella de Tigre cuando no era más que un recuerdo lejano? Eran tan supersticiosos como las lechuzas.

—Si son hijos de Trigueña —le susurró a Carrasquera—, ¡entonces serán parientes nuestros!

Le resultó raro tener familia en otro clan. Por primera vez, intentó imaginarse cómo se sentiría su padre con respecto a Trigueña. Ella era su hermana, pero había encontrado su destino en otro clan. ¿Alguna vez había tenido que enfrentarse Zarzoso a Trigueña en una batalla?

—¿Alguna noticia más?

La voz de Estrella de Fuego sobresaltó a Leonino y lo devolvió a la realidad.

—¿Me he perdido algo? —le preguntó a Carrasquera.

Ella negó con la cabeza, pero en sus ojos había una sombra de inquietud.

Estrella Negra había enroscado la cola alrededor de las patas y parecía satisfecho. Estrella de Bigotes le hizo una seña con la cabeza al líder del Clan del Trueno, para indicarle que él no tenía nada que decir.

Estrella de Fuego asintió.

—En el Clan del Trueno también está todo en orden. —Y se volvió hacia la líder del Clan del Río—. Estrella Leopardina, no has compartido ninguna novedad.

—No tengo novedades que compartir —maulló ella—. Los peces están regresando a la orilla del lago. La caza es buena. Mi clan está bien.

—Me alegra oírlo —contestó Estrella de Fuego.

—En ese caso, la Asamblea ha terminado —declaró Estrella Leopardina.

Los clanes empezaron a separarse del Gran Roble cuando sus líderes saltaron al suelo. Leonino se desperezó; había estado demasiado rato quieto y tenía frío.

Zarpa Pinta lo empujó con el hocico.

—¡Tres gatos nuevos en el Clan de la Sombra! —exclamó—. ¡Vamos a tener que entrenar más duro que nunca! —Y siguió a sus compañeros de clan por el claro.

Leonino corrió tras ella.

—Pero… solo son cachorros.

—¡Los cachorros se convierten en guerreros! —le recordó la aprendiza.

Leonino notó que Carrasquera se pegaba a él. Tenía el pelo erizado.

—¿Crees que alguna vez tendremos que luchar contra ellos? —susurró, angustiada.

—No hablemos de luchas ahora —intervino Esquiruela, que los había oído—. Tres cachorros son una gran felicidad para cualquier clan. —Era evidente que le alegraba la noticia sobre Trigueña.

Glayino y Hojarasca Acuática se les unieron.

—La última vez que vi a Trigueña, me di cuenta de que estaba embarazada.

Esquiruela pareció sorprenderse.

—No nos dijiste nada.

—No era yo quien debía decirlo, cuando todavía dependía del Clan Estelar —contestó Hojarasca Acuática.

—Además, ¡no es asunto vuestro!

El maullido bronco los sobresaltó a todos.

Al volverse, Leonino vio a Serbal, un guerrero rojizo del Clan de la Sombra, que los miraba con expresión torva. «Debe de ser el padre», se imaginó.

Esquiruela le sostuvo la mirada.

—Felicidades, Serbal. Eres afortunado por tener tres cachorros sanos.

El guerrero frunció el hocico.

—Tres cachorros sanos nacidos en un clan —la corrigió con un gruñido.

—Eso solo es una suerte si se mantienen leales al clan en el que han nacido —le soltó Esquiruela, cortante, dejándose llevar por la rabia.

Serbal le lanzó un bufido y Hojarasca Acuática se interpuso entre los dos guerreros.

—No hay por qué discutir…

—Serbal solo estaba diciendo la verdad.

«¿Quién ha dicho eso? —Leonino se volvió en redondo—. ¡Ventolino!».

El aprendiz del Clan del Viento estaba junto a su padre, Corvino Plumoso, que miraba fijamente a Hojarasca Acuática, con ojos centelleantes.

—No lo olvides, Ventolino, el Clan del Trueno celebra la mezcla de sangres —maulló el guerrero oscuro.

Hojarasca Acuática echó la cabeza hacia atrás de golpe, como si Corvino Plumoso le hubiera propinado un zarpazo en el hocico. Luego dio media vuelta y se alejó rápidamente.

—¡Lo dices como si en el Clan del Trueno hubiera algo malo! —exclamó Leonino desenvainando las uñas, pero entonces notó que su madre le pasaba la cola por el lomo.

—Ven, hijo. No te olvides de la tregua.

Y, apretándose contra él, Esquiruela se encaminó hacia el lindero del claro y alejó al joven de Corvino Plumoso, Ventolino y Serbal.

Leonino miró por encima del hombro a los tres gatos, con el deseo de poder saltarse esa estúpida tregua y despellejarlos a todos.

—¡Leonino! —Zarpa Brecina corrió hacia el aprendiz.

—¿Qué…? —Él se paró a esperarla y Esquiruela se detuvo a su lado.

Zarpa Brecina miró a la guerrera.

—¿Puedo hablar con Leonino un momento, por favor?

Esquiruela agitó las orejas, pero finalmente asintió.

—No tardéis mucho. —Y desapareció entre los helechos detrás de Hojarasca Acuática, Carrasquera y Glayino.

—Por favor, no te enfades —suplicó Zarpa Brecina—. Corvino Plumoso siempre está de mal humor. Él es así. Y Ventolino ya se cree un guerrero.

—Pero ¡tú has oído lo que han dicho sobre la sangre mezclada del Clan del Trueno! No pueden dejar el tema, ¿no?

—A lo mejor ellos no pueden, pero ¿podemos olvidarlo nosotros? —Los ojos de Zarpa Brecina brillaban de emoción—. Tengo un plan.

—¿Para vengarte de ellos?

Zarpa Brecina abrió mucho los ojos.

—¡Por supuesto que no! ¡Son mis compañeros de clan! —Sacudió la cola —. Mi plan no tiene absolutamente nada que ver con eso.

Leonino ladeó la cabeza.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—En vez de esperar hasta la próxima Asamblea, ¿por qué no nos vemos antes?

—¿Antes? —repitió el aprendiz, sorprendido. ¿No iba en contra del código guerrero reunirse con gatos de otro clan sin permiso?

—Mañana por la noche —susurró la gata.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde?

—En la frontera del bosque. Cerca del tejo. Podemos escabullirnos mientras nuestros clanes están durmiendo.

—Pero…

Zarpa Brecina meneó los bigotes.

—¡Venga! Será emocionante. Y no vamos a hacerle nada malo a nadie.

Leonino sintió una mezcla de culpabilidad y preocupación en el estómago, pero los ojos azules de Zarpa Brecina centelleaban ante él, esperanzados. Sonaba divertido. Siempre podría decir que había estado practicando la caza nocturna. Y Zarpa Brecina tenía razón. No iban a hacer nada malo, como robar presas o espiar. Nadie lo sabría siquiera, si tenían cuidado. «Seguiré siendo leal a mi clan, y no me quedaré atrás en mis tareas».

Le hizo un guiño a Zarpa Brecina.

—De acuerdo.

2

Carrasquera estaba soñando. Iba corriendo por el bosque, mientras una intensa lluvia caía sobre la tierra cubierta de hojas. Podía entrever el pelaje atigrado de Blimosa a través de los árboles. La aprendiza de curandera del Clan del Río corría muy deprisa, siempre unos pasos por delante.

—¡Espérame! —la llamó Carrasquera—. Quiero preguntarte una cosa.

—¡Te lo diré si me alcanzas! —le contestó Blimosa a gritos.

Carrasquera apretó el paso al máximo, patinando sobre el barro, pero Blimosa seguía estando a una cola de distancia.

—¡En el Clan del Río ocurre algo, ¿verdad?! —gritó Carrasquera.

—No te oigo. La lluvia hace mucho ruido.

—¡Cuéntame qué es lo que pasa!

La lluvia empezó a caer con más fuerza, repiqueteando contra las hojas y rebotando en el suelo.

—¡Blimosa!

—¡No puedo decírtelo si no me alcanzas!

—¡No corras tanto! —Carrasquera entornó los ojos para protegerlos de la lluvia—. ¿Blimosa?

La joven aprendiza había desaparecido.

Carrasquera estaba sola en el bosque encharcado.

Abrió los ojos de golpe. La lluvia tamborileaba sobre el techo de la guarida, abriéndose paso entre el espeso follaje de las ramas del tejo y goteando en los lechos. La joven gata se estremeció y se ovilló aún más en el musgo, pero algo mojado se apretaba contra ella.

Leonino.

Carrasquera lo apartó de un empujón.

—Quita de ahí, estás muy mojado.

El aprendiz rodó de nuevo hacia ella.

—¡Leonino!

Carrasquera se puso en pie y miró a su hermano. La luz del alba se filtraba entre las ramas, lo suficiente para distinguir el color del pelaje de los gatos que dormían en la guarida. Leonino estaba empapado, como si hubiera pasado la noche bajo la lluvia, aunque ahora dormía como un tronco. La aprendiza lo olfateó con recelo. Tal vez solo había salido a hacer sus necesidades y había regresado a la guarida para dormir un poco más.

Carrasquera bostezó mientras se desperezaba, y la cola le tembló por el esfuerzo. Se sentía helada hasta los huesos. Ratolino, Bayino y Melosa seguían durmiendo a pesar de la lluvia. Los lechos de Rosellera y Zarpa Pinta estaban vacíos, pero su olor era fresco; las dos debían de haber salido en la patrulla del alba.

—¿Carrasquera? —Carboncilla levantó la cabeza y abrió los ojos parpadeando—. ¿Te ha despertado la lluvia?

La joven negó con la cabeza.

—Me ha despertado Leonino. Está empapado.

—¿Ha salido con este tiempo? —Carboncilla se frotó los ojos con una pata.

—Eso parece.

Carrasquera empezaba a sentir un hormigueo de curiosidad. Aquella no era la primera vez que Leonino hacía cosas raras. Solo unos días atrás, la había despertado antes del alba al entrar sigilosamente en la guarida. En aquella ocasión, le dijo que había salido a hacer sus necesidades, pero su pelo olía a hojas, como si hubiera estado deambulando por el bosque. Además, le respondió de mala manera, como si ella estuviera metiéndose donde no la llamaban.

A Carboncilla le rugió el estómago.

—Me pregunto si ya habrá algo en el montón de la carne fresca.

—Quizá quede algo de anoche —contestó Carrasquera—. Vayamos a ver.

Zigzagueó entre los cálidos cuerpos dormidos de sus compañeros y se asomó a la entrada. Apenas podía distinguir el montón de la carne fresca. El cielo del amanecer estaba oscurecido por las nubes y llovía con tal intensidad que el barro brincaba en el claro.

Carboncilla se apretujó a su lado.

—¿Qué tal si vamos corriendo?

—Vale. —Carrasquera entrecerró los ojos y salió disparada de la guarida.

Borrascoso y Rivera estaban agachados debajo de la Cornisa Alta, compartiendo un empapado petirrojo al abrigo del saliente.

—¡Este tiempo es demasiado húmedo incluso para el Clan del Río! —exclamó Borrascoso al verlas, a modo de saludo.

Carrasquera se detuvo, parpadeando contra la lluvia.

—¡Ahora ya sé cómo se sienten los peces!

Carboncilla pasó corriendo junto a ella.

—¡No te quedes ahí como un conejo pasmado, Carrasquera! —le aconsejó Rivera—. ¡Busca refugio!

La joven gata corrió tras Carboncilla y lanzó por el aire una rociada de agua embarrada al frenar de golpe junto al montón de la carne fresca. Quedaban unas pocas piezas mojadas y llenas de barro. Escogió un ratón de aspecto penoso y se lo llevó hasta las densas zarzas que había en un lateral de la guarida de la curandera.

—¡Puaj!

Carboncilla dejó caer al suelo un pájaro pequeño y goteante y se sacudió. Carrasquera agachó las orejas ante el chaparrón.

—Perdón. —Carboncilla se inclinó a darle un mordisco al pajarito—. ¡Sabe a barro! —exclamó con la boca llena.

En la entrada de la guarida de la curandera, las chorreantes zarzas se estremecieron cuando Hojarasca Acuática salió a toda prisa, con un fardo de hierbas entre los dientes. Cruzó el claro a la carrera y desapareció en la maternidad.

—Espero que Albinilla y Raposillo estén bien —maulló Carrasquera.

—Dalia estuvo estornudando anoche —le explicó Carboncilla—. Creo que se ha resfriado.

Carrasquera estiró el cuello entre las zarzas para observar el cielo gris.

—Todos acabaremos resfriados si esta lluvia no termina pronto. O eso, o terminaremos todos con patas palmeadas.

Ya había pasado casi media luna desde la Asamblea, y parecía como si hubiera llovido sin parar.

El resto del campamento estaba empezando a despertarse. Espinardo bostezó mientras bordeaba el claro, seguido de Manto Polvoroso. Cuando Carrasquera se estaba tragando el último bocado de su ratón helado, Estrella de Fuego apareció en la Cornisa Alta y observó el campamento desde la entrada de su cueva. Zarzoso salió de la guarida de los guerreros y subió por las rocas para reunirse con su líder, y los dos desaparecieron en la madriguera de Estrella de Fuego para protegerse de la lluvia que azotaba la pared rocosa.

Ratolino asomó la cabeza desde el arbusto de madreselva que formaba la guarida de los veteranos, antes de volver a desaparecer con un bufido de asco.

Látigo Gris apareció por detrás de la guarida de los guerreros, donde compartía un refugio provisional con Mili. El espeso pelaje gris se le pegaba al cuerpo. Tomó dos pájaros del montón de la carne fresca y regresó corriendo a su refugio.

Fronde Dorado salió de la guarida de los guerreros y se desperezó, arqueando la cola y estirando las patas delanteras hasta que tocó el suelo con el pecho. Luego se irguió y se sacudió, esponjando su pelaje dorado.

—¿Carrasquera? —Miró hacia ella entornando los ojos, mientras la lluvia le chorreaba por los bigotes—. ¿Eres tú?

La joven abandonó la protección de las zarzas y saludó a su mentor.

—Solo estaba comiendo con Carboncilla.

—Bueno, pues si ya tienes el estómago lleno, puedes venir a cazar conmigo.

Carrasquera se mostró encantada. Cazar la haría entrar en calor.

—¿Puede venir también Carboncilla? —preguntó.

Su amiga negó con la cabeza.

—Nimbo Blanco me ha pedido que limpie los lechos de los veteranos esta mañana.

—Pues si puedo te traeré un ratón calentito —le prometió Carrasquera.

—Uno sin barro, por favor —ronroneó Carboncilla.

—Vamos, Carrasquera. —Fronde Dorado ya estaba dirigiéndose hacia la entrada del muro de espinos.

Fuera del campamento, la hierba y las hojas muertas estaban empapadas, llenas de barro y resbaladizas, pero Carrasquera no tardó en entrar en calor mientras perseguía a Fronde Dorado colina arriba, en dirección al bosque. La lluvia estaba empezando a amainar y, por primera vez aquella mañana, Carrasquera abrió los ojos del todo. Más allá, el número de árboles aumentaba y el bosque se oscurecía allí donde los pinos crecían entre los árboles sin hojas. El territorio del Clan de la Sombra estaba en aquella dirección. Carrasquera pensó en los nuevos cachorros —sus parientes— que vivían en el campamento del otro lado de la frontera. Si compartía sangre con ellos, ¿compartirían también el mismo olor? ¿Era la sangre o era el clan lo que influía en el olor? ¿Cómo sabrían qué marca olorosa era de quién?

—Fronde Dorado…

El guerrero patinó en las hojas mojadas y se volvió hacia su aprendiza, mirándola con ojos brillantes.

—¿Has captado olor a presas? —le preguntó, esperanzado.

Carrasquera negó con la cabeza.

—No, pero me preguntaba… —Buscó las palabras para explicar la inquietud que sentía.

—¿Sí?

—Bueno, me preguntaba…

Fronde Dorado se sacudió la lluvia de los bigotes.

—¿Qué, por el amor del Clan Estelar?

—Si los nuevos cachorros del Clan de la Sombra son parientes míos, ¿tengo que luchar igualmente contra ellos en una batalla?

—Por supuesto, siempre que amenacen a nuestro clan.

Fronde Dorado se dio la vuelta y siguió andando a través del bosque, moviendo el hocico mientras buscaba rastros olorosos entre la vegetación mojada.

Carrasquera corrió para alcanzarlo.

—Pero ¿y si nuestro clan los amenaza y yo creo que no es justo?

—¿Por qué íbamos a hacer algo así? —Fronde Dorado levantó las orejas y adoptó la postura de acecho.

—Supongamos que lo hacemos… ¿Yo no debería sentir cierta lealtad hacia mis parientes?

—Un auténtico guerrero es leal a su clan por encima de cualquier cosa…

Fronde Dorado empezó a amasar el suelo con las patas traseras; había visto algo y estaba preparándose para saltar. Pero la mente de Carrasquera estaba más ávida que su estómago.

—Pero no puedes herir a gatos que comparten tu sangre —protestó la aprendiza—. ¿Significa eso que hay cosas más importantes que el código guerrero? —parpadeó, alarmada—. Y si eso es cierto, entonces, ¿cómo sabemos qué es lo correcto…?

—¡Chitón!

El bufido de su mentor la hizo callar, mientras una hoja temblaba a un zorro de distancia y una pequeña figura marrón corría disparada a la seguridad de su escondrijo.

Fronde Dorado se incorporó y miró ceñudo a su aprendiza.

—¿Por qué no dejas de pensar en el código guerrero y empiezas a seguirlo? Tu clan tiene hambre y frío. ¡Deberías estar concentrada en alimentarlo, no en decidir qué está bien y qué está mal!

Carrasquera dejó caer la cola al suelo. Su mentor tenía razón. Había ahuyentado a una presa que podría haber dado de comer a sus compañeros de clan.

—Lo siento —murmuró.

—¡Pues ahora deja de hacer preguntas y busca algo que llevar al campamento!

Carrasquera cazó con más ahínco que nunca y regresó al campamento cargada con tres ratones. Fronde Dorado la precedió por el túnel de espinos con un cuervo entre los dientes. Depositaron sus presas en el montón de la carne fresca, que ya había reabastecido otra patrulla de caza.

—Lo has hecho muy bien —maulló, felicitando a su aprendiza, y ella se sintió aliviada por haberlo compensado tras hacerle perder un ratón—. Ahora vete a tu guarida a secarte —le aconsejó—. Yo les llevaré comida a Musaraña y Rabo Largo.

Había dejado de llover, pero el bosque seguía goteando. Carrasquera se encaminó a la guarida de los aprendices. Dentro, todos los lechos estaban vacíos excepto el de Leonino. Su pelaje dorado subía y bajaba con suavidad mientras dormía. ¿Cómo podía pasarse la mañana durmiendo mientras todos los demás estaban atareados ocupándose del clan?

—¡¿Es que Cenizo no tiene ninguna tarea para ti?! —le gritó Carrasquera, irritada.

—¿Eh? ¿Qué? —Leonino levantó la cabeza de golpe y se quedó mirando a su hermana, guiñando los ojos—. ¿Ya ha amanecido?

—¡Ya ha volado media mañana!

Leonino se puso en pie de un brinco, con los ojos dilatados de culpabilidad.

—¿Cenizo estaba buscándome?

—No lo sé. Yo he estado fuera, cazando —respondió Carrasquera con toda intención. Se puso a tirar del húmedo musgo de su lecho, sujetándolo con los dientes y sacudiéndolo para que se secara y aireara—. Pero ¿por qué estás tan cansado? —preguntó, con la voz ahogada por el musgo.

—No he dormido bien —contestó su hermano.

Carrasquera se quedó mirándolo, pero él bajó la cabeza, evitando que sus ojos se cruzaran.

—¿Ocurre algo, Leonino?

—No —se apresuró a responder.

—¿Estás seguro?

—¡Por supuesto! —exclamó, molesto.

Carrasquera sintió una oleada de tristeza. Antes lo compartían todo, pero, ahora, conseguir que su hermano le diera detalles era como intentar quitarle

las pulgas a un erizo. A menos que saltaran por sí solas, resultaba imposible atraparlas.

—¡Vale, vale! ¡No tienes por qué sacarme los ojos! —Y siguió sacudiendo el musgo.

Leonino pasó ante ella.

—No te estaba sacando los ojos —masculló—. Pero ¡a veces a uno le gustaría poder hacer cosas sin que lo acribillen a preguntas!

Y salió a grandes zancadas de la guarida, dejando sola a Carrasquera.

Ella suspiró y dejó caer al suelo el musgo que estaba aireando. Tal vez Glayino supiera qué le pasaba a su hermano. Siempre parecía saber qué estaba pensando ella, y quizá podía hacer lo mismo con Leonino. Se encaminó a la guarida de la curandera y cruzó la cortina de zarzas.

Glayino estaba clasificando hierbas al fondo de la cueva del muro rocoso.

—Estoy ocupado —maulló sin levantar la vista—. Hojarasca Acuática quiere que averigüe qué hierbas necesitamos antes de que regrese de la maternidad.

—¿Los cachorros están enfermos? —preguntó Carrasquera, preocupada.

—Dalia se ha resfriado —contestó Glayino—. Nada grave, pero, con toda esta lluvia, Hojarasca Acuática quiere tratarla antes de que empeore.

—Yo quería hablar contigo sobre Leonino.

—¿Está enfermo?

—No. —Carrasquera se sentó, deseando que Glayino dejara de trastear con las hierbas y hablara con ella como es debido—. Pero últimamente está muy cansado y malhumorado. Cada vez que intento hablar con él, casi me arranca los bigotes.

—¿Y cómo quieres que sepa yo si le pasa algo?

Glayino formó un montón con unas hojas de color verde oscuro, y Carrasquera trató de recordar su nombre… Al fin y al cabo, había sido aprendiza de curandera durante un tiempo… pero no tenía ni idea de qué eran aquellas hojas.

—Es que por lo general sueles saberlo…

—Eres tú quien comparte guarida con él —señaló Glayino—. Yo estoy metido aquí con Hojarasca Acuática la mayor parte del tiempo —añadió con cierto resentimiento.

Carrasquera se quedó callada. Más allá de su preocupación por Leonino, el sueño que había tenido con Blimosa seguía dándole vueltas en la cabeza. Pero, si Glayino no iba a ayudarla a descubrir qué le ocurría a su hermano,

aún habría menos esperanzas de que le importase qué inquietaba a la aprendiza del Clan del Río. Además…

Decidió probar de forma indirecta. Era un buen movimiento de caza para acechar a una presa difícil.

—¿Hablaste con Blimosa en la Asamblea? —preguntó como si nada.

—No mucho.

—Creo que le preocupa caerte mal…

—¿Por qué tienen que caerme bien todos los gatos que conozco? —gruñó Glayino.

—¿Por qué tienen que caerte mal todos los gatos que conoces? —replicó ella—. Blimosa es muy agradable. No deberías hacer que se sienta incómoda contigo.

—Yo no hago que sienta nada. —Glayino volvió a centrarse en las hierbas —. Blimosa siente lo que quiere sentir.

—¿A ti no te pareció que en la Asamblea estaba nerviosa? —Carrasquera decidió presionar un poco más—. ¿No te pareció que todo el Clan del Río se comportó de un modo extraño?

Glayino se volvió hacia ella.

—Quizá —respondió con las orejas erguidas, como si su hermana hubiera dicho algo que sí le interesaba.

—Entonces, ¿no me lo imaginé?

—¿El qué?

—¡Pues que algo preocupa al Clan del Río!

—¿Tú crees? —Glayino se inclinó hacia ella.

—No lo sé. —Carrasquera no quería iniciar un rumor que pudiera hacer que el Clan del Río pareciera débil. Se sentía desleal hacia su amiga. Y, además, podría no ser cierto—. ¿Y tú?

—No sabría decirte.

La aprendiza sintió una oleada de frustración. ¡Aquella conversación no estaba llevándolos a ningún lado!

—Pero quizá podría averiguar algo cuando vaya a la Laguna Lunar —continuó Glayino.

«¡Por supuesto!». Cuando llegara la media luna, los curanderos irían juntos hasta la Laguna Lunar. Ya solo faltaban unos días.

—Si hay algo que preocupe a Blimosa, ¿me lo contarás? —preguntó Carrasquera.

Glayino entornó los ojos.

—Claro. Sé cómo puedo averiguarlo.

La joven sintió un hormigueo de inquietud.

—No te estoy pidiendo que espíes ni nada de eso —maulló—. Solo dime si tengo razón al preocuparme por…

—Muy bien. —Glayino se encogió de hombros y se concentró en otro montón de hierbas.

—¡Carrasquera! —Fronde Dorado la llamaba desde el claro.

Sintiéndose un poco aliviada, la aprendiza salió corriendo de la guarida de Hojarasca Acuática. Entre las nubes que cubrían la hondonada se había abierto un pequeño retazo azul.

—Si no llueve, podemos entrenar en el bosque —maulló Fronde Dorado —. Nimbo Blanco se lleva a Carboncilla a explorar, y he pensado que podríamos ir con ellos para conocer el territorio un poco mejor.

Carboncilla se les acercó dando saltos, seguida de Nimbo Blanco y Betulón.

—Estrella de Fuego quiere que inspeccionemos la vieja madriguera de zorros —anunció Betulón—. Tenemos que comprobar si las crías de zorro han regresado.

Carrasquera se estremeció. Todavía se acordaba del espantoso día en que Glayino, Leonino y ella quisieron expulsar a los zorros de su madriguera y fueron perseguidos por varios zorros. Llevado por el pánico, Glayino se había caído por el despeñadero a la hondonada, y había estado a punto de morir.

—No te preocupes, Carrasquera —susurró Carboncilla—. Yo te guardaré las espaldas.

Agradecida, la joven se restregó contra su amiga, y juntas salieron del campamento detrás de los tres guerreros.

—Y yo te guardaré las tuyas.

Al llegar al estrecho claro que descendía hasta la madriguera, Carrasquera olfateó el aire. Notó un hormigueo en las zarpas. ¡Zorro!

—Una zorra joven, pero el olor es rancio —informó Carboncilla, moviendo el hocico.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? —le preguntó Carrasquera, sorprendida. Hasta donde ella sabía, su amiga nunca se había tropezado con un zorro, así que no podía conocer su olor como para descifrar tantos datos.

Carboncilla se encogió de hombros.

—Lo sé, y ya está.

—Tiene razón en que el olor es rancio —declaró Nimbo Blanco—. Aquí no ha habido ningún zorro desde la estación de la caída de la hoja.

Carrasquera miró a su amiga. En ocasiones, Carboncilla hacía o decía cosas que sugerían que sabía más de lo que parecía. Pero guardarse secretos no era propio de ella. La aprendiza gris acostumbraba a ir tres pasos por delante de sí misma, y antes solía tropezar que pararse a pensar. Tal vez ya había estado allí y no lo recordaba.

Era evidente que Nimbo Blanco estaba preguntándose lo mismo.

—¿Has estado aquí con otra patrulla, Carboncilla?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy segurísima de que esta es la primera vez que vengo —afirmó.

Nimbo Blanco y Fronde Dorado intercambiaron una mirada, y a Carrasquera le pareció que estaban tan desconcertados como ella.

Una lechuza ululó por encima de la hondonada, y Carrasquera rodó en su lecho, despertándose a medias. Estiró las patas delanteras, buscando la tranquilizadora calidez del cuerpo de Leonino, pero solo encontró un espacio vacío.

Abrió los ojos de golpe.

—¿Leonino? —susurró.

No hubo respuesta.

La aprendiza alargó más las zarpas, preguntándose si su hermano habría rodado hasta el otro extremo de su lecho, pero no, sin duda no estaba allí.

—¿Estás buscando a Leonino? —bostezó Rosellera, que dormía al otro lado del joven—. Ha salido hace un rato.

La aprendiza se incorporó con el corazón acelerado. Su hermano desaparecía demasiado a menudo.

—¿Ocurre algo? —Los ojos de Rosellera centellearon en la oscuridad.

—No… —susurró Carrasquera. No quería levantar sospechas entre los demás aprendices.

—¿Otra vez se ha ido Leonino a hacer sus necesidades? —maulló Carboncilla a sus espaldas—. Debe de ser por ese tordo viejo y rancio que se comió anoche.

Carrasquera sintió una oleada de gratitud hacia su amiga. Era evidente que estaba encubriendo a Leonino para que Rosellera no hiciera más preguntas incómodas. El tordo estaba en perfecto estado, lo habían cazado ese mismo día.

—Iré a ver si se encuentra bien —dijo Carrasquera.

Salió con sigilo de la guarida y corrió tan silenciosamente como pudo por el borde del campamento dormido, pegada a las sombras. El olor de Leonino llevaba hasta la entrada, siguiendo la misma ruta furtiva. «¡Por favor, que lo encuentre en el lugar donde hacemos las necesidades!», suplicó la joven para sus adentros.

Sonaron unos pasos detrás de ella.

Se quedó paralizada y miró por encima del hombro.

—Soy yo —susurró Carboncilla, y su pelaje atigrado surgió de la oscuridad—. He pensado que podrías querer compañía.

—Gracias.

Si de verdad Leonino estaba haciendo sus necesidades, no habría problema en que Carboncilla lo supiera, pero si no estaba allí y, como Carrasquera se temía, había salido al bosque, prefería tener una amiga al lado.

Una detrás de la otra, atravesaron el estrecho y pequeño túnel que llevaba al sitio donde los gatos se aliviaban.

—No parece que Leonino esté aquí —susurró Carboncilla.

Carrasquera suspiró, y notó un peso en el corazón.

—No.

—¿Qué crees que se trae entre manos?

La aprendiza no se atrevió a contestar. Podía imaginarse por qué su hermano se escabullía del campamento aprovechando la oscuridad de la noche, pero no quería creer que fuera verdad.

—Su rastro continúa por aquí —anunció Carboncilla, señalando hacia la ladera que daba al lado del lago.

A Carrasquera se le encogió el estómago. El rastro ascendía hasta el risco y luego giraba hacia el páramo: el territorio del Clan del Viento. «A lo mejor solo está explorando», pensó esperanzada, pero bajo ese sentimiento, como una roca, tenía la oscura sospecha de que su hermano estaba viéndose con Zarpa Brecina.

—Vamos a seguirlo, ¿no? —Carboncilla miró a Carrasquera con los ojos empañados de inquietud.

¿Su amiga también se imaginaba qué estaba pasando? Seguro que no. ¿Cómo iba a saberlo?

—Quizá no sea asunto nuestro… —respondió débilmente.

—¡Por supuesto que es asunto nuestro! Nuestro compañero de clan está ahí fuera, solo. ¿Y si le ha ocurrido algo?

—¿Esa es la única razón por la que quieres seguirlo…? ¿Porque podría estar en peligro?

—No. —Carboncilla se sentó—. Creo que puede estar haciendo algo de lo que se arrepentirá mientras viva.

A Carrasquera le sorprendió el tono serio de su amiga.

—¿Sabes algo que yo no sé? —le preguntó.

La aprendiza negó con la cabeza.

—Es solo una sensación… No puedo explicarlo. Creo que Leonino está cometiendo un error que ya se ha cometido antes, que jamás debería haberse cometido; un error que solo nos traerá problemas… —Se quedó callada, pero sus ojos brillaban emocionados.

—De acuerdo.

Carrasquera no podía desdeñar la sólida intuición de su amiga. Y tampoco sus propias sospechas. Todos sus instintos le decían que Leonino estaba quebrantando el código guerrero, y que ella, como miembro de un clan, tenía la obligación de detenerlo. Echó a correr ladera arriba, olfateando las ramitas y las zarzas en busca del rastro de su hermano, siguiendo la ruta que él había tomado hasta lo alto del risco. Carboncilla la seguía, y no tardaron en alcanzar el lindero de la arboleda. Una vez allí, el terreno descendía ante ellas hasta la orilla, donde el lago centelleaba bajo la luz de la luna. Carrasquera inspeccionó el lejano páramo, medio esperando ver a Leonino y medio esperando no verlo. Si su hermano había salido a deambular de noche, deseaba que fuera por el territorio del Clan del Trueno.

No captó ningún movimiento entre las oscuras matas de brezo. Carrasquera bajó corriendo la pendiente, siguiendo una vieja senda de conejos a través de la áspera hierba. Al acercarse al territorio del Clan del Viento, el suelo se volvió más turboso. A medida que la pendiente se allanaba, había más arbustos de brezo a ambos lados del sendero, y el sonido del agua lamiendo la orilla se volvía más audible.

—¿Has oído eso? —El susurro de Carboncilla sobresaltó a Carrasquera.

Plantó las orejas. Delante de ellas, cubierto de sombras, el suelo formaba una pequeña hoya rodeada de brezo. Allí se oían voces. A Carrasquera se le erizó la cola al distinguir la voz de Leonino. Parecía contento, más contento de lo que lo había oído en días. La aprendiza avanzó sigilosamente, con la barriga pegada al suelo, y se internó en la franja de brezo que protegía la pequeña hondonada. Se retorció entre los arbustos y se asomó desde lo alto.

A sus pies, su hermano estaba corriendo tras una bola de musgo voladora, tan entusiasmado como un cachorro. Se abalanzó sobre la bola cuando esta aterrizó y, con un tremendo manotazo, la mandó volando de nuevo en dirección contraria. Una ágil figura saltó entre la hierba para atraparla. Su

pelaje plateado resplandeció bajo la luz de la luna. A Carrasquera se le cayó el alma a los pies. ¡Zarpa Brecina!

—No pareces sorprendida… —Carboncilla se había deslizado junto a ella y estaba contemplando la herbosa hondonada.

—No lo estoy. —De mala gana, Carrasquera salió entre el brezo y exclamó—: ¡Leonino!

El joven gato y Zarpa Brecina se quedaron de piedra y se miraron alarmados. La bola de musgo cayó al suelo.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Carrasquera.

Poco a poco, Leonino despegó sus ojos de los de Zarpa Brecina y se volvió hacia su hermana. Sus ojos refulgieron, desafiantes.

—¿Qué haces tú aquí?

—¡Buscarte!

—¡Espiarme!

Carrasquera se estremeció.

—¡No deberías estar aquí, jugando con ella! —Y fulminó con la mirada a Zarpa Brecina.

—¿Por qué no? Es amiga mía.

—¡Una amiga de otro clan!

—¡Tú eres amiga de Blimosa!

—Pero yo no me escabullo por las noches para ir a verla.

Leonino abrió la boca para protestar, pero no fue capaz de pronunciar palabra alguna. Carrasquera sabía que había ganado la discusión, aunque los ojos de su hermano no parecieron reconocerlo. Centelleaban de rabia. El joven se volvió hacia Zarpa Brecina.

—Será mejor que me vaya.

La aprendiza del Clan del Viento bajó la cabeza.

—Lo sé —suspiró.

Carrasquera apretó los dientes mientras Leonino restregaba el hocico contra el de la gata del Clan del Viento. ¿De verdad creía que lo único que lo llevaba hasta allí era la amistad?

El aprendiz subió la cuesta y miró enfurruñado a Carboncilla.

—¿Tenías que contárselo a todo el clan? —le bufó a su hermana.

Carboncilla agitó la cola.

—Yo solo he venido para asegurarme de que Carrasquera estuviera a salvo —le explicó—. No lo sabe nadie más.

—Y nadie más lo sabrá —añadió su hermana—, siempre que, a partir de ahora, te mantengas alejado de Zarpa Brecina.

Leonino le lanzó una mirada asesina.

—¿Es una amenaza?

Carrasquera retrocedió. Jamás había visto a su hermano tan furioso. Incluso cuando peleaban de cachorros, siempre había un brillo alegre en su mirada. Pero ahora no; sus ojos eran tan fríos como estrellas.

—Si sigues viéndote con Zarpa Brecina, tendré que contárselo a Zarzoso —declaró, intentando que no le temblara la voz.

Leonino erizó el pelo.

—Hay una buena razón para que el código guerrero prohíba las relaciones entre gatos de distintos clanes —continuó la joven—. ¿Cómo vas a ser leal a tu clan, si tu corazón pertenece a otro?

—¿Estás acusándome de deslealtad? —Leonino pegó las orejas a la cabeza.

—Sé que jamás serías desleal —maulló Carrasquera—, pero estás poniéndote las cosas muy difíciles. Por eso debes terminar con esto.

Ya era bastante duro tener parientes en otro clan, como para hacer amigos deliberadamente fuera del territorio del Clan del Trueno. ¿Es que los compañeros de Leonino no eran suficientes para él?

Su hermano soltó un gruñido quedo. Luego caminó ante Carrasquera y se dirigió hacia los árboles. La joven notó cómo Carboncilla le pasaba la cola por el lomo, alisando su pelo encrespado.

—Se le pasará —aseguró su amiga.

—Eso espero.

Carrasquera suspiró. Sabía que había hecho lo correcto, pero no se esperaba que Leonino reaccionase con tanta rabia, como si creyera que no había hecho nada malo. ¿La perdonaría alguna vez?

3

Glayino hizo una mueca de dolor cuando se le clavaron unas piedrecillas en las zarpas. Por lo menos no le dolían de frío. El sendero rocoso que llevaba a la Laguna Lunar estaba cada vez menos helado a medida que avanzaba la estación de la hoja nueva.

Delante de él, Hojarasca Acuática iba charlando con Ala de Mariposa. Sus maullidos eran apenas audibles por encima del estrépito del agua, porque el arroyo que fluía junto al sendero estaba crecido por el deshielo de la nieve de las lejanas montañas. La corriente arrastraba el olor del hielo y las rocas; más abajo, el nivel del lago subiría con el aporte extra de agua.

Cirro y Cascarón iban en cabeza, y Blimosa y Azorín cerraban la comitiva. De vez en cuando, Glayino reducía el paso por si los dos aprendices querían alcanzarlo, pero la aprendiza del Clan del Río se apresuraba a bajar el ritmo y Azorín no tardaba en ajustarse a su marcha, de modo que siempre iban un poco por detrás de él.

Era un desafío silencioso, aunque a Glayino le gustaba caminar solo. Así podía captar retazos de la conversación de los curanderos: quién había superado la tos verde, quién se había torcido una pata, cuál era la mejor hierba para tratar la sarna que, en esos momentos, se había extendido por la guarida de los aprendices del Clan de la Sombra… Mientras escuchaba, el joven dejó que su mente vagara, buscando las emociones que se escondían tras las palabras.

—He probado la consuelda para los picores —maulló Cirro, resignado.

«Culpa a los aprendices por no haber mantenido limpio su pelaje».

—No esperaba que Flor Matinal superara la tos verde, pero ha vivido para ver otra estación de la hoja nueva.

«Pero tu inquietud me dice que crees que será la última».

—¿Musaraña se ha repuesto del todo? —le preguntó Ala de Mariposa a Hojarasca Acuática.

Glayino rebuscó en la mente de Ala de Mariposa, pero solo encontró la negrura que parecía ocultar siempre sus emociones. Entonces decidió centrar su atención en Blimosa. Si Carrasquera estaba en lo cierto y el Clan del Río tenía problemas, la aprendiza podría revelárselos. La mente de la joven gata solía estar tan abierta como el páramo, de modo que se concentró en ella, husmeando en sus emociones como si fueran olores. No cabía la menor duda: la inquietud la envolvía. Glayino intentó ahondar más en sus pensamientos, pero de pronto era como si Blimosa se hubiera rodeado de zarzas. Las espinas hicieron retroceder al joven, que, frustrado, dejó de insistir.

«Descubriré más cosas cuando esté dormida».

El sendero había llegado hasta las escarpadas rocas que rodeaban la Laguna, y las conversaciones cesaron mientras los gatos trepaban por ellas. Sus palabras se transformaron en resuellos al ir saltando de un peñasco a otro. Glayino ascendía ahora delante de Hojarasca Acuática y, al superar un repecho complicado, notó en la piel el calor de la mirada vigilante de su mentora. Por suerte, la gata no dijo nada. Él ya había estado allí muchas veces y podía trepar sin ayuda.

Al izarse por el borde, lo sorprendió el fresco aroma de la Laguna Lunar. Hielo, roca y cielo.

—¡Mirad qué grande está! —exclamó Blimosa casi sin aliento, al llegar junto a Glayino.

—Es por el deshielo —maulló Hojarasca Acuática.

—Es lo bastante extensa como para albergar todas las estrellas del firmamento —añadió Azorín.

«Esta noche hay sitio para todos», susurró una brisa cantarina al oído de Glayino. Las voces habían acudido a darle la bienvenida. Se planteó si también harían lo mismo con los demás.

—¿Habéis oído eso? —preguntó como si nada.

La mirada de Hojarasca Acuática lo abrasó.

—¿Si hemos oído el qué?

—Habrá sido el viento —intervino Cirro.

—Aquí arriba suena diferente por el eco de las rocas —añadió Cascarón.

El tono práctico de los demás respondió a la pregunta de Glayino: los otros gatos únicamente oían el viento. Las voces solo le hablaban a él.

Glayino volvió a pensar en la profecía que había oído en el sueño de Estrella de Fuego. «Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de

las estrellas en sus manos». Notó un cosquilleo de emoción. Aquello debía de ser parte de su poder, la posibilidad de oír cosas que los otros gatos no podían oír.

Blimosa desplazó el peso de su cuerpo de una pata a otra.

—¿Dónde vamos a tumbarnos? El agua ha cubierto nuestros sitios habituales.

Glayino oyó cómo la cola de Ala de Mariposa se movía en el aire.

—En ese lado, las rocas son planas.

Cuando iniciaron el descenso hacia la Laguna, Glayino se situó detrás de Hojarasca Acuática. El viento le alborotó el pelo y las voces le susurraron al oído de nuevo: «Bienvenido, Glayino». Bajo sus patas, la piedra estaba erosionada y formaba una senda por el paso de incontables pisadas.

De pronto, el agua le lamió las zarpas. ¡Y solo habían descendido la mitad de la cuesta! Con un estremecimiento de sorpresa, siguió a Hojarasca Acuática bordeando la Laguna y se acomodó a su lado. Oyó cómo la respiración de su mentora agitaba el agua y cómo, acto seguido, se tornaba más profunda al quedarse dormida.

Los demás gatos se tumbaron, y pronto en la hondonada solo se oyó el sonido de sus respiraciones y de la brisa sobre el agua. Blimosa fue la última en echarse. Glayino esperó hasta que se sumió en el sueño y luego, concentrándose en su mente, se inclinó hacia delante y tocó la Laguna Lunar con el hocico.

De inmediato, se vio arrastrado por una corriente de aguas turbulentas.

Se debatió y agitó las patas, con el corazón a punto de estallarle de pavor mientras boqueaba para tomar aire. Levantó la mirada y vio un cielo tormentoso sobre él; a su alrededor, las aguas revueltas se extendían hasta horizontes interminables. Entonces vio la cabeza de Blimosa por encima de las olas. La aprendiza estaba nadando, con los ojos llenos de determinación y un puñado de hierbas entre los dientes, mientras sacudía las patas con brío. Glayino luchó con todas sus fuerzas para mantener la cabeza por encima de la superficie. El agua se le metía en la boca y los ojos, y tiraba de sus patas traseras, empujándolo hacia abajo. Apenas podía respirar y luchó contra la corriente con uñas y dientes, intentando regresar a la seguridad de la conciencia.

Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba tumbado sobre una hierba húmeda y rodeado de helechos. Había árboles inclinándose sobre él y tapando el sol. Glayino se levantó a duras penas y miró a su alrededor. ¿Era aquel el sueño de Blimosa o el suyo propio?

—¡Debes darte prisa!

Un maullido quedo sonó al otro lado de los helechos. Glayino se plantó con cautela sobre sus patas traseras y se asomó por encima de las frondas. Un gato marrón y anquilosado por la edad estaba empujando a Blimosa hacia delante.

—¡Debes marcharte! —insistió.

—¿Y qué pasa con mis hierbas? —Blimosa clavó las garras en la hierba —. Sabes que no puedo dejarlas, Arcilloso.

—Toma todas las que puedas y busca el resto cuando llegues allí.

—¿Dónde? —La voz de Blimosa sonó cercana al pánico.

—No hay tiempo para preguntas —maulló Arcilloso—. Si os quedáis, el clan será destruido.

—Pero ¡no hay a donde ir!

Glayino volvió a ponerse a cuatro patas. Estaba claro que algo malo pasaba en el Clan del Río. Algo muy malo…

—¡Otra vez espiando!

Glayino se volvió en redondo. Ya había oído antes esa voz, que no había perdido ni un ápice de su aspereza burlona.

—No entiendo cómo puedes acusarme a mí de espiar —protestó el aprendiz—, ¡cuando tú no dejas de aparecer en todos mis sueños!

—Pero es que resulta que no son tus sueños, ¿recuerdas? —Fauces Amarillas lo miró fijamente. Sus ojos ámbar estaban turbios, y su espeso pelaje, tan desaliñado como siempre.

Glayino sintió una oleada de rabia.

—¡Estoy soñando, así que es mi sueño!

—Muy ingenioso —maulló Fauces Amarillas con voz cascada—, pero poco honesto. Pretendías colarte en el sueño de Blimosa desde el mismo momento en que has cerrado los ojos.

—Si tú sabías que iba a hacerlo, ¿por qué me has dejado? —quiso saber.

Fauces Amarillas miró hacia otro lado.

—Porque no puedes impedírmelo, ¿verdad? —Glayino se sintió encantado, como un pájaro al escapar de unas garras amenazantes—. ¡Tengo en mis manos el poder de las estrellas!

Fauces Amarillas se volvió de nuevo hacia él, con cara de pocos amigos.

—¿De verdad te crees eso?

—¿Es que vas a decirme que no es cierto?

—Dime solo una cosa: ¿qué tienes el poder de hacer exactamente?

El aprendiz se quedó mirándola, sin decir nada.

—No tienes ni idea, ¿eh? —se mofó ella.

Glayino agitó los bigotes.

—¿Y tú?

La vieja gata parpadeó lentamente, pero no respondió.

—¡Tengo este poder por una razón! —insistió el joven.

—¡Entonces averigua cuál es la razón antes de utilizarlo!

Fauces Amarillas dio media vuelta. Cuando ya desaparecía entre los helechos, Glayino se despertó.

La oscuridad cayó sobre él como una losa. Volvía a ser ciego.

A su lado, Hojarasca Acuática estaba desperezándose.

—¿Has soñado? —le preguntó bostezando.

—Sí. —Glayino se puso en pie y le susurró al oído—: Con el Clan del Río.

—Ya me lo contarás cuando nos separemos del resto. —La curandera se levantó también—. ¡Ala de Mariposa!, ¿va todo bien?

«¿Dónde? ¿En los sueños donde caza ardillas y persigue mariposas?». Ya hacía tiempo que Glayino estaba convencido de que la conexión de Ala de Mariposa con el Clan Estelar tenía algún fallo. Sabía que era un secreto que Hojarasca Acuática compartía con su amiga, pero que jamás desvelaría.

En ese momento oyó el susurro de las patas de Blimosa cuando la aprendiza se levantó.

—¡Ala de Mariposa! —llamó la joven, y Glayino notó que estaba haciendo un esfuerzo para disimular el temblor de su voz—. ¡Tenemos que irnos a casa enseguida!

—¿Qué has visto en tu sueño?

Hojarasca Acuática sentía un hormigueo de ansiedad; Glayino lo notaba como la electricidad en el aire.

Se habían separado de los demás en la frontera del Clan del Viento, y estaban ascendiendo la ladera que llevaba al bosque. La brisa era fría y arrastraba el aroma fresco de las hojas nuevas. Glayino supuso que faltaba poco para el amanecer.

—El Clan del Río tiene problemas —anunció—. He visto a Blimosa nadando en un lago enorme, más grande que este. Ha dicho que el Clan del Río tenía que encontrar un nuevo hogar, y estaba hablando con un viejo gato que se llamaba Arcilloso…

—¡Era el curandero del Clan del Río antes de Ala de Mariposa! —exclamó Hojarasca Acuática con voz estrangulada—. ¿Qué estaba haciendo en tu sueño? ¿Qué estaban haciendo él y Blimosa en…? —De pronto, se quedó callada, y Glayino notó cómo se encendía de furia—. Te has metido en el sueño de Blimosa, ¿verdad?

—Carrasquera me pidió que descubriese si el Clan del Río tenía problemas…

—¿Te dijo que te colaras en los sueños de su amiga?

—Por supuesto que no. Carrasquera no comprende esas cosas. Ella solo quería saber qué iba mal, así que he intentado descubrirlo.

—Como un favor a tu hermana —repuso Hojarasca Acuática con dureza.

Por debajo de su enfado, Glayino percibió miedo, y eso lo desconcertó. ¿Qué había en toda aquella historia que pudiera asustar a su mentora de ese modo?

—El Clan Estelar me permite hacerlo —maulló el aprendiz—. ¿Por qué ha de ser malo? Lo más importante es que ahora sabemos que el Clan del Río tiene problemas.

—No deberías poder averiguar esa clase de cosas con tanta facilidad… —murmuró la curandera, casi para sí misma.

—Solo porque tú no puedas hacerlo no significa que esté mal —replicó el joven con impaciencia.

—¡No tiene nada que ver con eso! —le espetó Hojarasca Acuática—. Me preocupa que sea como la última vez.

—¿Cuando soñé con unos perros que atacaban al Clan del Viento?

—¡Cuando Cascarón soñó con unos perros que atacaban al Clan del Viento! —La gata estaba haciendo un esfuerzo por no levantar la voz—. El Clan Estelar compartió esa información con él para que pudiera proteger a su clan. Y tú quisiste aprovecharte de su vulnerabilidad.

—Bueno, pues esta vez solo estoy haciéndole un favor a Carrasquera.

—No le cuentes a nadie más lo que estás haciendo —le pidió la curandera.

—¿Por qué no? —Glayino flexionó las garras—. ¿Por qué debo mantener en secreto el don que me ha dado el Clan Estelar?

¿Y por qué a Hojarasca Acuática le gustaban tanto los secretos? Secretos sobre su don, sobre Ala de Mariposa y el Clan Estelar… Empezaba a sospechar que había muchos más secretos enterrados en el corazón de su mentora, secretos que guardaba tan celosamente que ni siquiera él había logrado entreverlos.

—A veces el conocimiento puede ser peligroso —le advirtió la curandera.

Glayino notó en el estómago un zarpazo de frustración. Él vivía su vida en la oscuridad; anhelaba la luz y la claridad, no las sombras. Se vio obligado a aplacar su rabia. Hojarasca Acuática había vivido demasiado tiempo con sus secretos. Él no podía conseguir que cambiara de opinión en una sola noche, pero ¿por qué tenía ella que arrastrarlo a su complicado mundo?

—Pero a Estrella de Fuego sí que le contaremos lo del Clan del Río, ¿verdad? —quiso saber.

—Podríamos contárselo… —Hojarasca Acuática hizo una pausa—. Pero, por favor, no digas nada de cómo lo has descubierto.

Glayino no respondió. Era igual que con el sueño del Clan del Viento. En aquel momento no le había importado si los demás sabían lo que podía hacer o no. Ahora tampoco le importaba, pero no le gustaba que su mentora tomara esa decisión por él. Se adelantó, familiarizado ya con el terreno que pisaba. Estaban casi en el campamento. Echó a correr y oyó a sus espaldas los pasos de Hojarasca Acuática sobre las hojas caídas. La gata iba pisándole los talones cuando él irrumpió en el campamento.

—¿Hojarasca Acuática? —La voz de Estrella de Fuego sonó desde la Cornisa Alta—. ¿Ocurre algo?

—¡Necesito hablar contigo! —exclamó ella, y pasó ante su aprendiz, de camino hacia las rocas caídas.

«¡Necesitamos hablar contigo!», la corrigió el joven mentalmente, mientras la seguía hasta la guarida del líder.

—Entrad.

Estrella de Fuego los condujo al interior de su cueva. Glayino captó el olor de Tormenta de Arena y oyó los firmes lametazos de su lengua.

—Buenos días, Hojarasca Acuática —saludó la guerrera, dejando de asearse. Su voz se dulcificó al dirigirse al aprendiz—: Y buenos días para ti también, Glayino.

El aprendiz sintió una punzada de resentimiento en el estómago. «Cree que todavía soy un cachorro».

—He tenido un sueño… —empezó.

—… sobre el Clan del Río —se apresuró a terminar Hojarasca Acuática —. Glayino ha soñado que están en dificultades. Al parecer, tienen un problema con su campamento.

Estrella de Fuego barrió el suelo con la cola.

—¿Había algún mensaje sobre el Clan del Trueno?

—El Clan del Trueno no estaba implicado —maulló la curandera con cuidado.

—¿Y había alguna señal clara sobre cuál era ese problema? —preguntó Estrella de Fuego.

—No exactamente —admitió Glayino.

—En ese caso, no veo qué podemos hacer —concluyó el líder.

—¿No deberíamos intentar ayudarlos? —preguntó, sorprendida, Hojarasca Acuática.

—Si necesitan ayuda, la pedirán. —Estrella de Fuego movió las zarpas—. No es asunto nuestro.

—¿Por qué no? —se sulfuró Glayino, frustrado.

—No me he olvidado de la última vez que viniste a contarme un sueño —gruñó el líder—. ¡No es parte del código guerrero atacar a los clanes cuando parecen débiles!

A Glayino le ardieron las orejas.

—¡Yo jamás dije nada de atacar! Podríamos ayudarlos. —Si el Clan del Trueno los ayudaba ahora, el Clan del Río estaría en deuda con ellos.

—Tal vez podríamos hacerles una visita amistosa —sugirió Hojarasca Acuática.

—No —respondió Estrella de Fuego con firmeza—. Ya tenemos un clan del que ocuparnos: el nuestro. ¡No sé por qué el Clan Estelar no puede enviarte sueños sobre nosotros, en vez de anunciarte los problemas de los demás clanes!

Hojarasca Acuática dio un paso adelante.

—Pero podrías enviar una patrulla, aunque solo fuera para echar un vistazo. Si se mantuviera pegada a la orilla, no quebrantaría el…

—¡El Clan del Río vive al otro lado del lago! —la interrumpió el líder—. Creo que Estrella de Bigotes ya ha aguantado bastantes intromisiones por nuestra parte. Y Estrella Negra siempre está buscando excusas para ajustar cuentas con el Clan del Trueno, ¡solo el Clan Estelar sabe por qué! Estoy cansado de hacer lo que me parece mejor y descubrir que con ello solo consigo que el Clan del Trueno sea el objetivo de todos los rencores y celos de los otros clanes.

Cuando su mentora salió de la cueva arrastrando las patas, Glayino percibió la frustración que emanaba de ella. El aprendiz la siguió hasta el claro.

—¿No vas a discutir la cuestión con Estrella de Fuego?

—Lo he intentado —suspiró Hojarasca Acuática.

—Pero ¡tiene que escucharte! Tú eres la curandera.

—Y él es el líder. —La gata empezó a alejarse—. Quiero examinar a Dalia —maulló—. Tú vete a dormir.

Glayino sacudió la cola. Ojalá su sueño hubiera sido más claro. En ese caso, Estrella de Fuego no habría tenido más remedio que actuar. La cálida luz del sol le moteó el pelo mientras se encaminaba a la guarida de la curandera. Estaba agotado tras el largo trayecto de ida y vuelta a la Laguna Lunar y necesitaba descansar antes de pensar en hacer cualquier cosa.

—¡Glayino, espera! —exclamó la voz de Carrasquera desde la guarida de los aprendices. Un instante después, su hermana frenaba en seco junto a él—. ¿Ha ido Blimosa a la Laguna Lunar? ¿Has hablado con ella?

—No. —Glayino quería dormir, no charlar.

—¿No ha ido? —maulló Carrasquera, asustada.

—Sí que ha ido, pero no he hablado con ella.

—¿No has averiguado nada? A lo mejor Ala de Mariposa le ha contado algo a Hojarasca Acuática.

—El Clan del Río tiene problemas, no cabe duda —dijo Glayino.

—¿Qué les pasa? ¿Cómo puedes estar tan seguro? —Carrasquera daba vueltas a su alrededor.

—He visto a Blimosa en un sueño. Estaba preocupada por tener que buscar un nuevo hogar.

—¡Un nuevo hogar! —La aprendiza se quedó de piedra—. ¡Eso es espantoso! ¿Qué va a hacer Estrella de Fuego?

—Nada —replicó Glayino—. No quiere interferir.

—Pero ¡debe hacerlo! —exclamó Carrasquera, casi sin aliento—. Si el Clan del Río tiene problemas…

—Estrella de Fuego dice que no es asunto nuestro. —Glayino notó un hormigueo de irritación al recordar la forma en que el líder lo había despachado. Una vez más.

—Entonces, ¿tenemos que quedarnos de brazos cruzados?

—Mira, estoy cansado. —Siguió caminando hacia la guarida de la curandera—. Si quieres, ve a discutir con Estrella de Fuego. Es él quien toma las decisiones.

Dejó atrás a Carrasquera, notando su mirada y la indignación que sentía mientras se preguntaba si encararse a Estrella de Fuego o no.

No era propio de su hermana ser tan indecisa. ¿Se sentiría más segura si él le contara que conocía a los tres gatos que tenían en sus manos el poder de las estrellas? «No, todavía no», se dijo. Algo hacía que se contuviera. Sentía

cierto placer en guardarse esa información para él solo, y también cierto temor de que contar su destino en voz alta pudiera cambiarlo todo.

En ese preciso instante, lo único que quería era dormir y permitir que sus doloridas patas descansaran.

4

—Todavía estoy cansado —se quejó Glayino.

Hojarasca Acuática estaba guiándolo hacia el lago.

—Pero el mediodía es el mejor momento para recolectar malva, cuando las hojas están secas —le respondió la gata.

Glayino bostezó. Aún le dolían las zarpas, y tenía la sensación de que apenas había cerrado los ojos cuando su mentora lo despertó. Por lo menos el día era cálido. Ya no había ninguna posibilidad de que las largas garras de la estación sin hojas obligaran a retroceder a la estación de la hoja nueva. La luz del sol que se colaba a través del nuevo follaje de los árboles era lo bastante caliente para que el aprendiz notara un cosquilleo en la piel. Los pájaros se llamaban unos a otros, y a lo lejos se oía chillar y chapotear a los Dos Patas que jugaban en el agua. Glayino se estremeció al recordar su caída al lago, de donde lo había rescatado Corvino Plumoso. Si podía evitarlo, no pensaba volver a mojarse las patas.

El agua borboteaba cerca de allí. Glayino solo había tomado esa ruta una vez, y le llegó el olor del arroyo que descendía por el bosque hasta el lago. Arrastraba el aroma de las montañas, igual que la torrentera que llevaba hasta la Laguna Lunar. Hojarasca Acuática lo guio a lo largo de la orilla, zigzagueando entre los árboles que bordeaban su recorrido. La hierba era blanda y fresca, y Glayino lamentó que su mentora se apartara de la herbosa ribera para bajar al pedregoso borde del lago.

—El nivel del lago ha subido más de lo que me esperaba —maulló la curandera, deteniéndose—. No podremos recolectar todas las plantas que quería, pero veo una mata por ahí.

Se dirigió hacia una dulce fragancia, y Glayino la siguió.

De pronto, en el bosque que ahora quedaba a sus espaldas revolotearon las hojas, y unas pisadas resonaron rápidas y ligeras sobre el suelo forestal.

¡Una ardilla!

Unas diminutas patas saltaron por la ribera del arroyo y treparon por un árbol, cuyas hojas susurraron. Luego sonó un chapoteo. Una patrulla de caza corría hacia Glayino, vadeando el arroyo.

—¿Sabes por dónde ha ido la ardilla? —le preguntó Betulón desde los árboles.

Glayino indicó con el hocico hacia el lugar en que estaba la criatura, saltando sobre una rama baja.

—¡Yo la atraparé! —exclamó Ratolino.

Los guijarros de la orilla repiquetearon cuando el aprendiz salió del agua chapoteando para trepar por el tronco. Glayino se agachó, parpadeando, cuando le cayó encima una rociada de trocitos de corteza arrancados por las ansiosas garras de Ratolino. La rama que tenía encima crujió, y Glayino oyó un chillido de sorpresa.

Pero no se trataba de la ardilla, sino de Ratolino.

El aprendiz cayó de la rama y aterrizó sobre los guijarros, al lado de Glayino.

—¡Cagarrutas de ratón! —El pequeño se puso en pie con el pelo alborotado y muerto de vergüenza.

—¿La has atrapado? —le preguntó Glayino.

Las hojas susurraron por encima de ellos: la ardilla había conseguido escapar.

—¡Buen intento! —exclamó Zancudo desde el arroyo.

—¡La próxima vez la atraparé! —le respondió Ratolino a su mentor.

El intenso olor del arroyo había confundido a Glayino, pero, cuando la patrulla del Clan del Trueno se acercó sacudiéndose el agua de las patas, reconoció a todos sus integrantes. Cenizo y Leonino estaban con Betulón, Zancudo y Ratolino.

Leonino bajó hasta la orilla del lago.

—Hola —saludó a su hermano.

—Buena mañana para cazar —contestó el aprendiz de curandero, tocándolo levemente con la cola.

—Hum.

Glayino se puso alerta, picado por la curiosidad. Su hermano parecía distraído, no tenía la mente puesta en la caza por completo.

—¿Qué haces aquí abajo, Glayino? —le preguntó Betulón desde el arroyo.

—Estoy ayudando a Hojarasca Acuática a recolectar hierbas —respondió, señalando con la cabeza hacia su mentora, que estaba orilla abajo, hurgando entre los tallos de una mata de malvas.

—¿Qué está haciendo? —quiso saber Leonino.

—Desenterrar malvas. ¿Ves alguna mata más por aquí?

—Acabo de ver una cerca de un viejo palo que hay ahí. —Leonino empujó a su hermano en la dirección correcta—. Pero ten cuidado. Hay muchas ramas y trozos de madera que el agua ha depositado en la orilla. No vayas a tropezar.

—Vamos —llamó Cenizo a Leonino con impaciencia—. ¡Volvamos a la caza!

—¿Puedes arreglártelas? —le preguntó el joven a su hermano.

—¡Por supuesto!

—Vale. Nos vemos luego. —Y se alejó con un repiqueteo de guijarros.

Glayino se quedó escuchando cómo la patrulla desaparecía entre los árboles, envidiando un poco a sus hermanos. Con aquel tiempo, cazar sería mucho más divertido que recoger hojas. Suspiró con resignación y se dirigió hacia la mata de malva que Leonino había localizado. Ahora ya podía oler su dulce aroma a rosas, caldeado por el sol. Fue avanzando por la orilla con cuidado, evitando los desechos que la crecida había arrastrado a tierra firme. Alargó el cuello hasta tocar una hoja de malva y aspiró profundamente.

Su pata delantera chocó contra algo duro. ¿Era el tronco que había mencionado Leonino? Se inclinó a olfatearlo y notó su lisura en la nariz. Había perdido toda la corteza y la madera estaba seca como el hueso. No podía haber estado mucho tiempo en el agua, o seguiría empapado a pesar del sol de la estación de la hoja nueva. Glayino deslizó una pata por encima. La madera desnuda parecía pulida bajo su almohadilla.

También percibió algo extraño: marcas arañadas a lo largo de la rama, demasiado nítidas y regulares para ser naturales. Algunas de ellas estaban cruzadas por otras líneas, como dos senderos que fueran en direcciones distintas.

—¿Qué es eso?

La voz de Hojarasca Acuática sonó a sus espaldas y lo sobresaltó. Estaba tan absorto que no la había oído acercarse.

—Un palo. —Haciendo un esfuerzo, lo sacó de debajo de la mata de malva, donde se había quedado enredado—. Mira esas líneas.

La curandera lo olfateó.

—No huele a nada. Supongo que habrá llegado por el lago.

—Pero las líneas son muy extrañas —replicó Glayino—. Son demasiado uniformes.

—Tienes razón —coincidió la curandera—. Me pregunto quién las habrá hecho. ¿Un zorro, quizá, o un tejón?

—Son demasiado delicadas para ser de tejón o de zorro.

—Tal vez sea algo de los Dos Patas —maulló la gata, y sacudió la cola—. Venga, desenterraré unas cuantas raíces de esta planta para añadirlas a las que ya he recolectado.

Glayino captó el hedor a pescado del barro del lago en las patas de su mentora.

—Tú ve arrancando unas cuantas hojas —continuó Hojarasca Acuática—. Si tenemos suerte, se habrán secado antes de que vuelva a llover.

A Glayino le pareció extraño que su mentora no prestara más atención a aquel curioso palo. Nunca se habían tropezado con algo así. De mala gana, el joven despegó las patas de su hallazgo y notó las almohadillas calientes por el contacto con la madera. Mientras Hojarasca Acuática excavaba alrededor de las raíces y tiraba para desenterrarlas de la empapada tierra, el aprendiz arrancó un bocado de hojas de malva.

—Llevemos todo esto al campamento —maulló la gata cuando terminaron —. He dejado las otras raíces allí.

Y se alejó mientras Glayino recogía las hojas.

De camino a la orilla, el aprendiz se detuvo. «¿Y el palo?». No podía dejarlo donde estaba. El agua acabaría llevándoselo de allí. Depositó en el suelo las hojas de malva, volvió hasta lo que quedaba de la mata y empezó a arrastrar el palo orilla arriba, alejándolo de la línea de agua.

—No podemos llevárnoslo a casa —maulló Hojarasca Acuática, regresando a su lado. Las raíces que llevaba en la boca amortiguaban su voz.

—Pero podemos dejarlo en un lugar seguro —contestó Glayino. «Me gustaría volver a echarle un vistazo».

—De acuerdo, pero date prisa. Quiero extender las hojas al aire libre mientras el sol siga calentando.

Glayino tiró del palo, lo hizo rodar sobre los guijarros y lo pasó entre los desechos que abarrotaban la orilla. Poco después, resollando por el esfuerzo, notó el roce de la hierba en el pelo. Había llegado a la ribera del arroyo. Tanteó a su alrededor hasta encontrar un hueco detrás de una raíz retorcida, y arrastró el palo hasta allí, esperando que quedara bien sujeto si el nivel del agua seguía subiendo. Sintió un fogonazo de angustia ante la idea de que aquel palo acabara hundiéndose en el lago.

—¡Vamos! —maulló Hojarasca Acuática con impaciencia.

Glayino corrió a recoger las hojas que había dejado y siguió a su mentora hacia la línea de árboles. Le pesaban las patas y se sentía desazonado. Dejar aquel palo allí no estaba bien. Pero quería entender por qué.

«Volveré», prometió.

5

Leonino se puso tenso al ver brillar en la oscuridad los ojos de Carrasquera, que se cerraron cuando él volvió a su lecho. Su hermana había estado esperando a que regresara a la guarida de los aprendices.

—Ya vale —le siseó el joven al oído—. Solo he salido a hacer mis necesidades.

Flexionó las garras. ¿Por qué tenía que darle explicaciones sobre todo lo que hacía? Carrasquera rodó hacia el otro lado sin responder. Leonino se ovilló en su lecho, dándole la espalda a su hermana.

En el exterior, la luna brillaba en lo alto, el cielo estaba despejado y el aire era cálido. El aprendiz se moría de ganas de escabullirse del campamento para ver a Zarpa Brecina. Ella no lo miraba entornando los ojos de esa forma, como si esperase demostrar que era un traidor. Ella sabía que solo estaban jugando, no intercambiando secretos de clan. Cerró los ojos, notando un fuerte nudo en el estómago por la rabia, y pronto se quedó dormido. Empezó a soñar.

Carrasquera lo miraba parpadeando. Sus ojos relucían desde la oscuridad de una madriguera. Estaban llenos de calidez y emoción, como cuando jugaban de cachorros. Leonino se acercó a la entrada. ¿Qué estaba haciendo su hermana allí?

—¿Carrasquera?

—Voy a atraparte —maulló, burlona.

Así que se trataba de eso.

Un juego.

Leonino se agazapó y se aproximó más. Carrasquera agitó los bigotes maliciosamente y sus ojos ámbar centellearon en la oscuridad.

A Leonino se le heló la sangre en las venas.

¿«Ámbar»? ¡Carrasquera tenía los ojos verdes!

El joven retrocedió. Los ojos habían perdido su brillo juguetón. Se clavaron en él con crueldad. Allí no estaba Carrasquera. En la madriguera sonó un gruñido. ¡Un zorro! Leonino intentó echar a correr, pero sus patas parecían haberse vuelto de piedra. Con un gruñido, la criatura se abalanzó sobre él, mostrando unos colmillos rojos de sangre.

Leonino se despertó y se levantó de un salto. Una pálida luz se filtraba a través de las ramas de la guarida, moteando el pelaje de los aprendices dormidos.

Carrasquera alzó la cabeza de golpe.

—¿Estás bien, Leonino?

—Solo he tenido una pesadilla —respondió sin aliento.

Su hermana se inclinó hacia él.

—¿Sobre qué?

—Un zorro —maulló el joven con voz estrangulada.

—Aquí dentro no hay zorros. —Carboncilla se acercó desde su lecho y le dedicó un guiño de ánimo.

Leonino se irritó. ¿Es que no había ningún sitio donde estuviera a salvo de aquel par de entrometidas? Pasó ante ellas.

—Me voy a comer algo —maulló, saliendo de la guarida a grandes zancadas.

Zarzoso estaba contemplando el campamento desde la Cornisa Alta. Leonino supuso que Estrella de Fuego estaría patrullando. Glayino estaba aseándose junto a la roca quebrada que sobresalía del suelo, en el extremo más alejado del claro, pero se detuvo cuando su hermano cruzó el campamento.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, ladeando la cabeza.

—He tenido una pesadilla, nada más —masculló Leonino.

Fue hasta el montón de la carne fresca, escogió un ratón pequeño y rígido, y lo llevó junto a Glayino.

Lo compartieron en silencio. Al menos su hermano no parecía querer meter la nariz en todo lo que él había hecho en la última luna.

—¡Leonino! —Cenizo salió de la guarida de los guerreros—. Esta mañana vamos a entrenar en la hondonada con Fronde Dorado y Carrasquera.

«¡Oh, genial! ¿Es que nunca podré librarme de ella?».

La barrera de espinos tembló con la llegada de una madrugadora patrulla de caza. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena llevaban presas en la boca. Zancudo y Ratolino habían atrapado un ratón cada uno, y Candeal sujetaba entre los dientes un carnoso tordo.

—¿Todo bien? —preguntó Zarzoso desde la Cornisa Alta.

Estrella de Fuego dejó su pieza en el montón de la carne fresca.

—Todo tranquilo y, como puedes ver, hay presas en abundancia.

Bayino ya estaba en el montón de la carne, olfateando el tordo que Candeal había depositado allí. Lo tomó y se lo llevó a la maternidad.

—Hola, Glayino. —Carrasquera cruzó el claro junto a Carboncilla—. ¿Queda comida?

—Puedes comer luego, Carrasquera. —Fronde Dorado estaba paseándose delante de la entrada del campamento—. Primero, el entrenamiento.

Leonino engulló lo que quedaba del roedor sintiendo una pequeña satisfacción. Probablemente su hermana había estado cotilleando sobre él. «Se lo tiene merecido si pasa hambre». Se incorporó y corrió hacia Fronde Dorado. Cenizo se reunió con ellos atravesando el claro.

—¡Estoy muerta de hambre! —se quejó Carrasquera, uniéndose al grupo.

—Cazaremos después del entrenamiento de combate —le prometió Fronde Dorado.

Y salió disparado por el túnel de espinos. Leonino lo siguió al lado de Cenizo, dejando que su hermana corriese tras ellos para alcanzarlos. Se dirigieron en silencio a la hondonada de entrenamiento. El sol se colaba oblicuamente a través de las verdes hojas, y el aire temblaba con el trino de los pájaros. Leonino vio cómo Carrasquera se relamía.

Cenizo se sentó en el centro de la hondonada, moviendo la cola sobre el suelo musgoso.

—Hoy vamos a reflexionar sobre cómo luchan los otros clanes… Sobre sus puntos fuertes y sus puntos débiles, y la mejor forma de sacarles provecho.

—Bueno, ¿qué ventajas tienen los demás clanes? —preguntó Fronde Dorado.

—El Clan del Río sabe nadar —maulló Carrasquera—, lo que significa que pueden acercarse desde el agua.

—Los gatos del Clan del Viento se camuflan bien y son pequeños, de modo que es más difícil detectarlos —aportó Leonino.

—A menos que tengan el viento en contra —señaló Carrasquera—, porque, en ese caso, su olor a conejo los delata.

Leonino se sulfuró. Zarpa Brecina no olía a conejo.

—¿Y qué decís del Clan de la Sombra? —quiso saber Cenizo.

—Bueno, son malvados sin más —gruñó Carrasquera—, así que nunca se sabe cómo caerán de bajo en un ataque. Eso los vuelve impredecibles.

—¿Y sus puntos débiles? —preguntó Fronde Dorado.

—El Clan de la Sombra es débil porque cree que es más valiente de lo que es en realidad —contestó Carrasquera—. Y el Clan del Río está tan bien alimentado que es más lento que nosotros.

Leonino cambió el peso de una pata a otra, pensando en algo que decir. Su hermana estaba respondiendo a todo la primera.

Cenizo lo miró.

—¿Y el Clan del Viento?

A Leonino se le secó la boca. La mirada de su mentor parecía estar atravesándolo. ¿Le habría contado Carrasquera sus encuentros con Zarpa Brecina? Al darse cuenta de que los tres estaban mirándolo sin pestañear, esperando su respuesta, empezó a sentir pánico y un hormigueo en las zarpas. «¡Vamos, puedes hacerlo!».

Carrasquera puso los ojos en blanco.

—Leonino cree que el Clan del Viento no tiene defectos.

Al oír la acusación de su hermana, le ardieron las orejas. ¿Por qué estaba siendo tan poco sutil? ¿Es que quería recordarle que tenía el poder de meterlo en un gran problema? La rabia le subió por la garganta.

—¡Eso no es verdad! —bufó.

—¿Qué no es verdad? —preguntó Zarzoso, bajando hacia ellos por la pendiente, seguido de Bayino.

—¡Carrasquera me está acusando de apoyar al Clan del Viento! —exclamó Leonino, levantando la barbilla.

—¿Por qué iba a hacer eso tu hermana?

—Solo estaba bromeando —maulló la aprendiza—. Leonino está muy quisquilloso hoy; ha tenido una pesadilla.

Leonino sacudió la cola. ¿Acaso Carrasquera estaba decidida a hacerlo parecer un idiota? ¡Iba a enseñarle lo que era bueno!

—Los gatos del Clan del Viento son rápidos, pero no tan fuertes como nosotros porque en el páramo no tienen árboles a los que trepar —gruñó, fulminándola con la mirada.

—Muy bien —asintió Fronde Dorado—. Parecéis conocer lo básico. Ahora vamos a practicar algunos movimientos. Primero, probemos uno que serviría con un gato del Clan del Río.

A toda velocidad, se metió por debajo de la barriga de Cenizo y le mordió la pata trasera. El guerrero gris se revolvió, listo para contraatacar, pero el mentor de Carrasquera ya se había puesto fuera de su alcance. Cenizo saltó hacia él, pero Fronde Dorado rodó por el suelo para alejarse, se levantó de un

brinco y se abalanzó sobre el lomo de su compañero, haciendo que perdiera el equilibrio y que rodara de lado. Los dos guerreros se pusieron en pie de un salto, se sacudieron la tierra del pelo y se volvieron hacia sus aprendices.

—Ahora, probad vosotros —maulló Cenizo.

—Leonino —dijo Fronde Dorado, tocándole el costado con la cola—, tú serás el gato del Clan del Río porque eres más grande y fornido. Carrasquera, tú intenta desequilibrarlo como he hecho yo con Cenizo.

La aprendiza asintió.

—¡No me lo pongas fácil! —le pidió a su hermano, con los ojos brillantes de determinación.

—No te preocupes; no lo haré —bufó Leonino apretando los dientes. ¿Sabía Carrasquera cuánto lo estaba irritando?

Notó cómo la aprendiza corría a meterse debajo de su barriga y le rozaba la pata trasera con los colmillos, pero él no pensaba dejarla ir tan fácilmente como había hecho Cenizo. Dejó caer todo su peso sobre el de ella antes de que pudiera escabullirse, y luego la agarró con las zarpas y tiró hasta derribarla de costado.

—¡Eh! —chilló la aprendiza—. ¡No es así como tenías que hacerlo!

—¡Deberías haber sido más rápida! —le soltó él, y comenzó a arañarle el lomo con las garras traseras mientras le sujetaba los omoplatos con las delanteras.

—¡Me estás haciendo daño! —aulló Carrasquera, luchando por liberarse.

—¡Leonino, ya basta! —La cortante orden de Zarzoso dejó paralizado al joven. Carrasquera se zafó de sus garras y se puso en pie. El lugarteniente del Clan del Trueno estaba mirándolo con ojos llameantes—. ¡Esto es un entrenamiento! ¡No queremos que nadie resulte herido!

Leonino se levantó.

—Lo lamento —maulló—. Me he dejado llevar.

Carrasquera estaba lamiéndose los arañazos que le había propinado su hermano. Leonino sintió una oleada de culpabilidad por haber sido presa de la ira. Agachó la cabeza.

—Lo lamento, Carrasquera —murmuró. La rabia que le había hervido en el estómago durante toda la mañana se desvaneció—. Lo lamento de verdad…

Miró nervioso a su padre, esperando ver su enojo en los ojos del guerrero, pero lo único que percibió en ellos fue preocupación.

—¿Os importaría entrenar a Carrasquera y a Bayino esta mañana? —les preguntó el lugarteniente a Cenizo y Fronde Dorado—. Me llevo a Leonino

de caza.

Con la piel ardiendo de vergüenza, el joven siguió a su padre fuera de la hondonada de entrenamiento. Se preparó para recibir un rapapolvo, pero Zarzoso se limitó a avanzar en silencio entre los árboles.

—No debería haber dejado que la rabia se apoderara de mí —balbució el aprendiz, decidido a ir directo al grano—. Pero Carrasquera lleva toda la mañana fastidiándome.

Zarzoso siguió sin decir nada.

—Ya sé que eso no es excusa —continuó Leonino—. No volverá a ocurrir.

—Lo sé —maulló Zarzoso, antes de detenerse a mirarlo—. Es muy impropio de ti. —Suspiró—. Siempre he confiado en que tú cuidaras de tus hermanos.

El joven se quedó cabizbajo. Había decepcionado a su padre.

—¿Te preocupa algo? —le preguntó el lugarteniente—. ¿Hay algo… —hizo una pausa— que te incomode? —maulló finalmente.

Leonino sabía que no podía contarle nada a su padre de Zarpa Brecina, y menos aún que Carrasquera lo vigilaba para que no volviera a verla.

—Es solo que… —Se quedó callado. ¿Cómo iba a explicar su rabia si no podía decirle nada de eso?—. Tengo la sensación de que Carrasquera no confía en que sea un guerrero leal.

Zarzoso asintió.

—Sé lo que se siente cuando alguien piensa eso de ti —maulló, y echó a andar de nuevo entre los árboles. Desconcertado, Leonino corrió tras él—. Ser hijo de Estrella de Tigre significó tener que ganarme la confianza de todos los gatos del Clan del Trueno una y otra vez —continuó el guerrero quedamente —. De modo que sé lo frustrante que es cuando te ves obligado a demostrar algo que no tendrías por qué demostrar.

El suelo cubierto de hojas ascendió ante los gatos, que hundieron las garras en la blanda y aromática tierra para trepar mejor.

—El problema es que todos veían únicamente la parte mala de Estrella de Tigre. Se habían olvidado de que era un guerrero audaz y brillante.

Leonino levantó las orejas. ¿Es que su padre estaba defendiendo a Estrella de Tigre?

—No he olvidado cómo Estrella de Tigre traicionó a su clan —maulló Zarzoso, como si hubiera captado la sorpresa de su hijo—. Pero todos tenemos virtudes y defectos. Debe de ser triste que te recuerden solo por tus defectos. Por el contrario, yo espero que me recuerden por mis virtudes.

—Por supuesto que te recordarán por eso —maulló Leonino, que sintió un hormigueo ante la idea de que su padre no fuera más que un recuerdo—. Todos los gatos del clan te respetan.

—Ojalá fuera verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que quizá haya un miembro del clan que no me desee ningún bien —dijo en un susurro.

A Leonino le dio un vuelco el corazón.

—¿Quién?

Zarzoso sacudió la cabeza.

—No es importante. Olvida lo que te he dicho.

—Pero si hay alguien en quien no confías…

Zarzoso lo interrumpió:

—Si quieres que te recuerden por tus virtudes, debes trabajar en ellas. Y si eso significa demostrar lo que vales ante los que dudan de ti, entonces hazlo. No puedes obligar a Carrasquera a que crea en ti. Debes demostrarle que merece la pena creer en ti.

Leonino sintió que le pesaban las patas. «¿Por qué tengo que demostrarle mi valía a Carrasquera? ¡Yo no he hecho nada malo!».

¡Clac!

Una piedra chocó contra el muro del campamento y aterrizó en el suelo, junto a la guarida de los aprendices.

Leonino levantó la cabeza, parpadeando en la oscuridad. ¿Habría un conejo buscando comida en lo alto de la hondonada?

¡Clac!

No podía ser un conejo. La caída de la primera piedra lo habría hecho salir corriendo hacia el bosque.

Picado por la curiosidad, el joven se puso en pie sin hacer ruido. Lanzó una mirada a Carrasquera y vio que estaba profundamente dormida. «¡Gracias, Fronde Dorado!», maulló para sus adentros. El mentor de su hermana se la había llevado a cazar al extremo más alejado del bosque, y había regresado agotada y con las zarpas doloridas, pero felizmente cargada con tres ratones.

Leonino se deslizó junto al lecho de Carrasquera y salió de la guarida.

¡Clac!

¡Toc!

Una piedrecilla aterrizó cerca de sus patas. El joven retrocedió de un salto y miró con recelo hacia arriba. Dos brillantes ojos redondos lo observaron desde el despeñadero, y luego parpadearon.

¡Estaban espiando el campamento! ¿Debería contárselo a alguien? Leonino miró a su alrededor. El claro estaba iluminado por la luz de la luna y no había ni el menor movimiento, de modo que pensó que era mejor no despertar a nadie hasta estar seguro de que había algún peligro. Parecería un tonto si daba la voz de alarma porque un cervatillo curioso había descubierto la hondonada, así que investigaría primero, y solo daría la voz de alarma si había algún peligro.

El pelaje de Candeal resplandecía en la entrada del campamento. Sin duda, la guerrera estaba de guardia y, si había problemas, podría llamarla.

El aprendiz bordeó el claro sigilosamente y se abrió paso entre las zarzas que había junto a la guarida de la curandera. Sabía que desde allí podía trepar por el muro. Irguiéndose entre las espinosas ramas, tanteó hasta localizar la primera repisa y saltó hasta ella. Luego, moviéndose con mucho cuidado para no desprender piedrecillas, fue de repecho en repecho, hasta que por fin alcanzó la hierba de la cima. Se agazapó para recuperar el aliento, y luego empezó a rodear el borde de la hondonada. Un maullido suave sonó debajo de los helechos que crecían delante de él.

—¡Leonino! —El joven se quedó helado cuando vio a Zarpa Brecina saliendo entre las arqueadas frondas—. Gracias al Clan Estelar que eres tú…

—¿Eras tú quien estaba tirando piedrecitas? —Leonino se quedó mirándola, alarmado. ¿Y si la hubieran sorprendido allí?—. ¿Va todo bien?

—¡Tenía que verte!

Con una sensación cálida en el pecho, el joven se dijo que Zarpa Brecina era más valiente incluso de lo que él pensaba. Pero tenía que alejarla del campamento.

—Sígueme —susurró, dirigiéndose hacia la ladera que llevaba al lago; la gata, sin embargo, no se movió—. ¡Vamos! —le suplicó, volviéndose a mirarla.

A Zarpa Brecina le centelleaban los ojos.

—¡No vayamos por ahí! ¡Tengo que enseñarte una cosa! —Y se metió de nuevo entre los helechos.

Leonino corrió tras ella.

—¿Adónde vamos?

—¡Espera y verás!

La aprendiza parecía estar yendo hacia la vieja madriguera de zorros. Leonino redujo el paso.

—¡Ten cuidado! —le advirtió.

—No te preocupes —respondió ella—. Ya no hay zorros. —Y se detuvo delante de unos densos zarzales que cubrían la falda de una escarpada ladera —. Espera aquí.

Su cola desapareció entre las zarzas, y Leonino se quedó mirando cómo los arbustos se estremecían a su paso. ¿Adónde iba? Un búho ululó desde una rama en lo alto. El joven ahuecó el pelo y miró a su alrededor, nervioso.

—¡Aquí!

Leonino levantó la cabeza y vio a Zarpa Brecina saludándolo desde la empinada ladera, en la entrada de un pequeño túnel.

—¿Qué estás haciendo ahí? —le preguntó. Parecía una madriguera de conejos.

—¡No te creerás lo que hay dentro! ¡Venga, sube!

Y volvió a desaparecer en la oscuridad.

Con un hormigueo en las patas, Leonino entró retorciéndose debajo de las zarzas, haciendo una mueca cada vez que las espinas se le enganchaban en el pelo. Al salir de la maraña espinosa, trepó por la ladera y se detuvo en la entrada de la madriguera.

—¿Zarpa Brecina? —llamó, con el corazón acelerado.

—¡Vamos, entra de una vez! —La voz de la joven sonó con un extraño eco desde las sombras.

Leonino hizo lo que ella le pedía.

El túnel estaba negro como boca de lobo. Agazapado, fue avanzando como pudo, con la tierra húmeda presionando su cuerpo. ¿Qué estaba tramando su amiga del Clan del Viento? Aquel sitio era a duras penas lo bastante grande para un conejo, un gato no podía pasar por allí. De pronto, notó más espacio a su alrededor y un aire frío en la piel. El túnel se había vuelto más ancho. Aliviado, se irguió y siguió andando hasta sentir el aliento de Zarpa Brecina en la mejilla.

—¡La entrada lleva a una cueva! —exclamó la joven—. Hay montones de túneles debajo de esta parte de la colina, y uno de ellos va directo al territorio del Clan del Viento.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿cómo lo encontraste?

—Corvino Plumoso me mandó a cazar ratones entre las rocas que hay justo en la parte alta del páramo, no muy lejos del campamento. Perseguí a uno hasta una grieta, y me di cuenta de que esta acababa convirtiéndose en un

túnel. Al entrar en él, descubrí que había muchos más que iban en todas direcciones.

—¿No te dio miedo perderte?

—Al principio los exploré despacio, asegurándome de conocer a la perfección una ruta antes de probar otra. Y entonces descubrí una que conducía a una gran caverna. Es asombrosa. Tiene un agujero en el techo por el que entra luz. ¡Y luego encontré un camino hasta tu territorio! —maulló, triunfal—. ¿No es maravilloso?

Leonino apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Un túnel que va de nuestro territorio al vuestro! —exclamó con voz estrangulada—. ¡Eso es fantástico! Si hubiera un incendio o un ataque, el Clan del Trueno podría usarlo para escap…

—¡No! —lo interrumpió Zarpa Brecina, frustrada—. No debemos contárselo a nadie. ¿Es que no lo ves? ¡Este puede ser nuestro sitio!

—¿Nuestro sitio?

—¡Podemos encontrarnos aquí sin que nadie se entere nunca! Ni siquiera tu hermana podrá imaginarse adónde vas.

Leonino agitó los bigotes. ¡Ahora podría ver a Zarpa Brecina siempre que quisiera y nadie lo sabría!

—¡Es una idea magnífica! Eres genial, Zarpa Brecina.

La aprendiza ronroneó y restregó el hocico contra la mejilla del joven. Luego giró en redondo.

—Sígueme. Te enseñaré la cueva.

Sus patas desaparecieron en la oscuridad. Leonino sintió que el miedo le atenazaba el estómago. Controló el impulso de volver corriendo al bosque y decidió seguir a la aprendiza. La oscuridad lo oprimía, y de pronto comprendió cómo debía de sentirse Glayino. Olfateó, buscando rastros de zorro o conejo, o incluso de tejón, pero tan solo captó el olor de la tierra mojada. Era un olor rancio y mohoso, como si ninguna criatura hubiera pasado por allí en lunas.

—¿Cómo es que ningún otro animal usa este lugar? —preguntó, extrañado.

—Me imagino que nadie habrá tenido la suerte de encontrarlo. —La voz de Zarpa Brecina resonaba siniestramente delante de él.

—Alguien tiene que haberlo descubierto antes que tú.

—Yo nunca he captado más olores que los de la piedra y el agua.

Leonino se sintió desazonado.

—Pero parece improbable que seamos los primeros…

De repente, el túnel se iluminó, desembocando en una amplia gruta. El aprendiz se quedó paralizado y miró a su alrededor, atónito. Las paredes rocosas estaban iluminadas por la luz de la luna, que se colaba por un pequeño agujero en el techo, tal como le había dicho Zarpa Brecina. El suelo era de piedra lisa y terrosa, ondulada aquí y allá, como si zarpas gigantescas hubieran dejado su huella. Y lo más asombroso de todo era que un río serpenteaba por allí, hasta desaparecer en las sombras por un túnel bajo y ancho.

¿Un río subterráneo? ¿Cómo era posible?

—¿No es fantástico? —Zarpa Brecina saltó a una repisa rocosa—. ¡Será como nuestro propio campamento! Podríamos ser el Clan Oscuro. Yo seré la líder y tú puedes ser mi lugarteniente.

—¿Lugarteniente? ¿Y si quisiera ser el líder? —protestó Leonino.

—¡Yo he encontrado este sitio, así que soy la líder!

Zarpa Brecina saltó sobre él y lo derribó.

Ronroneando, el joven aterrizó con suavidad en el suelo de la gruta.

—De acuerdo, Estrella Brecina —rio—. ¿Cuál es el plan?

—¡Leonino, despierta!

El joven aprendiz notó que una zarpa se le clavaba con delicadeza en las costillas. Levantó la cabeza de golpe, sorprendido al verse rodeado de paredes rocosas. Luego se acordó. Estaba en la cueva. Zarpa Brecina estaba sentada junto a él, con ojos legañosos.

—¡Mira! —La aprendiza alzó la cabeza hacia el agujero del techo—. Nos hemos quedado dormidos.

El cielo estaba pálido con las primeras luces del alba.

Leonino se puso en pie de un salto.

—¡Tengo que irme a casa! —Miró angustiado los numerosos túneles que se abrían en los muros de la cueva—. ¿Cuál es el que lleva al campamento del Clan del Trueno?

Zarpa Brecina se acercó a un pasaje estrecho cerca del borde del río.

—Es ese. —Y señaló con la cola un túnel más ancho en la pared de enfrente—. Yo me voy por este otro. —Sus ojos brillaron—. ¿Volverás esta noche?

—Sí. —Leonino se moría de ganas—. Espero poder escaparme.

La despedida de Zarpa Brecina resonó a sus espaldas mientras corría túnel abajo. Sus compañeros de guarida ya habrían notado que no estaba en su

lecho. ¿Cómo iba a explicar su ausencia esta vez? Seguro que Carrasquera no le creería. Tenía que inventarse una buena razón para salir tan temprano del campamento, o sería imposible volver a ver a su amiga esa noche.

El túnel se volvió más angosto y algo lo rozó. Debían de ser las paredes, al ir estrechándose. ¿Le habría indicado Zarpa Brecina la ruta correcta? El joven aprendiz empezó a inquietarse. ¿Y si no lograba encontrar la salida? Volvió a notar que algo lo rozaba. Le pareció más suave, como si un gato se restregara contra él. Alarmado, se puso a correr, apretando el paso en la oscuridad, y notando que el miedo apenas lo dejaba respirar.

Una luz brilló más adelante. Cuando salió disparado por el agujero, las patas le temblaban de alivio y desesperación. La luz del alba le dio de lleno, haciéndolo bizquear mientras miraba con disimulo a su alrededor. No había ni rastro de patrullas. Descendió hasta las zarzas, las cruzó agachándose y corrió hacia el campamento.

«¡No puedo volver a casa con las zarpas vacías!», pensó, frenando en seco.

Un gorrión revoloteó sobre su cabeza. «Nadie tendrá queja alguna si alimento a mi clan», se dijo Leonino, adoptando la postura de acecho. Inmóvil como una roca, observó cómo el gorrión bajaba al suelo y esperó a que se le acercara a saltitos, conteniéndose para no atacar antes de tenerlo a su alcance. Las hojas susurraban a medida que el pajarillo se iba aproximando. El aprendiz amasó el suelo con las patas traseras. Un saltito más…

«¡Te tengo!». Abalanzándose con la rapidez de una serpiente, Leonino mató al gorrión de un solo movimiento. Tomó el cuerpecillo inerte entre los dientes y se encaminó al campamento.

—Hola, Leonino —lo saludó Candeal, todavía de guardia en la entrada—. No te he visto salir.

Él respondió sin soltar a su presa:

—He salido por el aliviadero.

Notó un hormigueo en la cola al mentir, pero no tenía elección.

—Parece que alguien va a disfrutar de un agradable desayuno temprano —comentó Candeal.

—Hum —asintió el joven, pasando ante ella y entrando en la hondonada.

Carrasquera estaba tumbada al lado de la roca partida con Glayino. Levantó la vista cuando su hermano entró en el campamento. El joven la saludó con un movimiento de la cola y dejó su presa en el montón de la carne fresca.

—Te has levantado muy pronto, ¿no? —maulló Glayino cuando su hermano trepó a la roca lisa y comenzó a lavarse.

—Los pájaros arman tanto escándalo que me sorprende que os dejen dormir —contestó él, pensando deprisa.

Carrasquera entornó los ojos.

—Después de la sesión de caza que tuve ayer con Fronde Dorado, habría dormido con cualquier ruido.

Leonino se pasó una pata por la oreja. Tenía un nudo en el estómago. Detestaba mentir. No estaba haciendo nada malo al jugar con Zarpa Brecina, pero sabía que sus compañeros de clan no lo verían de ese modo.

«Soy leal a mi clan —se dijo—. No debería tener que demostrarlo».

Aun así, notó en la garganta el sabor amargo de la mentira.

6

Carrasquera bostezó mientras se desperezaba en la entrada de su guarida. Notó en las zarpas la calidez del primer sol de la mañana, y miró por encima del hombro: Leonino seguía durmiendo en su lecho.

Carboncilla ya estaba junto al montón de la carne fresca.

—¿Hay algo ahí? —le preguntó Carrasquera a voces.

—Solo un ratón —respondió su amiga, tocándolo indecisa—. Un poquito rancio, pero se puede comer.

Carrasquera se le acercó.

—Quizá deberíamos ver primero si Dalia lo quiere para los cachorros.

—¡No, gracias! —Dalia estaba tomando el sol en la entrada de la maternidad, mientras los hijos de Fronda daban vueltas a su alrededor—. Los pequeños pueden esperar a que la patrulla del alba regrese con algo recién cazado.

—¡A mí no me importa comerme un ratón rancio! —intervino Raposillo.

—No —replicó Dalia—. Estás resfriado. Solo puedes tomar cosas calentitas.

—Pero ¡tengo hambre!

—¡Lo que pasa es que eres un glotón! —se burló Albinilla.

La cachorrita blanca le dio un manotazo en la oreja a su hermano, que giró en redondo y le devolvió el golpe. Ella soltó un chillido y empezó a aporrearlo con las patas traseras.

Dalia apartó la cola cuando los dos rodaron por el suelo delante de ella.

—Será todo un alivio cuando se trasladen a la guarida de los aprendices —maulló.

Carrasquera sabía que no hablaba en serio. Cuando eso sucediera, Fronda volvería a la guarida de los guerreros, y Dalia se quedaría sola en la maternidad vacía. La gata siempre había dejado claro que no estaba hecha

para ser guerrera, pero, sin cachorros en la maternidad, ¿qué sería? Ojalá la estación de la hoja nueva trajera una nueva camada.

—¡Carrasquera! ¡Carboncilla! —Hojarasca Acuática se había asomado desde la guarida de los veteranos—. Venid aquí a limpiar los lechos.

—¡Vale! —Carboncilla se dirigió hacia ella, abandonando al ratón.

—¡Yo iré a por musgo!

Carrasquera sabía que Hojarasca Acuática tenía reservas de musgo fresco junto a su guarida, de modo que corrió a por una bola para los lechos de los veteranos.

El arbusto de madreselva bajo el que dormían Musaraña y Rabo Largo relucía con hojas nuevas. Los zarcillos ondeaban bajo la leve brisa, y se estaban formando nuevos brotes que florecerían en la estación de la hoja verde y llenarían la hondonada de un aroma delicioso. Carrasquera se agachó para entrar en la guarida y dejó el musgo en el suelo. Su joven amiga ya estaba examinando los lechos para deshacerse de los trozos sucios.

Hojarasca Acuática estaba al lado de Rabo Largo, y levantó la cabeza al oír entrar a Carrasquera.

—A Rabo Largo se le ha infectado una picadura de garrapata —maulló—. Estoy poniéndole un emplasto, pero quiero renovarle todo el lecho para que no le pique otra —añadió. La guarida olía mucho a hierbas.

—De acuerdo —asintió la joven.

Musaraña se incorporó trabajosamente.

—Me alegro de volver a ver la estación de la hoja nueva.

Rabo Largo hizo una mueca mientras Hojarasca Acuática le aplicaba más hierbas a la herida.

—El bosque huele muy bien —maulló el veterano—. Estoy pensando en salir.

Carrasquera parpadeó sorprendida. Desde que perdió la vista, Rabo Largo raramente salía del campamento.

—Solo si yo puedo ir contigo —contestó Musaraña con voz cascada—. Necesitarás a alguien que esté ojo avizor por si hay zorros.

—¡Zorros! —Carrasquera enroscó la cola alrededor de su cuerpo.

Carboncilla lanzó una bola de musgo hacia la entrada de la guarida.

—Los zorros no son tan malos.

—¿Que no son tan malos? —repitió Carrasquera con voz estrangulada—. ¿Y qué me dices de los que me persiguieron? ¡Casi me arrancan la cola!

—Solo eras una cachorrita —le recordó su amiga—. Si te los encontraras ahora, no te parecerían tan temibles.

Carrasquera no se quedó muy convencida.

—Los zorros no son más que un incordio —continuó la atigrada gris—. De quienes debes cuidarte es de los tejones. —Se le desorbitaron los ojos—. Son aterradores. —Sintió un escalofrío y se le erizó el pelo del lomo—. Espero no tropezarme con otro mientras viva.

—¿Con otro tejón? —Carrasquera se incorporó—. Si nunca has visto a ninguno.

Carboncilla ladeó la cabeza, con los ojos empañados de confusión.

—Es cierto… —Arrancó un pedacito de musgo sucio del lecho de Musaraña—. Lo habré soñado.

«¡A veces Carboncilla parece una cabeza de chorlito!», pensó Carrasquera mientras alargaba la zarpa para tomar un poco más de musgo limpio. Entonces reparó en Hojarasca Acuática, que estaba mirando boquiabierta a su amiga como si se hubiera quedado paralizada. ¿Qué la había sorprendido tanto? Esa no era la primera vez que Carboncilla se hacía un lío.

Rabo Largo empezó a revolverse, impaciente.

—¿Ya has terminado, Hojarasca Acuática?

—No. —La curandera agachó la cabeza de inmediato—. Quieto, que ya casi está.

Desde el exterior sonó la llamada de Estrella de Fuego:

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Cornisa Alta.

—¿Una reunión de clan? —Musaraña entrecerró los ojos—. Espero que todo esté bien.

Y se puso en pie lentamente. Con un revoloteo de emoción en el pecho, Carrasquera miró de reojo a Carboncilla. ¿Habría ocurrido algo? Salió disparada de la guarida, adelantándose a los demás, y vio cómo Estrella de Fuego bajaba por las rocas caídas desde la Cornisa Alta.

El montón de la carne fresca estaba bien abastecido.

—La patrulla del alba ha vuelto —le susurró a su amiga cuando Carboncilla la alcanzó—. Quizá traigan noticias.

Borrascoso y Rivera se sentaron en el borde del claro, y Látigo Gris y Mili aparecieron por detrás de la guarida de los guerreros. Zarzoso y Esquiruela se sentaron a la sombra de la Cornisa Alta, y Leonino se acercó a su mentor y se sentó a su lado. Dalia se había quedado en la entrada de la maternidad, frenando con la cola a Raposillo y Albinilla, que intentaban ver lo que ocurría.

En cuanto el clan estuvo acomodado, Estrella de Fuego se sentó en el centro del claro, mirando a su alrededor con ojos brillantes.

—No parece que sea nada malo… —le susurró Carrasquera a Carboncilla.

—Hay una cosa que llevo tiempo queriendo hacer —empezó Estrella de Fuego—. Y ahora que ha llegado la estación de la hoja nueva, creo que es un buen momento para nuevos comienzos.

Carrasquera se inclinó hacia delante, emocionada.

—¡Ya es hora de que Mili se convierta en guerrera del Clan del Trueno! —anunció el líder.

Carrasquera se quedó de piedra. Mili era una minina doméstica cuando Látigo Gris la conoció. Él la había entrenado, y ella lo había ayudado durante el largo viaje para encontrar a su clan, pero ¿eso la convertía en guerrera? La aprendiza ni siquiera sabía si la gata creía en el Clan Estelar.

Por el claro se oyeron maullidos de aprobación.

—¡Por fin! —exclamó Candeal.

Betulón amasó el suelo:

—¡Tiene corazón de guerrera!

Carrasquera se quedó mirándolos, sorprendida. ¿Así de sencillo era? La Asamblea diurna había apaciguado los recelos de los otros clanes, pero ¿nombrar guerrera a una minina no era algo excesivo? ¿No provocaría nuevas hostilidades? Mili era una buena cazadora y había demostrado su valor y lealtad en la batalla, pero de ahí a convertirla en guerrera del Clan del Trueno…

—Mili. —Estrella de Fuego le hizo una seña.

La atigrada gris se adelantó con la cabeza bien alta, y Carrasquera no pudo evitar admirarla. Aunque, si nunca se había entrenado como aprendiza previamente, ¿cómo podía recibir un nombre guerrero? La joven sintió un peso de ansiedad en el pecho.

—Has peleado valerosamente en combate —maulló Estrella de Fuego—, y te has asegurado de que el clan estuviera bien alimentado durante la cruda estación sin hojas. Aquí, ningún gato duda de tu lealtad y tu capacidad. Te has ganado el nombre de guerrera que te doy. —Hizo una pausa—. De ahora en adelante serás conocida como…

—¡Espera!

Cuando Mili interrumpió al líder, se alzaron maullidos de sorpresa en el claro.

La gata miró a su alrededor con determinación. Sus ojos azules resplandecían.

—Para mí es todo un privilegio ser considerada guerrera del Clan del Trueno —maulló—. No podría pedir un honor mayor. Y le agradezco a Látigo Gris que me rescatara de mi vida de minina doméstica. —Le dedicó un guiño cariñoso—. Si hubiera permanecido toda la vida como animal de compañía de los Dos Patas, habría sido solo media vida, pero…

Látigo Gris se adelantó unos pasos. La expresión de sus ojos delataba su inquietud.

—¿Mili? No irás a marcharte, ¿verdad?

—Jamás. —La gata se acercó a restregar el hocico contra el de él. Luego se volvió hacia Estrella de Fuego—. Puedes confiar en mi lealtad hasta el día en que me una al Clan Estelar, y debes creer que viviré y moriré para proteger al Clan del Trueno, pero no quiero cambiar mi nombre. Siempre he sido Mili, y no me avergüenzo de eso.

Un silencio conmocionado sobrevoló la hondonada. Cenizo sacudió la cola. Tormenta de Arena entornó los ojos, examinando a la antigua minina. Zarzoso agitó los bigotes.

Látigo Gris levantó la cabeza.

—Mili tiene razón. No importa cómo se llame. Lo único que importa es lo que haga, y yo sé que siempre pondrá al clan en primer lugar.

Carrasquera observó a Estrella de Fuego, preguntándose qué haría. El líder del Clan del Trueno cambió el peso del cuerpo de una pata a otra, mirando alternativamente a Látigo Gris y Mili sin saber qué hacer.

De pronto, se oyó otra voz:

—¿Puedo hablar?

Carrasquera giró en redondo. Era Dalia quien había hablado. La reina de color crema pasó entre Espinardo y Betulón, y se dirigió al centro del claro. La aprendiza plantó las orejas: Dalia nunca había hablado en una reunión de clan.

—Me alegro de que Mili haya decidido conservar su nombre —empezó la gata, con la voz un poco temblorosa—. Yo no soy guerrera, pero soy miembro del Clan del Trueno. Prefiero quedarme en la maternidad a salir a cazar y pelear, porque eso es lo que mejor hago. Cuido de nuestros pequeños como si fueran mis propios hijos. Esa es mi contribución al clan, pero lo hago con el nombre de mi elección.

—¡Tiene razón! —intervino Rivera, adelantándose—. Mi lealtad está en el Clan del Trueno, pero yo jamás renunciaría al nombre que me dio mi tribu.

Borrascoso se acercó a pasar la cola por el lomo de su pareja.

—¿Hay alguien aquí que no confíe en que Mili, Dalia o Rivera peleen a su lado? —preguntó, mirando desafiante al clan.

—¡No!

Látigo Gris fue el primero en responder, y Zarzoso, Nimbo Blanco, Candeal y los demás no tardaron en imitarlo. Los hijos de Dalia, Bayino, Ratolino y Zarpa Pinta, fueron los que más sonoramente la aclamaron.

Carrasquera presenciaba la escena llena de incertidumbre.

De pronto, la voz de Espinardo se alzó por encima de las otras:

—¡Alto! ¿Qué dirían los demás clanes si pudieran vernos ahora?

Manto Polvoroso asintió:

—El Clan de la Sombra ya ha intentado arrebatarnos territorio porque no somos un clan forestal de pura sangre.

Zancudo entrecerró los ojos.

—Las ceremonias de nombramiento forman parte del código guerrero. ¿Podemos desdeñarlas y conservar el respeto de los demás clanes?

Carrasquera deslizó la cola por el suelo. Manto Polvoroso y Zancudo tenían razón. Mili, Dalia y Rivera eran importantes para todos, pero, a menos que aceptaran las costumbres del Clan del Trueno, ¿cómo podían formar parte de él realmente?

—¡Silencio! —espetó Estrella de Fuego, echando chispas por los ojos—. ¡No olvidéis que estáis hablando de vuestras compañeras de clan! Yo invité a Dalia, a Rivera y a Mili a unirse al Clan del Trueno porque nos hacen más fuertes. —Miró ceñudo a su alrededor—. Os encanta comeros las presas que cazan y que peleen a vuestro lado. ¿Acaso queréis expulsarlas por no tener los nombres adecuados? ¿Queréis que los demás clanes nos digan lo que tenemos que hacer?

—¡Por supuesto que no! —respondió Látigo Gris.

—Mili y Rivera ya son guerreras —añadió Zarzoso—. Los nombres no cambian nada.

«¡Eso no es cierto!». Carrasquera clavó las garras en el suelo. Las gatas no habían tenido la ceremonia de nombramiento establecida; el clan estaba dejando a un lado un ritual que se había seguido durante incontables lunas. ¿Qué pensaría el Clan Estelar de todo eso? «¡Debemos vivir de acuerdo con el código guerrero!». La aprendiza se quedó mirando a Espinardo, deseando que hablara, pero él se limitó a inclinar la cabeza ante el líder.

Estrella de Fuego le dedicó un guiño al guerrero, y se volvió de nuevo hacia Mili.

—Puedes conservar tu nombre. Hemos visto tu valor en combate y tus habilidades en la caza. Ahora ya perteneces al Clan del Trueno. Que el Clan Estelar te reconozca como una auténtica guerrera.

—¡Clan del Trueno! ¡Clan del Trueno! —empezó a corear Betulón, y los demás se le unieron enseguida.

Carrasquera se quedó en silencio y reparó en que Manto Polvoroso y Espinardo intercambiaban miradas nerviosas.

—¿No te apetece vitorear? —Esquiruela se había acercado a la joven aprendiza, a la que le temblaron los bigotes.

—¿Y si el Clan Estelar no reconoce a Mili como una auténtica guerrera?

—¿Crees en serio que el Clan Estelar es tan intolerante? —murmuró Esquiruela.

—Tenemos el código guerrero por una razón, y esto va en contra de toda lógica. —Carrasquera sintió un escalofrío—. Zarzoso debería haber dicho algo. Él sabe lo importante que es seguir el código guerrero.

Esquiruela le alisó el pelo con la cola.

—Zarzoso es el lugarteniente del clan. Debe apoyar a Estrella de Fuego. —Sus ojos verdes centellearon—. Y no te olvides de que Estrella de Fuego fue minino doméstico.

—Pero ¡tomó su nombre de guerrero! —replicó la aprendiza acaloradamente—. Siguió el sendero del código y entrenó como aprendiz.

Los gritos fueron apagándose a medida que los gatos se dispersaban para retomar sus obligaciones. «¡Estrella de Fuego nunca intentó cambiar el código guerrero!», añadió la joven para sus adentros.

—¡Carrasquera!

La llamada de Fronde Dorado la sacó de sus pensamientos. Su mentor estaba con Nimbo Blanco y Zancudo, junto con sus aprendices, Carboncilla y Ratolino, que esperaban tras ellos.

—Es hora de que evaluemos vuestros progresos —le dijo Fronde Dorado —. Quiero que Carboncilla, Ratolino y tú salgáis a cazar. Atrapad todas las presas que podáis.

A Esquiruela le brillaron los ojos.

—¿Una evaluación ya?

Carrasquera olvidó por completo sus inquietudes, notando cómo la emoción le latía por la piel. Al fin tendría la oportunidad de mostrarle a todo el mundo lo que había aprendido.

Fronde Dorado sacudió la cola.

—No os olvidéis de que os estaré observando sin que me veáis.

—¡Buena suerte! —exclamó Esquiruela, alejándose.

Carrasquera sintió un cosquilleo en el estómago. ¿Y si decepcionaba a Fronde Dorado? ¡No! Jamás permitiría que eso pasase.

Carboncilla y Ratolino corrieron a reunirse con ella.

—No sé a quién quiero impresionar más, ¡si a Nimbo Blanco o a Fronde Dorado! —Carboncilla miró ansiosa a los dos guerreros: el primero era su mentor y el segundo, su padre.

—Yo voy a demostrarle a Zancudo que puedo atrapar una ardilla —prometió Ratolino.

—Podéis empezar ya —les dijo Nimbo Blanco, acercándose—. Debéis cazar solos. Os estaremos vigilando, así que hacedlo lo mejor que podáis.

—¡Por supuesto que sí! —aseguró Carrasquera.

Carboncilla salió disparada y Ratolino corrió tras ella. Carrasquera los alcanzó en el túnel de espinos, y los tres se apretujaron en el angosto pasaje para intentar salir en primer lugar. Carrasquera nunca había cazado sola, y agitó los bigotes con expectación.

—¿Adónde vais a cazar? —les preguntó a sus amigos al salir del campamento.

—Yo me voy al arroyo que hay cerca de la frontera del Clan de la Sombra —anunció Carboncilla—. Allí siempre hay presas.

—Es un espacio demasiado abierto, ¿no? —maulló Carrasquera.

—Soy muy buena saltadora —le recordó su amiga—. Las presas no me verán llegar hasta que sea demasiado tarde.

—Yo creo que me quedaré en el sotobosque —decidió Carrasquera—. Prefiero acechar a las presas. —Miró a Ratolino—. ¿Y tú?

—Yo coincido contigo. Entre la vegetación es más fácil. Pero, en cuanto haya cazado un par de ratones, iré a por una ardilla.

—En ese caso, ¡adelante! —Carboncilla echó a correr ladera arriba.

Carrasquera y Ratolino la siguieron a la carrera; las hojas revoloteaban en el aire a su paso. Al acercarse al arroyo, la atigrada gris giró hacia la ribera; Carrasquera se dirigió a una pequeña depresión en la que los helechos crecían frondosamente, y Ratolino se alejó en otra dirección.

La joven gata negra se detuvo al borde de la hondonada, para regular su respiración antes de adoptar la postura de caza y descender la cuesta con sigilo. Zigzagueó entre los helechos, con cuidado de que no susurraran. «¿Estará Fronde Dorado observándome tan pronto? —se preguntó mientras seguía avanzando poco a poco—. No pienses en eso. Concéntrate en la caza». Centró sus sentidos en la vegetación que tenía delante, abriendo levemente la

boca para saborear el aire. Había un olor rancio a conejo, pero el olor a ratón era fresco. ¡Genial! La aprendiza se detuvo y levantó las orejas. Delante de ella, los helechos se estremecieron; la joven entornó los ojos para mirar entre los verdes tallos y vio una pequeña forma marrón que correteaba sobre la tierra cubierta de hojas. ¡Una musaraña! La criatura empezó a escarbar entre la alfombra de hojas.

La gata se acercó un poco más.

La musaraña se quedó inmóvil.

«¡Cagarrutas de ratón!», pensó al notar que rozaba una hoja con la cola.

La musaraña miró a su alrededor.

«¡No te muevas!». Carrasquera contuvo la respiración y pegó la cola al suelo.

La musaraña empezó a rebuscar de nuevo.

«¡Estupendo! Está ocupada buscando comida».

Moviéndose tan despacio como un caracol, la joven aprendiza fue avanzando. La musaraña seguía escarbando. ¡Un paso más!

Un palito crujió bajo sus zarpas y la pequeña criatura se dio a la fuga. Carrasquera saltó estirando las patas delanteras y atrapó a la musaraña con las garras antes de que pudiera escapar. La mató propinándole un rápido mordisco en el cuello, y con el corazón desbocado la llevó hasta las raíces de un haya para enterrarla de inmediato, antes de volver a la caza.

Poco después, ya había atrapado otra musaraña y un ratón. Mientras enterraba la última presa debajo del haya, vio un destello de pelaje dorado entre las zarzas que crecían en lo alto de la ladera. ¿Cuánto tiempo llevaba Fronde Dorado vigilándola? Esperaba que estuviera impresionado.

Los helechos susurraron, y Ratolino apareció ruidosamente a sus espaldas.

—Ya he cazado dos ratones —anunció el aprendiz de color gris con manchas blancas—. Ahora, ¡a por mi ardilla!

—¡Chis! —le espetó Carrasquera—. ¡Vas a espantar a las presas!

—Lo siento. —Ratolino movió la cola—. ¿Todavía estás cazando?

—Creo que ya tengo bastante —admitió la joven.

—¿Alguna noticia de Carboncilla? Espero que le haya ido bien.

—¡Me ha ido muy bien! —La gata atigrada gris apareció entre los helechos, con cuatro campañoles colgando de la boca. Los dejó al lado de Carrasquera—. ¿Puedo enterrarlos con tus presas? —le preguntó a su amiga.

—¿No se mezclarán?

—Nimbo Blanco ya sabe lo que he cazado.

—¿Has hablado con él? —Carrasquera estaba sorprendida. Se suponía que los mentores no podían ayudar en las evaluaciones.

—Desde luego que no —la tranquilizó Carboncilla—. Pero he visto cómo me vigilaba todo el rato. Con un pelo tan blanco como el suyo, es difícil esconderse en nada que no sea la nieve —maulló divertida.

—Ratolino sigue decidido a cazar una ardilla —le contó Carrasquera.

—¿En serio? —Se quedó mirándolo, atónita—. ¿No tienes bastantes ratones?

—Tengo de sobra —contestó él, indignado—. Solo quiero demostrarle a Zancudo que también puedo atrapar ardillas.

—Suelen estar arroyo arriba… —sugirió Carrasquera.

—Creo que treparé al Roble del Cielo —anunció el aprendiz.

—¡Ni hablar! —Carboncilla lo miró asombrada—. ¡Es el árbol más alto del bosque!

—Habrá ardillas en otros árboles. —El tono de Carrasquera era de advertencia.

Ratolino era hijo de Dalia, nacido en el cercado de los caballos, y estaba ansioso por impresionar a sus compañeros. Aunque después de la última reunión de clan, no debería sentir que tenía que demostrar nada.

—¡Voy a trepar al Roble del Cielo! —insistió el aprendiz—. He estado practicando y quiero que Zancudo vea lo bien que se me da ahora.

—¡Guau! —exclamó Carboncilla casi sin aliento—. ¡Qué valiente!

—Vamos. —Ratolino echó a correr entre los árboles.

Carboncilla lo siguió, levantando las hojas del suelo a su paso. Carrasquera miró una vez más el haya, para asegurarse de que recordaría dónde había enterrado sus presas, y corrió tras sus amigos.

Al llegar al pie del Roble del Cielo, la joven aprendiza de color negro miró hacia arriba, entre las ramas. El tronco parecía elevarse hasta el infinito, con el cielo azul destellando entre las brillantes hojas verdes. Ratolino también estaba mirando hacia arriba, y Carrasquera se dio cuenta de que le temblaba la cola.

—Estás asustado —se burló Carboncilla.

Carrasquera clavó las garras en la tierra. «No lo retes a hacer algo que no quiere hacer», pensó.

—¿Por qué no cazas unos cuantos ratones más? —sugirió—. Por aquí hay muchos.

Ratolino tenía el pelo del lomo tan tieso como un erizo.

—No. Voy a cazar una ardilla —masculló con determinación. Y dicho esto, pegó un salto estirando las patas delanteras para agarrarse al ancho tronco. Izándose con las zarpas, logró trepar a la rama más baja—. ¡Ya he llegado! —exclamó—. ¡Es fácil! —Y miró hacia arriba, buscando la siguiente rama.

De pronto, Carrasquera oyó unas pisadas que corrían hacia ellos.

—¡Ratolino! —Fronde Dorado salió entre los árboles. Estaba sin aliento y tenía las pupilas dilatadas de alarma—. ¡Baja de ahí!

Zancudo frenó en seco a su lado.

—¡Déjalo en paz! —le espetó a Fronde Dorado—. ¡Si quiere hacerlo, que lo haga!

Nimbo Blanco apareció de pronto entre los árboles.

—Pensaba que nosotros no podíamos ayud… —Se quedó mudo al ver a Ratolino trepando a otra rama.

—Lo digo en serio, Zancudo, creo que deberías decirle que bajara —maulló Fronde Dorado.

—¿Estás insinuando que mi aprendiz no es lo bastante bueno? —replicó Zancudo con agresividad.

—Todavía es joven —explicó Fronde Dorado—. Yo no permitiría que Carrasquera trepara a ese árbol.

—Ella no lleva entrenando tanto tiempo como Ratolino —señaló Zancudo.

—¡Mirad, es fácil! —exclamó el aprendiz. Las ramas ya estaban más juntas y él iba ascendiendo ágilmente.

—¡No subas demasiado! —le advirtió Zancudo. Incluso él comenzó a preocuparse mientras el joven saltaba de rama en rama.

Las hojas susurraron justo por encima de él. Una ardilla estaba huyendo tronco arriba.

—¡Mira! —exclamó Carboncilla, entusiasmada—. ¡Ahí hay una!

Ratolino corrió tras ella. A Carrasquera empezaba a dolerle el cuello de tanto mirar hacia arriba. Vio cómo las hojas temblaban muy en lo alto, mientras la ardilla seguía trepando, a solo unas pocas colas de distancia del aprendiz, casi como si estuviera incitándolo a continuar subiendo.

«¡Ten cuidado, Ratolino!», pensó Carrasquera.

De pronto, la ardilla saltó desde el Roble del Cielo hasta el árbol de al lado, lanzando una rociada de ramitas al suelo.

Ratolino se quedó petrificado.

Estaba tan lejos que parecía del tamaño de un ratón. Pero, incluso a aquella distancia, Carrasquera vio que tenía el pelo erizado de la cabeza a la punta de la cola. El aprendiz gris y blanco estaba aterrorizado.

—¡Buen intento, ahora ya puedes bajar! —lo animó Zancudo.

—¡No puedo! —respondió Ratolino con un chillido—. ¡Estoy paralizado!

Fronde Dorado suspiró.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Yo podría subir a por él —se ofreció Nimbo Blanco. Todos sabían que era uno de los mejores trepadores del clan.

—No va a bajar por sí solo —coincidió Zancudo.

—¡Yo iré a por él! —exclamó Carboncilla.

—¡Espera! —gritó Carrasquera cuando la aprendiza gris comenzó a trepar por el tronco.

—¡Baja ahora mismo! —le ordenó Fronde Dorado a su hija.

Carboncilla se detuvo en la rama más baja.

—Pero si puedo ver una ruta fácil para llegar hasta él —protestó.

Nimbo Blanco y Fronde Dorado intercambiaron una mirada de preocupación.

—Iré despacio —prometió la joven al ver que los guerreros no decían nada—. Y si me parece que estoy subiendo demasiado, me pararé.

Fronde Dorado asintió.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

Con cautela, Carboncilla siguió trepando por el árbol, tomándose su tiempo entre un salto y otro, asegurándose de que solo ascendía un poco cada vez. Carrasquera la observaba con la boca seca. «Estará bien», se dijo a sí misma una y otra vez.

Notó que Fronde Dorado estaba temblando a su lado. El guerrero miraba a su hija con los ojos dilatados de pavor.

—Ya casi ha llegado hasta Ratolino —informó Nimbo Blanco.

Carboncilla solo estaba a unas pocas ramas de su compañero, que la observaba mientras el pelo se le iba alisando.

—Tranquilo, Ratolino —le dijo la aprendiza—. No hay nada que temer.

Carrasquera contuvo la respiración cuando su amiga comenzó a guiar a Ratolino árbol abajo, descendiendo de rama en rama.

—Eso es —maulló la joven—. La siguiente rama está muy cerca. Asegúrate de sujetarte a ella con fuerza y todo irá bien.

Ahora ya se veía mejor a los dos aprendices; a medida que iban saltando, estaban más cerca de la seguridad.

«¡Van a conseguirlo!», pensó Carrasquera.

De pronto, un pájaro soltó un chillido y salió volando del árbol justo por debajo de ellos. Ratolino maulló asustado y resbaló de la rama.

Veloz como un rayo, Carboncilla se abalanzó hacia delante y lo atrapó. Sin soltarlo, lo izó de nuevo a la rama, aferrándose con las patas traseras. Ratolino se agarró a la rama y clavó las uñas en la corteza, sacudiendo la cola de pánico.

Carrasquera sintió un torrente de alivio.

Pero entonces vio que su amiga se tambaleaba. Las patas traseras le estaban resbalando de la rama, mientras agitaba las delanteras en el aire con desesperación. Con un maullido aterrador, la pequeña atigrada empezó a caer. Horrorizada, Carrasquera vio cómo Carboncilla atravesaba las hojas como una piedra y aterrizaba en el suelo con un sonido espeluznante.

—¡No! —El aullido de Fronde Dorado restalló en el aire mientras corría hacia su hija—. ¿Carboncilla? ¡Carboncilla!

Se agachó junto al cuerpo inerte, que yacía desmadejado en el suelo.

—¡Ve a buscar a Hojarasca Acuática! —le ordenó Zancudo a Carrasquera.

La joven miró una vez más el cuerpo retorcido de su amiga antes de salir disparada entre los árboles. «¡Carboncilla no puede estar muerta! ¡No puede estar muerta!».

7

—¡Ay! —Betulón alejó su zarpa de Glayino.

El aprendiz de curandero suspiró.

—Si no te saco la espina, te dolerá mucho más.

Vacilando, Betulón volvió a alargarle la pata. Glayino se inclinó y agarró con los dientes el grueso extremo de la espina.

—No es tan grande —masculló por un lado de la boca.

—¡Eso es porque la mayor parte está clavada en mi zarpa! —se quejó el guerrero—. Es increíble que haya conseguido regresar al campamento.

Glayino se preparó para dar un fuerte tirón.

—¡Ay!

Betulón se apartó de un brinco y luego se puso a dar saltos ruidosamente por la guarida de la curandera.

Glayino soltó la espina y escupió para librarse del sabor a sangre.

—¡Ya te he dicho que era enorme! —exclamó el guerrero, satisfecho de tener razón.

El aprendiz la tocó. La espina curvada parecía una garra.

—Pero no es precisamente mortal —maulló.

Betulón se lamió la herida.

—No eres muy comprensivo para ser curandero.

—Estoy aquí para curarte. Si quieres comprensión, puedes acercarte a la maternidad.

Glayino se dirigió al fondo de la guarida. «¡Guerreros! —pensó—. Pueden ser valientes en la batalla, pero, si se clavan una espina en la zarpa, lloriquean como cachorritos». Tomó unas hojas de caléndula y comenzó a mascarlas para hacer una pasta con ellas. Se la aplicaría en la herida para asegurarse de que no se le infectara.

De pronto, se puso tenso. Oyó el sonido de pasos apresurados hacia el campamento y saboreó el aire: el olor a miedo de Carrasquera impactó de lleno en su garganta.

—¡Toma, ponte esto en el corte! —le dijo a Betulón.

Dejó el emplasto a los pies del guerrero y cruzó la cortina de zarzas que separaba la guarida del resto del campamento.

Carrasquera irrumpió en el claro.

—¡Carboncilla se ha caído del Roble del Cielo!

Glayino soltó un grito ahogado.

—¡Iré a por Hojarasca Acuática! —Y salió disparado hacia la maternidad, donde la curandera estaba atendiendo a Raposillo.

Hojarasca Acuática, sin embargo, ya estaba saliendo a toda prisa.

—¡¿Carboncilla?! —exclamó.

Glayino frenó en seco, esquivándola por los pelos. La gata se detuvo temblando en mitad del claro. Su cuerpo emanaba espanto como sangre de una herida. «¡No, otra vez no!». Su súplica silenciosa se coló en los pensamientos de Glayino, tan clara como si su mentora la hubiera gritado.

—¡Tienes que venir enseguida! —chilló Carrasquera.

—¿Qué ha ocurrido? —Estrella de Fuego cruzó el claro a toda prisa.

Sonaban pasos desde todas partes; el clan estaba acercándose para ver qué sucedía.

—¡Carboncilla estaba ayudando a Ratolino a bajar del Roble del Cielo y se ha caído! —explicó Carrasquera con voz entrecortada.

—¡Hojarasca Acuática, ve con ella! —ordenó Estrella de Fuego.

«¡Vamos!», maulló Glayino para sus adentros, ansiando que su mentora se moviese, pero la curandera parecía haberse quedado clavada en el suelo: el terror le bloqueaba todos los pensamientos.

—¿Qué hierbas necesitaremos? —le preguntó el aprendiz, notando cómo Carrasquera temblaba a su lado—. ¿Semillas de adormidera? —insistió, al ver que su mentora no respondía.

Cuando el joven sintió que el pánico estaba a punto de apoderarse de él, Hojarasca Acuática volvió en sí. Glayino percibió su mente despejada, como cuando deja de llover.

—Semillas de adormidera, sí. Y también juncos y telarañas para inmovilizar extremidades rotas, y tomillo para la conmoción.

—Iré a por todo —se ofreció el aprendiz.

—¡Por favor, date prisa! —le pidió Carrasquera.

—¿Quién está con Carboncilla? —quiso saber Hojarasca Acuática.

—Ratolino, Zancudo, Nimbo Blanco y Fronde Dorado.

—Bien. Necesitaremos que carguen con ella.

Glayino se abrió paso entre Látigo Gris y Mili, y corrió de nuevo hacia la guarida de la curandera con la cola erizada. Pasó ante Betulón en la entrada y corrió al almacén de hierbas. Lamió varias semillas de adormidera, que guardó cuidadosamente debajo de la lengua, y luego tomó un ramito de tomillo y un puñado de juncos, que envolvió rápidamente en telarañas hasta formar un grueso fardo. Cuando regresó corriendo al claro, Hojarasca se quedó mirándolo:

—¿Lo tienes todo?

Glayino asintió.

—¡Deprisa! —exclamó Carrasquera, enfilando el túnel de espinos a la carrera.

El suelo forestal estaba blando bajo sus zarpas. La aprendiza se precipitó ladera arriba, seguida de Hojarasca Acuática. Glayino corría tras ellas con todos los sentidos alerta, sorteando los árboles por los pelos. Una zarza se le enganchó en una pata y cayó despatarrado, soltando su fardo.

—¡Ven, yo llevaré eso! —exclamó Hojarasca Acuática.

A toda prisa, la curandera se volvió para recoger el atadijo y echó a correr de nuevo. Glayino fue tras ella sin separarse apenas, siguiendo sus pasos mientras serpenteaba a través del bosque.

—¡Ya veo el Roble del Cielo! —anunció Carrasquera, avanzando velozmente—. ¡Cuidado con el tronco caído! —avisó.

Saltó por encima del tronco y aterrizó al otro lado. Hojarasca Acuática la siguió y Glayino no vaciló: tensando los músculos, saltó todo lo alto que pudo, esperando haber calculado bien. Notó cómo la corteza podrida del árbol caído le rozaba las patas al sortearlo para pasar al otro lado.

—¡Aquí!

Carrasquera había llegado junto a los demás. Glayino sintió que el pánico de Fronde Dorado irradiaba de su piel como relámpagos. Oyó que Zancudo daba vueltas alrededor del Roble del Cielo, y percibió que Ratolino estaba temblando.

—¡Carboncilla aún respira! —exclamó Nimbo Blanco.

—¡Bien!

Hojarasca Acuática dejó el fardo en el suelo y Glayino se agachó junto a su mentora mientras ella examinaba a Carboncilla, cuya respiración era rápida y superficial. Le tocó el costado con la nariz: estaba tan inmóvil como un ratón muerto. Se le contrajo el estómago.

—¡Está conmocionada e inconsciente! —declaró la curandera—. Glayino, dale lametazos en el pecho mientras yo le doy tomillo.

El aprendiz escupió las semillas de adormidera y obedeció a su mentora. El corazón de la joven latía muy rápido debajo de su lengua. Olió las hierbas cuando Hojarasca Acuática deshizo el fardo para mascar las hojas de tomillo y meter la mezcla en la boca de Carboncilla.

—¿Va a morirse? —preguntó Fronde Dorado con voz temblorosa.

—¡No lo permitiré! —espetó Hojarasca Acuática, pasando al otro lado de su paciente—. Ahora dale lametazos más suaves —le indicó a Glayino, que siguió con más delicadeza, aliviado al notar que los latidos ya no eran tan rápidos.

La curandera comenzó a olfatear el cuerpo de Carboncilla, pero, de pronto, se quedó paralizada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Glayino.

Hojarasca Acuática retrocedió como si la hubiera picado una avispa.

—¡¿Qué sucede?! —quiso saber Fronde Dorado, acercándose de golpe; incluso estuvo a punto de derribar a Glayino.

¿Qué había asustado tanto a la joven curandera? El aprendiz dejó de lamer y buscó en la mente de su mentora. Allí percibió su miedo, un oscuro presagio que amenazaba con sobrepasarla. ¿Qué podía ser tan malo?

—Se… se ha roto una pata trasera —maulló Hojarasca Acuática, tragando saliva.

—Podemos sujetársela con los juncos —sugirió el joven.

La curandera no respondió. «¡Otra vez no!», se lamentó para sus adentros.

—No se va a morir por una pata rota, ¿verdad? —preguntó Fronde Dorado con una mezcla de temor y desconcierto.

Hojarasca Acuática no se movió. Glayino se concentró en la mente de su mentora: vio la imagen de una gata gris cojeando y sintió el dolor que desgarraba el corazón de la curandera.

—Toma. —Glayino sacó uno de los juncos y tocó con él a Hojarasca Acuática.

La gata se sobresaltó, pero entonces reaccionó y lo tomó. El aprendiz sintió una oleada de alivio cuando su mentora dejó el junco al lado de la pata rota de Carboncilla y sacó otro. Él le pasó las telarañas, y ella comenzó a envolverlas cuidadosamente alrededor de los juncos.

—Tenemos que inmovilizarle la pata hasta que llegue al campamento —masculló Hojarasca Acuática—. Allí examinaremos la fractura como es debido. —Cuando terminó la pequeña operación, se incorporó de nuevo—.

Zancudo y Nimbo Blanco, ayudad a Fronde Dorado a llevar a Carboncilla a casa. Aseguraos de que la pata se le mueve lo menos posible.

Carboncilla soltó un leve quejido cuando los tres guerreros la levantaron del suelo.

—¡Con cuidado! —exclamó Hojarasca Acuática con voz estrangulada.

Glayino oyó los pasos de su mentora revoloteando alrededor de los tres guerreros, apartando zarzas y llena de miedo.

—¡Cuidado con esas raíces! ¡Rodead el árbol caído! ¡Evitad ese agujero! ¡Sujetadla con más fuerza! —iba indicando.

Carrasquera se pegó a su hermano; no paraba de temblar.

—Creía que Carboncilla había muerto… —murmuró.

—Se pondrá bien —la tranquilizó él—. Tiene un corazón fuerte. Y parece que solo se ha roto una pata.

—¡Solo una pata! —bufó cortante Hojarasca Acuática, pillando por sorpresa a su aprendiz—. ¡Un guerrero necesita cuatro patas!

—Nunca la había visto tan alterada —le susurró Carrasquera a Glayino al oído.

Él sacudió la cabeza.

—Yo tampoco.

Se apoyó en su hermana, dejando que ella lo guiara a través del sotobosque. Quería centrar su atención en Hojarasca Acuática. Podía sentir cómo el pánico, la rabia y el arrepentimiento bullían en la mente de la curandera. ¿Por qué? No había sido ella quien había empujado a Carboncilla desde el árbol. Había sido un accidente.

«¿Por qué Hojarasca Acuática se siente responsable?».

El pelo de Carboncilla se onduló sobre el suelo arenoso de la guarida de la curandera cuando los tres guerreros la depositaron allí con delicadeza.

Acedera estaba esperándolos, arañando el suelo con patas temblorosas, llena de tristeza y temor. Rosellera y Melosa permanecían inquietas al lado de Carrasquera, respirando de manera agitada.

—Gracias —les dijo Hojarasca Acuática a Nimbo Blanco, Fronde Dorado y Zancudo—. Ahora, dejadnos —añadió con determinación.

—Pero… —empezó a protestar Fronde Dorado.

Acedera lo interrumpió dulcemente.

—Yo me quedaré con ella.

Las zarzas susurraron cuando los tres guerreros salieron de la guarida.

Glayino se inclinó para lamer a Carboncilla entre las orejas. La joven aprendiza volvía a estar inconsciente.

—Cuidaremos de ti —le prometió, y entonces notó en la piel la mirada de Carrasquera—. Será mejor que tú también salgas —le aconsejó a su hermana —. Estrella de Fuego está esperando noticias. —Percibía la fuerte presencia del líder del Clan del Trueno fuera de la guarida—. Querrá saber qué ha sucedido.

—¿Vais a hacer que Carboncilla mejore? —maulló la joven.

—Lo intentaremos.

Cuando Carrasquera salió de la guarida, Hojarasca Acuática se acercó a Acedera y le susurró:

—Haré todo lo que esté en mis manos para que se recupere.

—Lo sé. —A Acedera se le quebró la voz de dolor, y aun así Glayino pudo captar afecto en su maullido. La gata era la mejor amiga de Hojarasca Acuática desde antes de que él naciera—. Que el Clan Estelar te proteja —le dijo a su hija al oído, alborotándole el pelo.

—Estará bien, ¿verdad? —preguntó Melosa, asustada, colocándose junto a Acedera.

—¡No dejéis que se muera! —sollozó Rosellera.

—Venga —las animó su madre—. Vamos a ver a Fronde Dorado. Necesitará compañía. —Y guio a sus hijas fuera de la guarida, dejando solos a los curanderos.

Con la marcha de los demás gatos, Glayino percibió la angustia de su mentora como un enjambre de abejas zumbadoras. De repente, Carboncilla se movió.

Hojarasca Acuática le pasó la cola por el lomo.

—No te asustes —la tranquilizó—. Ya estás a salvo en el campamento. Te has caído del Roble del Cielo y te has herido una pata, pero vamos a arreglártela. —Una esperanza desesperada se encendió en su mente, pero su voz siguió sonando calmada—. ¿Qué intentabas hacer? ¿Acaso creías que eras un pájaro? ¿Pensabas que podías volar?

Su voz era tan dulce como la de una madre. Glayino nunca se había preguntado si a Hojarasca Acuática le apenaba no poder tener hijos.

Carboncilla soltó un leve quejido, y luego su respiración se tornó más profunda. Volvía a estar inconsciente.

—Venga, Glayino —maulló Hojarasca Acuática, repentinamente enérgica —. Arreglémosle esa pata. Primero tenemos que quitarle el vendaje.

El aprendiz la ayudó a mordisquear las telarañas para soltar los juncos.

—Ahora necesitaremos juncos nuevos. —La curandera se fue corriendo al fondo de la cueva antes de que su joven aprendiz pudiera reaccionar, y regresó con tres juncos y otra bola de telarañas—. Si colocamos estos dos ahí y fijamos otro aquí…

Glayino alargó una zarpa para ayudar, pero notó que su mentora ya estaba presionando delicadamente el junco contra la pata trasera de Carboncilla mientras usaba la boca para rodearlo con telarañas.

—Esto debería mantenerla bien sujeta.

El aprendiz comenzó a sentir que allí no servía de nada. ¿Hojarasca Acuática estaba enseñándole qué hacer o se limitaba a hacerlo?

—¿Traigo un poco de consuelda? —se ofreció.

—¿Qué…? —maulló la curandera, ensimismada—. Sí, sí… Buena idea.

El joven tomó unas cuantas hojas y empezó a mascarlas. Aún oía a su mentora atareada con el vendaje.

—Un poco más de telaraña aquí debería fijarla como es debido… —murmuraba para sí.

Carboncilla se sacudió y soltó un quejido.

—Tal vez deberíamos dejarla descansar —sugirió Glayino—. Ahora ya no podemos hacer nada más por ella…

De inmediato, notó el caliente aliento de Hojarasca Acuática en la cara.

—¡Podemos hacerlo todo por ella! —bufó la gata.

Alarmado, Glayino retrocedió agachando las orejas. El cuerpo de la curandera irradiaba furia.

—¡No podemos permitir que Carboncilla se quede coja!

—Yo… yo… —tartamudeó él.

Hojarasca Acuática se apartó y el aprendiz percibió que la invadía la culpabilidad.

—Lo lamento, Glayino. No debería haberte hablado así. Has sido de gran ayuda.

«Pero ¡si no me has dejado hacer nada!». El joven aprendiz se tragó las palabras, temiendo volver a contrariarla.

—Tengo que ir a hablar con Acedera y Fronde Dorado —maulló Hojarasca Acuática.

Las zarzas crujieron cuando la curandera salió de su guarida. Glayino se quedó donde estaba. ¿Qué bicho le había picado a su mentora? Sabía que se preocupaba profundamente por sus compañeros de clan, pero nunca la había visto perder el control de ese modo porque alguien hubiera resultado herido.

Era como si curar a Carboncilla fuese lo más importante que hubiera hecho jamás. ¿Sería porque era hija de su mejor amiga?

Pegó la oreja al pecho de la aprendiza para escuchar su corazón. Latía demasiado deprisa, su respiración era demasiado rápida. Se tumbó a su lado y dejó que su calor se extendiera por el cuerpo de la joven. Acelerando la respiración para acompasarla a la de ella, cerró los ojos.

Se hallaba en lo alto de un barranco. Un frondoso bosque cubría todos sus lados y, muy abajo, árboles y arbustos ocultaban el suelo. «¿Esto es parte del territorio del Clan Estelar?», se preguntó Glayino, con el corazón acelerado por el miedo. ¿Es que Carboncilla iba a morir? ¿Lo habían llevado hasta allí para que la salvara, como había hecho una vez con Rosellera?

Una figura gris captó su atención: Carboncilla estaba yendo barranco abajo, saltando de roca en roca. Poco después desapareció entre la exuberante vegetación.

Glayino se asustó. «¡No debo perderla de vista!», y descendió por el borde del barranco, siguiendo la ruta que había tomado la aprendiza. Tuvo que hacer un esfuerzo por mantener el equilibrio sobre las rocas, porque no estaba acostumbrado a usar la vista para guiarse. Al llegar al fondo, un espeso muro de aulagas le bloqueó el paso. Justo en ese momento vio cómo la punta de la cola de Carboncilla desaparecía entre los arbustos. Corrió en esa direcciónу descubrió un hueco entre las aulagas. Se coló a través de él y encontró a la gata en medio de un claro arenoso, en lo más hondo del barranco. Arbustos y helechos los rodeaban y protegían; en el extremo más alejado, un risco desigual impedía la salida.

—¿Carboncilla?

Con cautela, Glayino se acercó a la aprendiza saboreando el aire. No olía como el territorio del Clan Estelar, pero desde luego había algunos olores que sí reconoció. Un tocón de árbol cerca del borde del claro parecía oler a Estrella de Fuego y Látigo Gris. El zarzal que estaba a su lado tenía los olores de Manto Polvoroso y Espinardo.

Carboncilla miraba alrededor con los ojos dilatados y movía la cola, encantada.

—¡Está igual que lo recordaba! —exclamó—. Hacía mucho tiempo que no estaba aquí.

¿Qué quería decir? Aquello no era territorio del Clan del Trueno. ¿Cómo podía haber estado allí Carboncilla? Ni siquiera se parecía a ninguno de los sitios que había alrededor del lago. El viento sonaba diferente, como si agitase

las hojas de los árboles que crecían en lo alto del barranco. El aire era más cálido y estaba cargado de una humedad fértil que él nunca había captado.

—¡Mira eso! —Carboncilla se dirigió a la gran roca—. Es la Peña Alta. —Luego dio media vuelta y saltó hacia el zarzal que olía a Espinardo—. Y esto es la guarida de los guerreros. La de los veteranos está ahí. —Señaló con la cola hacia un árbol caído—. Y ahí está la de los aprendices —continuó, cruzando el claro a la carrera hasta otro arbusto—. Es donde dormía yo antes de… —Se quedó callada y sus ojos empañados parpadearon levemente—. Después me trasladé a la guarida de Fauces Amarillas.

¡Fauces Amarillas! Glayino sintió que ese nombre le abrasaba los oídos. Ella había sido la curandera del Clan del Trueno que precedió a Carbonilla. Ahora estaba con el Clan Estelar, y Glayino tenía la impresión de que su tarea principal era la de inmiscuirse en sus sueños. Recordó su imagen: centelleantes ojos amarillos, un pelaje enmarañado y erizado de impaciencia…

—¡Ven a ver! —La voz de Carboncilla interrumpió sus pensamientos.

El joven notó un hormigueo escalofriante en la cola cuando la gata lo guio por un estrecho túnel hasta un claro mucho más pequeño. En el extremo más alejado se alzaba una roca, dividida en el centro por una grieta lo bastante grande para utilizarla como guarida.

Carboncilla se quedó mirando, melancólica, la sombría cueva.

—Fauces Amarillas guardaba las hierbas ahí dentro.

—Fauces Amarillas está muerta —maulló Glayino—. Ahora está con el Clan Estelar.

Carboncilla se volvió hacia él.

—¡Por supuesto que sí! ¿Dónde iba a estar si no?

—No lo entiendo. ¿Por qué te comportas como si tú también hubieras vivido aquí?

—Porque he vivido aquí. Hace muchísimas lunas, antes de que abandonáramos el bosque.

—¡Tú jamás has vivido en el bosque!

—Una vez sí… —Los ojos azules de Carboncilla centellearon con una luz estelar—. Pero he regresado para recorrer un camino diferente, el camino de los guerreros. —Lo miró con afecto y, cuando habló de nuevo, su voz sonó más profunda y sabia, como si hubiera envejecido delante de él—: Dile a Hojarasca Acuática que no tiene nada que temer. Esta vez me recuperaré. Y dile también que estoy orgullosa de ella. Ha aprendido más cosas de las que yo podría haberle enseñado jamás.

A Glayino se le erizó el pelo. Vívidas imágenes se agolparon en su mente: una joven gata gris atravesando un bosque desconocido, un monstruo mecánico de los Dos Patas desviándose con un chirrido de un Sendero Atronador, un dolor desgarrador en la pata trasera de la gata, sangre y los lamentos de sus compañeros de clan; recuerdos aprendiendo las hierbas y cojeando tras Fauces Amarillas, recuerdos del nacimiento de unos cachorros en un río de sangre, de miedo mientras el bosque era arrasado por los monstruos mecánicos, de un largo y duro viaje a través de la nieve y el hielo, de sanguinarias criaturas blancas y negras, de unos colmillos afilados, ávidos de venganza y muerte…

Glayino tomó una bocanada de aire, sintiendo que se le aflojaban las patas.

—Tú eres Carbonilla, ¿verdad?

Y se despertó con un respingo, con las almohadillas húmedas de sudor y el pelo de la cola erizado. Levantó la cabeza de golpe: la oscuridad volvía a cegar su visión.

—¿Glayino? —El aliento de Hojarasca Acuática le alborotó el pelo—. ¿Estabas soñando?

El aprendiz se puso en pie trabajosamente y se inclinó sobre la paciente herida que yacía a su lado. La respiración de la joven era suave y firme.

—¿Glayino? —insistió Hojarasca Acuática—. Estabas soñando, ¿verdad?

—Sí. —Intentó controlar su respiración. Las feroces visiones del final de su sueño seguían parpadeando en su mente, rojas de sangre, dolor y miedo.

—¿Se pondrá mejor? —le preguntó su mentora en voz baja.

—Sí.

La curandera soltó un suspiro de alivio.

—Ella ya ha estado aquí antes —susurró el aprendiz.

Hojarasca Acuática le tocó el costado con la cola delicadamente.

—Eso creía yo —maulló con voz quebrada—. Es Carbonilla, ¿verdad?

—Me ha llevado hasta el antiguo campamento del Clan del Trueno. Parecía muy feliz de estar allí. —Hizo una pausa, consciente de pronto de que el cuerpo de la aprendiza descansaba a su lado—. ¿Crees que Carboncilla lo sabe?

—No, no cuando está despierta —murmuró Hojarasca Acuática—. Y creo que no deberíamos decírselo.

—¿Por qué no?

—Ya es suficiente con que el Clan Estelar le haya permitido regresar para recorrer el camino de los guerreros, que ella siempre había soñado seguir.

Glayino irguió las orejas.

—¿Carbonilla no quería ser curandera?

«Entonces, no soy el único», pensó.

—Solo se convirtió en curandera porque un monstruo de los Dos Patas la dejó coja. Después del accidente, era imposible que fuese una guerrera de verdad, de modo que sirvió al clan de una forma distinta.

—Pero ¿no se sentiría feliz de saber que ahora está cumpliendo su sueño?

—Si el Clan Estelar quiere que lo sepa, se lo dirá. —La voz de Hojarasca Acuática se tornó seria—: Nosotros no deberíamos influir en su destino.

—¿Es que crees que contarle esto podría cambiarlo?

La mente de Glayino comenzó a acelerarse. ¿Acaso Hojarasca Acuática pensaba que el destino podía cambiarse así de fácil? ¿Significaba eso que él hacía lo correcto al ocultarles a sus hermanos la profecía de Estrella de Fuego? Si se la contaba, ¿actuarían ellos de una forma distinta?

—¿Hojarasca Acuática? —Carboncilla se movió a su lado. Su voz sonaba ronca.

—Te traeré un poco de agua —se ofreció Glayino.

Fue a por una bola de musgo, la empapó en la pileta de agua que había junto a la guarida y se lo acercó a la aprendiza, que lo lamió con ansiedad. Luego balbuceó algo imposible de entender. Glayino se inclinó más hacia ella.

—Tengo hambre… —repitió la aprendiza con voz áspera.

Hojarasca Acuática ronroneó divertida.

—Eso ya es más propio de la vieja Carboni… Carboncilla —se corrigió —. Te traeré algo del montón de la carne fresca.

Cuando la curandera salía de la guarida, Glayino oyó que la aprendiza empezaba a desperezarse a su lado.

—¡Ay, mi pata!

—Se pondrá bien. Ahora necesitas descansar.

—¿Dónde estoy? —murmuró, aún medio atontada.

—Estás exactamente en el lugar al que perteneces. —Glayino le pasó la cola por el costado—. En el Clan del Trueno.

8

—¡Te doy el nombre de Garra de León, guerrero del Clan Oscuro!

Leonino flexionó las garras mientras Zarpa Brecina se dirigía a él desde la cornisa más alta de la cueva. La luz de la luna, colándose por la abertura del techo, bañaba de plata su pelo.

La gata bajó de un salto y restregó la nariz contra la suya.

—Felicidades.

Leonino sintió un cosquilleo en la piel.

—Pero primero… —continuó Zarpa Brecina, y sus ojos azules centellearon en la tenue luz— tendrás que demostrar tu valía como guerrero ganándome en una carrera.

—¡Eso no es justo! —Leonino sacudió la cola—. Los miembros del Clan del Viento sois los más veloces; todo el mundo lo sabe.

—Si quieres ser guerrero del Clan Oscuro, tendrás que ser tan rápido como yo.

—En ese caso… —Leonino se abalanzó sobre ella, estirando las patas a su alrededor para amortiguar la caída, pero también para inmovilizarla contra el suelo—. ¡Tú tendrás que demostrar que eres tan fuerte como yo!

—¡Eh! ¡Eso es trampa! ¡No me has avisado! —protestó la aprendiza.

—La líder del Clan Oscuro debe estar preparada para cualquier cosa.

—¿Como esta?

Zarpa Brecina se liberó de su cepo, se colocó tras él en apenas un abrir y cerrar de ojos, y le agarró la cola con los dientes, delicada pero firmemente.

—¡Eh! —chilló Leonino, tratando de revolverse para quitársela de encima.

Zarpa Brecina lo esquivó y él se encontró dando mandobles al aire, mientras su cola continuaba presa. Se revolvió hacia el otro lado, intentando

alcanzar a la joven, pero ella lo esquivó de nuevo. La oyó ronronear y vio cómo se le movían los bigotes mientras se tronchaba de risa.

Al final, la aprendiza lo soltó.

—¡Qué gracioso estabas manoteando en el aire! ¡Parecías un polluelo recién salido del nido!

Leonino se quedó mirándola, con una sensación de felicidad en el pecho. La sola visión de sus ojos azules y su suave pelaje le causaba una agradable sensación de calidez por toda la piel.

—Ojalá estuvieras en el Clan del Trueno.

Zarpa Brecina se estremeció.

—¿Debajo de todos esos árboles y rodeada de muros de piedra? ¡No, gracias! Además —continuó—, no necesitamos vivir en el mismo clan cuando tenemos toda esta cueva para nosotros solos… —Alargó una pata para quitarle a Leonino algo que tenía detrás de la oreja—. Solo es un abrojo. —Y lo tiró al suelo.

—Gracias.

Zarpa Brecina tenía razón sobre la cueva. Leonino sabía que él quería vivir en el páramo tan poco como ella quería vivir en el bosque. Aquella gruta era la solución perfecta. Ya llevaban media luna encontrándose allí, y ninguno de sus compañeros de clan había sospechado nada. Ni siquiera la entrometida de su hermana.

—Me pregunto adónde llevarán algunos de estos túneles. —Zarpa Brecina cruzó el río de un salto y se puso a olfatear una de las aberturas.

Leonino saltó tras ella. Del túnel salía un aire frío, húmedo y rancio, y el joven se estremeció.

—¿Crees que alguno llevará hasta el territorio del Clan de la Sombra? —preguntó la aprendiza.

A Leonino se le erizó el pelo del lomo.

—Espero que no.

—Podríamos explorar.

El joven retrocedió.

—No hay prisa. Aquí ya nos divertimos bastante —maulló mirando a su alrededor.

Llegar hasta allí atravesando los túneles aún hacía que le temblaran las patas. Había algo escalofriante en aquellos angostos pasajes, y siempre sentía una ola de alivio al encontrar a Zarpa Brecina esperándolo en la gruta iluminada por la luna.

A la gata le centellearon los ojos.

—¡Ahí abajo podría haber toda clase de criaturas espantosas, con grandes colmillos y garras afiladas…!

Leonino le dio un empujón.

—¡Cierra el pico!

Ella se lanzó a la carrera.

—¡Venga! —exclamó—. ¡Todavía tienes que demostrar que eres un guerrero!

Y volvió a cruzar el río con un elegante salto.

Leonino la siguió. Al aterrizar, sus patas traseras resbalaron en las negras aguas, y el chapoteo resonó por toda la cueva. Al gato le dio un vuelco el corazón al notar la fuerte potencia de la corriente, y clavó las garras en el suelo para salir, sacudiéndose el agua de las patas.

—¡Ten cuidado! —maulló Zarpa Brecina—. No quiero perderte.

La sola idea de que el río lo arrastrara por los túneles hizo que Leonino tragara saliva. Buscando consuelo en el Manto Plateado, miró hacia el agujero del techo. En el exterior, el cielo estaba aclarándose.

—Debemos irnos… —susurró.

Zarpa Brecina suspiró.

—¿Nos vemos mañana por la noche? —añadió, esperanzado.

—No puedo —la aprendiza se restregó contra él—. Pasado mañana tengo una evaluación. No quiero estar demasiado cansada.

—De acuerdo. —Leonino se encogió de hombros. Lo entendía. Zarpa Brecina debía poner a su clan por delante de todo, pero la echaría de menos —. Adiós.

Se separaron, cada uno hacia un túnel distinto. El aprendiz del Clan del Trueno ya conocía la ruta de memoria, lo que era todo un alivio, porque podía hacerla corriendo. A Glayino le sorprendería saber lo deprisa que podía correr a través de la oscuridad, usando solo los bigotes para guiarse. Salió disparado por la entrada, encantado de volver a oler el aire fresco del exterior.

«¡Esta es mi parte del bosque!», pensó mientras se retorcía alegremente entre las zarzas y salía por el otro lado. Los guerreros de más edad actuaban como si hubieran creado el territorio del Clan del Trueno solo porque ellos habían llevado a los clanes hasta el lago, pero Leonino sabía que aún no lo habían explorado de cabo a rabo. El hecho de que él conociera la cueva demostraba que todavía quedaban muchos lugares por descubrir. Serían los jóvenes quienes hicieran eso, quienes convertirían aquella tierra en la suya propia.

A través de las hojas, vio que el cielo tachonado de estrellas estaba volviéndose más claro. Comenzó a correr por el bosque; tenía que llegar a casa antes de que el campamento despertara.

—Hola, Leonino. —Un profundo maullido sonó en su oído, y un cuerpo rozó su costado.

Al joven se le erizó el pelo, alarmado. Miró de reojo y vio la tenue silueta de un gato que caminaba pegado a él. «¿Estoy soñando?».

—Hemos estado observándote. —La silueta resplandeció a su lado: era un enorme atigrado de ojos ámbar, que destellaban a la media luz de la mañana.

Sus poderosos omoplatos le resultaron extrañamente familiares.

Algo lo rozó por el otro costado. Leonino se volvió con el corazón desbocado. Otro gato desdibujado corría junto a él: un segundo atigrado de ojos azules como el hielo, y tan corpulento como el primero.

—¿Qui… quiénes sois? —tartamudeó.

—Somos parientes tuyos —respondió el gato de ojos ámbar.

Leonino miró nervioso a uno y otro.

—¿Sois del Clan Estelar?

—Fuimos guerreros una vez —gruñó el gato de ojos azules.

Leonino notó un hormigueo en la cola.

—¿E… Estrella de Tigre? ¿Alcotán? ¿Por qué habéis venido a verme?

Alcotán se puso tenso y giró la cabeza de golpe hacia el bosque.

—Viene alguien —avisó.

Leonino se agachó detrás de un avellano.

Resonaron pasos en el suelo forestal, pasos reales y potentes. Mientras Leonino permanecía agazapado, casi sin atreverse a respirar, Zancudo pasó corriendo, dejando tras él una corriente de aire que le alborotó el pelo al aprendiz. El guerrero patilargo se alejó a saltos, desapareciendo en una franja de helechos.

Leonino salió con sigilo de detrás del avellano.

—¿Estrella de Tigre? —El aprendiz miró a su alrededor—. ¿Alcotán?

Los guerreros fantasmales se habían esfumado.

—¡Esperad! —exclamó el joven sin levantar mucho la voz—. Volved.

Tenía que saber por qué habían decidido aparecérsele.

Los helechos por donde había desaparecido Zancudo susurraron levemente. Luego, el bosque se quedó en silencio, excepto por los trinos de los pájaros que anunciaban el alba.

Leonino cruzó con sigilo, y bostezando, el túnel que llevaba al lugar donde hacían sus necesidades. El campamento estaba en silencio. Sintió que lo invadía el alivio… Y luego la culpabilidad. Lejos de Zarpa Brecina, de repente se dio cuenta de lo furtivo que era su comportamiento. En el campamento aún no se había levantado nadie. Ni siquiera la patrulla del alba estaba preparándose para partir. No debería sentirse tan contento de poder regresar sigilosamente a su lecho y disfrutar del descanso que tanto necesitaba. Bordeó el claro, pegándose a las sombras, y luego se coló en la guarida de los aprendices. Entró sin hacer ruido y se encaminó hacia su lecho de puntillas.

—¿Leonino? —Carrasquera levantó la cabeza—. ¿Eres tú?

El joven sintió un fogonazo de pánico y luego de irritación.

—Sí —bufó.

—¿Adónde vas? —le preguntó su hermana, bostezando.

Leonino vaciló. No podía volver a usar la excusa de que iba a hacer sus necesidades. Carrasquera pensaría que estaba enfermo.

—A la patrulla del alba —respondió a toda prisa.

Zarpa Pinta se incorporó adormilada y pestañeó.

—Pensaba que iba a salir yo con Melosa.

—Yo también voy… —respondió el joven—, por la experiencia.

Parecía que le ardiera la piel. «¡Cuántas mentiras!».

Carrasquera se tapó el hocico con una zarpa.

—Mejor tú que yo —murmuró.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. —Zarpa Pinta pinchó a Melosa con una garra—. Despierta, marmota. Es hora de salir a cazar.

El aprendiz miró hacia su lecho con añoranza. Le pesaban las patas como si fueran de piedra, pero Zarpa Pinta ya estaba pasando ante él para salir de la guarida. Leonino la siguió, dejando a Melosa desperezándose en su lecho.

—Hoy has madrugado, Leonino. —Tormenta de Arena, sentada con Manto Polvoroso junto a la entrada, pareció sorprendida al verlo.

—Quería unirme a la patrulla del alba —respondió él.

—Bien por ti. —Manto Polvoroso miró hacia el despejado cielo del amanecer—. Va a ser un magnífico día para cazar. Creo que volveré a salir con Zarpa Pinta en cuanto hayamos inspeccionado las fronteras.

Los pájaros gorjeaban ruidosamente en lo alto de la hondonada. Leonino contuvo un bostezo y se desperezó.

—¿Estás lista, Melosa? —le preguntó Tormenta de Arena a su aprendiza.

Melosa salió de la guarida trastabillando y bizqueando, adormilada. Miró a su mentora y asintió.

—En ese caso, vamos. —La guerrera de color melado se dirigió hacia el túnel.

Una vez en el bosque, Leonino se dedicó a mirar con anhelo cada extensión de musgo con la que se encontraba, deseando poder tumbarse a descansar. Ocupó el último puesto de la patrulla, procurando no quedarse demasiado rezagado mientras seguían la frontera del Clan de la Sombra, renovando las marcas olorosas.

—Aquí está todo en orden —maulló Manto Polvoroso al cabo.

«¡Genial! —pensó Leonino—. Ahora podemos irnos a casa».

Tormenta de Arena olfateó el aire.

—Examinemos la frontera del Clan del Viento.

A Leonino se le cayó el alma a los pies.

La patrulla dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia el bosque. Leonino notó que se le cerraban los ojos del cansancio. De pronto, un movimiento atrajo su atención. En la lejanía, a través de los árboles, se movía algo.

«¡¿Sería Estrella de Tigre?!». Escudriñó el bosque con atención, solo para cerciorarse de que no era más que un helecho estremeciéndose bajo la leve brisa. ¿Por qué se le habrían aparecido precisamente aquella mañana? Estrella de Tigre había dicho que habían estado observándolo. «Deben de saber que he estado viéndome con Zarpa Brecina». Sintió un hormigueo en las zarpas. ¿Acaso ellos pensaban que estaba haciendo algo malo? Sin embargo, le habían avisado de la aparición de Zancudo… A lo mejor solo querían ayudarlo. Pero ¿por qué?

La patrulla se acercó al territorio del Clan del Viento. Un pequeño barranco conformaba la frontera; por el fondo, un arroyuelo discurría entre helechos enredados y zarzales, y al otro lado el bosque se extendía un poco más, antes de dar paso al páramo. Manto Polvoroso se detuvo para marcar un árbol. Melosa bajó por el barranco para beber y desapareció debajo de los frondosos helechos.

Zarpa Pinta se quedó inmóvil.

—¡Mirad! —exclamó, mirando hacia el otro lado de la frontera.

Ventolino y Lebrato iban disparados hacia el barranco. Delante de ellos corría una ardilla, ondeando la cola. Los aprendices del Clan del Viento serpentearon con destreza a través de la espesa vegetación; resultaba bastante extraño verlos cazar en el bosque.

Manto Polvoroso se acercó a Tormenta de Arena.

—¿Por qué están cazando aquí?

—Ese territorio es suyo —le recordó Tormenta de Arena.

—Pero ¡el Clan del Viento no come ardillas! —Melosa había subido desde el arroyo, alertada por el aviso de Zarpa Pinta.

—Sí, yo pensaba que solo comían conejos —repuso Manto Polvoroso, entornando los ojos.

Entonces aparecieron otros dos miembros del Clan del Viento. Oreja Partida y Cola Blanca observaban a sus aprendices desde el borde del páramo.

—¿Una partida de caza tan cerca de nuestra frontera? —maulló Manto Polvoroso con voz cortante y recelosa.

—Siguen viniendo hacia aquí —señaló Zarpa Pinta.

Ventolino y Lebrato corrían tras la ardilla, con los ojos clavados en su presa.

—No están reduciendo el paso —añadió Manto Polvoroso.

—No cruzarán la frontera a propósito —lo tranquilizó Tormenta de Arena.

—Pero podrían hacerlo sin querer —replicó el guerrero—. El arroyo apenas es visible aquí.

Y, dicho eso, se agazapó y avanzó sigilosamente hasta el borde del barranco, escondiéndose detrás de las zarzas que lo cubrían.

Las pisadas de Ventolino y Lebrato retumbaban contra el suelo a medida que se aproximaban a la carrera. Seguían sin bajar el ritmo.

—¡Alto! —Manto Polvoroso se plantó sobre las patas traseras y bufó a los aprendices del Clan del Viento desde el lado opuesto del arroyo.

Ventolino y Lebrato frenaron en seco, con los ojos desorbitados por la alarma. La ardilla saltó el barranco y desapareció trepando a un alto abedul.

—¿Qué crees que estás haciendo, en el nombre del Clan Estelar? —El furioso bramido de Oreja Partida resonó a través de los árboles. El guerrero del Clan del Viento salió disparado hacia la frontera, con Cola Blanca pisándole los talones—. ¿Cómo te atreves a asustar a nuestros aprendices? —le espetó ceñudo a Manto Polvoroso, tras detenerse junto al barranco.

—Estaban a punto de traspasar la frontera. —Manto Polvoroso arqueó el lomo con agresividad.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Ni siquiera habían empezado a reducir la velocidad! —los acusó el guerrero.

—¡Yo habría atrapado a la ardilla con una zancada más!

—¡Ni siquiera estabas cerca de ella! —exclamó Leonino, mostrando los colmillos.

—¡Por supuesto que sí! —replicó Ventolino, sulfurándose.

—¡Todo el mundo sabe que el Clan del Viento solo come conejos! —bufó el aprendiz—. El Clan del Trueno tiene a los mejores cazadores de ardillas.

—¡Ya no! —Lebrato se colocó al lado de su compañero de clan—. Todos los aprendices del Clan del Viento están recibiendo un entrenamiento especial en el bosque para que ya no tengamos que depender de los conejos.

A Tormenta de Arena se le dilataron los ojos.

—¿En serio? ¿Por qué?

—¡Eso no es asunto vuestro! —le contestó Oreja Partida, dirigiéndole una mirada furibunda.

—¿Es para poder invadir nuestro territorio? —Manto Polvoroso se paseó por delante de la frontera, sacudiendo la cola.

Cola Blanca se adelantó, alisándose el pelo erizado.

—Nosotros también tenemos bosque en nuestro territorio —maulló con voz tranquila—. Es lógico que lo aprovechemos. Y ya no queremos depender de ningún tipo de presas. Los veteranos hablan del hambre que padeció el Clan del Viento cuando los Dos Patas empezaron a envenenar a los conejos antes del Gran Viaje.

Eso tenía sentido. Leonino volvió a envainar las garras, aunque le resultaba muy extraño que el Clan del Viento cazara las mismas presas que el Clan del Trueno.

Lebrato estaba asintiendo.

—Y ahora, además, hay ovejas en el páramo, con los Dos Patas y sus perros…

Oreja Partida hizo callar a su aprendiz dándole un golpecito en la boca con la cola.

—Eso tampoco es asunto del Clan del Trueno —soltó—. Mientras permanezcamos en nuestro lado de la frontera, podemos cazar lo que nos dé la gana.

—Pero las ardillas no saben de fronteras y las cruzan una y otra vez. Estaríais comiéndoos nuestras presas.

—¡Si están en el territorio del Clan del Viento, se convierten en nuestras presas! —replicó Oreja Partida.

—¡Las ardillas siempre han sido presas del Clan del Trueno! —Manto Polvoroso dejó de pasearse y erizó el pelo del cuello.

—¿Eso es parte del código guerrero? —se mofó Oreja Partida, y dio un paso al frente con ojos llameantes.

Manto Polvoroso se agazapó, preparándose para saltar. La sangre latía en los oídos de Leonino, que volvió a desenvainar las garras. El cansancio había desaparecido; ahora estaba más que listo para demostrarles a aquellos prepotentes gatos del Clan del Viento qué les ocurría a quienes se atrevían a invadir los territorios de caza del Clan del Trueno.

—Déjalo —le susurró Cola Blanca a su compañero de clan—. No vale la pena pelearse por esto.

Oreja Partida despegó los ojos de Manto Polvoroso y miró a Cola Blanca. Leonino contuvo el aliento. Finalmente, el guerrero del Clan del Viento asintió.

—De acuerdo… Al menos, por ahora.

Manto Polvoroso se quedó mirando torvamente cómo los gatos del Clan del Viento daban media vuelta y se alejaban de la frontera sin darse ninguna prisa.

—Vamos. —Tormenta de Arena hizo una seña con la cola para volver a casa.

Manto Polvoroso no se movió.

—No hasta que hayan dejado atrás los árboles.

Tormenta de Arena se sentó y se puso a lavarse la cara.

—Mientras nosotros esperamos, vosotros tres también podríais ver si encontráis alguna presa que llevar a casa —les dijo a los aprendices.

De mala gana, Leonino dejó de mirar a los remolones gatos del Clan del Viento y siguió a Melosa y Zarpa Pinta hasta una zona de zarzales.

—¿Creéis que el Clan del Viento está planeando invadirnos? —susurró Zarpa Pinta.

A Melosa se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Por qué piensas eso?

—Cazar ardillas es lo que hacen los gatos forestales. Pero ellos son gatos de páramo —contestó Zarpa Pinta—. Es un poco sospechoso, ¿no crees?

—Bueno, está claro que Manto Polvoroso actúa como si quisieran invadirnos —comentó Leonino.

Melosa miró por encima del hombro.

—Pero ¿por qué querrían quedarse con nuestro territorio?

—A lo mejor, para el Clan del Viento los Dos Patas y sus perros son un problema más grande de lo que creíamos —aventuró Leonino.

—En la última estación de la hoja nueva supieron arreglárselas —señaló Zarpa Pinta.

—Pero esta vez podría ser peor —maulló Leonino, atenazado por un mal presagio.

—¿Alguna novedad? —exclamó Estrella de Fuego desde la Cornisa Alta cuando la patrulla del alba entró en el campamento.

—El Clan del Viento está cazando en el bosque —respondió Manto Polvoroso.

—¿En nuestro bosque? —Estrella de Fuego bajó de la cornisa.

Leonino corrió al montón de la carne fresca, dejó allí el ratón que había cazado y regresó al lado de Manto Polvoroso. Estaba listo para defender a las presas de su clan de los saqueadores del Clan del Viento, pero ¿y si uno de ellos era Zarpa Brecina?

—¡Leonino! —Carrasquera apareció ante él y lo detuvo cuando estaba a medio camino—. ¿Qué pasa?

Glayino estaba con ella y tenía las orejas plantadas con interés.

—El Clan del Viento estaba en la frontera —les explicó el joven, mirando hacia la patrulla.

El líder del Clan del Trueno había llegado junto a Manto Polvoroso y Tormenta de Arena. Estaba sacudiendo la cola, claramente disgustado por las palabras del guerrero.

—No han traspasado la frontera —aclaró Tormenta de Arena.

—Pero han estado a punto de hacerlo —replicó Manto Polvoroso, agitando la punta de la cola.

Zarzoso salió de la guarida de los guerreros.

—¿Qué ocurre?

—Había dos aprendices del Clan del Viento cerca de nuestra frontera —maulló Tormenta de Arena—. Estaban persiguiendo a una ardilla, y casi cruzan el arroyo por error.

A Carrasquera se le erizó el pelo.

—¡Una ardilla!

—Deberían haber sabido lo que podía pasar —gruñó Manto Polvoroso—. A menos que estén tan acostumbrados a cruzar el arroyo por error que ya no se den cuenta…

—No había olor del Clan del Viento en nuestro territorio —le recordó Tormenta de Arena.

—Pero ¿por qué está cazando ardillas el Clan del Viento? —quiso saber Zarzoso—. Ellos cazan conejos.

—¡Exacto! —le susurró Carrasquera a Leonino.

—Ya no. —Zarpa Pinta amasó el suelo—. Lebrato ha dicho que ahora todos los aprendices del Clan del Viento están entrenando para cazar en el bosque.

Zarzoso se puso tenso.

—¡Debemos volver a marcar las fronteras! —maulló.

—Ya lo hemos hecho —le dijo Manto Polvoroso.

Tormenta de Arena se sentó.

—No hagamos una montaña de esto. No eran más que dos jóvenes…

—¡Cazando nuestras presas! —la cortó Manto Polvoroso.

—Deberíamos estar alerta —aconsejó Zarzoso—. Hay que informar de esto en la próxima Asamblea.

Estrella de Fuego clavó las garras en el suelo.

—¿Algún gato del Clan del Viento ha traspasado la frontera?

—No —contestó Tormenta de Arena.

—¿Y seguro que no había olor a gatos del Clan del Viento en nuestro lado del arroyo? —continuó el líder.

—Seguro.

Manto Polvoroso soltó un resoplido.

—La lluvia puede haber borrado el rastro.

—O quizá no hayan cruzado nunca la frontera —contestó Estrella de Fuego—. No puedo decirle al Clan del Viento qué debe o no debe cazar en su territorio. —Dio media vuelta—. De momento lo dejaremos correr, a ver qué pasa.

Glayino entornó los ojos.

—¡Otra vez no! —masculló.

Leonino miró a su hermano.

—¿Qué quieres decir?

—Estrella de Fuego tampoco quiso ayudar al Clan del Río —le explicó Carrasquera—, aunque Glayino había soñado que tenían problemas.

—¿Cómo van a respetarnos los clanes si nunca hacemos nada? —se lamentó Glayino.

Leonino frunció el entrecejo.

—¿Acaso eso es importante? Mientras ninguno de ellos traspase nuestras fronteras…

—Pero tiene que haber equilibrio —protestó Carrasquera—. Si uno de los clanes es demasiado débil, deberíamos ayudarlo; si uno es demasiado fuerte, debemos reaccionar para volver a parecer fuertes nosotros también.

Glayino resopló.

—Yo no sé nada de equilibrios —maulló—. Solo digo que Estrella de Fuego ha desperdiciado otra oportunidad de lograr que el Clan del Trueno parezca capaz de cuidar de sí mismo.

Sacudiendo la cola, el aprendiz de curandero se alejó.

Carrasquera se quedó mirándolo.

—¿Tú qué piensas, Leonino?

El joven se quedó paralizado, imaginándose de repente a Zarpa Brecina persiguiendo a una ardilla hacia la frontera del Clan del Trueno. ¿Acaso Carrasquera estaba pensando en lo mismo?

—¿Qué pienso de qué?

—¿Crees que Estrella de Fuego debería desafiar al Clan del Viento en la próxima Asamblea? —le preguntó su hermana ladeando la cabeza, con los ojos verdes llenos de curiosidad.

Leonino cambió el peso del cuerpo, sin saber muy bien qué pensar de la decisión de su líder. Si Estrella de Fuego pasaba por alto todos los problemas, el Clan del Trueno podría parecer débil. Pero la mera idea de combatir contra el Clan del Viento le revolvía el estómago. ¿Cómo podría seguir viéndose con Zarpa Brecina si sus clanes estaban en guerra?

De pronto, una brisa le alborotó el pelo y una voz le susurró al oído: «Sé sincero, Leonino. No tengas miedo de las cosas que deseas. Tú sabes lo que piensas».

Se le contrajo el estómago por la culpa, pero Estrella de Tigre tenía razón. Él sabía exactamente lo que pensaba. Lo último que quería era una batalla contra el Clan del Viento.

—Deberíamos dejar en paz al Clan del Viento —maulló.

9

La luna llena se ondulaba en la superficie del lago mientras las nubes crecían en el horizonte, grises contra el cielo añil oscuro.

Carrasquera se estremeció cuando empezaron a bordear la orilla del lago en dirección a la isla, donde iba a celebrarse la próxima Asamblea. Un viento helado le daba a contrapelo, alborotando desagradablemente su sedoso pelaje, y la aprendiza se situó entre Esquiruela y Fronde Dorado para protegerse del frío.

—En la isla se estará mejor —prometió Esquiruela, agachando las orejas contra el viento.

Zancudo y Ratolino caminaban delante de ellos, junto a Manto Polvoroso y Zarzoso. Espinardo iba con Candeal, casi pegándose a ella como para resguardarla del viento. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena encabezaban la comitiva, que cerraban Leonino con Cenizo y Hojarasca Acuática. Mientras rodeaban el lago, pequeñas olas lamían la orilla y, más adentro, crestas espumosas relucían a la luz de la luna.

—¡Sal de ahí! —La impaciente orden de Zarzoso se elevó por encima del viento.

Carrasquera salió de su refugio para ver a quién estaba gritando su padre.

Bayino estaba andando por un tronco tumbado en las aguas poco profundas. Una ráfaga de viento llegó desde el lago, aplastándole a Carrasquera los bigotes contra la cara. Entrecerrando los ojos, la aprendiza vio cómo Bayino perdía el equilibrio y caía ruidosamente al agua. El joven se puso en pie y, tras sacudirse el pelo, corrió de vuelta a la orilla para reunirse con sus compañeros de clan.

Zarzoso le dio un manotazo en las orejas.

—¡Lo que has hecho es de cabeza de chorlito!

Bayino estornudó.

—¡Y no creas que vas a perderte sesiones de entrenamiento si pillas un resfriado! —añadió el guerrero.

El agrio olor del cercado de los caballos se coló en el aire cuando se acercaron al final del territorio del Clan del Viento. Allí, la pedregosa orilla era más estrecha, y el viento la rociaba con agua del lago. Estrella de Fuego guio al grupo hacia la blanda hierba, bordeando el cercado. Detrás de la cerca, los caballos relinchaban en su prado. Carrasquera sintió un escalofrío de inquietud al mirar las enormes figuras oscuras que se movían al otro lado de la valla. «Tal vez a ellos tampoco les guste este tiempo», pensó. El borrascoso viento anunciaba lluvia, y mucha.

Zas.

Un caballo dio una patada en el suelo cerca de la valla. Candeal chilló sorprendida y saltó a un lado, alarmada, y con aquella maniobra chocó contra Ratolino, que cayó en la pedregosa orilla.

—¡Ten cuidado! —bufó el joven, levantándose a trompicones.

Candeal lo observó, consternada.

—Lo lamento.

«¿Por qué están todos tan nerviosos y malhumorados?», se preguntó Carrasquera mirando a sus compañeros de clan. Habían intercambiado pocas palabras después de salir del campamento. Todos tenían el pelo erizado contra el viento y sacudían la cola. Ella misma se sentía inquieta. Desde que habían descubierto al Clan del Viento cazando ardillas, había rumores de robo de presas, de venganza y de temor a una invasión. Carrasquera no estaba convencida de que el comportamiento del Clan del Viento tuviera que terminar en batalla. El código guerrero no decía nada sobre qué podían o qué no podían cazar los clanes. Pero detestaba aquel ambiente tan tenso y seguía preocupada por el Clan del Río.

No había novedades desde el sueño de Glayino en la media luna, y estaba desesperada por hablar con Blimosa. No podía evitar un hormigueo de ansiedad. ¿Y si las cosas estaban tan mal que el Clan del Río ni siquiera aparecía?

Leonino la rozó mientras seguían a Zarzoso hacia la orilla arenosa.

—Ojalá me hubiera quedado en el campamento con Glayino —maulló.

Ella lo miró. Su hermano no sonaba como el de siempre, parecía adormilado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó. ¿Es que ni siquiera quería saber si Zarpa Brecina estaría en la Asamblea?

—Solo estoy cansado. Cenizo me está haciendo entrenar muy duro.

En parte, Carrasquera se sintió aliviada por la falta de interés de Leonino por la aprendiza del Clan del Viento. Quizá había dejado atrás su amistad con ella de una vez por todas… Aun así, le parecía raro que prefiriera quedarse en el campamento a asistir a una Asamblea.

Delante de ellos, Manto Polvoroso se detuvo plantando las orejas.

—¡El Clan del Viento! —avisó.

Carrasquera vio una ristra de figuras oscuras que se movían junto a los arbustos de brezo, encaminándose a la orilla.

—¿Crees que Estrella de Fuego mencionará esta noche la caza de la ardilla? —le preguntó a su hermano.

Leonino se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

Los gatos del Clan del Viento descendieron a la ribera un poco por delante del Clan del Trueno, y se dirigieron a la orilla cenagosa del territorio del Clan del Río. Carrasquera arrugó la nariz cuando el agua lodosa se le coló entre las garras. Estrella de Fuego se había desviado para acercarse más al agua, dando prisa a los de su clan para que apretaran el paso y adelantaran al Clan del Viento.

—¡Ladrones de ardillas! —masculló Manto Polvoroso, mirando de soslayo a los gatos del Clan del Viento.

—¡Ladrones de ardillas! —repitió Bayino más alto.

El insulto se extendió por el grupo del Clan del Trueno, hasta acabar resonando por encima del rugido del viento. Carrasquera se puso tensa. ¡No podían pelearse yendo a una Asamblea! Miró con cautela a los gatos del Clan del Viento. Los ojos de Oreja Partida llameaban en la oscuridad y Ventolino mostraba los colmillos con un gruñido amenazador. Estrella de Bigotes, sin embargo, caminaba tranquilamente, con los ojos clavados en el árbol que hacía las veces de puente. Fue el primero en llegar hasta él, pero hizo una señal con la cola para que su clan se detuviera. Los gatos del Clan del Viento se quedaron mirando con ojos centelleantes cómo Estrella de Fuego guiaba al Clan del Trueno y saltaba al tronco caído.

El poderoso atigrado bajó la vista hasta el otro líder.

—¡Gracias, Estrella de Bigotes!

Este inclinó la cabeza.

Los miembros del Clan del Trueno cruzaron el árbol de uno en uno. Cuando Carrasquera empezó a trepar entre las enredadas raíces, captó por primera vez el olor del Clan del Río. Pero era muy extraño: había olores frescos mezclados con otros rancios. «¡Están aquí!», pensó, aliviada. Las

cosas no debían de irles tan mal si habían podido acudir a la Asamblea. Recorrió el nudoso tronco y saltó a la orilla opuesta. Amasando la arena que había debajo de los guijarros para no helarse, esperó a Cenizo y a Hojarasca Acuática.

—¿Ya están todos aquí? —preguntó Estrella de Fuego.

Zarzoso asintió, y el líder del clan hizo una señal con la cola y desapareció entre la vegetación. Carrasquera corrió tras él, internándose en las zarzas. «¡Tengo que hablar con Blimosa!». Una espina se le clavó en la nariz, pero ella siguió abriéndose paso hasta la blandura de los helechos y salió delante de sus compañeros de clan.

¡El claro estaba abarrotado! Pelajes grises relucían bajo la luz de la luna como piedras entre pelajes pardos y marrones. Pelo atigrado se mezclaba con pelo moteado. Grandes machos, esbeltas gatas, jóvenes ágiles… Algunos sentados en grupos, intercambiando palabras entre susurros, otros tumbados en el lindero, mirando con recelo a su alrededor. Gatos pequeños zigzagueaban alrededor de otros más grandes; algunos eran tan menudos que a Carrasquera le costó creer que fueran lo bastante mayores para ser aprendices.

La joven olfateó el aire. No había ni rastro del Clan de la Sombra.

—¿Por qué hay tantos gatos del Clan del Río aquí? —Leonino la había alcanzado y sonaba como si estuviera sin aliento.

Carrasquera negó con la cabeza. Se le erizó el pelo de inquietud. Todos los gatos del claro pertenecían al Clan del Río.

—Algunos son un poco viejos para estar aquí —añadió Leonino.

Estaba mirando a un corpulento atigrado, con el hocico adornado de bigotes blancos. Tumbada junto a él, había una atigrada oscura con el pelo apelmazado, como si ya no pudiera lavarse bien.

—¡Golondrina! —Un gatito muy pequeño corrió hacia la vieja gata. Tenía los ojos desorbitados de miedo—. ¡No encuentro a mi madre ni a mi hermano!

—No te preocupes, Malvillo. —Golondrina lo rodeó con la cola—. Boira volverá enseguida, y lo más seguro es que tu hermanito esté con ella.

—¿Son cachorros? —preguntó un sorprendido Leonino.

Carrasquera no respondió; estaba mirando a Blimosa. La aprendiza de curandera estaba extendiendo unas hierbas delante de una reina embarazada. Alarmada, la joven del Clan del Trueno serpenteó por el abarrotado claro hasta su amiga.

—¿Qué está pasando? —le preguntó.

La gata levantó la vista hacia ella. Sus ojos estaban llenos de temor.

—¡Carrasquera!

—Por el Clan Estelar, Blimosa, ¿qué ha sucedido?

Antes de que Blimosa pudiera contestar, el Clan del Viento irrumpió en el claro. Sonaron maullidos de sorpresa cuando tuvieron que apretujarse entre los gatos del Clan del Río.

—¿Boira? ¿Boira? —Un cachorrito diminuto sollozaba en mitad del caos.

—¡Soplillo! ¿Dónde has dejado a tu madre?

Golondrina se acercó al pequeño y lo agarró por el pescuezo. Hizo una mueca, como si pesara demasiado para sus patas anquilosadas, y regresó al lado de Malvillo.

—¿Por qué están aquí los cachorros y los veteranos? —preguntó Carrasquera volviéndose hacia su amiga.

—Tuvimos que…

La voz de Estrella de Fuego la interrumpió:

—Estrella Leopardina, ¿qué sucede?

El líder del Clan del Trueno se dirigió al Gran Roble, donde Estrella Leopardina esperaba sentada entre las raíces.

Estrella de Bigotes se apresuró a cruzar el claro.

—¡Parece como si hubieras traído a todo tu clan! —gruñó.

—Así es —admitió la líder.

—¿Qué? —Estrella de Bigotes se detuvo junto a ella con los ojos como platos.

Carrasquera se inclinó hacia delante. «¿Qué le ha pasado al Clan del Río?».

El furioso maullido de Estrella Negra sonó desde el lindero del claro:

—¿Qué ocurre aquí?

El Clan de la Sombra había llegado.

Estrella de Fuego clavó las garras en el suelo antes de saltar a la rama más alta del viejo roble.

—Empecemos la Asamblea, así lo sabremos todo.

Estrella Leopardina lo siguió, al igual que los líderes del Clan del Viento y del Clan de la Sombra. En el claro, los gatos se empujaron para encontrar un sitio en el que acomodarse.

Blimosa se quedó junto a la gata embarazada.

—¿Va todo bien? —le preguntó Carrasquera en voz baja.

—Ve con tus compañeros de clan. —La joven toqueteó las hierbas, evitando mirar a su amiga—. ¡Por favor!

Carrasquera asintió y siguió a un grupo de guerreros del Clan del Río que se encaminaban hacia el roble. Todos iban con la cabeza bien alta y sacudían la cola nerviosamente. Una reina gris del Clan del Río se abrió paso entre ellos, en dirección contraria.

—¡Lo siento! —Carrasquera se apartó de su camino, pero la gata ni siquiera pareció reparar en ella.

—¡Boira! ¡Estás aquí! —exclamó Golondrina, aliviada, cuando la gata llegó a su lado.

Los cachorros, emocionados, corrieron a saludar a su madre, pero ella los despachó para seguir a Golondrina hasta una mata de helechos donde se resguardaban los veteranos y los cachorros del Clan del Río, cuyos ojos brillaban cautelosos desde las sombras.

Carrasquera corrió a unirse a sus compañeros de clan. Bayino hizo una mueca cuando ella se retorció para pasar a su lado.

—¡Cuidado con mi cola!

—¡Perdona! —Se coló con cuidado al lado de Leonino, asegurándose de no pisar a nadie.

—¿Has averiguado algo? —susurró su hermano.

—No.

—Quedaos quietos y cerrad el pico —les ordenó Fronde Dorado.

Carrasquera se disculpó con un guiño silencioso y clavó sus ojos en Estrella Leopardina.

La líder del Clan del Río miraba con firmeza desde el roble. Un cachorro gimoteó, pero lo hicieron callar enseguida.

—En el Clan del Río tenemos un pequeño problema —empezó Estrella Leopardina.

«¿Pequeño? —A Carrasquera le latió el corazón con fuerza—. Entonces, ¿por qué estáis todos aquí?».

—Hemos tenido que abandonar nuestro campamento —continuó la líder.

—¿Abandonar? —Los ojos de Estrella Negra centellearon con interés.

—Solo será por una breve temporada —se apresuró a aclarar la gata—. Estamos solucionando el problema. En cuanto esté resuelto, regresaremos a nuestro territorio. Hasta entonces, nos quedaremos en la isla.

«¿Y qué pasa con las Asambleas?». Carrasquera miró angustiada al Manto Plateado. Las Asambleas se regían por el código guerrero: debían celebrarse en un terreno compartido por igual por todos los clanes. Seguro que aquello iba contra la tradición que habían instaurado sus antepasados.

—¿Y dónde cazaréis? —quiso saber Estrella Negra, mirando acusadoramente a Estrella Leopardina.

Bermeja, la lugarteniente del Clan de la Sombra, se puso en pie, erizando el pelo del lomo.

—¡Es imposible que en la isla haya alimento suficiente para todo el clan!

La líder del Clan del Río la fulminó con la mirada.

—¡Tenemos el lago!

—¿Y crees que habrá bastante comida? —exclamó Corvino Plumoso—. ¿Qué haréis cuando no queden peces en las aguas bajas que rodean la isla?

Vaharina se sulfuró.

—¡No vamos a comer conejos, si es eso lo que os preocupa! —La lugarteniente del Clan del Río frunció el hocico, como si lo último que pensara tragarse en la vida fuera un conejo.

—¿Y qué hay de las Asambleas? —preguntó Estrella de Fuego, mirando con calma a Estrella Leopardina.

—Esperamos estar de vuelta en nuestro campamento para la próxima luna llena —contestó ella.

—¿Y si no es así? —maulló Estrella Negra—. No es justo que sobrepaséis a todos los demás clanes en las Asambleas.

Espinardo se puso en pie.

—En los Cuatro Árboles no vivía nadie —señaló—. Era un lugar especial para los cuatro clanes, como la Boca Materna.

Estrella Leopardina lo miró a los ojos.

—No estaríamos haciendo esto si tuviéramos otra opción.

—¿Y si no podéis regresar nunca a vuestro campamento? —Estrella Negra arañó la corteza de la rama—. ¿Adónde iríais entonces?

—¿Os trasladaríais a un nuevo territorio?

—¿Invadiríais la tierra de otro clan?

Estrella Leopardina miró a los congregados.

—¡Os estáis preocupando por algo que no va a pasar nunca!

Estrella Negra agitó la cola.

—Pero ¿y si acaba pasando? —bufó.

—¡Tres territorios no pueden albergar a cuatro clanes! —exclamó Estrella de Bigotes.

Chamuscado, un guerrero del Clan de la Sombra levantó la barbilla:

—¡Uno de los clanes tendrá que irse!

El silencio cayó sobre el claro. Miradas nerviosas centellearon entre unos gatos y otros.

A Carrasquera se le contrajo el estómago. ¿De verdad se podía expulsar a un clan del lago? ¡No! ¡Debía haber cuatro clanes! Así era como tenían que ser las cosas.

—Debemos creer a Estrella Leopardina —declaró Estrella de Fuego, y su voz resonó por todo el claro—. Tenemos que darle al Clan del Río la oportunidad de regresar a su territorio.

—Por lo menos hasta la próxima Asamblea —intervino Tormenta de Arena.

Los gatos murmuraron, pero ninguno protestó.

Estrella de Fuego asintió.

—Si el Clan del Río sigue viéndose obligado a vivir en la isla en la próxima luna llena, ya decidiremos qué hacer. —Miró a los demás líderes—. ¿Eso os parece justo?

Estrella Negra asintió secamente.

Estrella de Bigotes movió la cola.

—Supongo —masculló.

—Entonces estamos de acuerdo. —Estrella de Fuego miró a los clanes—. El Clan del Trueno tiene pocas cosas que contar. Una de nuestras aprendices resultó herida, pero está recuperándose bien. —Lanzó una mirada a Estrella de Bigotes—. Y la estación de la hoja nueva ha traído muchas presas al bosque.

Carrasquera clavó las garras en la tierra. «Está aludiendo a lo de las ardillas».

Estrella de Bigotes entornó los ojos.

—El Clan del Viento está sano. Y en nuestras tierras también abundan las presas.

Carrasquera notó el aliento de Bayino en la oreja.

—Ha dicho «presas», no «conejos» —susurró el aprendiz con rabia.

—¿Es que Estrella de Fuego no piensa mencionar lo de las ardillas? —siseó Zancudo.

—¿Acaso a nuestro líder le da miedo hablar?

Carrasquera volvió la cabeza para ver quién había pronunciado aquellas palabras. Espinardo estaba mirando ceñudo a su líder.

«Pero ¡Estrella de Fuego tiene razón al no provocar más problemas! —pensó la joven—. Aquí ya hay tensión de sobra».

—¿Estrella Negra? —le preguntó Estrella de Bigotes al líder del Clan de la Sombra—. ¿Algo que contar?

—Hay unos pocos Dos Patas junto al lago —relató Estrella Negra—, pero ninguno cerca de nuestro campamento.

—Bien. —Estrella de Fuego asintió—. Si no hay más novedades, creo que deberíamos dejar tranquilo al Clan del Río.

Se oyeron murmullos entre la inquieta multitud, pero el líder del Clan del Trueno dio la reunión por terminada y saltó del Gran Roble. Estrella Leopardina lo siguió. La Asamblea había acabado.

Carrasquera sintió una oleada de alivio al ver que el Clan de la Sombra y el Clan del Viento desaparecían entre la vegetación. Corrió al lado de Blimosa.

—Dime qué es lo que ha ocurrido —le pidió—. ¿Por qué habéis dejado vuestro campamento?

Blimosa tenía la boca llena de hojas.

—Ahora no puedo hablar —masculló—. No con todo el mundo escuchando.

—Te entiendo. —Vio la súplica desesperada en los ojos de su amiga—. Volveré más tarde. Entonces podrás contármelo.

Blimosa escupió al suelo las hojas mascadas.

—¡Por favor, no te metas en problemas!

—No lo haré —prometió Carrasquera.

Tenía que oír la historia completa. A lo mejor Estrella de Fuego podía ayudar al Clan del Río. El futuro de los clanes podía depender de lo que ella averiguara. Vio que Fronde Dorado se internaba en la vegetación con Zarzoso y Esquiruela. Leonino la llamó moviendo la cola.

—Debo irme. —Carrasquera tocó la mejilla de Blimosa con el hocico, antes de salir corriendo hacia su hermano.

—¿Te ha dicho algo? —le preguntó Leonino cuando la gata llegó a su lado.

—No, en realidad no —contestó metiéndose entre los helechos, con el corazón destrozado por su amiga.

Alcanzaron a sus compañeros de clan en el árbol puente. El Clan del Viento y el Clan de la Sombra ya estaban alejándose por la orilla.

—¿Qué significa esto para el Clan del Trueno? —preguntó un ansioso Ratolino mientras trepaba al tronco.

—Nada —respondió Esquiruela, saltando junto a él.

—¿Cómo puedes estar segura? —Zancudo se detuvo en mitad del puente.

Manto Polvoroso entornó los ojos.

—Si el Clan del Río no puede quedarse en su territorio, quizá intente invadir el del Clan del Viento o el del Clan de la Sombra. Y si eso sucede, ninguna de las fronteras estará a salvo.

—Pero ¡si nosotros estamos en el otro extremo del lago! —exclamó Ratolino, que seguía a Manto Polvoroso a través de las ramas—. No puede afectarnos.

—Ojalá tengas razón —masculló, sombrío, el guerrero atigrado.

—Supongo que eso explica por qué el Clan del Viento ha empezado a entrenar a sus aprendices para que cacen en el bosque —gruñó Zancudo.

Carrasquera se estremeció. ¿Tendría razón el guerrero de largas patas? ¿Estaba el Clan del Viento planeando invadir el territorio del Clan del Trueno?

—¡Leonino!

La llamada de Cenizo despertó a Carrasquera, que levantó la cabeza. Su hermano ya estaba cruzando la guarida.

—¿Pasa algo? —preguntó la aprendiza. La mayor parte de los lechos ya estaban vacíos; solo Melosa seguía durmiendo.

—¡Entrenamiento de combate! —contestó Leonino por encima del hombro.

Carrasquera se puso en pie para desperezarse. Fronde Dorado no la había llamado. Con un poco de suerte tendría tiempo de visitar a Carboncilla antes del entrenamiento.

En el exterior se oían pasos apresurados y maullidos de emoción. Todos parecían muy atareados aquella mañana. Intrigada, la joven salió de la guarida. El sol apenas estaba empezando a colarse en la hondonada, pero el claro bullía como un enjambre de abejas: el montón de la carne fresca estaba bien abastecido; Ratolino y Bayino practicaban movimientos de combate junto a la roca partida; Látigo Gris y Mili arrastraban zarzas hacia la guarida de los guerreros, ya casi terminada, y Estrella de Fuego hablaba con Espinardo y Zarzoso debajo de la Cornisa Alta.

Delante de la guarida de los veteranos, Musaraña se desperezaba al sol. Rabo Largo estaba sentado a su lado, con la cara alzada hacia el cielo.

—¿Carrasquera? ¿Eres tú a quien estoy oliendo? —preguntó el veterano ciego desde el otro extremo del claro.

—Sí. —La aprendiza se le acercó.

—He oído que se avecinan problemas. —Rabo Largo hundió las garras en la tierra—. Ojalá pudiera defender a mi clan.

—No hay ningún problema —se apresuró a responder la joven—. El Clan del Río tiene algunos contratiempos, eso es todo.

—Se rumorea que tal vez haya una nueva redistribución del territorio —continuó el veterano—. ¡Me gustaría ver si algún clan se atreve a quitarnos un trozo de lo que nos pertenece!

«¡Parece que esté disfrutando con todo esto!», se alarmó Carrasquera, erizando el pelo del lomo. Se sintió aliviada al ver que Fronde Dorado iba hacia ella. Seguro que su mentor sería lo bastante sensato como para no dejarse seducir por toda aquella palabrería sobre batallas.

—Nos vamos a cazar —anunció el guerrero.

«¡Bien! Algo de lo más normal», pensó la aprendiza.

—Si va a haber guerra, tenemos que estar bien alimentados —continuó el gato.

Carrasquera se quedó paralizada. «¿Fronde Dorado también? ¡No!».

—¿Puedo ir a ver a Carboncilla antes de marcharnos? —preguntó.

—Adelante —accedió su mentor—. Pero no tardes.

Carrasquera cruzó el claro y asomó la nariz por la cortina de zarzas que cubría la entrada de la guarida de la curandera.

—¿Puedo entrar?

Carboncilla estaba sentada en su lecho; tenía la pata sujeta con juncos colocada en una posición un tanto extraña delante de ella. La joven estaba estirándose para hacer rodar una bola de musgo por el borde de su lecho, mientras Hojarasca Acuática empapaba unos tallos secos de cola de caballo en la pileta que había en un extremo de la guarida. La curandera levantó la vista hacia ella.

—¡Hola, Carrasquera!

La aprendiza creyó detectar alivio en la voz de Hojarasca Acuática, y se abrió paso entre las zarzas.

—Me alegro de que estés aquí. A Carboncilla le irá bien un poco de compañía. —La curandera miró a su inquieta paciente—. Le cuesta muchísimo estarse quieta.

Carboncilla golpeó la bola de musgo con tanta fuerza que la lanzó por los aires hasta los pies de su amiga.

—¡Lánzamela de nuevo para que pueda atraparla! —pidió.

—¡Ni se te ocurra! —Hojarasca Acuática corrió a agarrar la bola con los dientes—. ¡Tienes que permanecer inmóvil si quieres que la pata se te cure

como es debido!

Carrasquera ronroneó divertida cuando su amiga puso los ojos en blanco. Luego reparó en que Glayino estaba al fondo de la guarida, ocupado en hacer fardos de hojas y en apilarlos contra el muro. Parecía completamente absorto en su tarea; ni siquiera había levantado la cabeza para saludarla.

—¿Qué haces, Glayino? —le preguntó ella, alzando la voz para que la oyera.

—¿A ti qué te parece? Preparar hierbas —masculló él.

—Son muchas hierbas.

Carrasquera captó el olor de la cola de caballo y la caléndula. Recordaba lo bastante de su entrenamiento de curandera como para saber que estaban preparándose para heridas de combate. Se le revolvió el estómago. Parecía como si todo el clan hubiera aceptado que se avecinaba una batalla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carboncilla desde su lecho.

Carrasquera se acercó a ella.

—¿Alguien te ha contado lo que pasó en la Asamblea?

Carboncilla negó con la cabeza.

—Cuando Hojarasca Acuática regresó, se puso a susurrarle algo a Glayino, pero a mí no me han dicho nada.

—¡El Clan del Río está viviendo en la isla!

A Carboncilla se le salieron los ojos de las órbitas de la impresión.

—¿Que está viviendo dónde?

—No pueden estar en su campamento por alguna razón, y todos los demás clanes piensan que el Clan del Río tendrá que buscarse un nuevo territorio.

Su amiga soltó un respingo.

—Pero eso lo complicaría todo.

—Lo sé. —Carrasquera miró a Glayino, todavía atareado al fondo de la guarida—. Y parece que todo el mundo espera que haya una batalla.

Carboncilla tiró del musgo de su lecho.

—Solo espero recuperarme a tiempo para participar.

Carrasquera la miró ceñuda.

—¡No tiene por qué haber ninguna batalla!

—Pero si todo el mundo lo quiere…

—Lo que pasa es que todo el mundo está asustado por lo que vaya a hacer el Clan del Río —la interrumpió Carrasquera—. Si podemos ayudarlos, entonces todo volverá a la normalidad.

Salió de la guarida de la curandera y miró a su alrededor. Raposillo y Albinilla estaban jugando a pelearse delante de la maternidad, Rabo Largo y

Musaraña estaban dibujando planes de combate sobre el suelo arenoso, y Estrella de Fuego seguía hablando con Zarzoso.

No podía permitir que sus compañeros de clan se vieran atrapados en una batalla sin antes tratar de encontrar otra forma de resolver el problema. Si ella pudiera hallar un modo de ayudar al Clan del Río, quizá no hubiera nada por lo que pelear.

10

Glayino oyó el susurro de las zarzas.

—¿Carrasquera se ha ido? —Parpadeó. Su hermana apenas había estado unos instantes en la guarida.

—Se habrá acordado de que tenía algo que hacer —suspiró Carboncilla.

—Vaya.

El aprendiz continuó envolviendo en hojas los emplastos de caléndula y cola de caballo, preparándose para una batalla que podría no llegar a librarse jamás. ¿Por qué el Clan Estelar no lo había avisado? No es que fueran precisamente tímidos a la hora de meterse en sus sueños.

De pronto, notó que empezaba a arderle la piel bajo la mirada atenta de Carboncilla. La aprendiza estaba observándolo, con la mente agitada a causa de la curiosidad. Glayino sintió un cosquilleo de irritación en las zarpas. ¿Cuánto tiempo más iba a quedarse Carboncilla allí? Era evidente que estaba aburrida, y él echaba de menos la paz y la intimidad de la guarida vacía. Se volvió hacia ella.

—¿Pasa algo? —le soltó.

—No. —Carboncilla sonó extrañamente pensativa—. Solo estaba pensando en un sueño que tuve sobre ti: podías ver.

Glayino agitó las orejas. ¡La aprendiza se acordaba de su sueño! ¿De cuántas cosas más podía acordarse? ¿Del campamento en el barranco? ¿De ser Carbonilla? Esperó notar chispas de alarma brotando de Hojarasca Acuática, pero la curandera estaba ensimismada empapando tallos de cola de caballo en la pileta.

Glayino se acercó a la aprendiza.

—¿Y qué estaba haciendo en tu sueño? —le preguntó como si nada.

—No lo recuerdo. Pero me sorprendió mucho que pudieras ver. —Carboncilla se removió en su lecho.

—¿Dónde estábamos?

La joven vaciló.

—En alguna parte del bosque, creo. Tú estabas siguiéndome y…

—¿Y qué? —Glayino se inclinó sobre ella.

—La verdad es que no me acuerdo.

Glayino agitó la cola. ¿Qué sucedería si Carboncilla descubría que había sido Carbonilla? Probablemente, todos los viejos recuerdos de la curandera estarían enterrados en alguna parte del cerebro de la aprendiza, ¿no?

—Es la hora de la medicina de Carboncilla —anunció Hojarasca Acuática desde la pileta.

—Vale. —Glayino sintió un aleteo de emoción en el estómago. Aquella podía ser su oportunidad de averiguar si quedaba algún rastro de Carbonilla.

Corrió al fondo de la cueva, pasando ante la consuelda que ayudaría a que sanaran los huesos de la joven, y en su lugar tomó unas aromáticas hojas de malva. La malva no haría nada más que calmarle el estómago. Si en su interior había algo del conocimiento de Carbonilla, sabría que era la medicina incorrecta y diría algo.

—Toma —dijo, dejando las hojas de malva en el lecho de la aprendiza.

—Estas hojas huelen muy bien —maulló ella.

—Son de malva —respondió Glayino, acercándoselas más.

Buscó alguna duda en la mente de Carboncilla, pero lo único que captó fue gratitud.

—Gracias, Glayino.

—¿Qué haces? —Hojarasca Acuática apareció de pronto y apartó las hojas de malva. El joven notó las sospechas de su mentora al rozarlo—. Deberías haberle dado consuelda.

—Me habré equivocado —mintió él.

—Pues ten más cuidado la próxima vez —replicó la curandera, irritada. Estaba claro que no se lo había creído. ¿Se habría imaginado que su aprendiz estaba poniendo a prueba a Carboncilla?—. Continúa preparando cataplasmas —le ordenó. Luego se dirigió a la paciente en un tono más dulce—: Lo lamento, Carboncilla, Glayino no suele estar tan distraído.

El aprendiz regresó al fondo de la cueva sin poder ocultar su irritación. ¡Eso era muy injusto! Últimamente, Hojarasca Acuática no tenía paciencia con él, y sin embargo soportaba con una amabilidad infinita los caprichos de Carboncilla. Malhumorado, señaló con el rabo los tallos sumergidos en la pileta.

—¿Esa cola de caballo ya está lista?

Sabía de sobra que debía permanecer en remojo toda la noche para recuperar por completo sus jugos.

—¡Por supuesto que no! —exclamó la curandera—. ¡Empieza con la que empapé ayer!

—¡Vale, vale!

Tomó con la uña un tallo empapado de un montón cercano y, ceñudo, se puso a mascar un extremo.

Hojarasca Acuática se le acercó. El olor de la consuelda llenó el aire cuando la gata recogió unas cuantas hojas para Carboncilla.

—¿Qué te pasa? —le bufó a su aprendiz.

—¿Qué te pasa a ti? —le espetó él.

—No soy yo quien le ha dado a Carboncilla la medicina equivocada.

—Solo quería saber si vería la diferencia.

—¡Es que es Carboncilla, no Carbonilla!

—Pero debe de haber algo ahí…

—Si lo hay, ¡no es cosa nuestra descubrirlo! Tenemos que dejar que Carboncilla encuentre su propio destino.

Glayino notó el aliento de su mentora en la mejilla.

—¿Y qué tiene de malo intentar ayudarla? Sin duda, se merece saber que el Clan Estelar la ha enviado de vuelta para que sea guerrera.

—Si el Clan Estelar quiere que ella lo sepa, se lo contará —replicó Hojarasca Acuática.

—Así que a ti te parece bien dejarlo en manos del Clan Estelar.

—¡Por supuesto! —exclamó la curandera, sorprendida—. Y a ti también debería parecerte bien.

Glayino continuó mascando. El amargo jugo del tallo le hacía fruncir el hocico. ¿Por qué Hojarasca Acuática reverenciaba tanto a sus antepasados? Él los había conocido; no parecían distintos de los gatos vivos. ¿Acaso su mentora creía que la muerte convertía en sabios a los gatos tontos? Podían pasearse por los sueños de otros gatos, pero él también. Y eso no significaba que él conociera las respuestas a todas las cosas.

—¡Glayino! —La voz de Carboncilla resonó por la guarida.

El aprendiz de curandero abrió los ojos de golpe.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien.

La joven gata sonaba completamente despierta, y Glayino levantó el hocico para olfatear. Olía como si la luz del alba empezara a asomarse. ¿Es que Carboncilla no podía dormir un poco más? ¡O al menos dejarlo dormir a él!

—Hojarasca Acuática se ha ido a examinar a Raposillo —maulló la aprendiza—. He pensado que podríamos jugar un poco mientras ella está fuera.

Glayino bostezó y se levantó trabajosamente. Enseguida percibió la briosa energía que emitía la joven en oleadas.

—Ojalá pudiera mover la pata —se quejó Carboncilla—. Aparte de eso, me siento bien.

—Tendrás que mantenerla inmóvil si quieres que se cure como es debido —le advirtió Glayino.

—Lo sé, lo sé —suspiró—. Pero ¡estoy tan aburrida…!

El aprendiz la entendía perfectamente. La estación de la hoja nueva había hecho que el bosque se sumiera en un estado de agitación, y el olor de la vida nueva invitaba a salir como un amigo suplicando jugar. Algo silbó por el aire y chocó contra su omoplato. Una bola de musgo.

—Vale —aceptó—. Pero no puedes moverte de tu lecho. Yo te la tiraré.

—Pero no puedes verme —maulló Carboncilla.

—No. Pero como nunca cierras el pico, siempre puedo oír dónde estás exactamente.

Enganchó la bola de musgo con una garra y se la lanzó.

El lecho crujió cuando la gata se estiró para atraparla.

«La próxima tengo que tirarla más baja», pensó Glayino.

La bola volvió a silbar por el aire. Calculando perfectamente la distancia, el aprendiz saltó, hizo una cabriola y rodó por el suelo al atraparla.

—¡Guau! —ronroneó Carboncilla—. Impresionante. —De pronto, se quedó parada—. ¿Cómo es?

Glayino ladeó la cabeza.

—¿Cómo es el qué?

—Ser ciego.

—¿Qué se siente al poder ver?

—No lo sé. Supongo que lo normal.

—Bueno, pues para mí lo normal es ser ciego.

—Aun así, ¿no es duro no poder saber dónde están las cosas?

—Como has podido ver, yo lo sé perfectamente. —Glayino valoró la sinceridad de Carboncilla. La mayor parte de los gatos actuaban como si, al

no hablar de su ceguera, él fuese a olvidarse de que era un poco diferente—. Todo huele o produce un sonido, y a veces yo tengo una… —buscó la palabra correcta— una sensación de las cosas.

—¿Y nunca te sientes frustrado?

—Solo cuando me tratan como si fuera diferente —contestó Glayino—. Yo no siento nada distinto, así que es bastante molesto cuando alguien le da una importancia excesiva a mi ceguera. Es como si yo les diera lástima, cuando no hay nada de qué tener lástima.

Lanzó la bola al aire y luego la golpeó en dirección a Carboncilla. El lecho de la joven susurró bajo su peso.

—¿Qué es esto, por el Clan Estelar? —El furioso maullido de Hojarasca Acuática sonó en la entrada. La curandera cruzó la guarida a la carrera, tiró la bola de musgo a la pileta y luego se encaró con Glayino—: ¿Qué es lo que estás haciendo, forzándola a estirarse de esa forma?

—¡Ha sido idea mía! —se apresuró a decir Carboncilla.

Hojarasca Acuática no le hizo el menor caso.

—¡Deberías saberlo de sobra! —continuó riñendo a su aprendiz.

Glayino se sulfuró.

—Le he dicho que no se moviera de su lecho.

—¡Eso no basta! ¡La pata tiene que sanarle correctamente…! —Se quedó callada y luego añadió con un susurro—: Esta vez debe entrenar como guerrera.

—¿Por qué? —estalló Glayino, rabioso—. ¿Por qué sería un desastre que tuviera que seguir un camino distinto? ¡Yo tuve que hacerlo!

Hojarasca Acuática se quedó de piedra un instante y, al cabo, respondió despacio:

—Tú eres ciego.

La rabia de Glayino se esfumó. ¿Es que la curandera lo consideraba una causa perdida? ¿Solo luchaba por salvar a los gatos que podían ser salvados? Le dio la espalda, demasiado abatido para decir nada.

Aún enojada, Hojarasca Acuática corrió junto al lecho de Carboncilla y comenzó a ajustar los vendajes de telaraña.

Glayino salió de la guarida. Podía oír al clan, atareado en el claro. Látigo Gris y Mili charlaban mientras colocaban en su sitio el techo de la nueva guarida. Leonino estaba persiguiendo a Raposillo y Albinilla alrededor de la maternidad, y Fronda compartía lenguas con Manto Polvoroso debajo de la Cornisa Alta.

«¡Soy mucho más que un simple curandero ciego! —Glayino flexionó las garras—. ¡Se lo demostraré a todos!».

Las zarzas susurraron detrás de él.

—Tenemos que recolectar hierbas —maulló Hojarasca Acuática en tono práctico, como si no hubiera pasado nada entre ellos. El joven rebuscó en la mente de su mentora algún resto de furia o culpabilidad, pero los pensamientos de la curandera parecían estar cuidadosamente blindados—. La caléndula debería estar floreciendo en la orilla del lago —continuó, mientras lo guiaba fuera del campamento.

Glayino no dijo nada. Permaneció en un silencio huraño mientras subían la ladera hasta el risco. Cuando salieron de entre los árboles, un frío viento le atravesó el pelaje; olía a lluvia.

Hojarasca Acuática descendió por la herbosa pendiente hasta la orilla.

—Ahí veo un poco. —Y giró en dirección al viento.

Glayino entornó los ojos cuando el viento le azotó la cara. Aquella salida era absurda.

—Tú sabes que ya tenemos un montón de caléndula en la guarida, ¿verdad? —le preguntó a su mentora.

Ella redujo el paso para ajustarlo al de su aprendiz.

—Si va a haber una batalla, tenemos que estar preparados. Nuestra primera obligación es curar al clan —maulló, y Glayino percibió que deseaba que él hablara—. ¿No crees? —Su voz sonó ansiosa.

De mala gana, el aprendiz permitió que lo arrastrara a la conversación.

—Sí —admitió—. Pero ¿qué ocurre con lo de compartir lenguas con el Clan Estelar? Eso también es parte de nuestras obligaciones. ¿Por qué no nos han avisado de que se avecinaba una batalla?

—El Clan Estelar no siempre nos cuenta todo lo que va a suceder.

—¿Así que tenemos que sentarnos a esperar a que nos lo cuenten? —se irritó Glayino, frustrado—. Podemos pasearnos entre ellos en sueños, ¿seguro que no podemos descubrirlo por nosotros mismos?

—¿Estás poniendo en cuestión la sabiduría del Clan Estelar?

El joven se tragó la respuesta: seguía sin entender por qué su mentora creía que, por el simple hecho de haber muerto, los gatos del Clan Estelar tenían que ser sabios.

—Ser curandero es mucho más que compartir lenguas con el Clan Estelar —siguió Hojarasca Acuática—. Por ejemplo, tú todavía no conoces todas las hierbas. —Se detuvo a olfatear ruidosamente—. ¿Cuál es esta?

Glayino saboreó el aire. Un gusto intenso le bañó la lengua. Alargó la pata para tocar unas hojas pequeñas y blandas. Prietos capullos de flores rebotaron contra su nariz.

—¿La reconoces? —quiso saber Hojarasca Acuática.

—Es matricaria —contestó el joven—. Buena para los dolores, especialmente los de cabeza. —Y, dando media vuelta, añadió—: Pero ahora no nos sirve para nada, porque las flores tardarán una luna más en salir.

¿Por qué su mentora lo trataba como a un idiota descerebrado? ¿Cuántas veces tendría que demostrar su valía?

Otro olor captó su atención. Algo más sabroso que la matricaria. Adoptó la postura de caza. La hierba de delante estaba temblando, y Glayino captó el sonido de una leve respiración. En su mente se formó la imagen de un campañol; lo vio tan claramente como si estuviera soñando: un roedor tembloroso.

Rápido como un relámpago, el aprendiz se lanzó hacia delante, zambulléndose en la hierba con las zarpas extendidas. El campañol corrió hacia un lado, pero Glayino viró y le cortó la ruta de huida. La criatura cayó en sus garras, y él lo sujetó sin problemas y lo mató de una dentellada. Luego regresó junto a Hojarasca Acuática y balanceó la presa debajo de su nariz.

—Muy bien —maulló la gata.

Glayino lanzó la pieza a sus pies, desbordado de repente por la frustración de lo ocurrido aquella mañana.

—¿Te convence eso de que no necesito ojos para ver?

Esperó la furia de la curandera, una réplica cortante que le hiriera los oídos. En vez de eso, notó que le pasaba la cola por el costado, tan delicada como una brisa.

—Ay, Glayino… —suspiró Hojarasca Acuática—. Yo siempre he creído en ti.

La emoción que emanó de su mentora, asfixiante de tan afectuosa, llenó la mente del joven como una nube pegajosa. Desconcertado, Glayino se alejó y empezó a descender hacia la orilla. Más adelante, el arroyo borboteaba al desembocar en el lago desde el bosque. Allí era donde Ratolino había perdido a la ardilla. Y allí era donde él había encontrado el palo. No se había dado cuenta de que hubieran bordeado tanto el lago.

Notó un cosquilleo de emoción en las zarpas.

«¡El palo!».

Avanzó por la ribera, procurando no tropezar con las ramas y la basura de los Dos Patas que el agua había depositado allí. Una gran gota de lluvia

aterrizó entre sus omoplatos. Glayino se la sacudió y se encogió cuando le cayó otra en la nariz. Ahora ya podía oler el palo; su extraño aroma lo llamaba como un cachorrito a su madre. Corrió hasta donde lo había guardado, detrás de la raíz de un árbol, y lo sacó a la orilla. Deseaba volver a deslizar las zarpas por él, notar las cicatrices de su lisa superficie. Sintió las patas calientes al acariciarlo, y su corazón le pareció de pronto tan lleno como un estómago bien alimentado.

—¿Es el mismo palo viejo que encontraste la última vez? —le preguntó Hojarasca Acuática, que lo había seguido.

Glayino asintió.

—¿Por qué te interesa tanto? —La curandera parecía perpleja.

—¡Porque siento que es importante!

Posó ambas zarpas sobre la madera, tan suave como la seda de las arañas. Un tenue murmullo colmó su mente; tenue como las olas que lamían con suavidad la orilla. Recorrió los grabados del palo con las patas, deteniéndose sobre las líneas no marcadas, y notó que la tristeza le pinchaba las almohadillas. «Estas marcas son historias no contadas…».

La lluvia salpicaba con grandes gotas las hojas de los árboles y el lomo del joven.

—Deberíamos volver —maulló Hojarasca Acuática.

—¿Y qué pasa con el palo?

Retumbaron truenos en la distancia. El viento azotó la superficie del lago, soplando y empujando como un tejón malhumorado.

—Tenemos que regresar al campamento. —La curandera sonó preocupada—. Veo cómo se acercan las nubes de tormenta. No deberíamos estar fuera con este tiempo.

Glayino erizó el pelo. Notó la electricidad de los relámpagos en el aire. De pronto, una ráfaga de viento lo derribó de costado, separándolo del palo.

—¡Vamos! —insistió Hojarasca Acuática.

Las olas estaban empezando a golpear la orilla, sacudidas por el viento, cada vez más violento.

—¿Y qué pasa con el palo? —repitió Glayino.

Pero su mentora ya había echado a correr.

—¡Vamos! —le ordenó.

No había tiempo de arrastrar de nuevo el palo a la seguridad de la raíz. El viento parecía tirarle del pelo y le doblaba las orejas. La intensa lluvia lo golpeaba en los ojos. Agazapándose, Glayino salió disparado tras la curandera, en dirección al campamento.

La lluvia había cesado, pero el viento seguía rugiendo por encima de la hondonada.

Glayino estaba tumbado en su lecho, oyendo los violentos crujidos del bosque desde la guarida de la curandera. Las hojas se agitaban como olas en la orilla, pero el joven apenas podía oírlas. Sus oídos estaban llenos de susurros. Sintió un cosquilleo en las zarpas al recordar el olor terroso del palo. Rodó sobre sí mismo y pegó las orejas a la cabeza, pero los susurros siguieron musitando palabras en sus oídos. Alargó una pata y aporreó el musgo de su lecho, angustiado.

—¿Por qué no sales a dar un paseo? —murmuró Hojarasca Acuática desde su lecho—. Acabarás despertando también a Carboncilla con tantas vueltas.

—Vale. —Glayino se incorporó. Se moría de ganas de salir del campamento. Quería volver a tocar el palo.

Atravesó la cortina de zarzas. En el claro, el viento revolvía los inquietos aromas de la estación de la hoja nueva, de modo que todo el bosque parecía agitarse de impaciencia. Glayino sabía que el cielo estaba despejado y que la luna brillaba. Percibía la fría luz en su pelaje. Al encaminarse a la entrada del campamento, la barrera de espinos se estremeció.

—¿Glayino?

Su hermano apareció por el túnel que llevaba al aliviadero.

—Hola, Leonino —lo saludó Glayino con curiosidad.

A su hermano se le había erizado el pelo de culpabilidad y alarma. Y además olía a viento. «¡Ha estado en el bosque!».

—Solo he ido a hacer mis necesidades…

Leonino estaba mintiéndole. Glayino entornó los ojos. «¿Es que todos los miembros del clan tienen secretos?».

—Yo estaba a punto de salir. —Captó el cansancio de su hermano y decidió ponerlo a prueba—. ¿Vienes conmigo?

—Si tú quieres… —respondió Leonino con cautela.

«Se siente demasiado culpable para negarse», se dijo Glayino.

—¿Quién anda ahí? —exclamó Betulón desde la entrada del campamento.

—Somos nosotros —respondió Glayino, yendo hacia el túnel de espinos —. Vamos a salir al bosque.

Betulón ronroneó.

—Una aventura nocturna. Eso me recuerda a mis días de aprendiz…

Sonó nostálgico, aunque era guerrero desde hacía solo unas pocas lunas. A Betulón siempre le gustaba fingir que era extremadamente sabio y experimentado en comparación con los aprendices, pero Glayino aún se acordaba del escándalo que había montado cuando le arrancó una simple espina de la pata.

El guerrero se puso a un lado y Glayino notó el viento que se colaba por el túnel. Le hizo una seña a Leonino con la cola.

—¿Vienes?

Su hermano lo siguió a través de la barrera.

—¡Cuidado con los zorros! —exclamó Betulón.

Glayino se estremeció. El recuerdo del zorro apareciendo entre la vegetación mientras él y Centella cruzaban el bosque hizo que se le revolviera el estómago.

—No te preocupes —lo tranquilizó Leonino—. Ahora ya puedo lidiar con los zorros.

Los dos hermanos subieron por la ladera hasta el risco.

—¿Adónde vamos? —preguntó Leonino.

—Al lago.

Leonino no hizo el menor comentario ni mostró el más mínimo interés. Glayino percibió la nube negra que flotaba en la mente de su hermano, absorbiendo cualquier otro pensamiento, como si estuviera hecha de arenas movedizas. Intentó llegar a su interior, pero no captó más que incertidumbre.

Al dejar atrás los árboles y descender por la pendiente herbosa, el viento azotó las orejas y los bigotes de Glayino. El joven sacudió la cola, emocionado por el tiempo tormentoso y por la idea de volver a tocar el palo. Ya podía oler el lago, y lo visualizó tan nítidamente como si pudiera verlo: una inmensa Laguna Lunar alborotada, donde se reflejaba una luna fragmentada. Los olores del Clan del Río, el Clan del Viento y el Clan de la Sombra chocaron y se mezclaron en el aire. ¿De verdad iba a haber una batalla?

—¿Tú crees que el Clan del Viento está planeando invadirnos? —le preguntó a su hermano.

Leonino se pegó a él para desviarlo de una madriguera de conejo.

—No tendría sentido —respondió, y a Glayino le pareció percibir esperanza en su voz—. Al Clan del Viento debería preocuparle el Clan del Río, no nosotros.

—¿Y qué me dices de la caza de ardillas?

—¿Por qué no van a cazar ardillas? En ese lado del barranco, el bosque les pertenece a ellos. —Sonó más como un guerrero que como un aprendiz; como si supiera algo que Glayino no sabía.

Cuando sus pisadas crujieron sobre los guijarros que bordeaban el lago, Leonino vaciló.

—¿Por qué hemos venido hasta aquí?

—Me dejé algo en esta zona —le explicó su hermano—. Necesito volver a llevarlo hasta los árboles. Quiero mantenerlo a salvo del lago.

—¿Qué es?

—Un palo.

—¿Un palo?

—¡Sí! —Glayino olfateó el aire, esperando detectar su rastro—. Tiene marcas dibujadas. —Sintió un hormigueo de angustia en la cola al no oler nada más que el agua azotada por el viento—. Lo dejé por aquí.

—¿Cómo es?

—No tiene corteza. Es solo un trozo de madera lisa con líneas grabadas.

—Vale —maulló Leonino—. Tú busca donde lo dejaste. Yo buscaré en la parte más alta de la orilla, por si el viento lo ha arrastrado hasta allí.

Con el corazón desbocado, Glayino corrió hasta el lugar donde había abandonado el palo. Estaba seguro de que había desaparecido, y no solo porque no captara su olor. Un oscuro vacío en su pecho le decía que el palo ya no estaba allí.

Y estaba en lo cierto.

Sobre los guijarros no había nada.

Luchando contra el miedo que le aguijoneaba el estómago, zigzagueó por la orilla olfateando los guijarros y tratando de averiguar adónde había ido el palo. ¿Por qué había permitido que la tormenta se lo llevara? ¡Debería haberse asegurado de que el palo estaba a buen recaudo, antes de salir corriendo a casa como un cobarde con corazón de zorro!

—¿Lo has encontrado? —le preguntó Leonino, con la voz ahogada por el viento.

—¡No! —Glayino sintió un creciente pánico en el pecho. No podía haberlo perdido.

—¿Es esto? —exclamó su hermano de pronto.

Glayino corrió hacia él. Tropezó con un pedazo de madera arrastrada por la lluvia y se magulló la pata, pero ignoró por completo el dolor y cojeó con desesperación hasta Leonino.

Incluso antes de llegar a su lado, supo que no se trataba de su palo.

—¿Dónde están las marcas? —le soltó—. ¡Te he dicho que tenía marcas!

—¡Vale, vale! —respondió Leonino, resentido—. Solo intentaba ayudarte.

—Tengo que encontrarlo.

Glayino se alejó trastabillando sobre los guijarros y los desechos. «Lo lamento, lo lamento…». Se sentía como si hubiera decepcionado a alguien, aunque no tenía ni idea de cómo ni a quién. Le dolía la pata, pero le daba igual. ¿Acaso el lago había reclamado el palo?

Descendió de nuevo a la orilla hasta que las olas le lamieron las zarpas y se internó en las aguas bajas. Tenía que encontrar el palo. Las frías aguas se ondulaban contra su barriga y le tiraban de las patas a medida que se adentraba en el lago. Recordó la caída desde el acantilado y cuando se hundió, luchando por salir a flote debajo de las olas. Corvino Plumoso lo salvó entonces, pero el miedo al lago se había quedado para siempre en su interior. Ahora le gritaba que volviera atrás.

«¡Glayino!».

Una voz resonó en su cabeza. Algo le tiró del pelo, empujándolo a seguir adelante. Las olas le lamieron el lomo y el joven levantó la barbilla para no mojársela.

«¡Por aquí!».

Con cada paso que daba tenía que estirar más y más las patas para tocar los guijarros del fondo. Pero debía encontrar el palo.

De pronto, su pata tropezó con algo debajo del agua.

«¡Eso es!».

Tomó una gran bocanada de aire, metió la cabeza debajo del agua y agarró el extremo del palo con los dientes. Tirando con desesperación, comenzó a arrastrarlo hacia la orilla. Lo soltó para tomar aire de nuevo, y volvió a zambullirse para recuperarlo. Clavó las garras entre los guijarros, sacando las uñas para sujetarse bien. ¡El palo pesaba mucho! Tiró y tiró, a pesar de que sus pulmones parecían a punto de estallar mientras arrastraba el palo por el agua.

De pronto, se movió con más facilidad. Ya casi no pesaba, y el palo empezó a flotar hacia la orilla; Glayino solo tenía que guiarlo con los colmillos. Sintió un gran alivio cuando, finalmente, pudo sacar la cabeza del agua. Tosió entre resuellos, sin dejar de aferrar el palo con los dientes y con los bigotes chorreando.

Había alcanzado las aguas bajas.

—¡Por el Clan Estelar, ¿qué estabas haciendo?! —El palo chocó contra el agua cuando Leonino soltó el otro extremo—. Te he visto hundirte en el lago

y he pensado que intentabas ahogarte. ¡Luego me he dado cuenta de que estabas tirando de esto! No sé cómo has pensado que podrías sacarlo tú solo.

El agua lamía el palo. Glayino deslizó la pata por su superficie, buscando las marcas. Le habría gustado que no fuera tan grande para poder llevárselo al campamento.

—Mira —maulló con voz estrangulada, pasando la zarpa por las líneas.

—¡Casi te ahogas en mitad de la noche por un palo con rayas marcadas! —Leonino lo salpicó todo al sacudirse—. Estás como una cabra.

—No lo estoy —replicó el aprendiz de curandero, acalorado—. Esto es importante.

«Gracias, Glayino. Mientras nos protejas, siempre serás recordado».

—Venga —maulló—. Vamos a guardarlo debajo de una raíz y luego regresaremos al campamento.

11

—¡Por el Clan Estelar! —Cenizo saltó desde los helechos, fulminando con la mirada a Leonino—. ¿Cómo es posible que se te haya escapado?

La lavandera blanca, que se había zafado de las zarpas extendidas del aprendiz apenas unos segundos antes, se posó en una rama sobre la hondonada de entrenamiento y dio la voz de alarma antes de salir volando entre los árboles.

Leonino miró al suelo. Debería haberla atrapado, pero sentía las patas como si fueran de piedra.

—Lo lamento.

El paseo nocturno hasta el lago con Glayino lo había dejado exhausto. Se estremeció de irritación. Esa noche se había separado pronto de Zarpa Brecina para poder recuperar algo de sueño; ¿por qué su hermano lo había arrastrado hasta el lago en vez de dejarlo descansar?

—Hoy te mueves con la torpeza de un tejón —lo riñó Cenizo.

Zancudo y Ratolino salieron entre los helechos, seguidos de Tormenta de Arena y Melosa.

—¡Yo diría más como un erizo en hibernación! —se burló Ratolino.

Leonino le lanzó una mirada torva a su compañero de guarida.

Melosa le dio un toque con la cola a Ratolino.

—No hace mucho que a ti se te escapó una ardilla —le recordó.

A Leonino le ardieron las orejas. No necesitaba que la aprendiza lo defendiera.

—Melosa tiene razón. —Zancudo le dio un empujoncito a su aprendiz con el hocico—. Y a tu técnica de trepar le iría bien un poco de práctica.

Ratolino agachó las orejas.

—Bien, ¡pues vamos a practicar!

—¡Será mejor que no pruebes en el Roble del Cielo! —exclamó Melosa cuando los dos gatos se encaminaron hacia los árboles.

Ratolino sacudió la cola, molesto, al desaparecer en la vegetación.

Tormenta de Arena se volvió hacia su aprendiza.

—Vamos, Melosa, a ver si hay ratones alrededor de la vieja haya.

—¿Podemos ir nosotros también? —Cenizo miró intencionadamente a Leonino—. No creo que ahora encontremos muchos pájaros por aquí.

—Por supuesto —respondió Tormenta de Arena, subiendo ya la ladera de la hondonada hacia los árboles.

Cenizo corrió para alcanzarla.

—No te preocupes —le susurró Melosa a Leonino, colocándose a su lado —. A mí ayer se me escapó un gorrión.

El joven erizó el pelo y soltó un resoplido, y luego apretó el paso para adelantar a la aprendiza.

El suelo que rodeaba el haya estaba cubierto de cáscaras vacías. Aquel era un lugar perfecto para cazar ratones, que merodeaban por la zona atraídos por las provisiones disponibles de hayucos. Leonino cruzó antes que Melosa los helechos que bordeaban el espacio despejado que había debajo del árbol. Cenizo y Tormenta de Arena estaban esperándolos, sentados debajo de las frondas arqueadas.

—Espero que aquí consigamos atrapar algo —maulló Cenizo—. No queremos que el clan pase hambre.

—¡No será así! —replicó Leonino. ¿Por qué su mentor no empezaba a darle consejos en vez de señalar sus errores?

—¡Mirad! —Melosa señaló con la cabeza hacia el claro. Había un ratón sentado entre las serpenteantes raíces del haya, con un hayuco entre las patas delanteras. Estaba entretenido mordisqueando la cáscara—. Será fácil de cazar —añadió, con un guiño de ánimo a Leonino—. Ni siquiera se ha percatado de que estamos aquí.

—Entonces, ¿por qué no lo cazas tú? —bufó el aprendiz.

A la joven se le empañaron los ojos.

—Pensaba que a lo mejor querías aprovechar la oportunidad.

—¡No necesito ayuda! —le espetó Leonino. ¿Es que Melosa creía que era un cachorrito desvalido?

La aprendiza bajó la mirada y él se sintió culpable. Su compañera solo estaba intentando animarlo, de modo que dio media vuelta y se asomó entre la vegetación. Atraparía a ese pequeño ratón para demostrarle a Melosa cuánto lo lamentaba.

Pero el roedor había desaparecido.

Alguna otra criatura estaba moviendo las hojas a solo unas pocas colas de distancia. Leonino adoptó la posición de acecho. Combatiendo el cansancio que hacía que las patas le pesaran como si fueran de madera mojada, comenzó a avanzar sigilosamente. Las hojas se movieron de nuevo, y una naricilla apareció entre ellas. Tensando todos sus músculos, el aprendiz se preparó para saltar.

—¡Baja la cola! —le bufó Cenizo.

Leonino tensó mucho más las ancas contra el suelo y luego salió disparado.

Pero no fue lo bastante rápido: el campañol tuvo tiempo de esconderse debajo de una raíz. Leonino miró a su mentor, esperando algún comentario, una palabra de consejo o incluso de decepción, pero el guerrero le dio la espalda sin abrir la boca.

Zarzoso levantó la vista al ver a Cenizo entrando en el campamento seguido de Leonino, y entornó los ojos cuando el guerrero dejó dos ratones y un gorrión en el montón de la carne fresca. El joven había llegado con las zarpas vacías.

—¿Sigue habiendo presas en abundancia? —les preguntó el lugarteniente al acercarse a ellos.

—Hay de sobra —respondió Cenizo.

Leonino esperaba que su mentor le dijera a su padre lo inútil que había estado ese día, así que parpadeó sorprendido cuando le dijo:

—La técnica de caza de Leonino va muy bien. Solo necesita practicar la postura de acecho.

¿Por qué no le decía la verdad a Zarzoso? ¿Es que se había dado por vencido con su aprendiz? ¿O estaba siendo blando con él porque era hijo del lugarteniente?

Zarzoso le dio un manotazo suave en la oreja.

—Pensaba que tenías dominada la postura de caza desde antes de abandonar la maternidad.

¿Acaso no le importaba a nadie? El aprendiz sintió un hormigueo de irritación en las zarpas. Llevaba días sin dar ni una, pero nadie lo había mencionado. ¿Por qué no se tomaban en serio su entrenamiento? Con todos los rumores sobre una batalla, era más importante que nunca que lo hiciera

bien, ¿no? Miró de reojo a Zarzoso, pero vio que ya estaba alejándose con un ratón en la boca.

—Tú también deberías comer algo —maulló Cenizo—. Ha sido una mañana muy larga.

—¿Y qué pasa con el entrenamiento?

—Descansa primero. —El guerrero comenzó a cruzar el claro—. Después haremos un poco de entrenamiento de combate.

Parecía como si de verdad se hubiera dado por vencido con él. Quizá su mentor pensaba que entrenarlo era una pérdida de tiempo. Leonino sintió un fogonazo de indignación, que se apagó al volverse hacia el montón de la carne fresca. Estaba demasiado agotado para comer. Lo único que quería era ovillarse y dormir. Se encaminó a la guarida de los aprendices. Con un suspiro de alivio, se enroscó en su lecho y cerró los ojos.

—¡Leonino! —exclamó Bayino, despertando a su compañero—. ¡Es hora del entrenamiento de combate!

El aprendiz luchó por despertarse, como si estuviera ahogándose e intentara salir a la superficie. Bayino estaba plantado junto a él, sacudiéndolo con una zarpa.

—¡Vale, vale! —maulló Leonino—. ¡Aparta esas garras! Estoy despierto.

Se sacudió para librarse de su amigo y se puso en pie trabajosamente. Tenía la cabeza llena de niebla y sentía como si su cuerpo estuviera lastrado con pedruscos. Aquella pequeña siesta solo le había servido para sentirse más cansado.

—Cenizo y Zarzoso quieren que entrenemos juntos.

Leonino suspiró.

—¿Qué te ocurre? —Bayino se inclinó hacia él—. Normalmente te mueres de ganas por intentar ganarme. —Agitó los bigotes—. ¿Es que tienes miedo?

—¡No! —Por supuesto que no tenía miedo. «¡Solo quiero dormir!».

Salió de la guarida trastabillando detrás de Bayino y bizqueó bajo el sol de la tarde. Cenizo y Zarzoso ya estaban esperando en la entrada del campamento. Saludaron con la cabeza al joven y salieron por el túnel de espinos.

«¡No tan deprisa!». Leonino aún se sentía aletargado cuando corrió tras los dos guerreros y Bayino. Los siguió a trancas y barrancas por el bosque, sumido en una nebulosa de cansancio, tropezando con las zarzas y

reprimiendo un bostezo tras otro. Incluso resbaló por la pendiente que llevaba a la musgosa hondonada de entrenamiento, donde Bayino aguardaba con Cenizo y Zarzoso, y tuvo que sacar las garras para llegar hasta ellos sin caerse. Se dio una sacudida, esperando despabilarse del todo, pero una bruma aturdidora seguía nublándole el cerebro.

—Empecemos —maulló Zarzoso—. Bayino, quiero que simules que estás defendiendo tu territorio. —Hizo una seña con la cola—. Leonino, atácalo.

Bayino se agazapó, sacudiendo la cola con el pelo erizado. Entrecerró los ojos hasta convertirlos en rendijas y deslizó la barbilla por el suelo de un lado a otro, como una serpiente.

—¡Venga, Leoncillo! —se burló.

La ira centelleó en el pelaje de Leonino. Sin pensárselo dos veces, el aprendiz corrió hacia su compañero, dando traspiés con sus entumecidas patas, y saltó estirando las zarpas delanteras. Bayino se alzó sobre las patas traseras y lo golpeó debajo de la barbilla, empujándolo hacia atrás. Antes de que Leonino pudiera ponerse fuera de su alcance, su rival saltó sobre él y lo inmovilizó contra el suelo.

Luego miró triunfal a Zarzoso.

—¡Ha sido fácil!

Al distraerse su oponente, Leonino se zafó y le dio un cabezazo en el costado que no tuvo el menor efecto. Bayino se volvió hacia él para asestarle un manotazo. Leonino apenas consiguió agacharse a tiempo. «¿Y ahora qué?», pensó, con el cerebro embotado por la falta de sueño. Guiándose por el instinto, se coló por debajo de la barriga de Bayino para intentar desequilibrarlo, pero no había contado con que su compañero pesaba mucho más. Bayino se limitó a dejarse caer sobre él para aplastarlo contra el suelo.

Vencido, Leonino se quedó inmóvil. Todos sus movimientos habían estado fatalmente ejecutados. Bayino se apartó de él y fue a sentarse junto a Zarzoso, enroscando la cola alrededor de las patas.

Cenizo miró fijamente a su aprendiz.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer?

Leonino se levantó de un salto, con las orejas ardiendo. Ahora ya estaba completamente despierto, con un hormigueo de rabia por todo el cuerpo.

—¡No es culpa mía que me hayas enseñado todos esos movimientos inútiles!

Los ojos de Zarzoso destellaron escandalizados, pero los de Cenizo permanecieron impasibles.

—¿De verdad piensas que alguien se creería que yo te he enseñado ese despliegue de torpezas?

—¡Bueno, si lo hubieras hecho, habría sido lo primero que me enseñabas hoy!

Eso sí que alteró a Cenizo, que lanzó chispas por los ojos.

Zarzoso dio un paso adelante.

—Un guerrero nunca culpa de sus errores a sus compañeros de clan, Leonino. —Luego se volvió hacia Cenizo—. Creo que tienes que hablar con tu aprendiz. Venga, Bayino, seguiremos con el entrenamiento al otro lado de la hondonada.

A Cenizo se le erizó el pelo del lomo mientras observaba cómo el lugarteniente se dirigía al otro extremo del claro. Leonino sintió frío de repente y su furia se apagó. Había ido demasiado lejos.

—Lo lamento —maulló.

Su mentor se volvió hacia él fulminándolo con la mirada.

—He intentado convertirte en el mejor aprendiz de tu guarida —gruñó—, pero últimamente es como entrenar a una babosa. Solo pareces oír la mitad de las cosas que te digo, y las que oyes, las olvidas. Tenías instinto para la caza y la lucha, pero ahora ha desaparecido, y no sé dónde está.

A Leonino le temblaron los bigotes. No podía negar que últimamente había estado distraído, pero creía que nadie se había dado cuenta.

—Te prometo que lo intentaré con más firmeza.

—¡Tendrás que hacerlo, si no quieres quedarte rezagado en la guarida de los aprendices y ver cómo Raposillo y Albinilla se convierten en guerreros antes que tú!

—¡Lo haré! —Leonino sintió que se le revolvía el estómago de miedo; no era miedo a su mentor, sino al fracaso. Hasta ahora todo había sido muy fácil. La idea de tener que esforzarse para mantenerse al nivel de los demás lo llenó de temor.

—Bien. —Cenizo asintió secamente—. Empecemos de nuevo.

Leonino se cuadró.

—De acuerdo.

—Practicaremos la defensa para los tejones.

Leonino parpadeó.

—Pero… es una de las más duras.

—Lo sé. —Cenizo se agazapó—. Observa con atención.

Se plantó sobre las patas traseras y saltó hacia delante, lo bastante alto como para pasar por encima de un tejón. Aterrizó sobre las dos patas traseras

y giró sobre sí mismo tan velozmente que a Leonino le maravilló que no perdiera el equilibrio. Luego se agachó, de nuevo a cuatro patas, y se retorció a un lado, mordiendo el aire como si estuviera lanzando una dentellada a la pata trasera de un tejón.

—Ahora hazlo tú —le ordenó a su aprendiz—. Y no olvides que un tejón es el doble de grande que un gato, así que salta todo lo alto que puedas. No querrás terminar encima de su lomo, te lo aseguro. Si rodara por el suelo, podría aplastarte.

Con el corazón desbocado, Leonino se alzó sobre las patas traseras. Intentó saltar hacia delante, pero perdió el equilibrio y aterrizó de costado.

—¡Otra vez! —le exigió Cenizo.

Leonino se puso en pie y lo intentó de nuevo. En esta ocasión logró saltar un poco más alto, pero zigzagueó en el aire y volvió a caer a cuatro patas.

—Pon más impulso en el salto —maulló Cenizo—. La mayor parte de tu fuerza está en las patas traseras: ¡úsala!

—Pero ¡no puedo mantener el equilibrio! —protestó el joven.

—¡Entonces sigue practicando hasta que lo consigas!

—¡Cenizo! —llamó Zarzoso desde el otro extremo del claro—. Quiero probar un ataque doble sobre Bayino. ¿Puedes venir a ayudarme?

¿Bayino estaba preparado para luchar contra dos guerreros? Leonino sintió un hormigueo de celos en las zarpas. «¡A mí nunca me dejarán probar eso!».

Cenizo entornó los ojos.

—Sigue practicando —le ordenó a su aprendiz, y fue a reunirse con el lugarteniente del Clan del Trueno.

Leonino sintió en las patas el peso de la desesperación. ¿Por qué su mentor había escogido algo tan difícil de practicar? ¿Intentaba hacerlo parecer más inútil todavía? Desanimado, se irguió sobre las patas traseras. Su cuerpo se tambaleó incluso antes de intentar saltar; el bosque se balanceaba delante de él. Frustrado, se dejó caer sobre sus cuatro patas. «¡Nunca lo dominaré!».

—¡Por supuesto que sí! —Notó el contacto de un cuerpo, que lo empujó con tanta brusquedad que acabó despatarrado sobre el húmedo musgo.

Leonino se levantó penosamente, malhumorado.

—¿Qué estás…?

Enmudeció. Zarzoso, Cenizo y Bayino seguían en el otro extremo del claro.

«¿Quién me ha empujado?».

—Mantén los ojos fijos en algo que tengas delante —gruñó una voz—. Es la única manera de no perder el equilibrio.

Leonino miró ante él, alarmado. Dos ojos llameaban contra el oscuro fondo del bosque. Un contorno borroso se movía como la bruma contra los helechos.

—¡Estrella de Tigre! —Leonino miró nervioso hacia sus compañeros de clan. ¿Ellos también podían verlo?

—Solo tú puedes verme. —Estrella de Tigre parecía haberle leído el pensamiento—. En lo que a ellos respecta, yo no soy más que una sombra.

—¿Por qué estás aquí? —Leonino se estremeció.

—He venido a ayudarte. —El atigrado oscuro entornó los ojos—. Da la impresión de que lo necesitas.

El aprendiz sintió que ardía de vergüenza.

—Yo seré el tejón. —Estrella de Tigre se agazapó delante de él.

Leonino frunció el entrecejo. ¿Cómo iba a enfrentarse a aquel guerrero fantasmal? Apenas podía verlo.

—¡Inténtalo! —le ordenó el atigrado—. Y no te olvides de mantener la vista fija en algo sólido.

Leonino respiró hondo y miró fijamente hacia un abedul que crecía en el lindero del claro. Concentrándose con todas sus fuerzas, se alzó sobre las patas traseras. ¡Conservaba el equilibrio! Tensó los músculos de las ancas y saltó sobre Estrella de Tigre; aterrizó detrás de él. Al revolverse, notó que empezaba a caerse hacia un lado. Rápido como una serpiente, el enorme atigrado lo ayudó a recuperar la posición para que pudiera completar el giro. Leonino recuperó el equilibrio y se retorció para lanzar una dentellada a la pata trasera del guerrero.

—No ha estado mal —maulló Estrella de Tigre, separándose—. Pero no siempre me tendrás a mí para sujetarte.

«¡Por lo menos lo he hecho mejor que antes!». Leonino volvió a su sitio mientras Estrella de Tigre se agazapaba de nuevo delante de él. En esta ocasión, tensó todos los músculos del cuerpo antes de impulsarse con las patas traseras y dar un salto. Aterrizó perfectamente y se agachó, al tiempo que se revolvía sobre sí mismo abriendo las fauces para morder al atigrado.

Pero Estrella de Tigre ya se había incorporado y se paseaba alrededor del aprendiz.

—Eso ha estado mejor —gruñó—. Pero deberías dar un zarpazo mientras te revuelves. De ese modo, arañarías al tejón además de morderlo.

Leonino estaba tan emocionado que podía sentir los latidos de su corazón. Hacía días que no se sentía tan despierto.

—¡Vamos a probar otra vez!

En aquel nuevo intento, la maniobra del aprendiz fue impecable.

Estrella de Tigre se apartó para que el joven no lo arañara con su veloz manotazo.

—¡Mucho mejor!

—¿Cómo te va?

La voz de Cenizo sobresaltó al aprendiz. Giró en redondo sintiéndose culpable, y vio que su mentor se encaminaba hacia él. Miró nervioso por encima del hombro.

Estrella de Tigre había desaparecido.

Cenizo entornó los ojos.

—Has estado practicando, ¿verdad?

—Sí —se apresuró a responder el joven.

—Demuéstramelo.

Leonino hizo el movimiento incluso mejor de lo que lo había hecho con Estrella de Tigre. Lo terminó a la perfección, y miró a Cenizo. A su mentor le brillaban los ojos.

—Al final, podrías acabar siendo un buen guerrero. —Le hizo una seña a Zarzoso con la cola—. ¡Ven a ver esto!

El lugarteniente corrió hasta ellos, con Bayino a la zaga.

—Tú serás el tejón, Bayino —ordenó Cenizo.

El joven se agazapó y Leonino se puso a dos patas y saltó sobre él. Al revolverse, dio un zarpazo que separó en dos el pelo de su compañero, y terminó rozándole la pata trasera con los colmillos.

—¡Un tejón no habría tenido ni la menor oportunidad! —exclamó Cenizo, orgulloso.

—Podría haber saltado más alto… —maulló Bayino.

—Eso habría hecho que la maniobra fuera más lenta —replicó Cenizo.

—¿Zarzoso? —Leonino se moría de ganas por saber qué pensaba su padre —. ¿Ha estado bien?

Una sombra de inquietud empañaba la mirada del lugarteniente del Clan del Trueno, que parpadeó.

—Ha estado genial —respondió, y luego se volvió hacia Cenizo—. ¿Le has enseñado tú lo del zarpazo?

—No, ¡se le ha ocurrido a él solo!

—¿En serio?

Leonino sintió que los ojos de Zarzoso lo abrasaban, y asintió con culpabilidad. ¿Habría reconocido su padre la técnica de Estrella de Tigre?

—¿Te… ha gustado?

—Es un recurso excelente. —Le pasó la cola por el costado—. Volvamos al campamento.

El lugarteniente del Clan del Trueno salió del musgoso claro y su cola rayada desapareció entre los helechos. Bayino le hizo una mueca a su amigo antes de seguir a su mentor. Leonino no se movió.

—¿Vienes? —le preguntó Cenizo.

—Enseguida.

Leonino quería ver si Estrella de Tigre regresaba. Quería saber por qué el guerrero oscuro estaba mostrando tanto interés por él. Glayino era el único que podía hablar con sus antepasados. Cuando Cenizo se internó en los helechos, el aprendiz examinó el claro. No había ni rastro de Estrella de Tigre, ni siquiera un ligero olor. El atigrado se había esfumado.

El joven alejó las dudas que lo aguijoneaban. Debería estar agradecido. Estrella de Tigre parecía preocuparse por su entrenamiento más que su propio mentor.

—Gracias, Estrella de Tigre —susurró hacia los árboles, y siguió a sus compañeros hacia el campamento.

12

—¡Cuidado! —masculló Látigo Gris.

Su aviso sonó ahogado por la rama de zarzal que sujetaba entre los dientes. Zarpa Pinta saltó hacia atrás cuando la estela de zarzas pasó junto a ella. Mili se apresuró, intentando llevar la espinosa carga de Látigo Gris a través del claro sin hacer daño a nadie.

—Pensaba que la guarida estaba terminada —le dijo Carrasquera a Zarpa Pinta, señalando con la cola la ampliación de la guarida de los guerreros.

Sus paredes eran gruesas y el techo estaba firmemente colocado en su lugar. «¿Para qué necesitan más zarzas?», se preguntó la joven.

—No son para la guarida de los guerreros —respondió Zarpa Pinta, sacudiendo su cabeza blanca y gris—. Están reforzando la maternidad.

A Carrasquera se le cayó el alma a los pies. ¿Por qué todo el mundo estaba tan seguro de que iba a haber una batalla?

Fronda guio a Raposillo y Albinilla lejos de la maternidad, mientras Látigo Gris y Mili rodeaban con las zarzas el ya densísimo arbusto.

Zarpa Pinta señaló el montón de la carne fresca, donde Ratolino estaba escogiendo su bocado de mediodía.

—¿Vienes?

Carrasquera negó con la cabeza. No tenía hambre. Desde la Asamblea, tenía el estómago revuelto por la ansiedad. Además, luego iba a salir a cazar con Fronde Dorado; podría comer entonces. Vio cómo su amiga elegía un ratón y se sentaba al lado de su hermano a comérselo; el esponjoso pelaje gris y blanco de los dos aprendices se fundió en uno solo.

De pronto, el arbusto de madreselva se estremeció y Centella salió corriendo de la guarida de los veteranos. La gata tuerta iba dando instrucciones por encima del hombro:

—¡Deprisa, por aquí!

Rabo Largo la siguió a toda prisa, con Musaraña cojeando tras él.

—No entiendo por qué tenemos que practicar —tosió Musaraña—. Conozco perfectamente el procedimiento.

Centella se detuvo al pie de las rocas caídas.

—Tenemos que saberlo de memoria por si hubiera un ataque de noche.

Rabo Largo se paró al lado de la guerrera.

—Con luz o sin ella, para mí no hay ninguna diferencia. —Sus ojos ciegos centellearon burlones.

Musaraña pasó junto a él con pasos rígidos.

—Llevo en este campamento el tiempo suficiente para conocer el camino —gruñó.

Carrasquera oyó cómo la veterana comenzaba a resollar al ir trepando por las rocas, hacia la seguridad de la Cornisa Alta. Rabo Largo la siguió de cerca, empujándola hacia delante cuando resbalaba. La tos verde había dejado a Musaraña más débil de lo que nadie quería admitir… especialmente la propia Musaraña. No era justo obligarla a hacer aquel simulacro, sobre todo por una batalla que podría no llegar a desencadenarse nunca.

Espinardo y Candeal pasaron junto a Carrasquera. El guerrero la miró.

—¿No deberías estar ayudando a reforzar las defensas?

—Voy a entrenar con Fronde Dorado enseguida —le explicó la aprendiza.

—Bien. —Espinardo se detuvo debajo de la Cornisa Alta, donde se encontraban Borrascoso y Rivera compartiendo lenguas—. Necesitamos que todos nuestros aprendices estén preparados.

Rivera levantó la vista.

—¿Tan seguro estás de que habrá una batalla? —le preguntó, nerviosa, con su acento montañés.

—Nunca se es demasiado precavido —gruñó Espinardo.

Borrascoso se incorporó.

—Pero eso no tiene sentido —maulló—. ¿Por qué iba a atacarnos el Clan del Viento?

—¡Sí! —A Rivera se le iluminó la mirada—. Es con el Clan del Río con quien pueden tener problemas.

—Lo que le ocurra al Clan del Río afectará a todos los clanes —declaró Candeal.

Espinardo agitó la cola.

—Si expulsan al Clan del Río de su territorio, ¿adónde irá?

—Necesitarán instalarse en algún sitio —señaló su compañera.

Borrascoso suspiró.

—Ninguna de las fronteras estará a salvo.

Carrasquera sintió un hormigueo de angustia. ¿Cómo podrían sobrevivir los cuatro clanes si el Clan del Río perdía su territorio?

—¿Carrasquera? —Fronde Dorado se dirigía hacia ella.

—¿Salimos de caza?

—Cambio de planes. —Fronde Dorado señaló con la cabeza a Ratolino y Zarpa Pinta—. Vamos a tener entrenamiento de combate con tus compañeros de guarida.

«¡Entrenamiento de combate!».

Su mentor se alejó deprisa.

—¡Nos veremos en la hondonada de entrenamiento!

Abatida, Carrasquera se encaminó a la entrada del campamento. No quería entrenar para una batalla que podría llevar al final de la vida de los cuatro clanes alrededor del lago. Las palabras de Borrascoso resonaron en sus oídos: «Ninguna de las fronteras estará a salvo».

¡Tenía que detener aquella locura!

Giró en redondo y a punto estuvo de chocar con Ratolino, que tenía un brillo especial en sus ojos verdes.

—¿Fronde Dorado te lo ha dicho?

—¡Vamos a recibir entrenamiento de combate! —exclamó Zarpa Pinta a su lado, clavando las garras en la tierra.

Carrasquera se quedó mirándolos.

—Adelantaos, yo iré más tarde —susurró.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Ratolino.

—No importa. Os alcanzaré en cuanto termine.

—Pero ¿qué le decimos a Fronde Dorado? —quiso saber Zarpa Pinta, nerviosa.

Carrasquera no respondió a su pregunta. Ya había dejado atrás a sus compañeros y cruzado medio claro. Fronde Dorado se había parado a charlar con Borrascoso, así que ella se escondió a toda prisa detrás de la guarida de los veteranos.

—¿A quién se le ocurre pensar que no puedo encontrar el camino a la Cornisa Alta? —se quejó la voz cascada de Musaraña desde dentro de la guarida—. La próxima vez querrán enseñarnos a lavarnos.

—Bueno, por lo menos ahora ya estamos preparados —maulló Rabo Largo para calmarla.

—¡Yo nací preparada! —rezongó la veterana.

Consciente de lo que iba a hacer, a Carrasquera se le erizó el pelo de anticipación cuando Fronde Dorado se despidió por fin de Borrascoso.

—Hasta luego —maulló su mentor antes de dirigirse a la entrada del campamento.

La aprendiza salió de detrás de la guarida de los veteranos y trepó a toda prisa hasta la Cornisa Alta.

—¡Estrella de Fuego! —Irrumpió en la cueva, parpadeando contra la repentina penumbra.

Los ojos de Estrella de Fuego centellearon en las sombras. Tormenta de Arena estaba arrancando las plumas del cuerpo de un gorrión al otro lado de la gruta.

—¿Qué ocurre, Carrasquera? —El líder se incorporó.

—¡No puedes permitir que suceda! —exclamó la joven.

Tormenta de Arena se puso al lado de Estrella de Fuego.

—¿Que suceda el qué? —quiso saber la guerrera.

—¡La batalla para la que todo el mundo se está preparando!

—La batalla podría no llegar —maulló el líder con voz tranquila—. No tiene nada de malo estar preparados.

—Pero ¿por qué nos preparamos para luchar contra el Clan del Viento, cuando deberíamos estar ayudando al Clan del Río? —Carrasquera dio un paso adelante con patas temblorosas—. Hablé con Blimosa en la Asamblea y estaba muy alterada. Como todos sus compañeros de clan. Necesitan nuestra ayuda. Pero ¡lo único que hacemos es prepararnos para atacar al Clan del Viento!

Estrella de Fuego enroscó la cola alrededor de las patas.

—No tengo ninguna intención de atacar al Clan del Viento —maulló—. Pero debemos estar listos por si ellos nos atacan a nosotros.

Carrasquera no lograba entender cómo su líder podía ser tan tonto.

—El Clan del Viento no atacará. Es el Clan del Río el que tiene problemas.

—Si el Clan del Río se ve obligado a desplazarse al territorio del Clan del Viento, entonces el Clan del Viento intentará quitarnos parte del nuestro —explicó el guerrero.

—¡El Clan del Río jamás querría vivir en el páramo! —A Carrasquera le temblaron los bigotes—. Necesitan quedarse al lado del lago, donde pueden pescar.

Tormenta de Arena se inclinó hacia delante.

—Los clanes pueden adaptarse a cualquier cosa si tienen que hacerlo.

Estrella de Fuego asintió.

—Solo tienes que ver cómo el Clan del Viento está acostumbrándose a cazar en el bosque.

Carrasquera sacudió la cola con furia.

—¿Y por qué no intentamos resolver el problema antes de que derive en una guerra?

El líder levantó una pata para que se calmara.

—Hay que dejar que el Clan del Río resuelva sus propios problemas.

—Pero ¿y si no puede?

Sonaron pasos en la entrada. Al volverse, Carrasquera vio a Hojarasca Acuática.

—Me había parecido oírte aquí dentro —dijo la curandera, haciéndole un guiño a la aprendiza.

Estrella de Fuego la saludó inclinando la cabeza.

—Carrasquera está preocupada por la batalla.

La joven sintió un fogonazo de frustración.

—¡No tiene por qué haber una batalla!

—Por supuesto que no —la tranquilizó Hojarasca Acuática—. Cuando hablé con Ala de Mariposa en la Asamblea, me dijo que el Clan del Río estaba ocupándose de su problema. Aun así, es posible que no puedan solucionarlo, y tenemos que estar preparados.

—Pero, si los ayudáramos —insistió Carrasquera—, podrían estar bien.

La curandera sacudió la cabeza.

—Debemos confiar en que el Clan del Río pueda arreglarlo por sí solo.

—Hojarasca Acuática tiene razón —maulló Estrella de Fuego—. Además, ayudar al Clan del Río implicaría atravesar el territorio del Clan del Viento.

—O el del Clan de la Sombra —intervino Tormenta de Arena.

Hojarasca Acuática le pasó la cola por el costado.

—Y eso solo empeoraría las cosas, ¿no te parece?

Carrasquera se zafó del contacto de la gata, irritada. ¡No necesitaba que la consolaran como a una cachorrita después de haber tenido una pesadilla! ¿Por qué no podían tomarla en serio?

—¿No está esperándote Fronde Dorado? —le preguntó Tormenta de Arena de repente.

—No debes quedarte rezagada en tu entrenamiento —le recordó el líder.

Carrasquera giró en redondo y salió ruidosamente de la cueva. Las piedrecillas entrechocaron bajo sus zarpas mientras bajaba al claro.

—¡Espera!

La joven miró hacia atrás.

Hojarasca Acuática iba corriendo hacia ella.

—Ya veo que estás disgustada.

La aprendiza se volvió hacia la curandera.

—¿Por qué ninguno de vosotros me escucha?

—Debes recordar que todos tenemos más experiencia que tú. Tienes que confiar en que sabemos qué es lo correcto…

—El Clan Estelar querría que ayudáramos al Clan del Río.

—No puedes estar segura de eso, Carrasquera. —Hojarasca Acuática parpadeó—. Sé que andas preocupada por Blimosa, pero ahora estás entrenando para ser guerrera. No es apropiado tener amistades tan íntimas en otros clanes.

La aprendiza la fulminó con la mirada. «Esto no es por Blimosa. ¡Es por el futuro de todos los clanes! —Buscó en los ojos de la curandera y solo encontró una leve inquietud—. ¡Estoy malgastando saliva!».

—Ve con Fronde Dorado —le sugirió Hojarasca Acuática—. Ya debe de estar en la hondonada de entrenamiento.

—Ya sé dónde está —siseó Carrasquera, apretando los dientes.

—Seguro que te está esperando.

Hojarasca Acuática le tocó la mejilla con el hocico y se marchó.

Carrasquera flexionó las garras. Si pudiera descubrir qué estaba ocurriendo exactamente en el Clan del Río, a lo mejor podría convencer a Estrella de Fuego para que los ayudara, y así los clanes no tendrían por qué luchar.

Necesitaba hablar con Blimosa.

Corrió hacia la entrada del túnel y lo atravesó tan rápido que las espinas le tiraron del pelo. Una vez fuera del campamento, miró a su alrededor. Allí no había nadie. Fue a toda prisa hacia los árboles, alejándose de la hondonada de entrenamiento, y se encaminó al risco que llevaba a la frontera del Clan del Viento.

—¡Ardilla!

El entusiasmado alarido de Betulón atravesó el aire. Carrasquera se metió en una mata de helechos, pegando la barriga al suelo. Unas fuertes pisadas resonaron en su dirección. La joven miró entre las verdes frondas y vio a Betulón y a Cenizo descendiendo la ladera. Leonino corría tras ellos con la cola ahuecada. La aprendiza volvió a ocultarse entre las hojas y contuvo la respiración. Los helechos susurraron a su alrededor cuando la patrulla pasó a menos de una cola de distancia.

Carrasquera apretó los ojos. «¡Que no me vean!», suplicó para sus adentros.

Los latidos acelerados de su corazón se mezclaron con el sonido del trote de la patrulla de caza, que iba apagándose en el bosque. Con una gran sensación de alivio, la joven aprendiza salió de su escondrijo con sigilo y comenzó a subir la ladera. Corrió hasta lo alto de la pendiente y bajó por el otro lado, dejando atrás los árboles. Con las orejas bien plantadas y las narinas bien abiertas, cruzó la zona de mullida hierba hacia la frontera del Clan del Viento. Le temblaron las patas cuando captó el olor del clan vecino; habían dejado sus marcas en aquella zona hacía muy poco tiempo.

La joven inspeccionó la cuesta cubierta de brezo que se alzaba hacia los páramos.

No había ni rastro de patrullas.

Con la cola temblando, cruzó la línea divisoria. El cielo estaba de color gris paloma y empezó a llover. «Eso ayudará a ocultar mi olor», pensó la joven, aliviada, cuando las gotas de lluvia comenzaron a empaparle el pelo. Avanzó a través del brezo yendo colina abajo, hacia el lago, donde pasó del suelo turboso a la ribera pedregosa. Lo más agachada posible, corrió hasta la orilla y, para sentirse más segura, continuó su camino vadeando el agua. Eso borraría todavía más su rastro. Se estremeció de frío cuando las olas le lamieron la barriga, pero eso evitaría que el Clan del Viento detectara que una gata del Clan del Trueno había cruzado su territorio.

La lluvia empezó a caer con más fuerza, repiqueteando contra la superficie del lago. A Carrasquera le chorreaban los bigotes. Lanzó una mirada hacia el páramo, esperando que, si aparecía una patrulla entre el brezo, su pelaje negro pareciese un trozo de madera empapada flotando en las grises aguas. Vio que un poco más adelante había juncos salpicando la orilla; estaba aproximándose al territorio del Clan del Río. Apretó el paso. Podría esconderse con más facilidad entre los carrizos. Bajo sus patas, los guijarros dieron paso al lodo. La joven captó el olor del Clan del Río. Salió de las aguas bajas y se internó en el cañaveral, agradecida por dejar atrás el agua y por haber alcanzado la protección de los altísimos juncos.

De pronto, oyó un aullido.

Paralizada, Carrasquera olfateó el aire. Olor reciente a guerreros. ¿Una patrulla de caza?

Se agazapó, temblando de frío y de miedo al ver el pelaje gris de Vaharina a través de los carrizos. La lugarteniente del Clan del Río estaba acechando una presa. Carrasquera se encogió cuando la guerrera se acercó más hacia

donde estaba ella. Se pegó al suelo y esperó que su pelaje estuviera lo bastante empapado para no delatar su olor.

De pronto, Vaharina pegó un salto con las zarpas extendidas. Un instante después, se incorporó agitando los bigotes triunfalmente y con un topillo de agua colgando de los dientes. Carrasquera suspiró aliviada cuando la lugarteniente del Clan del Río dio media vuelta y se marchó. Vaharina parecía flaca y su pelo, habitualmente lustroso, había perdido el brillo. No cabía duda de que el Clan del Río estaba pasando hambre.

La aprendiza esperó unos instantes antes de continuar con cautela. La isla ya no estaba lejos, con el inconfundible árbol puente en la orilla. ¿Cómo iba a cruzarlo sin que la vieran? Se dio ánimos para aplacar la ansiedad que le roía los huesos. «Ya he llegado hasta aquí…». Abandonando la protección de los juncos, corrió por la cenagosa orilla y se escondió entre la maraña de raíces del árbol puente. Apretándose contra ellas, examinó la ribera, con la sangre latiéndole en los oídos. Olfateó el aire.

No había ni rastro de ningún gato.

Con cuidado, trepó a través de las raíces y se izó hasta el tronco. Fue avanzando agazapada, aferrándose con las garras a la resbaladiza corteza. Casi sin atreverse a respirar, aguzó el oído por si sonaba alguna voz de alarma. Alcanzó el otro extremo, temblando de alivio, y se deslizó entre las ramas hasta la orilla.

«¿Y ahora por dónde?».

Aquello no era una Asamblea. No podía cruzar los helechos sin más y encaminarse al claro. ¿Cómo iba a encontrar a Blimosa?

Sintió un cosquilleo de esperanza en las zarpas al darse cuenta de que, en la orilla, no muy lejos de allí, la playa de guijarros estaba ahora sumergida. La vegetación y los árboles llegaban hasta el agua, y sus raíces se internaban en el lago como serpientes. El borde de la isla estaba cubierto de helechos y zarzales.

Carrasquera respiró hondo y cruzó a la carrera la pequeña porción de espacio abierto. Luego se refugió debajo de una mata de helechos. Sus frondas se inclinaban hacia el agua, formando un túnel que rodeaba el borde de la isla.

«Por el Clan Estelar, ¿dónde estará la guarida de la curandera?». Carrasquera esperaba poder detectar el familiar olor de Blimosa, pero ¿y si el olor de su amiga la conducía tierra adentro, hacia el corazón del nuevo campamento del Clan del Río? Avanzó con sigilo por el túnel de helechos,

trepando por las raíces y arrastrándose a través de los zarzales; de vez en cuando, las patas le resbalaban en la fangosa orilla de las frías aguas del lago.

De repente, la vegetación terminó. Ante ella se alzaba una pequeña extensión de rocas abruptas, planas y negras, que se internaban en el lago. Formaban un diminuto arrecife que terminaba en un afloramiento rocoso dentro del agua. Carrasquera levantó la cabeza aguzando el oído y saboreó el aire. Podía captar los sonidos del Clan del Río, que le llegaban desde el centro de la isla: charlas de reinas, maullidos de cachorros y quejas de veteranos sobre garrapatas. Pero ningún sonido de aprendices ni guerreros. Carrasquera frunció el entrecejo. En la Asamblea, la isla estaba abarrotada de gatos del Clan del Río. ¿Dónde se había metido el resto?

«¡Ahora no hay tiempo de preocuparse por eso!», decidió la joven.

¿Dónde estaba Blimosa?

Carrasquera se estremeció; estaba helada. Tenía el pelo pegado al cuerpo y estaba muy lejos de casa. Empezó a sentir miedo. ¿Y si no lograba encontrar a su amiga?

Entonces oyó un chillido. Un cachorro lloriqueó un poco más allá de donde estaba ella.

—¡Eso duele!

—Solo te dolerá un ratito —lo tranquilizó la dulce voz de una reina.

Carrasquera captó olor a hierbas. ¡Alguien estaba tratando al cachorro con caléndula!

Salió con sigilo al arrecife, siguiendo el olor. Procedía del afloramiento rocoso. Agazapándose más que nunca, Carrasquera lo bordeó y se asomó por un agujero que había en las piedras.

—Dentro de poco necesitaremos más caléndula.

«¡Blimosa!».

La aprendiza de curandera del Clan del Río estaba agachada en un hueco en el centro del saliente, aplastando hojas contra el suelo.

—Los cachorros no paran de clavarse agujas de pino en las almohadillas.

Ala de Mariposa estaba sentada en un repecho, lamiendo la zarpa de un cachorro para aplicarle el jugo de la planta. Una gata blanca sujetaba al pequeño, que se retorcía contra la lengua de la curandera.

—Procura mantenerlo alejado de las agujas de pino —recomendó Ala de Mariposa.

—No es fácil —suspiró la reina.

—Lo sé. Volveré a la maternidad contigo y retiraremos las agujas de pino de la entrada.

La reina agarró por el pescuezo al cachorro, que no dejaba de gimotear, y se lo llevó por el camino rocoso que llevaba a la isla. Ala de Mariposa la siguió.

Cuando estuvo segura de que no había nadie más en los alrededores que pudiera oírla, Carrasquera susurró por el agujero en la piedra:

—¡Blimosa!

La aprendiza de curandera se quedó helada.

—¿Quién es…?

—¡Soy yo, Carrasquera!

La joven se apresuró a rodear las rocas y se coló en la guarida. Dentro había más espacio del que se había imaginado. Era una cueva, horadada por incontables lunas de agua y viento, y protegida de la lluvia por un techo bajo.

Blimosa estaba agachada en un extremo, con los ojos desorbitados de la impresión.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te prometí que vendría, ¿no? —le recordó Carrasquera.

—¿Alguien sabe que has venido hasta la isla?

La joven negó con la cabeza. Luego se puso tensa: el olor de Ala de Mariposa había entrado en la cueva.

—¿Carrasquera? —preguntó Ala de Mariposa con voz cortante.

La aprendiza giró en redondo.

—He vuelto a por semillas de adormidera… —La curandera del Clan del Río estaba plantada en la entrada. Se le notaban todos los huesos debajo del pelaje—. ¡Carrasquera! ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Tenía que hacer algo! —exclamó la joven, desesperada—. El Clan del Trueno está preparándose para luchar contra el Clan del Viento. Todos tienen miedo de lo que pasará si el Clan del Río es expulsado de su hogar.

Ala de Mariposa la miró de hito en hito.

—Al Clan del Río no van a expulsarlo de ninguna parte.

—¿Cómo puedes estar segura? —Carrasquera contempló su cuerpo enflaquecido, poco convencida—. Estáis medio muertos de hambre y seguís viviendo en la isla.

—No será por mucho tiempo —aseguró Blimosa.

Carrasquera observó las hileras de hierbas, cuidadosamente almacenadas contra la pared de la cueva. Parecía como si el Clan del Río planeara permanecer allí durante un tiempo.

—Pero os habéis traído todo lo de vuestro antiguo campamento —señaló.

Ala de Mariposa suspiró.

—Blimosa, será mejor que se lo enseñes.

—¿En serio? —La aprendiza de curandera se mostró sorprendida—. ¿Ahora?

Su mentora asintió.

—Pero no dejes que os vea nadie.

Blimosa salió de la cueva a toda prisa y Carrasquera corrió tras ella con el pelo erizado por la curiosidad. Siguió a su amiga a través del pequeño arrecife, y rodearon de nuevo la orilla.

—Crucemos el lago a nado —maulló Blimosa a poca distancia del árbol puente—. Así será más difícil que alguien nos vea.

A Carrasquera se le erizó el pelo, alarmada.

—Ya sé que estoy empapada, pero ¡por nada del mundo pienso nadar!

—Vale, vale —contestó su amiga con impaciencia—. Pero será mejor que te camuflemos de algún modo. Tu olor está filtrándose a través de tu pelo mojado. —La aprendiza inspeccionó la orilla, agitando los bigotes—. Sígueme. —Y se metió entre unas matas de hierba que crecían medio dentro y medio fuera del agua—. Esto servirá.

Antes de que Carrasquera pudiera protestar, tomó un puñado de barro marrón y lo extendió por el cuerpo de su amiga, que sintió náuseas.

—¿Qué es eso?

La pringosa y maloliente sustancia se le pegó al pelo.

—Caca de nutria —contestó Blimosa—. Servirá para ocultar tu olor del Clan del Trueno.

Carrasquera tosió.

—Estás de broma, ¿no?

—Luego podrás lavarte para quitártela —bufó su amiga—. Ahora cierra el pico y estate quieta. —Y le embadurnó el lomo.

Carrasquera empezó a desear no haber ido hasta allí. Cuando terminó, Blimosa se plantó sobre las patas traseras para examinar la orilla de ambos lados del lago.

—¡Deprisa!

Y corrió por la playa hasta el árbol puente.

Carrasquera la siguió, luchando contra las náuseas que le subían por la garganta. El tufo de caca de nutria era insoportable.

—¿Estás segura de que este pringue me camuflará? —le preguntó a su amiga mientras cruzaban el puente—. Es demasiado fuerte. Estoy segura de que hasta el Clan del Trueno puede olerme ahora.

—Sin duda.

Blimosa bajó del árbol de un salto, atravesó la orilla y se escondió en un entramado de juncos. Carrasquera la siguió por el blando suelo, luchando con el barro que se le pegaba a las patas y le rebozaba el pelo de la barriga. Blimosa parecía ir saltando entre las matas de cañas, librándose del lodo. La aprendiza del Clan del Trueno la observó con atención y comenzó a seguir la misma ruta que ella. Se sintió aliviada al comprobar que, copiando los movimientos de su amiga, mantenía secas las patas y la barriga.

Por fin el suelo se tornó más firme y Carrasquera notó hierba bajo las zarpas. Blimosa estaba guiándola ladera arriba. Allí incluso había árboles, y la vegetación era abundante y frondosa. La pendiente se fue haciendo más empinada, hasta convertirse en una cuesta casi vertical, rojiza y arenosa. Carrasquera siguió a su amiga, que no dejaba de subir y subir, usando las rocas que sobresalían de la tierra para izarse hasta lo alto. Por fin, las dos jóvenes llegaron a la herbosa cima. Resollando, Carrasquera miró hacia abajo. La orilla del lago resplandecía a sus pies a través de las nuevas hojas verdes.

—¿Adónde vamos? —preguntó sin aliento.

—Enseguida lo verás. —Blimosa desapareció en una franja de hierba alta.

La aprendiza del Clan del Trueno corrió tras ella.

—Mira. —La joven se había detenido y estaba separando la hierba con una zarpa.

Su amiga se colocó con sigilo a su lado para asomarse. Debajo de ellas, un ancho arroyo seguía la línea de la ladera. En el centro del agua se alzaba una isla, dividiendo la corriente tan abruptamente que se formaban remolinos donde el curso del río se veía obligado a partirse. La isla estaba cubierta de arbolillos y arbustos; el verde de la vegetación destacaba en medio de las agitadas aguas marrones.

—Ese es nuestro antiguo campamento —explicó Blimosa.

Carrasquera oyó el sonido de rocas entrechocando, y se puso tensa.

—¿Qué es eso?

—Los guerreros están trabajando.

—¿Trabajando? —La joven parpadeó.

De repente, distinguió el pelaje de los guerreros y los aprendices del Clan del Río serpenteando entre la hierba, a ambos lados del arroyo. En la ribera más cercana, reconoció a dos de los aprendices: eran Saltarín y Palomina. Estaban ayudando a Juncal y Musgaño a mover piedras, empujándolas hacia el arroyo hasta que caían al agua sonoramente.

—¿Qué están haciendo?

—Están bloqueando el curso del arroyo, para que se vuelva más ancho y profundo —contestó su amiga.

Prieto, un musculoso gato negro de grandes omoplatos, exclamó desde el extremo más alejado del río:

—¡Deprisa! ¡Agarrad todo lo que podáis!

Se quedó cerca de la orilla, dando órdenes a los guerreros que cruzaban valerosamente el canal a saltos, con bolas de musgo en la boca.

—Necesitamos recuperar todo lo que podamos —le contó Blimosa—. Las agujas de pino de la isla no sirven para impermeabilizar los lechos.

—Pero ¿por qué estáis haciendo todo eso?

Carrasquera no comprendía qué estaba pasando. El viejo campamento parecía bastante seguro, casi tan bien protegido por los dos brazos del arroyo como lo estaba el Clan del Trueno por los muros de roca.

Sonó un alarido de advertencia río arriba y Palomina apareció corriendo por la orilla.

—¡Ya vienen!

De inmediato, todos los gatos del Clan del Río soltaron lo que estuvieran acarreando o empujando y salieron disparados de la isla, dirigiéndose al lago.

A Carrasquera se le erizó el pelo.

—¿Qué ocurre?

—Ahora lo verás —respondió Blimosa.

Aplastando la hierba a su paso, por el extremo más lejano del arroyo, apareció una banda de cachorros de los Dos Patas. Iban ondeando ramas rotas a través de la hierba, hablando a gritos entre ellos. Mientras Carrasquera los observaba, el más alto de todos saltó desde la orilla hasta una roca que apenas asomaba en la superficie del agua, y luego a otra y a otra. Balanceándose precariamente sobre una pata, se inclinó hacia la isla y se puso a hurgar entre los arbustos con el palo. Los otros mostraron su aprobación con gritos y exclamaciones, y lo animaron agitando en el aire sus zarpas peladas.

Carrasquera miró abatida a su amiga.

Blimosa sacudió la cola.

—¿Ves ahora por qué hemos tenido que marcharnos?

13

—Lo de echar piedras al arroyo fue idea de Prieto —le explicó Blimosa mientras descendían por la pendiente arenosa.

Carrasquera ladeó la cabeza.

—Pero eso detendrá el curso del agua.

—Exacto. Y así la parte de arriba del arroyo se volverá más ancha y profunda y la isla estará mejor protegida.

Carrasquera se quedó impresionada.

—Aun así, ¿creéis que eso bastará para alejar a los cachorros de los Dos Patas?

—En cuanto el arroyo suba de nivel, pondremos una barricada de aulagas. —La joven se detuvo para recuperar el aliento—. Los Dos Patas no pretenden hacernos daño. Creo que solo están jugando. —Inclinó la cabeza para lavarse las patas, manchadas de arena roja—. Son como nuestros cachorros. Si les ponemos dificultades para acercarse a la isla, se darán por vencidos y jugarán en otro sitio.

—¡Y entonces vosotros podréis regresar a vuestro campamento! —exclamó Carrasquera.

El Clan del Río no tenía la menor intención de desplazarse al territorio del Clan del Viento. Notó un cosquilleo en las zarpas, muriéndose de ganas por volver a su campamento para contárselo a Estrella de Fuego. Las fronteras del Clan del Viento estaban absolutamente a salvo, y no necesitarían arrebatarle parte de su territorio al Clan del Trueno. ¡No iba a haber ninguna batalla!

Blimosa bajó lo que quedaba de cuesta y comenzó a zigzaguear entre los juncos.

Carrasquera corrió tras ella.

—Aun así, no entiendo por qué Estrella Leopardina no les contó a los demás clanes lo que estaba sucediendo.

—¿Y parecer débiles porque nos habían echado de nuestra propia casa?

—Pero los otros clanes podrían haber ayudado…

—¡El Clan del Río puede solucionar sus propios problemas!

Carrasquera bajó la cabeza.

—Yo no pretendía decir que no pudierais, pero…

A Blimosa se le había erizado el pelo.

—Es muy duro vivir en la isla del árbol puente. No hay bastantes peces porque los barcos los asustan, y no podemos cazar en el resto de nuestro territorio hasta que nos libremos de los cachorros de los Dos Patas. El clan está pasando hambre, y los guerreros hambrientos no ganan batallas.

Carrasquera recordó el pelaje sin brillo de Vaharina y la forma en que le sobresalían los huesos a Ala de Mariposa.

—¿De verdad crees que Estrella Leopardina puede confiar en que los otros clanes no se aprovechen de la situación? —continuó Blimosa, avanzando a través de la hierba de la ciénaga—. Necesitamos todas nuestras fuerzas para rescatar el campamento de los Dos Patas.

—Yo no le contaré al Clan del Trueno que estáis pasando hambre —prometió la joven—. Solo les diré que vais a regresar pronto a vuestro viejo campamento y que no hay ninguna razón para pensar que tendréis que abandonar vuestro territorio.

Blimosa le dedicó un guiño de agradecimiento.

—Pero primero tendrás que volver a tu campamento —le recordó—. Tu clan debe de estar preguntándose dónde te has metido.

Carrasquera sintió una punzada de culpabilidad. ¿Sus compañeros habrían notado ya su ausencia?

—Regresaré por donde he venido.

Blimosa se plantó sobre las patas traseras y se asomó por encima de la puntiaguda hierba.

—La orilla está tranquila —anunció, poniéndose de nuevo a cuatro patas.

Siguieron avanzando tierra adentro. Allí el suelo era más firme que en la ciénaga, y los arbustos y helechos crecían abundantemente a lo largo de la ribera.

—Vayamos hacia allí —propuso—. Será más fácil esconderse. —Y con un brillo travieso en los ojos, añadió—: Y la caca de nutria se encargará de que ningún gato repare en tu olor.

—¿No podías haber usado cualquier otra cosa?

—La atanasia podría haber servido —admitió Blimosa—, pero nuestras reservas son escasas.

Se abrió paso por una mata de helechos, y su amiga la siguió. Luego continuaron por la orilla, hasta que Carrasquera comenzó a captar el olor del cercado de los caballos.

—Ya estamos cerca del territorio del Clan del Viento —susurró—. Puedo seguir sola a partir de aquí.

A Blimosa se le oscurecieron los ojos de inquietud.

—No hasta que lleguemos a la frontera.

Las vallas de madera que formaban el cercado de los caballos se alzaron ante ellas, y los helechos empezaron a desaparecer a medida que la exuberante vegetación del Clan del Río iba dando paso al páramo del Clan del Viento. Blimosa se detuvo junto a un zarzal achaparrado, al borde de una desprotegida extensión de hierba.

—Ahí está la frontera. —Señaló con la cola.

El viento bajaba veloz del páramo, alborotando el pelaje de Carrasquera. La aprendiza captó la línea olorosa del Clan del Viento a solo unos pocos zorros de distancia.

Blimosa le puso la punta de la cola sobre el lomo.

—Prométeme que tendrás cuidado.

De pronto, se oyó un repiqueteo de piedrecillas en la orilla. Blimosa giró en redondo.

Una patrulla del Clan del Río se dirigía corriendo hacia ellas.

Carrasquera se quedó paralizada, y el miedo la sacudió como un rayo. Luego notó que Blimosa la agarraba por el pescuezo y la arrastraba hasta detrás del zarzal.

—¿Nos han visto? —le susurró a su amiga, temblando.

—No lo sé. —Blimosa le puso la cola en la boca—. ¡Silencio!

Carrasquera miró a través de las hojas. Juncal encabezaba la patrulla, con su aprendiz, Saltarín, a la zaga. Musgaño les pisaba los talones, con Palomina a su lado. El viento alisaba el pelaje moteado de la aprendiza y le pegaba los bigotes a la cara; la joven gata corría como si su vida dependiera de ello.

—¿Crees que están cazando? —le preguntó Carrasquera a Blimosa.

Su amiga miró hacia la orilla vacía.

—¿Cazando el qué?

—Bueno, entonces… ¿vienen a por nosotras?

—No lo parece —contestó Blimosa cuando la patrulla pasó junto al zarzal sin ni siquiera echarle una ojeada.

Carrasquera se dio cuenta de que los gatos del Clan del Río tenían los ojos dilatados de pavor. Se le erizó el pelo.

—Algo va mal…

—¡Mira! —bufó su amiga, pegando las orejas a la cabeza.

Un perro blanco y negro de pelaje áspero iba corriendo detrás de la patrulla del Clan del Río. Tenía una mirada salvaje y la boca abierta, mostrando unos relucientes colmillos blancos.

—¡El perro del cercado de los caballos! —chilló Blimosa—. ¡Corre!

Y salió disparada detrás de sus compañeros de clan.

Antes de que Carrasquera pudiera moverse, el perro blanco y negro la vio y patinó para dirigirse hacia ella, aullando entusiasmado. La joven soltó un grito y echó a correr tras Blimosa, arrancando trozos de tierra mientras avanzaba por la herbosa ladera. La patrulla del Clan del Río se había desviado de la orilla y estaba subiendo la colina que llevaba a la frontera del Clan del Viento.

A Juncal se le salieron los ojos de las órbitas al ver a Blimosa.

—¡No te separes de nosotros! —le ordenó, y siguió ascendiendo, sorteando un arbusto de aulaga y saltando sobre una pequeña mata de brezo.

Blimosa corrió tras él, gritándole a Carrasquera por encima del hombro:

—¡Deprisa!

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, la aprendiza del Clan del Trueno apretó el paso sobre el suelo turboso. Siguió a la patrulla a través de una densa franja de brezo hasta la herbosa ladera.

—¡Alto!

Juncal dio la orden, y Carrasquera se detuvo bruscamente junto con los demás. Resollando y aterrorizada, miró hacia atrás.

El perro estaba junto a la valla, al pie de la ladera, mirando a su alrededor con la lengua colgando. Luego se sacudió y se coló por debajo de la valla. Carrasquera lo vio cruzar el cercado, encaminándose hacia la vivienda de los Dos Patas.

—Creo que va a su casa —susurró.

—¡Chis! —Blimosa le lanzó una mirada de advertencia, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —La sorprendida pregunta de Palomina sobresaltó a Carrasquera.

Juncal se quedó mirándola con el pelo erizado.

—Tú eres del Clan del Trueno, ¿verdad? —Y luego miró acusadoramente a Blimosa.

Palomina arrugó la nariz.

—¿Y por qué hueles tan mal?

Musgaño se le acercó mucho, dejando su hocico atigrado a solo un bigote del de la joven.

—¿Has venido a espiarnos?

Carrasquera retrocedió.

—No, no. Solo quería ver si podía ayudar.

—¿Ayudar? —Juncal la observó con incredulidad.

—¡Es cierto! —Blimosa se interpuso entre sus compañeros de clan y su amiga, con la cola temblando—. Ha venido sola. Después de la Asamblea, estaba preocupada por mí, y solo ha venido a ver si…

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó Juncal, interrumpiendo a la joven. El guerrero negro estaba mirando ladera arriba, con los ojos dilatados.

Una patrulla del Clan del Viento se dirigía hacia ellos.

Carrasquera saboreó el aire. El olor almizclado del Clan del Viento le bañó la lengua. El perro los había perseguido justo hasta el otro lado de la frontera.

—¿Echamos a correr? —susurró Palomina, con la cola rígida de miedo.

—No servirá de nada —suspiró Musgaño—. Hemos llegado demasiado lejos.

—Será mejor que nos quedemos donde estamos —maulló Juncal.

Saltarín se colocó al lado de Palomina.

Cuando la patrulla del Clan del Viento estuvo cerca, la lugarteniente, Perlada, hizo una seña con la cola. Corvino Plumoso, Zarpa Brecina, Cola Blanca, Oreja Partida y Ventolino se desplegaron en abanico. Carrasquera notó que Blimosa se pegaba a ella cuando los gatos del Clan del Viento rodearon a la patrulla con ojos llameantes.

—¿Qué estáis haciendo en las tierras del Clan del Viento? —quiso saber Perlada.

Juncal le sostuvo la mirada, moviendo los omoplatos con nerviosismo.

—Ese estúpido perro del cercado de los caballos nos estaba persiguiendo.

Corvino Plumoso dio un paso adelante.

—¿Dónde está ahora?

Musgaño señaló hacia la vivienda de los Dos Patas.

—Se ha ido a su casa.

—¿Y se supone que tenemos que creernos eso? —Oreja Partida olfateó el aire, agitando los bigotes—. ¡Yo solo huelo a excrementos!

Carrasquera deseó que se la tragara la tierra. El Clan del Viento ya estaba bastante enfadado, solo le faltaba darse cuenta de que había una gata del Clan del Trueno entre los intrusos. ¿Y si acababan pensando que el Clan del Río y

el Clan del Trueno habían formado una alianza? Seguro que entonces sí habría una batalla, y todo sería culpa suya.

Trató de controlar su creciente pánico. Ventolino estaba mirándola fijamente. La joven bajó la vista, suplicando que el aprendiz no la reconociera. En ese momento agradeció de verdad la caca de nutria con la que su amiga había camuflado su pelo negro y enterrado su olor.

—¿A ti qué te ha pasado? —Los ojos de Ventolino centellearon con desdén—. ¿Es que en el Clan del Río no enseñan a los cachorros a lavarse?

A Carrasquera le subió la rabia por la garganta. Quería soltarle un bufido a aquel arrogante con cara de zorro, pero por lo menos el aprendiz no parecía saber quién era ella.

—¡Fuera de nuestra tierra! —bufó Perlada—. ¡Puede que hayáis perdido vuestro territorio, pero no vais a quedaros con el nuestro!

Sulfurándose, Musgaño mostró los dientes.

—¡No hemos perdido nuestro territorio!

—Entonces, ¿por qué estáis aquí? —preguntó Oreja Partida.

—¿Acaso buscáis presas? —gruñó Corvino Plumoso.

—¡No! —respondió Juncal, sacudiendo la cola.

Carrasquera se puso tensa. Todos los gatos tenían el pelo erizado y estaban listos para saltar. Ella desenvainó las uñas. Aquel no era su clan, pero pelearía si tenía que hacerlo.

Saltarín se adelantó, agitando furioso su corta cola atigrada.

—¡Nosotros no comeríamos conejo ni aunque estuviéramos muriéndonos de hambre!

—¡Fuera de nuestra tierra ya mismo! —repitió Perlada con un bufido.

Oreja Partida y Cola Blanca se apartaron para dejar pasar a los gatos del Clan del Río.

Lentamente, Juncal y Musgaño comenzaron a retroceder. Sin poder ocultar su inquietud, Saltarín y Palomina dieron media vuelta y pasaron ante los gatos del Clan del Viento. Carrasquera corrió tras ellos, con los ojos clavados en el suelo.

—¡A partir de ahora, habrá patrullas extra a lo largo de la frontera! —les informó Perlada.

—¡Y estarán preparadas para combatir! —añadió Oreja Partida con un gruñido.

Los gatos del Clan del Río se encaminaron despacio hacia la frontera, negándose a apresurarse tras los amenazantes bufidos de la patrulla vecina.

Carrasquera cruzó la línea olorosa con un estremecimiento de alivio. «Pero ¡este no es mi territorio!», se recordó.

—Tengo que volver a casa —susurró.

Juncal se volvió hacia ella.

—¡No, de eso, nada! ¡Tienes que explicar qué estabas haciendo aquí!

—¡Ya lo he explicado! —replicó ella—. Estaba preocupada por Blimosa.

—De ninguna manera vamos a permitir que pises ahora el territorio del Clan del Viento —maulló Musgaño—. Tendrás que venir a la isla con nosotros.

Carrasquera notó el peso de la desesperación como una piedra en el estómago. Miró al otro lado del lago. Estaba cayendo la noche y el bosque del Clan del Trueno parecía una sombra en las lejanas montañas. Clavó la vista en la orilla, esperando ver la figura familiar de alguno de sus compañeros de clan —Glayino siempre andaba rebuscando alrededor del agua—, pero estaba demasiado lejos y demasiado oscuro para ver nada con claridad.

—De acuerdo —suspiró.

—Pero ¡antes tendrás que librarte de esos excrementos apestosos! —le ordenó Juncal.

El guerrero la acompañó hasta el lago y se quedó en la orilla mientras ella se lavaba en las heladas aguas. Blimosa fue a ayudarla, frotándole el pelo con las patas hasta que estuvo limpia.

Temblando de frío, Carrasquera recorrió la lodosa orilla detrás de la patrulla del Clan del Río. Su amiga se puso a su lado.

—Lamento haberte metido en problemas —susurró Carrasquera.

—No pasará nada —respondió Blimosa, pegándose a ella.

Y, de ese modo, las dos amigas, goteando todavía, compartieron su calor.

Carrasquera notó un cosquilleo en la piel al sentir sobre ella las curiosas miradas de los gatos del Clan del Río mientras seguía a Juncal por el claro de la isla. Poco a poco, conforme la patrulla se acercaba al Gran Roble, el campamento fue quedando en silencio.

La joven trató de contener el temblor de sus patas cuando vio a Estrella Leopardina salir de entre las gigantescas raíces que se enroscaban al pie del árbol.

—No tengas miedo —le susurró Blimosa al oído—. Estrella Leopardina siempre es justa.

Carrasquera levantó la cabeza para mostrarse lo más digna posible ante la líder del Clan del Río.

Los ojos de Estrella Leopardina centellearon a la luz del atardecer.

—Juncal dice que has estado espiando en el territorio del Clan del Río —señaló la hermosa atigrada.

—Solo intentaba ayudar —explicó Carrasquera—. Al Clan del Trueno le preocupa que el Clan del Viento nos ataque si vosotros os veis obligados a ocupar su territorio. Todos están preparándose para la guerra. Yo solo quería impedirlo.

Estrella Leopardina parpadeó.

—Esa es una ambición muy grande para una aprendiza tan pequeña.

Ofendida, Carrasquera ahuecó su pelaje.

¿Los bigotes de la líder temblaban de risa?

—Supongo que Blimosa te habrá enseñado lo suficiente para mitigar tus inquietudes —maulló la gata.

—Solo el viejo campamento… —Se interrumpió demasiado tarde. Ya había delatado a su amiga.

La mirada de Estrella Leopardina se desvió hacia la aprendiza de curandera.

—¿La has llevado hasta allí?

Blimosa bajó la cabeza.

—Solo quería tranquilizarla.

La líder suspiró.

—Bueno, Carrasquera —maulló—, será mejor que te quedes aquí, en la isla.

A la joven le dio un vuelco el corazón.

—Pero mi clan estará preocupado por mí.

—Deberías haber pensado en eso antes de venir hasta aquí. —Estrella Leopardina miró a su alrededor. Los gatos del Clan del Río se habían reunido debajo del roble, agitando las orejas con interés—. No podemos prescindir de guerreros para que te escolten hasta tu casa y, aunque pudiéramos, no quiero enemistarme con el Clan del Viento o el Clan de la Sombra por atravesar su territorio.

—Pero el código guerrero dice que puedo desplazarme sin peligro a un máximo de dos zorros de distancia del lago —señaló Carrasquera.

—Si hubiese una Asamblea, estaríamos de acuerdo —replicó la líder—. Pero, tal como están las cosas ahora, nuestros vecinos querrían una buena razón para explicar el olor del Clan del Trueno o el Clan del Río en sus

tierras. —Entornó los ojos—. El simple fisgoneo no es un motivo lo bastante bueno.

—Pero…

Carrasquera buscó con desesperación otro argumento. Tenía que llegar a casa antes de que sus compañeros de clan pensaran que le había sucedido algo espantoso.

Estrella Leopardina le dio la espalda.

—Puedes quedarte con Blimosa y Ala de Mariposa hasta que sea seguro regresar con los tuyos.

—Vamos. —Blimosa le dio un empujoncito—. En la guarida de la curandera podremos secarnos y entrar en calor.

Con las patas pesándole como piedras, Carrasquera siguió a su amiga hasta el borde de la isla y el arrecife, y allí entraron en la cueva del saliente rocoso.

Ala de Mariposa estaba esperándolas al lado de un montón de hierbas.

—Creo haberos sugerido que no os dejarais ver —las saludó.

Blimosa bajó la cabeza.

—Lo siento.

Ala de Mariposa empujó un puñado de hierbas hacia las jóvenes.

—Comeos esto —les ordenó—. Os ayudará a entrar en calor.

A Carrasquera le rugió el estómago. Habría preferido un jugoso ratón recién cazado.

—Es todo lo que puedo ofreceros, al menos por el momento —le dijo Ala de Mariposa.

Carrasquera se inclinó y se puso a mascar una de las hojas. Estaba pegajosa y le calentó la lengua mientras la mordía.

—¿Qué es esto? —le susurró a Blimosa.

—Ortigas secas, untadas con miel —contestó su amiga.

—No está mal.

Cuando terminaron de comer, Blimosa la llevó hasta un lecho musgoso al fondo de la cueva. Allí se asearon a conciencia hasta estar bien secas, y luego se apretujaron sobre el blando lecho. Carrasquera agradeció la calidez de su amiga. La gruta tenía muchas corrientes de aire, y la lluvia había empezado a sisear entre las rocas y a caer sobre el lago. Bostezó, sintiéndose de pronto agotada hasta la médula.

—Tú ya sabes que Estrella Leopardina solo me retiene aquí porque sé demasiado, ¿verdad? —murmuró.

—Sí. —Blimosa posó la cola sobre las patas de su amiga—. Pero ¿crees que Estrella de Fuego habría actuado de un modo distinto?

Carrasquera suspiró.

—No, supongo que no.

Cerró los ojos. ¿Cuánto tiempo tendría que permanecer allí? Iba a tener un grave problema con sus compañeros de clan cuando descubrieran que estaba retenida en el Clan del Río… como sospechosa de ser una espía.

14

La lluvia caía sobre Glayino mientras cruzaba el claro. El joven llevaba en la boca un fardo de hierbabuena y de bayas de enebro, cuyo intenso olor le colmaba la nariz.

Mili caminaba a su lado.

—¡Le dije que no se comiera otro gorrión!

La guerrera se detuvo debajo de la Cornisa Alta, donde estaba Látigo Gris, gimiendo.

—¿Y cómo iba a resistirme? —maulló Látigo Gris con voz estrangulada, y soltó otro gemido—. Hace muchas lunas que no había tantísimas presas.

Glayino soltó el fardo de hierbas y puso una pata sobre la redonda barriga del guerrero, que no paraba de retorcerse de dolor.

—Estate quieto. —Glayino notó la dureza que hinchaba el costado de Látigo Gris—. Tienes gases.

—Te lo dije —maulló Mili.

El aprendiz acercó las bayas de enebro al hocico del gato.

—Esto te ayudará. Luego cómete la hierbabuena.

—Yo creía que un guerrero sabría ir poco a poco después de la estación sin hojas —continuó Mili—. Todas esas lunas con el estómago vacío… No puedes atiborrarte en cuanto las presas comienzan a abundar. Tienes que ir acostumbrándote poco a poco.

—No sigas —le suplicó Látigo Gris.

Mili le dio un lametazo. Glayino notó el afecto que irradiaba la gata por su compañero; era como una bocanada de aire caliente. Apenas podía contener la risa. Resultaba de lo más divertido oír cómo una minina casera sermoneaba a todo un guerrero. «Aunque ahora ella también es guerrera», se recordó a sí mismo enseguida.

Unas pisadas apresuradas sonaron en la entrada del campamento. Glayino saboreó el aire. Ratolino y Rosellera. Por el aroma musgoso de su pelo, supo que habían estado en la hondonada de entrenamiento.

—¿Has visto a Carrasquera? —preguntó Rosellera, dirigiéndose hacia la Cornisa Alta.

Glayino notó en la piel la ansiosa mirada de la aprendiza, que de pronto se sintió incómoda.

—No quería decir «visto» —se corrigió deprisa—. Me refería a si la has oído u olido…

—Se refiere a si sabes dónde está —la interrumpió Ratolino con impaciencia.

Glayino notó un hormigueo en las zarpas. No había visto a su hermana desde aquella mañana. Dejó que su sexto sentido se extendiera por el campamento, buscando su presencia del mismo modo que buscaría a tientas semillas de adormidera entre las provisiones de hierbas. Nada. No percibió a Carrasquera ni en la hondonada ni cerca del campamento. Negó con la cabeza.

Látigo Gris se puso en pie penosamente.

—¿Cuándo la habéis visto por última vez? —preguntó a los aprendices.

—Se suponía que tenía que entrenar con nosotros, pero no ha aparecido —contestó Rosellera.

—Fronde Dorado ha supuesto que se había quedado en el campamento por alguna razón —añadió Ratolino—, así que hemos entrenado sin ella. Pensábamos que la encontraríamos aquí a nuestro regreso.

—Pero ¡no está! —chilló Rosellera, y su voz resonó por todo el campamento.

Fronde Dorado apareció por el túnel de espinos.

—¿Carrasquera no está aquí?

Zancudo y Cenizo entraron pisándole los talones.

—Su olor está en el túnel, pero no es reciente —informó Cenizo.

—Debe de haber salido del campamento poco después de que le dijera que íbamos a entrenar —supuso Fronde Dorado.

—Pero no ha llegado a la hondonada de entrenamiento —concluyó Zancudo.

Glayino notó el creciente interés de sus compañeros de clan alrededor del claro.

Centella se acercó corriendo.

—¡Tal vez esté herida!

—¿Quién está herida? —quiso saber Acedera.

—¡Nadie! —exclamó Látigo Gris—. Pero Carrasquera parece haber desaparecido.

Glayino empezó a sentirse aplastado por los guerreros que se apretujaban a su alrededor. Espinardo y Candeal se les habían unido.

—¡Quizá la ha capturado el Clan del Viento! —maulló Espinardo.

La alarma recorrió a los guerreros y los aprendices.

Nimbo Blanco se abrió paso hasta la primera fila.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—¿El Clan del Viento ha tomado rehenes en alguna otra ocasión? —preguntó Rivera, y Glayino captó su olor montañés.

—No. Pero ¡tampoco habían cazado ardillas hasta ahora! —señaló Manto Polvoroso.

Acedera soltó un grito ahogado.

—¡Espero que no le hagan daño!

Glayino se sintió dividido entre la alarma y la irritación. Todo el mundo estaba dejándose llevar por el pánico demasiado deprisa. Pero ¿y si de verdad hubieran capturado a Carrasquera?

Solo Rivera conservó la calma.

—No tendría sentido que el Clan del Viento se buscara una boca más que alimentar.

—Pero, ahora que han empezado a cazar en el bosque, tienen presas de sobra —maulló Centella.

—Quizá piensen que vale la pena —dijo Acedera con preocupación.

—¡Deberíamos enviar una patrulla a rescatarla! —propuso Espinardo.

Zarzoso se unió a sus compañeros de clan.

—¿Rescatar a quién?

Glayino se sintió aliviado al percibir a Esquiruela al lado de su padre. La gata le dio un lametazo entre las orejas.

—¿Qué está pasando, hijo?

—Carrasquera ha desaparecido.

Esquiruela se quedó paralizada.

—¿Desde cuándo?

—Yo he hablado con ella a mediodía —respondió Fronde Dorado—. Se suponía que iba a acudir a la hondonada de entrenamiento, pero no ha aparecido por allí.

—¡El Clan del Viento debe de haberla capturado! —exclamó Centella.

—¿Lo sabemos con seguridad? —preguntó Zarzoso.

Nadie contestó.

—Bueno, en ese caso, no demos por sentado lo peor —pidió el lugarteniente del Clan del Trueno.

—Conociendo a Carrasquera, quizá se haya ido a dar una vuelta ella sola —maulló Esquiruela.

Glayino asintió. Su hermana solía salir a pasear sola cuando necesitaba tiempo para pensar.

—Pero ¿creéis que se perdería un entrenamiento a propósito? —se angustió Acedera.

—Jamás se ha perdido ninguno. —La voz de Estrella de Fuego sonó desde lo alto.

El líder estaba en la Cornisa Alta. Los gatos retrocedieron para mirarlo. Glayino se sintió aliviado por tener un poco más de espacio, pero percibió que Estrella de Fuego emanaba angustia y culpabilidad.

—No podemos dar por hecho que el Clan del Viento se la haya llevado —continuó el líder.

—Pero sabemos que quieren atacarnos —exclamó Espinardo—. Esta podría ser su forma de provocar una batalla.

Maullidos de inquietud recorrieron el claro.

—No sabemos con certeza que quieran atacarnos —razonó Estrella de Fuego—. Como bien ha apuntado Esquiruela, Carrasquera es perfectamente capaz de haberse ido a dar una vuelta sola. Siempre ha sido muy independiente. ¡No os olvidéis de que se fue a cazar zorros cuando todavía era una cachorrita!

El líder habló en tono despreocupado, pero Glayino percibía la agitación de sus pensamientos. Mientras tanto, el pelaje erizado de los miembros del clan comenzó a alisarse. Por supuesto que Carrasquera estaba bien. Desaparecer durante todo el día era algo muy propio de ella. Glayino, sin embargo, no estaba tan convencido. Estrella de Fuego sabía más de lo que decía. Intentó colarse en la mente del líder, pero una nube de angustia le oscurecía los pensamientos. ¿Debería atreverse a preguntarle directamente? El joven desechó aquella idea. Era evidente que Estrella de Fuego quería guardarse sus miedos para sí mismo.

El joven aprendiz se deslizó entre Rivera y Centella para dirigirse a la guarida de la curandera. Al acercarse, oyó cómo susurraban las zarzas de la entrada. Hojarasca Acuática acababa de entrar a toda prisa; sin duda, había estado escuchando a Estrella de Fuego. Glayino entró en la cueva y se sintió un poco desconcertado por la oleada de emociones que irradiaba la curandera.

—¿Eso es verdad? —preguntó Carboncilla desde su lecho, nerviosa—. ¿Carrasquera ha desaparecido?

—Ya la conoces —la tranquilizó Glayino—. Probablemente se haya ido a pensar un rato.

—Puede ser. —Carboncilla volvió a tumbarse, pero el joven percibió la tensión de sus músculos.

Desde el otro extremo de la guarida, Hojarasca Acuática parecía aún más alarmada que antes.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Glayino en voz baja tras acercarse a ella. Se centró en la mente de la gata y encontró un caos de preocupación y culpabilidad, exactamente igual que en la de Estrella de Fuego. Los dos sabían algo más.

—He hablado con Carrasquera antes de que saliera del campamento —admitió su mentora en un susurro.

El aprendiz plantó las orejas.

—¿Te ha dicho adónde iba?

—No, pero estaba disgustada —respondió con voz grave—. Acababa de pedirle a Estrella de Fuego que ayudara al Clan del Río.

—Y él le ha contestado que no —dedujo Glayino, recordando cómo el líder había reaccionado ante su sueño.

—¡No es posible que creyera que podía ayudar al Clan del Río ella sola!

—Carrasquera no sería tan descerebrada.

—Pero tal vez haya pensado que, si no podía persuadir a Estrella de Fuego, quizá podría convencer a Estrella de Bigotes de que no luchara —concluyó Hojarasca Acuática a regañadientes.

Glayino sintió que se le abría un agujero negro en el estómago. Carrasquera siempre había creído que el mundo estaba limpiamente dividido entre lo bueno y lo malo. Y si pensaba que Estrella de Fuego estaba cometiendo un error, tal vez fuera lo bastante tozuda como para intentar arreglar las cosas por su cuenta. El joven rechazó aquella idea. Su hermana no sería tan temeraria, ¿verdad?

Notó que la zarpa de Hojarasca Acuática apretaba la suya.

—¡Debes intentar soñar! —exclamó—. ¡Tienes que averiguar dónde está Carrasquera!

Su apremiante súplica le erizó el pelo de indignación. No hacía mucho, ella misma le había pedido que mantuviera en secreto su don; ahora quería que usara sus sueños para encontrar a Carrasquera. ¿Eso era lo único que veía

en él? ¿Una forma rápida de obtener respuestas del Clan Estelar cuando las necesitaba, y un peligro para el clan cuando no las necesitaba?

—¡Por favor, Glayino!

—¡No estoy cansado! —protestó el aprendiz—. No puedo ponerme a soñar cuando me apetezca.

—Puedes cerrar los ojos e intentarlo —rogó la curandera.

—¡Soñaré cuando esté preparado! —le espetó él.

Fue hacia la entrada y notó el cuerpo de Hojarasca Acuática contra él. ¡Su mentora estaba bloqueándole el paso!

—¡Tienes que intentarlo ahora! —bufó la gata.

Glayino se sulfuró.

—Pero… ¡si lo más probable es que Carrasquera solo haya salido a dar una vuelta sola!

¿Qué le ocurría a Hojarasca Acuática? ¡Parecía más preocupada que la propia Esquiruela!

—¿Pasa algo? —preguntó Carboncilla desde su lecho.

La curandera se volvió hacia su paciente.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Tú descansa y no muevas esa pata.

Así que era eso lo que inquietaba a Hojarasca Acuática. No era Carrasquera, sino su valiosa paciente. A Glayino le ardieron las orejas de rabia. Apartó a su mentora y salió de la guarida hecho una furia.

El campamento ya estaba más calmado. Estrella de Fuego había bajado de la Cornisa Alta y estaba hablando con Zarzoso y Esquiruela.

—Que la patrulla del atardecer esté ojo avizor por si hay algún rastro de ella —ordenaba el líder—. Ya veremos qué dicen al volver, entonces decidiremos si enviamos una partida de búsqueda.

—Yo quiero salir en la patrulla del atardecer —se apresuró a decir Esquiruela.

—Y en la de búsqueda —añadió Zarzoso.

—Por supuesto —aceptó Estrella de Fuego—. Vosotros encabezaréis ambas patrullas.

Glayino dejó que se le alisara el pelo. Una patrulla de búsqueda era algo mucho más sensato que la desesperada petición de sueños de Hojarasca Acuática. Últimamente, su mentora estaba tan inquieta como un ciervo. Si Carrasquera no aparecía, entonces por supuesto que intentaría usar su don para encontrarla, pero no iba a pasarse toda la tarde durmiendo solo porque Hojarasca Acuática se lo ordenara. Quería alejarse de la curandera, del campamento, de todo el mundo. Se dispuso a salir por el túnel de espinos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Esquiruela a sus espaldas. Estaba angustiada. ¿Acaso le preocupaba perder a otro de sus hijos, a uno que todos consideraban incapaz de cuidar de sí mismo?

—A dar un paseo.

—No tardes.

«¡Tardaré lo que me dé la gana!», respondió el joven para sus adentros cuando se dirigía ya hacia los árboles. El húmedo aire anunciaba lluvia y el bosque olía a moho. Descubrió que sus patas lo conducían hacia la ladera que llevaba al lago. Aspiró ansiosamente el olor del agua, apretando el paso al llegar al risco para desviarse de la zona arbolada. Aquella ruta lo llevaría directamente a la orilla en la que había dejado el palo. Comenzó a ir más deprisa, agitando los bigotes, siguiendo la familiar senda que descendía a la ribera.

Al llegar a la playa de guijarros, se detuvo. Al contrario que el bosque, que parecía no variar nunca, la orilla que rodeaba el lago siempre era distinta. Los guijarros parecían cambiar de lugar, de modo que nunca se notaban iguales bajo las zarpas, y los desechos iban y venían, arrastrados hasta allí por las olas hasta que el agua del lago volvía a llevárselos. A Glayino le encantaba el desafío que suponía la orilla, siempre que pudiera mantenerse lejos del agua. Avanzó con cautela, moviendo el hocico para captar el olor de los trozos de madera o los desechos con los que pudiera tropezar. Pero su mente seguía concentrada en el palo; esperaba que siguiera a salvo debajo de la raíz del árbol. Zigzagueó por la orilla, con el corazón latiéndole más rápido a medida que se acercaba. Al llegar, tanteó con una pata. ¡Estaba allí, a buen recaudo!

Entusiasmado, lo sacó de su escondrijo y deslizó la zarpa por su superficie, notando la calidez de la madera y deleitándose en las ranuras que recorrían sus almohadillas al pasar sobre las líneas. El susurro de las olas y el murmullo del viento se apagaron. Glayino solo reparaba en la madera que acariciaba con la pata y en las rayas grabadas en ella. Una voz sonó en sus oídos, demasiado leve para oírla. Era ronca, semejante a la voz de un gato viejo, y parecía estar recitando una lista de nombres, como si hiciera un recuento. Glayino sintió que se le aceleraba el corazón al acercarse al final de la rama. Allí estaban las líneas sin marcar. Sintió un escalofrío. Aguzó el oído. Pero, cuando tocó la primera raya, la voz se estranguló y guardó silencio.

Decepcionado, Glayino dejó el palo en el suelo y posó la mejilla sobre la lisa superficie. Cerró los ojos; el sonido del agua del lago lo calmó y comenzó

a soñar.

El suelo arenoso se movió bajo sus patas. Abrió los ojos. Un muro de rocas escarpadas se alzaba ante él. A sus espaldas, el viento ondulaba el brezo. En lo alto, el cielo estaba negro, tachonado de estrellas. En la cima del muro rocoso vio siluetas de gatos contra el cielo nocturno. Ninguna le resultó familiar, y al olfatear el aire solo reconoció el olor de lo que había captado en la Laguna Lunar, cuando gatos antiguos se restregaron contra él en la hollada senda que llevaba al borde del agua.

De pronto, un gato se separó de los demás y descendió la escarpada ladera. Era un joven macho de musculosos hombros y lustroso pelaje blanco y canela. Una gata bajó tras él. Los otros se quedaron en lo alto, agitando la cola con nerviosismo.

—¡Ten cuidado! —exclamó la gata al aterrizar ágilmente sobre la arena.

El joven restregó el hocico contra el suyo.

—Te veré al amanecer. Te lo prometo.

Y se colocó frente a la pared del despeñadero. Por primera vez, Glayino reparó en que había una grieta en la roca, justo a sus espaldas.

El gato fue hacia allí. Glayino quiso apartarse de su camino, pero el joven lo atravesó como si no estuviera allí. Cuando sus espíritus se cruzaron, el aprendiz de curandero se estremeció con un presentimiento. Aquel gato nunca había entrado en la gruta y estaba asustado. Cuando su cola desapareció en las sombras, Glayino sintió un cosquilleo de emoción en la barriga. Tenía que saber adónde iba aquel desconocido, así que se apresuró a seguirlo.

La oscuridad lo engulló y, por un momento, el joven aprendiz se preguntó si volvía a estar ciego. Pero entonces oyó los tenues pasos del gato más adelante y percibió que se abría un espacio en el interior de la montaña: un estrecho pasaje que se internaba en la roca.

Había miedo en el aire, pero también determinación. Ambos procedían del joven gato. Los latidos de su corazón parecían estremecer el aire a su alrededor, y se tornaron más sonoros cuando el túnel desembocó en una cueva. En lo alto brillaba una pálida luz que se colaba a través de un pequeño agujero en el techo. Glayino vio que en las paredes arqueadas había más aberturas; los túneles debían de extenderse como raíces por debajo del páramo. Una corriente de agua resonaba entre las rocas. Sorprendido, el aprendiz del Clan del Trueno vio que un río atravesaba la gruta y desaparecía en otro pasaje, con unas aguas tan negras como la noche.

—¿Hojas Caídas?

Glayino levantó la cabeza de golpe. Un viejo gato estaba llamando al joven desde un repecho alto, cerca del agujero iluminado por la luna. «¿Hojas Caídas?».

El joven pegó un salto.

—Puedo notar tu sorpresa —dijo el viejo con voz cascada.

Glayino se quedó mirándolo. De su pelaje no quedaba nada más que unos pocos mechones de pelo, y sus ojos, blancos y saltones, miraban ciegamente hacia abajo.

«¡Espero que mis ojos no se parezcan a los suyos!», pensó el aprendiz.

Hojas Caídas sabía que aquel anciano estaría allí —Glayino captó entendimiento y reconocimiento entre ambos—, pero era evidente que no se esperaba que fuera tan feo.

El viejo deslizó una zarpa por algo liso y claro: una vieja rama sin corteza que había aferrado con sus retorcidos colmillos.

Glayino se quedó de piedra. «¡Mi palo!». Aguzó el oído para enterarse de lo que estaba diciendo el viejo.

—… Debo quedarme cerca de nuestros antepasados guerreros, aquellos que han ocupado su lugar debajo de la tierra.

—Y te damos las gracias por eso —murmuró Hojas Caídas.

—No me las deis —gruñó el anciano—. Era el destino que estaba obligado a seguir. Además, quizá no te sientas tan agradecido una vez que comience tu iniciación. —Y pasó una larga garra por las líneas grabadas en la rama.

Del joven brotó un estremecimiento lleno de miedo que azotó a Glayino como un viento helado. ¿Por qué se había sobresaltado tanto? El aprendiz miró de nuevo hacia el repecho.

El viejo estaba sacudiendo la cabeza.

—No puedo ayudarte. Para convertirte en un garra afilada debes guiarte a ti mismo a través de estos túneles y encontrar el camino de salida. Yo solo puedo enviarte a tu misión con la bendición de nuestros antepasados.

¿Un «garra afilada»? ¿Se refería a una especie de guerrero? De pronto, Glayino comprendió el miedo del joven y su determinación. No se enfrentaba tan solo a la oscuridad, sino a su futuro.

—¿Está lloviendo? —preguntó el viejo de pronto.

Glayino vio que Hojas Caídas se ponía tenso.

—El cielo está despejado.

Pero el aprendiz percibió cierto titubeo en la mente del joven gato.

El anciano volvió a deslizar una garra por las líneas dibujadas en la rama.

—En ese caso, puedes empezar.

Hojas Caídas cruzó el río de un salto y se internó en el túnel que se abría debajo del repecho del viejo. Glayino fue tras él, aliviado de poder ver. No le habría gustado nada haber tenido que saltar sobre aquel río a ciegas. Se estremeció al imaginarse cayendo al agua y siendo arrastrado hacia el túnel. Apartando esos pensamientos, siguió a Hojas Caídas a la negrura.

«¡Esta ruta va hacia arriba!».

Glayino sintió el pensamiento de Hojas Caídas tan claramente como si lo hubiera expresado en voz alta, y serpenteó tras él a través de la oscuridad. El pasaje rocoso estaba muy liso. ¿Qué lo volvía tan resbaladizo? Ascendía en espiral, estrechándose y ensanchándose, girando primero en una dirección y luego en otra.

A Glayino se le aceleró la respiración. Apenas podía creerse que estuviera caminando con un gato de un antiguo clan, viéndolo traspasar la frontera de cachorro a adulto. La superficie del páramo ya no podía estar muy lejos, y entonces Hojas Caídas estaría a salvo. A salvo y convertido en un garra afilada, como él quería. Un charco de luz de luna bañaba el suelo delante de ellos. Hojas Caídas lo atravesó a toda prisa, mirando hacia arriba. Al seguirlo, Glayino vio un pequeño agujero en lo alto… Demasiado alto para alcanzarlo.

De repente, el túnel se estrechó de nuevo y comenzó a descender.

¿A descender? Pero ¡si ya casi habían llegado al páramo!

A Hojas Caídas se le erizó el pelo por las dudas, pero Glayino notó que el joven las dejaba a un lado. El túnel se retorcía y estrechaba, y Hojas Caídas lo siguió arrastrándose y rozando las paredes con el cuerpo. Glayino estaba impresionado por la forma en que el joven se enfrentaba a la oscuridad, muchísimo mejor que cualquier gato del Clan del Trueno. Debía de haberse entrenado para encontrar el camino tan solo con el olfato y el tacto.

El pasaje continuaba descendiendo. Hojas Caídas se detuvo y Glayino notó su vacilación. Más adelante, el túnel se dividía. ¿Por dónde debía ir? El joven entró lentamente en uno, pero luego retrocedió. Glayino sintió cómo la cola de Hojas Caídas atravesaba su cuerpo, y se sobresaltó cuando el contacto le produjo una sacudida llena de dudas como si fuera un rayo. El aprendiz dio unos pasos atrás. El joven estaba empezando a perder la calma.

Hojas Caídas echó a correr de nuevo; había elegido el otro túnel, a pesar de que iba cuesta abajo. Glayino detectó el olor del brezo y se sintió esperanzado: Hojas Caídas estaba siguiendo el olor del aire fresco. Aquel debía de ser el camino correcto. Vio otro charco de luz de luna bañando el túnel delante de ellos. ¿Podrían salir por allí?

Hojas Caídas apretó el paso. Glayino notó que las esperanzas del joven crecían… y que desaparecían de golpe al llegar a la luz. El agujero del techo era ancho, pero estaba muy alto, fuera de su alcance. Además, entre los rayos de luz de luna destellaban gotas de lluvia, que caían en el suelo del túnel.

El aprendiz percibió el miedo del joven gato. Un miedo que barrió su decepción como un frío viento que alejara la niebla. «¡Le asusta la lluvia!». Hojas Caídas salió disparado de nuevo, más veloz ahora, chocando más a menudo contra las paredes del túnel en su desesperación por encontrar la salida. Glayino patinó al seguirlo por un abrupto recodo. El suelo estaba volviéndose resbaladizo con la lluvia. El aprendiz agitó la cola para recuperar el equilibrio, temiendo perder de vista a Hojas Caídas.

El suelo estaba ahora más mojado. La lluvia se colaba cada vez más rápido a través de los agujeros bajo los que pasaban. Una tormenta debía de estar azotando el páramo.

De pronto, Hojas Caídas frenó derrapando. El túnel terminaba en una lisa pared gris. El gato giró en redondo y echó a correr, atravesando de nuevo a Glayino.

Al aprendiz se le puso el pelo de punta.

Hojas Caídas estaba esforzándose por mantener su pánico bajo control. Se alejó a toda velocidad, virando por una abertura de un lateral del túnel, y Glayino lo siguió a toda prisa, casi volando sobre el suelo. El pasaje descendió abruptamente. El aprendiz del Clan del Trueno soltó un respingo cuando el agua le lamió las patas. Siguió a Hojas Caídas mientras el túnel comenzaba a ascender de nuevo, pero el agua no dejaba de llegar, precipitándose por el pasaje y mojándole la barriga.

¡Los túneles estaban inundándose!

Hojas Caídas se coló a través de una nueva abertura. El espacio era más estrecho que los anteriores, y las paredes los presionaban por ambos lados. Un agujero en el techo dejaba entrar un rayo de luz, pero, como los otros, estaba excesivamente alto para alcanzarlo.

El joven gato frenó en seco. Glayino olió a agua turbosa y más adelante oyó su chapoteo. Aguzó la vista a través de la oscuridad y vio a Hojas Caídas retrocediendo con las patas sumergidas. El túnel descendía de golpe delante de él y desaparecía en unas aguas tan profundas que tocaban el techo. El aprendiz dio media vuelta incluso antes que el joven gato. Ahora era él quien iba en cabeza, deshaciendo el camino que acababan de recorrer. ¡A lo mejor conseguían regresar a la cueva!

Hojas Caídas comenzó a correr más deprisa, recordando claramente la ruta, hasta que adelantó a Glayino y se colocó en cabeza.

«¡Por favor, Clan Estelar, que Hojas Caídas encuentre la cueva!».

La sangre le latía en los oídos. El joven gato irradiaba un terror desenfrenado.

Glayino oyó un rugido. Una ráfaga de viento sopló a sus espaldas, tirándole con violencia del pelo. Miró por encima del hombro y vio que el agua avanzaba hacia ellos, chocando contra las paredes y el techo.

«¡Deprisa!». Glayino corrió para salvar su vida.

Hojas Caídas también volvió la vista atrás, con los ojos relucientes de pavor. Por primera vez, pareció ver al joven aprendiz.

—¡Sálvame!

Mientras Hojas Caídas gritaba, el agua levantó a Glayino, engullendo su cola, su barriga y, al final, todo su cuerpo, de modo que las frías olas lo sacudieron y voltearon. El agua le llenó las orejas, los ojos, la boca, y él luchó contra ella, sin saber hacia dónde subir, perdido en la oscuridad, ahogándose. Se le nubló la vista, le rugieron los oídos y su cuerpo se quedó inerte.

Glayino abrió los ojos de golpe, boqueando, y se separó de la rama de un salto. La lluvia caía con intensidad, empapándole el pelo, y las olas golpeaban la orilla, expulsadas del lago por un viento feroz. Quería irse a casa, regresar a la protección del campamento.

«¡Hojas Caídas!».

Con cautela, alargó una pata hacia la rama, palpando la última marca sin cruzar.

Ahora ya sabía lo que significaba. Hojas Caídas había entrado en los túneles, pero nunca había salido de ellos.

15

Leonino dio un salto y se retorció en el aire, y luego se agachó al tiempo que aterrizaba arañando el suelo con las zarpas.

«¡Perfecto! —En la batalla, eso habría derrotado hasta al guerrero más rápido del Clan de la Sombra—. ¿Has visto lo bien que he hecho el giro, Estrella de Tigre?».

El atigrado le había enseñado ese movimiento aquella misma tarde. Leonino lo había dominado enseguida. Se sentó, resollando, y olfateó el aire. «Zarpa Brecina llega tarde».

La cueva estaba oscura, con la luna oculta por las nubes que habían descargado lluvia desde el atardecer. Glayino había regresado al campamento justo después de caer la noche, empapado hasta los huesos. ¡El muy cerebro de ratón se había quedado dormido junto al lago! Hojarasca Acuática lo había mandado enseguida a secarse a la guarida de la curandera. Seguían sin saber nada de Carrasquera. El grupo de búsqueda había seguido su rastro hasta la orilla que bordeaba el territorio del Clan del Viento, y ahora Espinardo estaba más convencido que nunca de que una patrulla del clan vecino la había capturado.

—¿Creías que me había olvidado de ti? —maulló Zarpa Brecina desde la boca del túnel.

Leonino se levantó alegremente.

—¡Te has retrasado!

—Lo siento. —La joven estaba sin aliento—. He sorprendido a las cachorritas de Genista siguiéndome. Y he tenido que llevarlas de vuelta al campamento.

—No habrán visto el túnel de entrada, ¿verdad?

—No, pero ha faltado poco. —Zarpa Brecina sacudió la cola—. Se han escondido muy bien. No las he detectado hasta que era demasiado tarde.

Leonino sintió un hormigueo en las zarpas. ¿Y si hubieran descubierto su secreto?

—Yo mismo he estado a punto de no venir —confesó.

A la gata se le dilataron los ojos.

—¿Por qué?

—Carrasquera ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Una patrulla de búsqueda ha seguido su rastro hasta… —Se interrumpió. No quería que Zarpa Brecina supiese que Carrasquera podía haber traspasado la frontera del Clan del Viento. Notó una punzada de ansiedad en el estómago. No podía ser sincero con ella sin sentirse como un traidor hacia su clan. Esa certeza le dolió. Aun así, su amiga quizá podría darle alguna pista sobre adónde había ido su hermana—. ¿Tú la has visto?

Zarpa Brecina negó con la cabeza.

Leonino clavó la mirada en sus ojos azules.

—¿Estás segura?

La gata parpadeó.

—¡Por supuesto que estoy segura!

El joven notó un hormigueo de culpabilidad en la cola. Zarpa Brecina no le mentiría. Estaba claro que, después de todo, el Clan del Viento no había capturado a Carrasquera. Entornó los ojos. ¿Cómo iba a decírselo a sus compañeros de clan sin que supieran cómo lo había averiguado?

—¿En qué estás pensando? —Ahora era Zarpa Brecina quien sonaba recelosa.

—Solo me preguntaba dónde podría estar mi hermana —mintió el aprendiz.

—Estará bien —maulló la gata, restregándose contra él.

Su contacto lo tranquilizó.

—Pero es muy extraño que no haya vuelto antes del anochecer.

Se había sentido raro al escabullirse de la guarida de los aprendices sin tener que preocuparse por si Carrasquera tenía un ojo abierto. Y se había sentido culpablemente aliviado por no tener que preparar una excusa por si ella le preguntaba adónde iba.

—Estoy convencida de que regresará con las primeras luces del día —afirmó Zarpa Brecina.

—Eso espero —suspiró Leonino.

—Bueno, ¿y qué has hecho mientras me esperabas? —La joven se sentó ladeando la cabeza.

—He estado practicando algunos movimientos de batalla —respondió él, arañando el suelo con emoción—. ¡Mira esto!

Tras levantar las ancas en el aire, giró en redondo con las patas delanteras y saltó hacia atrás; luego se plantó sobre las patas traseras, y arañó el aire con ambas zarpas antes de agachar la cabeza y rodar limpiamente por el suelo.

—¡Es impresionante! —Zarpa Brecina irguió las orejas—. ¿Se te ha ocurrido a ti solo?

—Sí. —Leonino no podía contarle que se lo había enseñado Estrella de Tigre. Su amiga no se lo creería.

—Sería perfecto para un guerrero del Clan Oscuro —maulló la joven—. ¡Enséñame a hacerlo!

Leonino repitió el movimiento y la gata lo copió.

—Casi —maulló el aprendiz, agachándose delante de ella—. Prueba otra vez, pero ahora lanza los golpes hacia mí.

Zarpa Brecina puso las ancas en pompa, giró y se plantó ante Leonino, que la esquivó cuando ella le lanzó los mandobles, empujándola con los omoplatos antes de que pudiera agacharse y rodar. La joven cayó despatarrada en el suelo de la cueva.

Al aprendiz le dio un vuelco el corazón. Por un instante, se había olvidado de que era más fuerte que ella. Corrió a su lado y le restregó el hocico contra la mejilla.

—No te he hecho daño, ¿verdad?

El entrenamiento de Estrella de Tigre lo había vuelto todavía más rápido y duro que antes.

—Solo me has pillado porque sabías cuál iba a ser mi próximo movimiento —replicó Zarpa Brecina, apartándose para lamerse el hombro—. Espero no tener que enfrentarme nunca a ti en una batalla. —Lo miró con un brillo de cariño en los ojos—. Nunca podría hacerlo.

Leonino parpadeó. Ella lo estaba mirando con expectación. ¿Quería que él hiciese la misma promesa? No podía; no, cuando eso significaba prometer ser desleal a su propio clan.

—Esperemos que nunca tengamos que vernos en esa situación —respondió, apartando la vista.

—Va a amanecer.

Leonino se desperezó y abrió los ojos. Zarpa Brecina estaba sentada a su lado, mirando hacia el agujero del techo, donde el cielo estaba aclarándose. Se

puso en pie, notando cómo le protestaban los músculos. Enseñarle a su amiga los movimientos de lucha que había aprendido de Estrella de Tigre lo había dejado exhausto. Parecía que solo hubiera pasado un parpadeo desde que se había quedado dormido.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Zarpa Brecina.

—¿Nos volvemos a ver aquí esta noche?

La aprendiza agitó la cola.

—Por supuesto; incluso si Corvino Plumoso me hace correr hasta lo alto del páramo y regresar en nuestra sesión de entrenamiento, estaré aquí. —Pegó el hocico a la mejilla de Leonino y luego se dirigió a su túnel—. Nos vemos luego.

El joven sintió un cosquilleo en las zarpas.

—Adiós.

Y salió corriendo en dirección contraria, hacia el túnel que lo llevaría al aire libre.

El bosque estaba húmedo, bañado por una ligera llovizna. Leonino se retorció debajo de los zarzales y se encaminó a casa bajo la media luz del alba. Los árboles y los arbustos proyectaban sombras escalofriantes sobre el claro suelo forestal. Un leve viento susurraba entre las ramas.

—¡Traidor!

Leonino frenó mirando a su alrededor, con el pelo erizado.

Una silueta familiar se movió entre los helechos.

—¿Estrella de Tigre?

—¿Qué crees que estás haciendo?

Se trataba de Alcotán. Leonino buscó a Estrella de Tigre con la mirada, pero Alcotán estaba solo y se le acercó con ojos llameantes.

—¿A qué te refieres? —protestó el joven.

Alcotán conocía sus visitas nocturnas a los túneles. ¿Por qué lo estaba cuestionando ahora?

El guerrero atigrado frunció la boca.

—¡Has estado enseñándole movimientos de combate al enemigo!

—¡Zarpa Brecina no es el enemigo! —replicó el aprendiz—. ¡Es mi amiga!

—¡Ella pertenece a otro clan! —bufó Alcotán—. ¡Eso la convierte en el enemigo! ¿Y si un día utiliza contra ti el movimiento que acabas de enseñarle?

—¡Zarpa Brecina jamás haría algo así!

—¿Jamás?

Leonino se quedó paralizado, tratando de imaginarse a sí mismo frente a Zarpa Brecina en una batalla. Seguro que ella no se aprovecharía de él de esa forma, ¿verdad?

—Yo creía que a Estrella de Tigre y a ti no os importaba que viera a Zarpa Brecina.

—Nos gustaba tu independencia —gruñó Alcotán—. Dábamos por hecho que no era más que una inocente amistad entre jovencitos.

—¡Es inocente! —exclamó Leonino, sulfurándose—. Pero ¡no una simple amistad entre jovencitos! Es mucho más importante que eso. Por eso sé que Zarpa Brecina nunca emplearía esos movimientos de combate contra mí.

—¡Entonces eres un cerebro de ratón! —gruñó Alcotán—. ¡Yo pensaba que querías ser un gran guerrero!

Leonino levantó la barbilla.

—¡Por supuesto que quiero!

—En ese caso, ¿por qué no ves lo que significan esos túneles?

Leonino parpadeó. Los túneles significaban que podía encontrarse con Zarpa Brecina sin disgustar a su clan.

Alcotán soltó un resoplido.

—No entiendes nada, ¿verdad?

—¡Claro que sí!

—Entonces, ¿cómo es posible que no se te haya ocurrido que esos túneles podrían usarse para un ataque sorpresa al Clan del Viento?

—¿Y por qué íbamos a querer atacar al Clan del Viento?

—¡Por la misma razón por la que el Clan del Viento podría usar los túneles para atacar al Clan del Trueno!

El joven se quedó mirándolo. Sus cansados oídos no encontraban ningún sentido a las palabras del atigrado.

Alcotán puso los ojos en blanco.

—¿Y si necesitarais más territorio o presas extra? —maulló despacio, como si estuviera explicándole un movimiento de combate a un cachorro—. ¿Esperaríais en la frontera a que pasara una patrulla del Clan del Viento para suplicarle?

—Pero nosotros tenemos suficiente territorio y suficientes presas —replicó el aprendiz.

—¡Las cosas cambian! —le espetó Alcotán—. ¡Los clanes cambian! Fíjate en lo distinto que es el Clan del Viento, ahora que tiene como líder a Estrella de Bigotes. ¡El Clan del Trueno le tiene terror a su clan vecino!

—¡No, de eso nada!

—¿En serio? —Alcotán plantó las orejas—. Entonces, ¿por qué a Estrella de Fuego le da tanto miedo preguntarles dónde está Carrasquera?

A Leonino se le pusieron los ojos como platos.

—¿Tú sabes qué le ha sucedido?

—Sé lo bastante como para no sentarme en el campamento enviando patrullas de búsqueda tan solo hasta las fronteras, y no más allá.

—¡Dímelo!

Pero Alcotán ya había dado media vuelta.

Leonino fue tras él.

—¿Dónde está mi hermana?

—¡Deja que el gran Estrella de Fuego la encuentre! —El atigrado miró por encima del hombro—. Mientras tanto, será mejor que pienses en si quieres ser un guerrero o en si planeas pasar tu vida como un solitario. Porque si tus compañeros de clan descubren que les has ocultado la existencia de los túneles, ¡acabarás convertido en eso!

—¡No! —Al joven se le revolvió el estómago. ¡Eso no podía ser verdad! Clavó la mirada en Alcotán—. ¡Espera!

El contorno del guerrero atigrado se estremeció hasta desvanecerse. Leonino estaba solo de nuevo.

Sentía el corazón como una piedra en el pecho. Le había enseñado a Zarpa Brecina movimientos de combate. Quizá ella no los empleara contra él, pero ¿y sus compañeros de clan? Sintiéndose repentinamente agotado, avanzó entre los árboles, bordeando la curva de la hondonada en dirección al campamento. Gracias al entrenamiento de Estrella de Tigre, había empezado a creer que, después de todo, lograría su sueño de convertirse en un gran guerrero. Ahora se sentía como un traidor con corazón de zorro. ¿Y si el Clan del Viento usaba los túneles para atacar y tenía ventaja sobre el Clan del Trueno porque ellos no sabían nada de eso? Habría traicionado a sus compañeros de clan solo por poder ver a Zarpa Brecina. ¿Realmente su amistad valía todo eso?

Triste y abatido, cuando ya estaba a punto de entrar en la barrera de espinos vio que las zarzas temblaban. Sonaban fuertes pisadas en el túnel. Leonino agachó las orejas, sorprendido, cuando Manto Polvoroso salió a toda prisa con el pelo erizado. Lo seguían de cerca Cenizo y Borrascoso. El joven se apartó de su camino de un brinco. Espinardo, Zarpa Pinta y Rosellera salieron disparados tras ellos.

—¡Vente, Leonino! —le gritó Zarpa Pinta al pasar por su lado.

Alarmado, el aprendiz sintió que la sangre le latía en los oídos. Se sacudió de encima el cansancio y echó a correr tras su compañera de clan, a la que alcanzó resollando.

—¿Qué ocurre? —Estaba haciendo un gran esfuerzo por respirar, reuniendo la escasa energía que le quedaba para mantener el ritmo.

—Dos aprendices del Clan del Viento han perseguido a una ardilla hasta el otro lado de la frontera. —Zarpa Pinta bordeó una mata de helechos—. La han atrapado y matado en el territorio del Clan del Trueno. ¡La patrulla del alba los ha visto y ha enviado a Ratolino a por refuerzos! ¡Los gatos del Clan del Viento dicen que la presa es suya, sin importar dónde la hayan cazado!

A Leonino se le erizó el pelo del lomo. ¡Ya era bastante malo que hubieran empezado a cazar ardillas! Adelantó a Zarpa Pinta y alcanzó a Cenizo. El guerrero gris lo miró de reojo.

—¿Dónde te habías metido? Te he buscado en la guarida de los aprendices cuando han dado la voz de alarma, pero no estabas allí.

Leonino no miró a su mentor. ¿Qué podía decir?

—He… salido temprano —balbució.

Cenizo entornó los ojos.

—No podía dormir —añadió el joven.

Unos alaridos atravesaron el aire.

A través de los árboles, Leonino vio el pelaje de sus compañeros de clan. Reconoció los furiosos aullidos de Zancudo y vio a Rivera correr sobre el suelo forestal. Centella estaba luchando contra Cola Blanca. Oreja Partida, Perlada, Cárabo y Turón gritaban y bufaban, y sus garras refulgían bajo la luz del alba. Los gatos del Clan del Viento superaban en número a los del Clan del Trueno.

Cuando Manto Polvoroso saltó desde la vegetación, Zancudo giró en redondo, sorprendido y aliviado.

—Gracias al Clan Estelar que habéis…

Su exclamación quedó interrumpida cuando Oreja Partida lo derribó. Perlada se plantó ante el guerrero patilargo y le clavó las garras en el bíceps. Rivera estaba enzarzada con Cárabo. La gata montañesa chilló de dolor cuando el atigrado claro la inmovilizó contra el suelo y dejó que Turón le mordiera la cola.

Manto Polvoroso apuntó con el hocico a un espacio entre los árboles, donde el suelo descendía hacia el arroyo que delimitaba la frontera.

—¡Desplegaos y empujadlos hacia ahí abajo! —ordenó.

Espinardo fue hacia Perlada y le propinó un cabezazo para separarla de Zancudo. Cuando el gato del Clan del Trueno logró ponerse en pie, Espinardo se irguió sobre las patas traseras y se abalanzó de nuevo sobre la lugarteniente. Lanzando una rociada de hojas y tierra por el suelo forestal, Zancudo se revolvió y embistió a Oreja Partida.

Manto Polvoroso corrió en la dirección contraria, rodeando a Rivera para saltar sobre Turón. El guerrero rojizo del Clan del Viento soltó la cola de la gata montañesa para encararse al atigrado del Clan del Trueno. Este se mantuvo en su sitio clavando las garras en el suelo y derribó a Turón, mientras Rivera se revolvía para mandar a Cárabo por los aires con un golpe de sus patas traseras.

—¡Vayamos a por esos dos! —le dijo Rosellera a Leonino, dándole un empujoncito y señalando con su erizada cola a Lebrato y Ventolino, que estaban atacando a Centella mientras ella luchaba contra Cola Blanca.

Leonino asintió.

—Yo me ocuparé de Ventolino —bufó, y echó a correr para abalanzarse sobre el aprendiz negro.

Pillado por sorpresa, Ventolino rodó por el suelo y Leonino saltó sobre su lomo, usando las patas traseras para sujetarse mientras atacaba con las zarpas delanteras. Ventolino, sin embargo, era muy rápido, y lo dejó manoteando en el aire al agacharse y esquivarlo. El aprendiz del Clan del Trueno se revolvió justo a tiempo de ver cómo su rival iba a embestirlo. Recordando el movimiento de Estrella de Tigre, alzó las ancas, dio media vuelta con las patas delanteras y saltó hacia atrás; luego se plantó para lanzar una serie de golpes con ambas zarpas a la cara atónita de su oponente, antes de agazaparse para rodar limpiamente hacia delante.

Lo inundó la satisfacción. «¿Has visto eso, Estrella de Tigre?».

Justo en ese momento, se quedó paralizado. Había vislumbrado un pelaje atigrado claro entre los combatientes.

«¿Zarpa Brecina?».

Le dio un vuelco el corazón. Al fijarse con más atención, le temblaron las patas de alivio al descubrir que solo se trataba de Cárabo, huyendo de Rivera. De repente, le ardió la oreja: Ventolino acababa de propinarle un zarpazo con sus afiladas garras. Notó la tibieza de la sangre al brotarle por la herida. Más furioso que antes, se abalanzó contra el aprendiz negro, que cayó de espaldas, y él se irguió dispuesto a arañarlo con las patas delanteras, pero su rival se zafó rodando hacia un lado.

—No eres lo bastante rápido —se burló Ventolino.

De pronto, apareció Zarpa Pinta a toda velocidad y le dio un cabezazo al aprendiz del Clan del Viento, que cayó de costado sin resuello, y Leonino aprovechó para lanzarle un zarpazo en el lomo.

—¡Nunca dejas de regodearte! —le bufó Zarpa Pinta a Ventolino, mordiéndole la cola.

Aullando, el joven se levantó como pudo y se libró de la aprendiza golpeándola con las patas traseras. Luego se quedó mirando a Leonino.

—¿No puedes conmigo tú solo?

—¿Quieres apostar algo?

Leonino saltó sobre él, agarrándole la cabeza con las zarpas delanteras y usando las traseras para derribarlo. ¡Otro movimiento de Estrella de Tigre! El aprendiz del Clan del Viento rodó ladera abajo y desapareció por el borde del barranco.

Cenizo tenía a Turón inmovilizado contra el suelo a solo una cola de distancia. El guerrero del Clan del Viento consiguió liberarse de sus garras, pero Cenizo le propinó un certero mandoble debajo de la barbilla que lo lanzó contra un zarzal, donde aterrizó despatarrado. Turón aulló de dolor, debatiéndose por liberarse de las espinosas ramas, y luego regresó trastabillando al territorio del Clan del Viento.

Rivera estaba empujando firmemente a Cárabo ladera abajo, plantada sobre sus patas traseras mientras le daba un zarpazo tras otro en el hocico. Cola Blanca tenía a Rosellera agarrada al lomo, mientras Centella le arañaba las orejas.

El pequeño Lebrato ya estaba huyendo a través del arroyo, con Zarpa Pinta gritando a sus espaldas:

—¡Vuelve a la maternidad, cachorrito!

—¡Retirada! —aulló la lugarteniente del Clan del Viento.

Oreja Partida, que estaba aporreando a Espinardo en el lomo con las patas traseras, levantó la vista. Al instante, Espinardo se zafó de sus garras y le propinó un golpe tremendo en la cabeza. Oreja Partida se tambaleó, bufando, y luego se encaró a su oponente con los ojos entornados de rabia. Pero los demás gatos del Clan del Viento ya estaban huyendo.

—¡Esto no ha terminado! —bufó el guerrero atigrado.

Luego saltó al barranco y se detuvo al lado de sus compañeros de clan. Todos se apiñaron allí, resollando, arañados y ensangrentados, y miraron enfurecidos a los gatos del Clan del Trueno.

—¡Quedaos en el páramo a partir de ahora! —bufó Manto Polvoroso.

Perlada fulminó con la mirada al atigrado marrón oscuro.

—¡Estrella de Fuego nos cedió este trozo de bosque! ¡Si tienes algún problema con que nosotros cacemos en él, discútelo con tu líder!

Manto Polvoroso flexionó las garras.

—¡Lo discutiré con cualquier gato del Clan del Viento, guerrero o aprendiz, al que pille cazando presas del Clan del Trueno!

Leonino ahuecó el pelo y le bufó a Ventolino:

—¡Ninguna ardilla más para ti!

El aprendiz del Clan del Viento sacudió la cola.

—¡No estés tan seguro!

—¡Marchaos a casa! —gruñó Espinardo, inclinándose hacia la frontera.

Manto Polvoroso erizó el pelo; tenía el hocico manchado de sangre.

—Esto no acaba aquí. —Dio media vuelta y, mascullando y cojeando, guio a sus compañeros hacia los árboles—. ¿Hay alguien malherido? —preguntó, mirando a los demás.

—A mí me duele la cola —maulló Centella—. Pero se curará.

Leonino se lamió la pata para pasársela por la herida de la oreja. Notó el corte que le dividía la parte superior. Orgulloso, pensó que luciría aquella cicatriz para siempre.

—¿Rivera? —Manto Polvoroso se fijó en la gata montañesa—. Ese corte del costado no tiene buena pinta.

—No es profundo —lo tranquilizó ella, aunque seguía sangrándole por un extremo.

—La acompañaré al campamento —se ofreció Borrascoso.

Manto Polvoroso asintió.

—Espinardo, Zancudo y yo nos quedaremos para volver a marcar la frontera. Los demás, marchaos con Borrascoso.

—¿Yo puedo quedarme a ayudar? —preguntó Leonino.

—Parece que ya has tenido bastante por hoy —le contestó Cenizo.

El joven bajó la vista. ¿Es que su falta de sueño se notaba tanto? De mala gana, siguió a Borrascoso y Rivera hacia los árboles.

Zarpa Pinta lo alcanzó.

—Ha sido genial, ¿verdad?

—Yo ahora me siento como una auténtica guerrera —añadió Rosellera, poniéndose al lado de sus amigos.

—¡Y yo! —Leonino sintió una repentina inyección de alegría. ¡Alcotán se equivocaba al pensar que él jamás se convertiría en un gran guerrero!

Cuando la patrulla inició el descenso hacia la hondonada, Zarzoso salió disparado por el túnel de espinos para recibirla.

—¿Los habéis echado?

—Ha sido fácil —respondió Borrascoso.

—¿Hay heridas graves?

—Solo algunos cortes. —Centella movió la cola con una mueca.

Zarzoso tocó la cabeza de Leonino con el hocico.

—Esa oreja no tiene buen aspecto.

—Está bien —lo tranquilizó el joven.

—Leonino ha luchado como un guerrero —maulló Borrascoso.

El aprendiz levantó la barbilla cuando su padre le pasó la cola por el lomo.

—Estaba seguro de eso —ronroneó el lugarteniente del Clan del Trueno.

—¿Está herido? —Esquiruela estaba arañando el suelo con impaciencia cuando la patrulla entró en el claro. Corrió de inmediato al lado de Leonino, que se apartó.

«No hagas tantos aspavientos», pensó el joven, pero no dijo nada.

—Ha peleado como un guerrero —dijo Zarzoso.

Esquiruela le dedicó un guiño a su hijo.

—Muy bien, Leonino.

—Rivera tiene un corte y a Centella le han mordido la cola —informó el aprendiz—. Pero el Clan del Viento no volverá a poner una pata en nuestro territorio durante un tiempo. —Esperaba que eso fuera cierto. Había tenido suerte de que Zarpa Brecina no estuviese con la patrulla del Clan del Viento, pero ¿qué ocurriría la próxima vez?

—Tu oreja tiene un corte muy feo —se alarmó Esquiruela.

Leonino se encogió de hombros.

—No es nada.

—En cualquier caso, será mejor que te lo examinen.

Esquiruela lo empujó hacia la guarida de la curandera, donde Borrascoso estaba llevando a Rivera y Centella. Leonino los siguió a regañadientes. No quería que Hojarasca Acuática le curara su herida de guerra demasiado bien, porque igual se quedaba sin la cicatriz que demostraba lo bien que había luchado.

Afortunadamente, Hojarasca Acuática y su hermano ya estaban ocupados con Rivera y Centella cuando él cruzó la cortina de zarzas.

—¡Necesito más telarañas! —le dijo Hojarasca Acuática a Glayino, que escupió la cataplasma que estaba aplicando en la cola de Centella y corrió al fondo de la guarida.

El aprendiz volvió con la boca llena de telarañas, que la curandera pegó a la herida de Rivera. En el suelo de la cueva ya había una bola empapada de

sangre.

—Dejará de sangrar, ¿verdad? —Borrascoso la miraba, nervioso.

—Sí —lo tranquilizó Hojarasca Acuática, apretando la herida con ambas zarpas—. ¿Puedes sujetarlas así?

Borrascoso asintió y puso las zarpas donde las tenía la curandera, que se volvió a examinar la cola de Centella.

—Hoja de roble. Buena elección —le dijo a Glayino—. Eso impedirá cualquier infección. Se curará en unos pocos días. —Miró a Borrascoso, que tenía la vista clavada en las telarañas que presionaba contra el costado de Rivera—. ¿Alguna noticia sobre Carrasquera?

—No hemos tenido la oportunidad de preguntar —admitió Rivera.

Hojarasca Acuática suspiró.

—Ya suponía que no. Pero esperaba que el Clan del Viento hubiera dejado caer algo.

—El Clan del Viento no tiene a Carrasquera —declaró Leonino.

Hojarasca Acuática plantó las orejas.

—¿Cómo lo sabes?

El joven miró al suelo.

—Bueno, seguro que nos lo habrían dicho si la tuvieran, ¿no? —Miró a la curandera—. ¿Para qué si no iban a llevársela?

—Entonces, ¿dónde está? —La voz de Hojarasca Acuática sonó desesperada.

Leonino tocó a su hermano con la cola.

—¿Tú no puedes preguntárselo al Clan Estelar?

Glayino erizó el pelo, casi como si estuviera enfadado.

—No.

La curandera soltó un resoplido y se fue al fondo de la cueva.

Leonino frunció el entrecejo. ¿Qué estaba pasando?

—¿Por qué no se lo has preguntado al Clan Estelar? —insistió—. Carrasquera es nuestra hermana.

—Todavía no he tenido ocasión.

Glayino tomó con la lengua una hoja de roble para aplicarla a la cola de Centella.

Leonino se quedó mirando a su hermano con un hormigueo de frustración.

—¿Y tú has tenido la ocasión? —le preguntó a la curandera, volviéndose hacia ella.

La gata, con la boca llena de telarañas, se acercó de nuevo a Rivera y dejó su carga a los pies de Borrascoso.

—No siempre es posible hablar con el Clan Estelar —explicó finalmente —. Si nuestros antepasados guerreros quieren compartir algo, entonces buscarán el modo de hacerlo.

¿Eso era todo lo que ambos podían hacer? ¿Sentarse a esperar? Leonino flexionó las garras.

—Deja que vaya a por algo para tu oreja —maulló Hojarasca Acuática, volviendo una vez más a su almacén de hierbas.

—Yo podría intentar preguntarle algo al Clan Estelar esta noche —le susurró Glayino a su hermano, que se sintió más desconcertado aún.

¿Qué les ocurría a esos dos? ¿Es que Glayino no quería que su mentora lo oyera?

—Esto debería servirte. —Hojarasca Acuática llegó con un emplasto envuelto en una hoja—. ¿Puedes frotártelo en el corte tú solo? Tu hermano y yo tenemos que examinar al resto de la patrulla.

Y, dicho esto, salió de la guarida, seguida de su aprendiz.

—¿Quieres que te ayude? —Centella ya había abierto la hoja y metido la zarpa en la cataplasma—. Estoy segura de que Carrasquera acabará apareciendo —consoló al joven, aplicándole el ungüento en la oreja.

Leonino hizo una mueca; aquello escocía.

—Glayino averiguará dónde está nuestra hermana —maulló esperanzado. Volvió a sentir el peso del agotamiento. La noche en los túneles y la batalla habían consumido sus últimas energías. Se zafó de Centella—. Creo que con eso hay bastante.

—Sí. —La guerrera se limpió la pata en el pecho y se volvió hacia Borrascoso—. ¿Todavía sangra?

—Creo que ha parado.

Leonino salió de la guarida de la curandera; sentía las patas tan pesadas como si fueran de arcilla. Se moría de ganas de ovillarse en su lecho y cerrar los ojos. A través de sus adormilados pensamientos, se coló una preocupación. Un guerrero debería estar siempre preparado para la batalla. ¿Y si aquella mañana hubiese estado demasiado exhausto para pelear?

—¡Leonino! —Cenizo corría hacia él.

Al joven se le cayó el alma a los pies, pero agitó los bigotes e intentó parecer todo lo animado que pudo.

—¿Quieres que vaya a cazar? —se ofreció.

—No. —El guerrero se detuvo junto a él—. Pareces agotado. Ve a dormir un poco. Es evidente que necesitas recuperar horas de sueño.

El aprendiz se puso tenso. En la voz de su mentor había un matiz de advertencia. ¿Acaso sospechaba que su agotamiento se debía a algo más que a haber madrugado?

El corazón le latió con fuerza en el pecho.

—¡Prometo que siempre estaré preparado para luchar! —exclamó—. ¡Voy a convertirme en el mejor guerrero que el Clan del Trueno haya conocido jamás! ¡De verdad que sí!

Cenizo agitó los bigotes.

—Estoy seguro de eso.

Leonino olió a ratón, cálido y delicioso. Abrió los ojos parpadeando. Al lado de su lecho había una pieza de carne fresca.

Melosa estaba junto a él.

—He pensado que tendrías hambre.

Leonino estiró las patas hasta que le temblaron.

—¿Es tarde?

—La patrulla del atardecer acaba de regresar —respondió la joven—. Han traído esto. —Y señaló el ratón.

—¿Los cachorros y los veteranos han comido ya? —preguntó Leonino.

—Por supuesto. —Melosa se sentó—. Zarpa Pinta dice que le has dado una buena lección a Ventolino. —Le centellearon los ojos—. Asegura que ha acabado en el arroyo.

Leonino se levantó.

—Sí. —Se le ensanchó el corazón al recordarlo—. No creo que ningún aprendiz del Clan del Viento vuelva a cazar en nuestro territorio en una temporada. —De pronto, sintió un escalofrío. ¿Y si Zarpa Brecina hubiera estado cazando con Lebrato, en vez de Ventolino?

—¿Leonino? —Melosa estaba mirándolo fijamente—. ¿Te encuentras bien?

Él se estremeció.

—Solo estoy cansado —maulló, con un bostezo fingido.

—Vale. —La joven se encogió de hombros—. Estamos todos en la roca partida, si quieres reunirte con nosotros. —Y salió de la guarida.

El aprendiz engulló el ratón y salió al claro para unirse a sus compañeros. Charló con ellos, siendo muy consciente de la ausencia de Carrasquera y deseando que los demás aprendices se fueran a dormir. Miró a la luna, que iba

cruzando poco a poco el cielo, emborronada por delgadas nubes. Zarpa Brecina estaría esperándolo.

Bayino y Zarpa Pinta fueron los últimos en irse a la guarida; su pelaje relució en la oscuridad. En cuanto los dos desaparecieron, Leonino fue a toda prisa al lugar en que hacían sus necesidades. Mirando por encima del hombro para asegurarse de que el claro estaba vacío, salió del campamento.

Cuando llegó a los túneles, la oreja le escocía por el frío aire nocturno. Al entrar, la habitual sensación de mal agüero le atenazó el estómago. En aquella ocasión, sin embargo, fue peor. Tenía algo que hacer, algo realmente difícil, pero no veía otra solución. Por mucho que le doliera… Apartando sus negros pensamientos, siguió el serpenteante pasaje hasta la cueva. Zarpa Brecina ya estaba allí y corrió a recibirlo, restregándole el hocico contra la mejilla. La gata olía a calor y sueño, como si acabara de despertarse.

—¡Tu pobre oreja! —exclamó sin aliento al ver el corte y la costra de sangre.

—Está bien —maulló Leonino.

—¿Es tu única herida? —Sus ojos centellearon con inquietud bajo la media luz—. ¡Ventolino dice que te ha hecho pedazos!

Leonino retrocedió. Zarpa Brecina debería estar preocupada por sus compañeros de clan, no por él. Se sintió más convencido que nunca de que iba a hacer lo correcto.

La aprendiza ladeó la cabeza.

—¿Qué?

¿Acaso percibía la culpabilidad que le hormigueaba bajo la piel?

Leonino la miró.

—No podemos volver a vernos.

A Zarpa Brecina se le desorbitaron los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no podemos, y ya está.

—Pero nos divertimos juntos. ¿Por qué tenemos que dejarlo? No le hacemos daño a nadie… —maulló con desesperación y voz estrangulada.

—Creo que eres genial, Zarpa Brecina —contestó él, bajando la vista. ¿Por qué la joven gata del Clan del Viento tenía que ponérselo tan difícil?—. Pero tienes que encontrar a alguien en tu propio clan. Yo necesito ser el mejor guerrero que pueda ser, y nunca lo conseguiré si me paso aquí todas las noches.

La gata se encogió como si le hubiera propinado un zarpazo en el hocico.

—No tiene por qué ser todas las noches —repuso con una voz que era poco más que un susurro.

«¡No importa la frecuencia con la que nos veamos! —respondió Leonino para sus adentros—. ¡Yo ni siquiera debería estar aquí!».

—Hoy te he buscado en la batalla. ¿Y si hubieras estado en esa patrulla?

—Podrías haber peleado contra Ventolino o Lebrato, o…

—¡Las batallas no son así de simples, y lo sabes! —replicó el joven. «¡Tiene que entenderlo!»—. No puedo escoger. Tengo que defender a mi clan. No puedo estar preocupándome por ti todo el tiempo.

Vio cómo a Zarpa Brecina se le empañaban los ojos de dolor, y se le encogió el corazón de pena.

—Entonces, ¿ya está? —preguntó la joven gata.

—Sí.

Él no iba a mostrar lo cerca que estaba de cambiar de opinión, de acceder a verla una vez cada luna, o quizá dos, o tres… Aquello era lo que tenía que hacer.

Los ojos de la aprendiza llamearon de furia.

—¡Muy bien! —espetó—. Lo he entendido perfectamente.

Giró en redondo y se dirigió hacia su túnel. Antes de desaparecer entre las sombras, miró por encima del hombro con los ojos rebosantes de tristeza.

—¡Solo espero que valga la pena ser guerrero!

16

Carrasquera se retorció contra su amiga, intentando ponerse cómoda. En aquel lecho apenas había musgo suficiente para una, y muchísimo menos para dos. ¿Y cómo podía Blimosa dormir tan profundamente con el constante golpeteo del agua contra las rocas?

La lluvia regaba el lago, colándose en el afloramiento rocoso y encharcando el suelo. A través de la entrada de la cueva, Carrasquera podía ver el arrecife, que parecía flotar en la oscuridad. Aguzó la vista en busca de la orilla del Clan del Trueno, al otro lado del lago, pero el aire estaba neblinoso y solo logró distinguir la forma del lejano bosque contra el nublado cielo de la madrugada.

Ya llevaba dos días en el campamento del Clan del Río. Estrella Leopardina seguía insistiendo en que no era seguro que regresara a su casa, pero todos los miembros del clan —Carrasquera incluida— sabían que estaban reteniéndola en la isla para impedir que les revelara la debilidad del Clan del Río a sus compañeros del Clan del Trueno. Rodó hacia un lado, con el estómago rugiéndole de hambre.

—¿No puedes estarte quieta? —suspiró Blimosa, soñolienta.

—Lo siento.

A Carrasquera le dolía el corazón; estaba muy lejos de casa. Blimosa debió de percibir la tristeza en la voz de su amiga, porque se incorporó, con los ojos brillantes de comprensión en la media luz del amanecer.

—Podrás volver dentro de poco —le prometió.

—¿Cuánto es poco?

—Los diques deberían estar acabados en un cuarto de luna —maulló Blimosa—. Entonces podremos trasladarnos de nuevo a nuestro antiguo campamento. Estoy segura de que, en cuanto pueda, Estrella Leopardina dispondrá una escolta para ti.

«¡Un cuarto de luna!», pensó la joven. ¡No podía quedarse tanto tiempo allí!

—Pero ¿qué pasa con mi clan?

—Sé que estarán preocupados —se compadeció Blimosa—, pero piensa en lo contentos que se pondrán cuando regreses.

«Y furiosos», añadió Carrasquera para sus adentros. Se le cayó el alma a los pies al imaginarse a Zarzoso y a Esquiruela, que estarían disgustados y la mirarían con desaprobación.

—No les dirás nada, ¿verdad? —A Blimosa se le dilataron los ojos—. ¿No les contarás lo de la isla y los Dos Patas?

—No, no si tú no quieres que lo cuente.

Carrasquera comprendía por qué su amiga temía tanto que los demás clanes supieran hasta qué punto había sufrido el Clan del Río. Incluso aunque consiguieran recuperar su viejo campamento, por lo menos les costaría una luna recuperarse del todo.

—¿Me lo prometes? —preguntó Blimosa.

—Te lo prometo.

—Todo volverá a la normalidad muy pronto —suspiró la joven.

—Sí.

Carrasquera sintió que esa expresión se le atascaba en la garganta: «Todo volverá a la normalidad». Ella ya no estaba tan segura de que el final del problema del Clan del Río frenara la hostilidad que se había encendido entre los clanes. Era casi como si la larga paz hubiera llevado a los más jóvenes a desear la batalla, y hubiera hecho soñar a los mayores con glorias pasadas. Pensó en la patrulla del Clan del Viento que se había encontrado con los gatos del Clan del Río. Todos ellos habían reaccionado de manera muy agresiva, sin querer escuchar la explicación del Clan del Río. ¿Podrían esas ansias de combate esfumarse sin más, como la niebla bajo la luz del sol?

El cielo estaba aclarándose detrás de las nubes. Al otro lado del arrecife, los gatos habían empezado a ponerse en marcha en la isla. Carrasquera vio cuerpos moviéndose entre los árboles, con pelajes casi ya tan familiares como los de su propio clan. Boira estaba llevando a Soplillo y Malvillo a beber a la orilla. Musgosa iba hacia el árbol puente con Fabucón y Guijoso. ¡Qué patrulla del alba tan pequeña! Carrasquera sabía que la mayor parte de la energía de los guerreros se centraba en la recuperación del viejo campamento.

Vaharina salió entre los árboles y cruzó el arrecife, con un largo pez en la boca. Lo dejó en el charco que había delante del afloramiento rocoso.

Ala de Mariposa levantó la cabeza al oír el chapoteo y se desperezó en su lecho.

—Gracias, Vaharina —bostezó.

Carrasquera sabía que no era habitual que la lugarteniente del clan llevara comida a la guarida de la curandera. La joven fue dolorosamente consciente de que Vaharina había ido a comprobar que no se hubiera escapado durante la noche, pero agradeció que la guerrera hubiera elegido una forma tan diplomática de hacerlo.

—No es mucho —maulló Vaharina—, pero debería bastaros para pasar el día.

A Carrasquera le rugió el estómago de nuevo. «¡Todo el día!». Allí, la comida era tan escasa que algunos guerreros se iban a dormir sin haber probado bocado. Tenía mucha suerte de que le llevaran algo de alimento. Aun así, por mucho que agradeciera que el Clan del Río estuviese dispuesto a alimentar a una invitada inoportuna, no lograba acostumbrarse al extraño sabor del pescado, y se moría de ganas de volver a saborear el aroma almizclado de las presas forestales.

—¡Intrusos! —aulló Musgosa desde el árbol puente.

De inmediato, Boira guio a sus cachorros hacia el claro del centro de la isla. Carrasquera se quedó de piedra al olfatear el aire.

«¡Clan del Trueno!».

En su pecho, la esperanza revoloteó como un pajarillo. Entornó los ojos para ver a través de la llovizna. La patrulla del alba estaba rodeando a una gata en la orilla. «¡Era Esquiruela!». La joven reconoció el pelaje de su madre y sintió la misma oleada de emoción que solía experimentar, de cachorrita, cuando la gata de ojos verdes regresaba a la maternidad después de unos días en la guarida de los guerreros.

—Será mejor que vengas conmigo —gruñó Vaharina.

La lugarteniente dio media vuelta y recorrió el arrecife para volver a la orilla. Carrasquera corrió tras ella, obligándose a no adelantarla. Con un cosquilleo en las zarpas, siguió a Vaharina hasta el claro.

Guijoso apareció entre la vegetación.

—¡Esquiruela ha venido a por Carrasquera!

Detrás de él susurraron los helechos y la guerrera del Clan del Trueno entró tranquilamente en el claro, flanqueada por Musgosa y Fabucón. Carrasquera se puso tensa. Su madre venía sola. ¿Les permitiría Estrella Leopardina marcharse juntas? Miró nerviosa hacia el Gran Roble y vio que la líder del Clan del Río estaba saliendo de su guarida provisional, entre las

raíces del árbol. La hermosa atigrada se quedó mirando a Esquiruela, y Carrasquera vio incertidumbre en sus ojos y también cómo se le erizaba el pelo a lo largo del lomo.

—Estrella Leopardina. —Esquiruela se detuvo delante de la líder e inclinó la cabeza—. He venido a por uno de nuestros aprendices.

Carrasquera habría querido correr hasta su madre y restregar el hocico contra el suyo, pero la guerrera ni siquiera había mirado en su dirección; tenía la vista clavada en Estrella Leopardina.

—Creo que se ha perdido y ha entrado sin querer en vuestro territorio —añadió Esquiruela.

—¡Sin querer! —A Estrella Leopardina se le desorbitaron los ojos de incredulidad—. ¡Ha venido a espiar!

A Carrasquera le ardieron las orejas.

—¡Yo solo quería ayudar! —Las palabras le salieron antes de poder detenerlas.

Esquiruela se giró de golpe hacia ella y la fulminó con la mirada. Carrasquera se encogió.

Alrededor del claro, los gatos del Clan del Río presenciaban la escena con los músculos tensos y un temblor en la cola.

—Solo es una aprendiza, Estrella Leopardina —maulló Esquiruela—. Le falta el buen juicio que espero que desarrolle con la experiencia. Te prometo que recibirá un castigo por quebrantar el código guerrero, pero el Clan del Trueno no puede permitir que permanezca aquí.

Habló con firmeza; su cortesía apenas enmascaraba la amenaza tácita. ¿Estaba el Clan del Trueno dispuesto a pelear por devolver a Carrasquera a casa? La joven flexionó las garras con nerviosismo. No podía creer que, a pesar de sus buenas intenciones, pudiese acabar provocando una batalla.

Estrella Leopardina le sostuvo la mirada a Esquiruela tensando los omoplatos.

«¿Dejará que me vaya?», se preguntó Carrasquera con el corazón desbocado.

La líder del Clan del Río se volvió hacia ella.

—¿Puedo confiar en que demuestres mejor juicio en el futuro?

«Me está diciendo que mantenga la boca cerrada».

—¡Sí! —asintió la joven—. Cometí un error al venir aquí, pero no permitiré que nadie sufra por esa razón.

Estrella Leopardina parpadeó lentamente.

—En ese caso, puedes irte a casa.

—Gracias. —Carrasquera soltó un suspiro de alivio.

En el claro, sonaron maullidos de inquietud entre los gatos del Clan del Río.

—Te lo agradezco, Estrella Leopardina —dijo Esquiruela—. Y te pido perdón en nombre del Clan del Trueno.

Carrasquera se estremeció, avergonzada. Su madre estaba furiosa: la punta de su cola se agitaba sin cesar. La aprendiza se acercó a ella con la vista clavada en el suelo. Qué bochornoso era que la llevaran a casa como a una cachorrita traviesa.

Esquiruela inclinó la cabeza y se volvió hacia los helechos.

—¡Esperad! —Estrella Leopardina sacudió la cola—. Musgosa y Fabucón os acompañarán hasta la frontera.

Esquiruela miró hacia atrás entornando los ojos y luego asintió secamente.

De pronto, Blimosa corrió hacia ellas.

—Adiós. —Restregó el hocico contra la mejilla de Carrasquera—. Prométeme que no dirás nada —le susurró a su amiga.

—Te lo prometo —respondió ella en voz baja.

Blimosa retrocedió, mirando incómoda a su clan, que ahora clavaba los ojos en ella. Boira frunció la boca y Golondrina, una veterana atigrada oscura, agachó las orejas con desaprobación. Musgosa abrió la marcha hacia los helechos que rodeaban el claro. Esquiruela le indicó a Carrasquera que se pusiera delante de ella, y Fabucón cerró la comitiva. Juntos fueron hasta el borde de la isla y cruzaron el árbol puente.

La aprendiza estaba deseando decirle a su madre lo contenta que estaba de verla, pero no quería hacerlo delante de su escolta del Clan del Río. Se mordió la lengua hasta que llegaron a la frontera del Clan del Viento. Esquiruela apenas la había mirado, excepto para comprobar que bajaba del árbol puente sin tropezar y para alejarla de las olas que lamían delicadamente la orilla.

—¡Lo lamento muchísimo! —estalló Carrasquera en cuanto los gatos del Clan del Río se marcharon.

A Esquiruela se le empañaron los ojos.

—¡No vuelvas a hacer algo así! —bufó.

—No lo haré —prometió la aprendiza con docilidad.

Su madre echó a andar a lo largo de la orilla, manteniéndose a un máximo de dos colas de distancia del agua.

—Yo te entiendo, Carrasquera —maulló.

La aprendiza plantó las orejas.

—Sé cómo es tener amigos en otros clanes. —Esquiruela tenía la vista fija hacia delante—. Sentir que hay algo más fuerte que tu clan que te llama a alejarte de tu hogar.

«Debe de estar hablando del Gran Viaje», pensó la joven.

—Aun así… —Esquiruela la miró de reojo— intentar ayudar al Clan del Río ha sido una idea descabellada. Pensar que tú sola podrías solucionar los problemas de otro clan ha sido muy arrogante por tu parte.

«¡Arrogante!». Carrasquera se sintió dolida. Ella no pretendía ser arrogante.

—Estrella de Fuego te dijo que el Clan del Trueno no iba a inmiscuirse. Él es más viejo y sabio que tú. Deberías haberlo obedecido, pero has quebrantado el código guerrero al ignorar sus órdenes. Has puesto en peligro a tu propio clan.

Carrasquera buscó palabras con las que defenderse, pero fue incapaz de encontrarlas. De pronto, le parecía imposible que sus compañeros de clan pudieran comprender que solo pretendía detener una batalla.

—Tuvimos que expulsar a una patrulla del Clan del Viento de nuestro territorio mientras estabas fuera —añadió Esquiruela.

La joven parpadeó.

—¿Intentaban invadirnos?

—Todavía no. —La guerrera miró hacia el páramo—. Pero persiguieron a una ardilla hasta nuestro territorio y lo justificaron diciendo que era su presa.

—¿En nuestro lado de la frontera? —Carrasquera apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Tu hermano ayudó a expulsarlos.

A la aprendiza se le erizó el pelo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, alarmada.

—Solo tiene un corte en la oreja. —Esquiruela agitó los bigotes, sin poder contener la risa—. Creo que está muy orgulloso de su herida.

—Ojalá hubiera estado allí.

—Deberías haber estado allí —maulló la guerrera—. Tu clan te necesita más que nunca.

Carrasquera recordó lo cerca que había estado de luchar contra el Clan del Viento junto con la patrulla del Clan del Río. La culpabilidad le atenazó el estómago. Debería haberse enfrentado a ellos con su propio clan.

—El olor a batalla flota en el aire —continuó su madre.

—Pero ¡el Clan del Río no está planeando invadir el territorio del Clan del Viento! —No podía explicar el problema del campamento de la isla, porque

se lo había prometido a Blimosa y a Estrella Leopardina, pero tenía que intentar evitar que los clanes pelearan.

—No es asunto nuestro lo que el Clan del Río decida hacer o no hacer —replicó Esquiruela—. Nosotros debemos preocuparnos de defender nuestras fronteras.

«¿Cómo puede estar tan ciega?», pensó Carrasquera, pero se tragó esas palabras.

La guerrera se detuvo para mirarla.

—Sé que crees que estabas haciendo lo correcto, pero solo eres una aprendiza. ¿Cómo vas a comprenderlo? Tu obligación es escuchar y aprender, y dejar que sean los guerreros quienes tomen las decisiones.

La joven sintió un hormigueo de resentimiento en las zarpas. ¿Por qué ser aprendiza significaba que su opinión no contaba? Bajó la cabeza para ocultar su rabia.

Esquiruela se tomó su gesto como una señal de obediencia.

—Bien —susurró, y apretó el paso por la orilla.

La frontera ya estaba a la vista, y Carrasquera se sintió aliviada al verla.

De pronto, cayó en la cuenta de algo; le sorprendió no haberlo pensado antes.

—¿Cómo sabías que estaba en la isla, con el Clan del Río?

—Glayino tuvo un sueño —respondió Esquiruela como si nada.

No parecía sorprendida por el misterioso don de su hijo; a fin de cuentas, Glayino era aprendiz de curandero. Carrasquera estaba orgullosa de su hermano, pero sintió una extraña inquietud. ¿Cómo sería tener esa clase de poder? Si sabía dónde estaba ella, ¿significaba eso que también sabía lo del campamento del Clan del Río? Ella no pensaba decirle ni una palabra sobre eso a Estrella de Fuego, pero ¿haría lo mismo Glayino?

El campamento enmudeció cuando Carrasquera entró en el claro siguiendo a Esquiruela.

La aprendiza oyó cómo Centella le susurraba a Acedera:

—¡Carrasquera ha vuelto!

Rivera dejó de lavarse y levantó la vista.

—Me alegro de ver que estás sana y salva.

Borrascoso le hizo un gesto con la cabeza, pero no dijo nada. Manto Polvoroso y Espinardo se limitaron a mirarla de reojo, antes de continuar conversando en voz baja. La joven supo que se había metido en un buen lío.

—¡Carrasquera! —Leonino salió corriendo de la guarida de los aprendices. Parecía lleno de energía, como si hubiera dormido años. Se restregó contra ella, ronroneando—. ¡Hueles a pescado!

Glayino apareció en la entrada de la guarida de la curandera y parpadeó, mirando directamente hacia ella con sus ojos azules. Una vez más, la joven tuvo la desasosegante sensación de que su hermano podía verla, aunque sabía que no era así.

—Tienes que ir a ver a Estrella de Fuego —le informó Esquiruela.

Mientras su madre la observaba subir por las rocas caídas hasta la Cornisa Alta, Carrasquera notó un hormigueo en la piel. La aprendiza entró en la cueva con el corazón desbocado. Fronde Dorado estaba esperando al lado del líder del Clan del Trueno.

—Bienvenida a casa —le dijo su mentor, muy serio.

Estrella de Fuego entornó los ojos.

—Has provocado mucha preocupación y mucho esfuerzo en un momento en que el clan no podía permitírselo —maulló.

—Yo solo estaba intentando…

—No queremos oír excusas —la cortó el líder—. Has quebrantado el código guerrero. Te dije que no íbamos a entrometernos en los asuntos del Clan del Río, y creo que fui muy claro en ese sentido, pero tú decidiste ir a hablar con ellos igualmente. Abandonaste a tu clan cuando necesitaba a sus guerreros y aprendices más que nunca.

—Pero he averiguado algo. ¡No debes luchar contra el Clan del Viento!

—¿Por qué no?

Carrasquera arañó el suelo rocoso.

—No puedo decírtelo.

—¿No puedes?

—Lo he… prometido. —Agitó la cola con desasosiego—. Tienes que confiar en mí. No hay por qué luchar.

Estrella de Fuego deslizó la cola por el suelo.

—¿De verdad esperas que tome decisiones que afectan al clan basándome en… eso?

Carrasquera abrió la boca, pero ¿qué podía decir?

—Te quedarás recluida en el campamento durante un día —continuó el líder—. El castigo debería durar más, pero en este momento no podemos prescindir de ti. Se han redoblado las patrullas desde el incidente con el Clan del Viento, y se espera que tú desempeñes tu papel en ellas. Pero serás la responsable de cuidar de los veteranos durante toda una luna. Deberás

asegurarte de que tengan comida y de limpiarles el lecho, y ni se te ocurra pedirles ayuda a tus compañeros de guarida. Será responsabilidad tuya exclusivamente.

Carrasquera bajó la cabeza. La promesa que le había hecho a Estrella Leopardina era un nudo en su garganta, pero estaba decidida a cumplirla. No iba a permitir que todos los gatos que la conocían la acusaran de deslealtad. Por lo menos el Clan del Río no la había tratado como a una cachorrita estúpida; ¡si incluso pensaban que podía ser una espía!

—¿Eso es todo? —masculló.

Estrella de Fuego sacudió la cola.

—Puedes empezar ahora mismo. Musaraña y Rabo Largo agradecerán que les renueven el lecho.

—De acuerdo.

Carrasquera dio media vuelta y salió de la guarida. ¿Por qué Estrella de Fuego no podía tener más fe en ella? ¿Acaso él había estado en el campamento del Clan del Río? Los líderes de clan no veían más allá de sus propios bigotes. «¡Bueno, allá ellos!». Solo tenía que ocuparse de sus tareas y mantener la boca cerrada. Enfadada, descendió por la pendiente rocosa y se dirigió a la guarida de la curandera.

Asomó la cabeza entre la cortina de zarzas.

—¿Puedo llevarme un poco de musgo limpio para el lecho de los veteranos?

Hojarasca Acuática estaba retirando telarañas de la pata de Carboncilla.

—¡Carrasquera! —exclamó su amiga—. ¡El sueño de Glayino era cierto!

—¡Por supuesto que sí! —El aprendiz estaba clasificando hierbas en el fondo de la guarida. Se volvió hacia su hermana—. Seguro que Estrella de Fuego te ha puesto un mes a agua y ortigas, ¿verdad?

—No exactamente. —A la joven le entró la risa. Era genial volver a oír los refunfuños de Glayino—. Gracias por mandar a Esquiruela a por mí.

—De nada. —El aprendiz se encogió de hombros y siguió con su labor.

Hojarasca Acuática estaba mirando a Carrasquera con expresión angustiada.

—Me alegro de que estés bien —maulló.

—Y yo lamento haber preocupado a todo el mundo —contestó la joven.

—No vuelvas a hacerlo —susurró la curandera con repentina ferocidad.

«¡Pareces mi madre!», pensó Carrasquera, sulfurándose. Ya la habían sermoneado bastante.

—¿Musgo? —preguntó de nuevo.

Hojarasca Acuática señaló con la cola hacia un montón al lado de la cueva.

—Sírvete tú misma.

Carrasquera tomó la bola más grande que podía cargar y se dirigió a la guarida de los veteranos. Estaba claro que podría haber recibido un castigo peor.

—¿Es cierto? —Musaraña se apartó cuando Carrasquera comenzó a retirar el musgo viejo de su lecho—. ¿Has estado con el Clan del Río?

—Sí.

—¿Te han tratado bien? —Rabo Largo se inclinó hacia delante, moviendo el hocico—. Hueles como si te hubieran dado de comer.

—Sí.

Musaraña arrugó la nariz.

—A mí nunca me ha gustado el sabor del pescado. Demasiado acuoso.

Carrasquera arrancó un trozo de musgo seco y lo lanzó hacia la entrada.

Musaraña entornó los ojos.

—Estás muy callada para ser una jovencita que acaba de vivir una gran aventura.

—¿De qué sirve hablar? —Carrasquera lanzó otro pedazo de musgo—. Nadie quiere escuchar a una aprendiza.

—¿Estrella de Fuego ha sido muy duro contigo? —le preguntó Rabo Largo, compasivo.

—No.

Musaraña sacudió la cola.

—No tienes derecho a enfurruñarte —le soltó—. Has quebrantado el código guerrero. ¿Es que pensabas que todo el mundo iba a recibirte como a una heroína?

—¡No! —La joven la fulminó con la mirada—. Pero al menos yo estaba intentando ayudar. ¡Parece que todos los demás gatos solo quieren pelear!

—Debemos defender nuestras fronteras —señaló Rabo Largo.

—¡No tendríamos que defenderlas si habláramos unos con otros!

—¿Hablar? —Rabo Largo la miró sorprendido—. ¡Somos guerreros! ¡Luchamos con garras y colmillos, no con palabras!

—Espera un momento… —Musaraña se inclinó hacia Carrasquera—. ¿Por qué crees que hablar serviría de algo? El Clan del Viento nos ha dejado muy claro que quiere robarnos nuestras presas. Han traspasado nuestra frontera una vez. Están intentando arrebatarnos nuestro territorio.

—¿Y por qué crees que quieren arrebatarnos nuestro territorio? —le preguntó Carrasquera, retadora.

—¡Porque el Clan del Río está planeando quitarles el suyo! —exclamó Rabo Largo.

Carrasquera sacudió la cola.

—¿Estás seguro de eso?

—¡Por supuesto! ¡Han perdido sus tierras! Tienen que ir a alguna parte.

«¡No han perdido sus tierras!». Carrasquera deseó no haberle prometido al Clan del Río que guardaría silencio.

—¡Aquí todo el mundo saca conclusiones por su cuenta! —explotó—. Nosotros no sabemos nada con seguridad. El Clan del Viento no sabe nada con seguridad. ¡Solo estamos dejándonos llevar por suposiciones! ¡Podríamos terminar peleando por nada!

Musaraña frunció el entrecejo.

—¿Y tú crees que hablar podría detener la batalla? —le preguntó, pensativa.

Carrasquera sintió un destello de esperanza bajo la piel. ¿Alguien estaba escuchándola por fin? Miró esperanzada a la veterana.

—¿Puedes conseguir que Estrella de Fuego contemple esa posibilidad?

Musaraña no respondió directamente.

—Será mejor que traigas más musgo. —Y comenzó a extender el que había llevado la aprendiza—. Vamos a necesitar bastante más.

Carrasquera cerró los ojos cuando el dulce sabor del ratón se extendió por su lengua. Rompió un hueso con los dientes; ¡por fin algo que valía la pena masticar! Estaba tumbada al lado de la roca partida junto a Rosellera y Melosa, con el sol de la estación de la hoja nueva calentándole el cuerpo. Por primera vez en días, dejó aparcadas sus preocupaciones sobre una posible batalla y disfrutó de los familiares olores de su hogar.

—Bueno, ¿y cómo son? —Rosellera estaba tumbada junto a ella, pasándose un gorrión recién cazado de una zarpa a otra—. Me refiero a los gatos del Clan del Río.

—Los veteranos son gruñones, los guerreros, mandones, y los cachorros, un incordio —contestó Carrasquera con la boca llena—. Básicamente, igual que nosotros.

Rosellera ronroneó.

—No dejes que Fronde Dorado te oiga decir eso —la avisó—. Ya tienes bastantes problemas.

—¡Mirad! —Melosa se incorporó señalando la guarida de la curandera.

Hojarasca Acuática estaba guiando lentamente a Carboncilla hacia el claro.

La atigrada gris iba cojeando, sin tocar apenas el suelo con la pata herida, pero los juncos y las telarañas habían desaparecido. La pata parecía muy delgada y tenía el pelo pegado a la piel por haber pasado tanto tiempo envuelta en vendajes, pero a la joven le brillaban los ojos de emoción.

—¡Carrasquera! —llamó Hojarasca Acuática.

La aprendiza se levantó de un salto, engullendo el último bocado de ratón, y corrió a saludar a Carboncilla, tocándole las orejas con la cola.

—¡Estás mejor!

—No del todo —maulló la curandera, con un destello de inquietud en los ojos—. Pero no dejaba de moverse en la guarida, así que he pensado que le iría bien tomar un poco de aire fresco.

—¿Podemos salir al bosque? —le preguntó Carboncilla.

—¡No! —se indignó Hojarasca Acuática, que de inmediato miró a Carrasquera—. Se me ha ocurrido que tú podrías ayudarla a hacer un poco de ejercicio suave. —Recalcó la palabra «suave» como si estuviera enseñándole una palabra nueva.

—¡Por supuesto! —respondió la aprendiza, amasando el suelo con las zarpas.

—Quedaos en el claro —les ordenó Hojarasca Acuática, lanzando una mirada a Carboncilla—. ¡Y tened cuidado!

—¡Se comporta como un tejón con dolor de rayas! —susurró Carrasquera cuando la curandera regresó a su guarida.

—Lo sé —ronroneó Carboncilla—. Se preocupa demasiado. Cree que, si respiro demasiado fuerte, voy a quedarme lisiada para toda la vida.

Carrasquera olfateó la pata de su amiga. Olía intensamente a consuelda.

—¿Cómo está?

—Rígida y algo delicada, pero ya no me duele. Solo tengo que ir con cuidado.

—¿Puedes apoyarte en ella?

Despacio, Carboncilla posó la almohadilla en el suelo y descargó su peso. Hizo una mueca y luego se relajó.

—No está mal.

Dio un paso con cautela y luego caminó más fácilmente hasta el centro del claro. Estiró las patas delanteras para desperezarse, y pegó el pecho al suelo.

—Es genial estar fuera otra vez.

Carrasquera corrió hasta el arbusto de madreselva, donde había dejado un montón de musgo después de limpiar la guarida de los veteranos. Arrancó un trocito con los dientes y formó una bola con él.

—¿Puedes atraparla?

Y lanzó la bola a través del claro. De pronto, le dio un vuelco el corazón. ¿Y si Carboncilla se erguía para cazarla? ¿Soportaría la tensión su pata trasera herida?

Su amiga dejó que la bola aterrizara delante de ella y la enganchó con una garra.

—No si la lanzas así de mal —replicó, devolviéndosela a su amiga.

Carrasquera saltó y la golpeó en el aire. Esa vez, Carboncilla levantó una zarpa y se estiró sobre tres patas para atrapar la bola entre los dientes.

—¡Muy buena! —Carrasquera corrió al lado de su amiga.

—He estado practicando con Glayino en la guarida de Hojarasca Acuática —respondió la joven, dejando la bola a sus pies.

—¿Glayino ha jugado contigo? —La aprendiza estaba sorprendida. Su hermano siempre parecía muy serio cuando estaba en la guarida de la curandera.

—A veces, pero solo para que me callara. —Miró al suelo—. En realidad, creo que no le gusta tenerme todo el día ahí dentro.

—¡Tonterías! ¿Cómo es posible que a un curandero le molesten sus pacientes?

Le dio un cabezazo a Carboncilla en el bíceps, pero se imaginaba perfectamente lo gruñón que habría estado Glayino con su amiga. ¡Ojalá su hermano pudiera aprender algo de amabilidad de Hojarasca Acuática!

—¿Podemos jugar? —preguntaron Raposillo y Albinilla, saliendo de la maternidad a toda prisa.

El cachorro le arrebató la bola a Carboncilla. Su esponjoso pelo brillaba como las hojas de otoño bajo el sol de la tarde.

—¡Eh! —Albinilla pasó ante él patinando y golpeó la bola para alejarla de su hermano.

Raposillo corrió tras ella.

—¡Yo la tenía primero!

Y derribó a la cachorrita.

Carrasquera se acercó al bulto de pelo rojizo y blanco que se retorcía en el suelo y recogió la bola de musgo.

—Ahora no la tenéis ninguno de los dos.

La lanzó por encima de los dos cachorros y Carboncilla alzó una pata para atraparla con una garra.

—Ese es el problema de no ser más grande que un erizo —bromeó la aprendiza—. ¡Solo podéis atrapar lombrices!

Y lanzó la bola por encima de la cabeza de los hermanos para que la cazara Carrasquera.

Raposillo y Albinilla saltaron en el aire, estirándose hacia la bola que volaba sobre ellos.

—¡Tendréis que saltar mucho más alto que eso! —exclamó Carrasquera.

—¡No si tú no puedes lanzarla!

Raposillo corrió hacia la aprendiza y saltó a su lomo, revolviéndole el pelo y haciendo que se tambaleara.

Albinilla le arrebató la bola de las zarpas.

—¡Intentando robar nuestra presa! —bufó.

Raposillo clavó las uñas en la piel de Carrasquera.

—¡Ladrona!

—¡Debe de ser una guerrera del Clan del Viento! —gritó Albinilla, soltando la bola y abalanzándose sobre Carrasquera—. ¡Al ataque!

—¡Ayuda!

Carrasquera fingió chillar de terror mientras se peleaba con los dos pequeños, pero, aunque estaba jugando, sintió en lo más hondo del estómago un frío helador. Incluso los cachorros estaban preparados para luchar contra el Clan del Viento. La batalla en ciernes estaba aguardando como un zorro entre las sombras.

17

Glayino ahuecó el musgo del fondo de su lecho y lo ablandó antes de hacerse un ovillo para dormir. Carboncilla roncaba, agotada después de jugar con Carrasquera. No tardaría mucho en trasladarse de nuevo a la guarida de los aprendices, y la tranquilidad volvería a la cueva de la curandera. «Genial», pensó. En el exterior, la barrera de espinos susurró. La última patrulla había regresado y sus pasos lentos indicaban que todo estaba en orden.

Glayino oyó un chapoteo. Hojarasca Acuática estaba empapando una bola de musgo en la pileta para dejarla junto al lecho de Carboncilla, por si su paciente se despertaba con sed durante la noche.

—Creo que mañana deberíamos ir a echarle una ojeada a la nébeda que crece junto a la vieja vivienda de los Dos Patas —maulló la curandera—. Quiero saber si ha crecido mucha.

—¿Vamos a recoger nébeda?

—Todavía no. —Hojarasca Acuática cruzó la guarida cargada con el musgo goteante hasta el lecho de Carboncilla—. Pero quiero saber si este año habrá una buena cosecha.

—Ha llovido bastante. —Glayino metió el hocico entre las zarpas y cerró los ojos—. Buenas noches.

—Que duermas bien.

El lecho de la curandera crujió cuando la gata se metió en él y empezó a asearse. Los suaves lametazos de su lengua adormecieron a Glayino.

—¿Hojarasca Acuática?

La voz de Estrella de Fuego despertó al aprendiz con un sobresalto. El líder del Clan del Trueno estaba abriéndose paso a través de la cortina de zarzas. Glayino alzó la cabeza, alerta, tratando de percibir qué latía bajo la piel del visitante.

«Inquietud».

Hojarasca Acuática salió de su lecho de un salto.

—¿Qué pasa?

—Esto os incumbe a los dos —les anunció Estrella de Fuego.

El aprendiz se levantó también, sin molestarse en fingir que no estaba escuchando.

—¿Ocurre algo malo? —susurró la curandera con preocupación.

El líder movió las patas.

—Quiero que vosotros dos vayáis mañana al campamento del Clan del Viento.

—¿Al campamento del Clan del Viento? —repitió la gata—. ¿Quieres que hablemos con Cascarón?

—No. —Estrella de Fuego escogía las palabras con mucho cuidado—. Con Estrella de Bigotes.

—¿Por qué nosotros?

—Solo vosotros podéis ir hasta allí. Si envío guerreros, lo verán como una amenaza.

—¿Y qué quieres que le digamos? —Hojarasca Acuática parecía desconcertada.

—Necesito que averigüéis qué está pasando en el Clan del Viento.

«¡Una misión de espionaje! —Glayino sintió una oleada de emoción—. ¡Estrella de Fuego quiere que descubramos las debilidades del Clan del Viento!».

Aun así, había algo que no cuadraba… Glayino no detectaba ninguna estratagema en la mente de su líder; solo angustia sincera.

—Acabo de hablar con Musaraña —explicó el gato—. Parece estar convencida de que Carrasquera tiene razón, y que todo este ambiente de guerra ha surgido de habladurías y suposiciones. Necesito que descubráis si el Clan del Río ha invadido realmente el territorio del Clan del Viento.

Glayino parpadeó.

—¿Qué cambiaría eso?

—Si va a haber una batalla contra el Clan del Viento, quiero que sea por un buen motivo —contestó Estrella de Fuego.

Hojarasca Acuática deslizó la cola por el suelo.

—Pero ¿no es razón suficiente que ellos crucen nuestra frontera?

—Sí —gruñó el líder—, pero podríamos limitarnos a impedirles que la cruzaran a partir de ahora.

—Ya lo han hecho una vez y se han ido de rositas —señaló Glayino, sin hacer el menor caso del siseo de advertencia de su mentora; se suponía que

los aprendices no podían hablar así al líder del clan.

—Eso podría haber sido tan solo un error —respondió Estrella de Fuego, y Glayino notó en la piel el calor de sus ojos verdes—. Sus aprendices no serían los primeros en colarse en el territorio de otro clan.

«¡Se refiere a Carrasquera!», pensó el joven.

—Que el Clan del Viento invada nuestro territorio solo tendría sentido si el Clan del Río le ha arrebatado el suyo —continuó el líder—. Pero ¿y si Estrella de Bigotes organiza un ataque solo porque «teme» que el Clan del Río le quite sus tierras? En ese caso, se derramaría sangre sin ninguna razón.

—No entiendo qué crees que podemos hacer nosotros. —Hojarasca Acuática clavó las uñas en el suelo—. Si averiguamos que el Clan del Río no ha invadido a nuestros vecinos, ¿quieres que le pidamos a Estrella de Bigotes que no luche? ¿Eso no nos hará parecer débiles?

Estrella de Fuego se puso tenso.

—Debéis dejar claro que el Clan del Trueno está listo para pelear si tiene que hacerlo. Solo que yo preferiría empezar una batalla por una necesidad real, y no por temores sin sentido.

—Aun así, quieres que convenzamos a Estrella de Bigotes de que no nos ataque a menos que no tenga otra opción —insistió la curandera—. De este modo, ¿no pareceremos unos cobardes?

Estrella de Fuego se enfureció.

—No somos unos cobardes —replicó—, pero ¿por qué hemos de pelear en batallas absurdas para demostrarlo?

El alba era brillante pero fría. Un sol pálido asomaba por el bosque en la cima de la hondonada, aunque Glayino captó olor a lluvia en el viento. Aguardó en la entrada del campamento mientras Estrella de Fuego le daba las últimas órdenes a la escolta. Zarzoso y Manto Polvoroso iban a acompañar a los curanderos hasta la frontera del Clan del Viento, donde los esperarían hasta su regreso.

Hojarasca Acuática se apretó contra Glayino. El joven seguía notando cómo las dudas oscurecían los pensamientos de su mentora.

—¿Estás listo?

—Sí.

A Glayino le temblaba la cola de emoción. Al fin y al cabo, ser curandero sí consistía en algo más que recolectar hierbas y cuidar de gatos enfermos. El futuro del clan podía depender de lo que Hojarasca Acuática y él averiguaran.

«Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus manos».

—Bueno, en marcha —maulló Zarzoso, y se internó en el túnel de espinos.

Hojarasca Acuática fue tras él. Glayino la siguió y dejó que Manto Polvoroso ocupara la retaguardia. El aprendiz percibió que el pelaje oscuro de este último estaba erizado a causa de la incertidumbre. El guerrero pensaba que Estrella de Fuego se estaba precipitando, que era demasiado pronto para dejar saber al Clan del Viento que ellos preferían evitar una batalla. Los pensamientos de Zarzoso eran más difíciles de descifrar; su mente se ensombrecía con dudas y al momento siguiente se iluminaba con esperanza.

La patrulla avanzó por el risco sin hablar y desde allí descendió hacia el páramo abierto que se extendía en el territorio del Clan del Viento. Manto Polvoroso fue el primero en expresar su inquietud cuando llegaron a la frontera.

—¿Vamos a sentarnos a esperar a que una patrulla del Clan del Viento nos pregunte si necesitamos ayuda? —maulló con ironía.

—Sí —gruñó Zarzoso.

Manto Polvoroso comenzó a pasearse, arriba y abajo, y marcó de nuevo los arbustos; su irritación era tan feroz que a Glayino se le erizó el pelaje. Qué humillante era esperar el permiso del Clan del Viento para seguir adelante.

—Tal vez Glayino y yo deberíamos continuar solos —sugirió Hojarasca Acuática—. Eso es lo que haríamos nosotros si tuviéramos que hablar con Cascarón.

El aprendiz asintió. Ellos eran curanderos. Podían aprovechar la libertad especial de la que disfrutaban para viajar.

—No —respondió Zarzoso con firmeza—. No vais a hablar con Cascarón, y no ha pasado bastante tiempo desde nuestro enfrentamiento con la patrulla del Clan del Viento como para entrar en su territorio sin que lo sepan. Mi obligación es asegurarme de que estéis a salvo. —Se sentó en la hierba—. Esperaremos.

Glayino olfateó el aire. El sol estaba caldeando la tierra y pudo captar el aroma de los brotes del brezo y de conejos jóvenes. De repente, se puso tenso. Un olor almizclado teñía el viento.

—Vienen gatos del Clan del Viento —anunció.

Reconoció el olor de Lebrato y Oreja Partida, aunque había dos guerreros más con ellos. Su olor le resultaba familiar, pero aún no reconocía a los gatos.

—Es Nube Negra.

Glayino captó la tensión de Hojarasca Acuática al identificar a la gata del Clan del Viento. Sabía que había alguna conexión entre su mentora y Nube Negra, que era la pareja de Corvino Plumoso. Había notado más de una vez cómo el aire se enrarecía entre ellas, pero no tenía ni idea de cuál era el motivo. Mientras hurgaba en la mente de la curandera, sintió un hormigueo de sorpresa. ¿Eso eran celos?

—Con ella van Oreja Partida, Lebrato y Cárabo —murmuró Manto Polvoroso—. No está mal, aunque habría preferido que Oreja Partida se hubiese quedado en la cama. —Y erizó el pelo a la defensiva.

—Relájate —le ordenó Zarzoso—. No debemos mandarles ninguna señal de agresión.

—Porque vamos a suplicarles que nos hagan un favor… —masculló Manto Polvoroso.

—¡Silencio! —bufó el lugarteniente. Luego levantó la voz—: ¡Oreja Partida!

Glayino sintió el impacto de una oleada de hostilidad cuando los gatos del Clan del Viento vieron a la patrulla del Clan del Trueno. El aire pareció crepitar a su alrededor, y se puso tenso; de repente estaba asustado.

—¿Qué queréis? —preguntó Oreja Partida con tono acusador.

La patrulla del Clan del Viento se acercó entre el brezo. Zarzoso se cuadró para recibirla.

—Hojarasca Acuática y Glayino desean hablar con Estrella de Bigotes —maulló el lugarteniente con voz tranquila, ni amenazadora ni complaciente.

Oreja Partida se sorprendió.

—¿Para qué?

—Desean hablar con Estrella de Bigotes —repitió Zarzoso.

Glayino notó el recelo que esas palabras despertaban en los gatos del Clan del Viento. Se imaginó que estarían mirándose entre sí, preguntándose qué responder. ¿Se atreverían a despachar a unos curanderos?

—¿Solo Hojarasca Acuática y Glayino? —gruñó Cárabo poco después.

—Nosotros dos los esperaremos aquí —los tranquilizó Zarzoso.

Se produjo un silencio que quedó suspendido sobre ellos como un halcón al acecho antes de caer en picado.

—En ese caso, Cárabo y Lebrato esperarán con vosotros —maulló Oreja Partida lentamente.

«¡Nos van a permitir cruzar la frontera!». Glayino clavó las garras en la tierra, impaciente por ponerse en marcha.

—¿Puedo confiar en que los llevaréis sanos y salvos hasta el campamento y luego de vuelta? —preguntó Zarzoso.

Oreja Partida soltó un resoplido.

—¡Por supuesto que sí!

—Hojarasca Acuática —maulló el lugarteniente del Clan del Trueno—, si no habéis vuelto cuando el sol llegue a lo más alto, iremos a por una patrulla y regresaremos para buscaros —añadió, a modo de advertencia para los gatos del Clan del Viento.

—Volverán —gruñó Oreja Partida.

Glayino oyó cómo el pelaje de su mentora rozaba el brezo al cruzar la frontera. Fue despacio tras ella y se pegó a su cuerpo. Era emocionante estar yendo al campamento del Clan del Viento, pero de repente se sintió vulnerable. Un frío helado lo rodeó cuando las nubes ocultaron el sol.

—Mantén la cabeza bien alta —le susurró Hojarasca Acuática.

No se despegó de su aprendiz durante todo el camino hasta el campamento, guiándolo por el terreno desconocido. Glayino solo tropezó una vez, cuando la curandera no lo avisó a tiempo de una rama rastrera de aulaga.

No tardó en captar el olor a zarzas y el más intenso del Clan del Viento. Notó un espacio bajo sus pies, como si el suelo se hundiera. Habían llegado al campamento.

—No os separéis —les advirtió Oreja Partida.

Glayino se mantuvo junto a Hojarasca Acuática cuando el guerrero del Clan del Viento los guio al interior de una extensión de zarzas, a través de un túnel que dibujaba una curva y que desembocaba en una hondonada. Oía a su espalda la respiración de Nube Negra, que cerraba la comitiva. El viento le acarició los bigotes: habían salido del túnel. Por un momento, el joven se sintió abrumado por el revoltijo de olores que le llenaron la nariz y la boca: a guerreros, aprendices, cachorros, reinas, hierbas, un conejo…

Debían de estar en el centro del campamento. Un viento fresco le alborotó el pelaje mientras notaba las miradas vigilantes que le clavaban.

—Es ese gato ciego del Clan del Trueno…

—¿Qué están haciendo aquí?

—¿Voy a buscar a Cascarón?

Los miembros del Clan del Viento estaban saliendo de sus guaridas. Glayino percibió en el aire curiosidad, hostilidad e incluso miedo.

Oreja Partida estaba hablando con un joven gato en susurros. Glayino aguzó el oído, pero, antes de que pudiera distinguir las palabras, el joven salió corriendo del campamento.

—Estrella de Bigotes está cazando —anunció Oreja Partida—. Tendréis que esperar. —Luego levantó la voz para dirigirse a sus curiosos compañeros de clan—: ¡Han venido a ver a Estrella de Bigotes!

—¿Estrella de Bigotes?

En el claro brotaron la alarma y la sospecha. Glayino levantó las orejas. Aquel no era un clan decidido a expandir su territorio; estaban asustados y confundidos. Se le encogió el estómago. Los gatos asustados eran impredecibles.

—¿Crees que deberíamos hablar con Cascarón, en vez de con Estrella de Bigotes, y marcharnos? —le preguntó a Hojarasca Acuática en voz baja.

Pero ella no pareció oírlo. Su atención revoloteaba por el campamento, como si buscara algo o a alguien. De pronto, un intenso sentimiento refulgió en la mente de la gata, y Glayino casi se estremeció. ¿Era emoción? ¿Dolor? ¿Rabia? No podía distinguirlo.

—Tienes buen aspecto, Corvino Plumoso. —La tranquila voz de Hojarasca Acuática enmascaraba la tormenta que rugía en su mente.

Glayino notó celos a su espalda. A Nube Negra se le había erizado el pelo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Hojarasca Acuática? —preguntó Corvino Plumoso en tono seco y calmado.

«¿Qué es lo que siente?». Glayino examinó la mente del guerrero oscuro, pero la envolvía la cautela.

—Estrella de Fuego nos ha enviado a hablar con Estrella de Bigotes —le explicó la curandera.

—Estrella de Bigotes no está aquí.

—Lo sabemos. —Hojarasca Acuática se sentó.

Glayino notó cómo le caía en el hocico la primera gota de lluvia.

Las zarzas susurraron y, al cabo de unos instantes, sonaron unas pisadas en el claro. Era Estrella de Bigotes. Glayino reconoció también el olor de Cola Blanca y Turón.

—¿Qué significa esto? —quiso saber el líder del Clan del Viento.

—Nos envía Estrella de Fuego —contestó Hojarasca Acuática.

—¿Por qué? —Estrella de Bigotes se puso a caminar a su alrededor, receloso—. ¿Tenéis problemas?

—No.

—Entonces, ¿por qué habéis venido aquí? —Estrella de Bigotes se detuvo tan cerca de ellos que Glayino captó el olor a conejo de su aliento—. ¿Es que Estrella de Fuego todavía piensa que entre nuestros clanes hay una relación especial? ¡Porque no es así!

—Estrella de Fuego lo sabe perfectamente.

Glayino se quedó impresionado por lo sosegada que sonaba su mentora, aunque la notaba temblar a su lado.

—Estrella de Fuego no quiere que se derrame sangre por nuestra frontera compartida —continuó la gata.

—Entonces, ¿por qué atacó a nuestros aprendices? —El líder del Clan del Viento sacudió la cola en el aire.

—Vuestros guerreros fueron los primeros en sacar las garras —respondió Hojarasca Acuática—. Nosotros solo defendimos la frontera que ellos habían traspasado.

—¡Se trataba de nuestra presa! —bufó Oreja Partida.

En el claro resonaron aullidos de aprobación.

—Dejó de serlo en cuanto cruzó la frontera —siseó Glayino.

Hojarasca Acuática le tocó la boca con la cola. Cambió de postura y sus almohadillas se hundieron en la tierra resbaladiza. Estaba empezando a llover con fuerza.

—¡No hemos venido aquí a discutir! —exclamó la gata.

—Entonces, ¿a qué habéis venido? —gruñó Estrella de Bigotes.

—A hablar.

Oreja Partida raspaba el suelo.

—¿Es que Estrella de Fuego es demasiado cobarde para venir personalmente?

—Estrella de Fuego no quería provocaros enviando una patrulla de guerreros —replicó Hojarasca Acuática—. Quiere calmar la situación, no echar más leña al fuego.

Corvino Plumoso estaba dando vueltas a su alrededor.

—¡Entonces no debería haber enviado a nadie!

Glayino notó una oleada de calor en la piel; era la furia que emanaba de Hojarasca Acuática.

—¡No todos los gatos eluden sus responsabilidades! —bufó la curandera.

—¿Me estás diciendo que eso es lo que yo haría? —le espetó Corvino Plumoso inclinándose hacia ella, de modo que sus bigotes rozaron a Glayino.

—¡Quítate de en medio! —bufó Estrella de Bigotes, y apartó al guerrero oscuro de un empujón—. ¿De qué queréis hablar? —le preguntó a Hojarasca Acuática.

—Estrella de Fuego quiere saber si el Clan del Río ha invadido vuestro territorio. —La gata estaba perdiendo la paciencia—. Se pregunta si ese es el motivo por el que habéis estado cazando tan cerca de nuestra frontera. ¿Os

estáis viendo obligados a entrar en el territorio del Clan del Trueno o simplemente queréis arrebatarnos nuestras tierras porque sois lo bastante necios como para creer que podéis hacerlo?

Glayino se asombró ante la ferocidad de su mentora. Notó que Estrella de Bigotes se quedaba de piedra; Hojarasca Acuática también había sorprendido al líder del Clan del Viento. Sonaron murmullos de enfado entre los gatos que allí se congregaban. Cuando el intenso viento empujó la lluvia con más fuerza al campamento, el aire pareció crepitar como los relámpagos de la estación de la hoja verde. Glayino aguardó la respuesta del líder del Clan del Viento sin poder ocultar su nerviosismo.

—El Clan del Río no ha invadido nuestras tierras —empezó a decir Estrella de Bigotes lentamente—. Pero eso no significa que no vaya a hacerlo. ¿Acaso Estrella de Fuego pretende que esperemos hasta que lo hagan? ¿Cree que deberíamos quedarnos sentados como si fuéramos campañoles gordos, aguardando a que nos ataquen?

—Pero vosotros no sois campañoles —repuso Hojarasca Acuática—. ¿Por qué no defendéis la frontera con el Clan del Río en vez de amenazar la nuestra?

—Defenderemos las fronteras que tengamos que defender —replicó Estrella de Bigotes—. Y tomaremos el territorio que necesitemos.

—Ni siquiera sabéis si el Clan del Río va a invadiros —insistió la curandera—. ¿Por qué nos amenazáis a nosotros?

Oreja Partida gruñó.

—¡Pareces un mirlo, repitiendo la misma canción una y otra vez!

—Cascarón podría hablar con Ala de Mariposa en la próxima reunión en la Laguna Lunar —propuso Hojarasca Acuática, con voz repentinamente persuasiva— y averiguar cuáles son exactamente las intenciones del Clan del Río. Puede que no tengáis nada que temer.

—¡Nosotros no tememos nada! —bufó Corvino Plumoso.

—Entonces, ¿por qué no atendéis a razones? —contestó la gata—. Sois guerreros honorables. ¿Por qué os dejáis llevar por sospechas en vez de intentar averiguar la verdad?

—¡¿Estáis oyendo lo que dice?! —exclamó Turón con desprecio—. Intenta ganar tiempo para su clan con palabras astutas.

—El Clan del Viento lucha con garras, no con palabras —señaló Oreja Partida.

—¡Es como intentar ofrecerles gusanos a los topos! —bufó Glayino, sulfurado—. Están demasiado ciegos para ver más allá de sus propias narices.

—¿Que nosotros estamos demasiado ciegos? —se mofó Turón.

—¡Esperad! —ordenó Estrella de Bigotes—. Tal vez Hojarasca Acuática tenga razón. Quizá deberíamos darle al Clan del Río la oportunidad de explicar qué está ocurriendo antes de hacer nada.

—La oportunidad de invadirnos, querrás decir —gruñó Oreja Partida.

—Ya visteis lo desesperado que parecía el Clan del Río en la Asamblea —intervino Corvino Plumoso—. Y cada patrulla que vemos parece más hambrienta que la anterior. ¡No podemos fiarnos de ellos!

—Pero todavía no nos han invadido —recalcó Estrella de Bigotes.

—Han traspasado la frontera —le recordó Oreja Partida.

—Solo en una ocasión.

Glayino percibió que la mente del líder iba más despacio; estaba pensando.

—No podemos permitir que nos empujen a un derramamiento de sangre innecesario… —murmuró Estrella de Bigotes.

De pronto, un aullido de pánico atravesó el aire al otro lado del muro del campamento. Las zarzas goteantes temblaron y una reina del Clan del Viento entró en el claro derrapando.

—¡Mis hijas han desaparecido! —gritó.

—¿Cañeta?

—¿Cardina?

Maullidos de alarma recorrieron el campamento.

—¡Cañeta, Cardina y Fosquilla! —resolló la reina—. ¡Las tres! ¡Han desaparecido!

—¿Cuándo las viste por última vez? —quiso saber Estrella de Bigotes.

La reina estaba haciendo un gran esfuerzo por respirar.

—Las he dejado en la maternidad para ir a dar un paseo. Al regresar, no estaban, así que he ido a buscarlas. Ya habían salido antes, aunque nunca se habían alejado demasiado. Pero esta vez no hay ni rastro de ellas. Su olor se dirige hacia la frontera del Clan del Río, y entonces desaparece sin más. ¡Se las ha llevado un halcón, estoy segura!

—¡Cálmate, Genista! —Estrella de Bigotes tenía el pelaje erizado, pero habló con firmeza—. No puedes estar segura de lo que dices. Ningún halcón se ha llevado nunca más de un cachorro a la vez. Debemos organizar una patrulla de búsqueda.

De pronto, resonaron unas fuertes pisadas en el túnel de entrada.

—¡Estrella de Bigotes! —Perlada, la lugarteniente del clan, irrumpió en el claro, seguida de Ventolino y Zarpa Brecina—. Acabamos de ver a una

patrulla del Clan del Río regresando a su territorio.

—¡Han estado en nuestras tierras! —bufó Ventolino.

—Y hay sangre de conejo donde ellos han estado —añadió Zarpa Brecina.

El pánico se adueñó de Genista.

—¿Estáis seguros de que era sangre de conejo? —preguntó.

—¿Qué? —contestó Zarpa Brecina, confundida.

—¡Mis cachorritas han desaparecido! —aulló la reina.

—¿Y crees que la patrulla del Clan del Río se las ha llevado?

Zarpa Brecina sonó horrorizada. Sus pensamientos comenzaron a dar vueltas, como hojas atrapadas en un remolino de viento. Glayino trató de descifrarlos, pero iban demasiado deprisa. Solo supo que en medio de ellos revoloteaba algo oscuro, una sensación de negrura que le heló la sangre. La aprendiza ocultaba algo.

—Tenéis que marcharos —le dijo Estrella de Bigotes a Hojarasca Acuática.

—No iréis a atacar al Clan del Río, ¿verdad? —repuso ella con voz estrangulada.

—¡Haremos lo que sea necesario para recuperar a nuestras pequeñas! —bufó el líder.

—Pero ¡no sabéis si se las ha llevado el Clan del Río! —protestó Glayino —. Hace un momento, pensabais que era un halcón.

—Eso ha sido antes de saber que el Clan del Río ha traspasado la frontera.

—¿Y si han tenido una buena razón para hacerlo?

Perlada gruñó.

—¡Apresar a nuestras cachorritas!

—Pero ¿por qué harían…?

Estrella de Bigotes interrumpió a Hojarasca Acuática con un gruñido.

—¡Marchaos a casa! —exclamó. Glayino se encogió cuando el líder se inclinó sobre ellos—. Podéis contarle a Estrella de Fuego que ya es demasiado tarde. Solo habéis perdido el tiempo al intentar proteger al Clan del Río. ¡Atacaremos de inmediato!

18

Leonino se estremeció. La lluvia se le había colado ya hasta la piel. Dejó el campañol que había cazado en el montón de la carne fresca y se sacudió el agua del pelo.

—Buena caza —lo felicitó Cenizo—. Has mejorado mucho en estos últimos días. Parece que vuelves a estar concentrado en el entrenamiento.

Leonino le dedicó un guiño a su mentor. Había sido una buena partida de caza. Cenizo, Borrascoso, Rivera y él habían atrapado tantas presas que casi podrían alimentar a todo el clan, y era estupendo sentirse de nuevo lleno de energía, un poco más rápido y despabilado que sus compañeros, como si el Clan Estelar guiara sus pasos. Aun así, seguía doliéndole el corazón al pensar en Zarpa Brecina. Echaba de menos ser guerrero del Clan Oscuro.

Borrascoso lanzó un mirlo empapado al montón de la carne fresca.

—Algo ocurre —maulló, mirando nerviosamente a su alrededor.

Rivera entornó los ojos.

Carboncilla estaba arrastrando ramitas hacia la barrera de espinos, donde Nimbo Blanco se dedicaba a meterlas en los huecos. Rosellera y Ratolino llevaban un buen rato fortificando apresuradamente la maternidad con zarzas nuevas. Estaban empapados y tenían la cola erizada. Espinardo y Zancudo hacían la ronda por el claro, examinando los muros a través de la lluvia.

Espinardo señaló con la cola una grieta en la pared, donde sobresalían las rocas.

—Deberíamos reforzar la cima en este punto. Es demasiado fácil descender por ahí.

A Leonino se le contrajo el estómago. Buscó por el claro. ¿Había regresado Glayino sano y salvo de su misión? Se sintió aliviado al ver a su hermano saliendo del túnel que llevaba al sitio donde hacían las necesidades.

Hojarasca Acuática estaba llamando a su aprendiz desde la entrada de su guarida.

—¡Necesitamos más romaza!

—Iré a buscar un poco —respondió Glayino de inmediato.

—Tú solo no —maulló la curandera.

Glayino asintió.

—Me llevaré a Carrasquera.

Leonino sintió en las zarpas un latido de inquietud. Habitualmente, su hermano se enrabietaba ante cualquier insinuación de que no podía arreglárselas solo. Pero en esta ocasión había aceptado la orden de su mentora sin rechistar.

—Y no os alejéis mucho del campamento —añadió Hojarasca Acuática.

—¡Leonino! ¿Te has enterado? —Melosa iba corriendo hacia él, con los ojos desorbitados—. ¡Va a haber una batalla!

El aprendiz corrió a su encuentro.

—¿Cuándo?

—El Clan del Viento va a atacar al Clan del Río ahora mismo —contestó Melosa sin resuello.

El joven pegó las orejas a la cabeza.

—¿Ha invadido el Clan del Río el territorio del Clan del Viento?

—No, pero el Clan del Río se ha llevado a tres cachorritas de su clan —respondió—. Y el Clan del Viento va a ir a recuperarlas. ¡Tenemos que estar preparados para luchar!

Leonino se puso tenso. En esos momentos, no había muchos cachorros en el Clan del Viento. ¿Podría tratarse de las mismas cachorritas que habían seguido a Zarpa Brecina hasta los túneles?

—¿Y están seguros de que se las ha llevado el Clan del Río?

—Al parecer, una de sus patrullas estaba cazando en el territorio del Clan del Viento cuando ellas han desaparecido.

—Pero… eso no tiene sentido. —A Leonino le daba vueltas la cabeza.

—¿A quién le importa si tiene sentido? —Melosa saltó a su alrededor—. En cualquier caso, habrá una batalla tremenda. Eso es lo que dice Hojarasca Acuática.

Acedera iba hacia ellos con los ojos ensombrecidos de inquietud.

—Tú siempre vas por delante de ti misma, Melosa —maulló.

—Tenemos que estar preparados —protestó la joven—. ¿Quién sabe qué hará luego el Clan del Viento?

Con el corazón desbocado, Leonino se apartó de las dos gatas. ¿Y si el Clan del Río no se había llevado a las tres pequeñas? Había otra forma de salir del páramo, una forma que los compañeros de clan de las gatitas no conocían. «¿Y si las cachorritas habían encontrado los túneles subterráneos?».

Pegó un salto cuando una voz sonó a sus espaldas.

—Deberías comer algo. —Zancudo estaba estirándose, flexionando los músculos—. Debes estar listo para la batalla en todo momento.

—Pero ¡el Clan del Viento va a luchar contra el Clan del Río, no contra nosotros!

—Podría pasar cualquier cosa —gruñó Zancudo—. El Clan del Río podría echar al Clan del Viento del páramo. Incluso es posible que el Clan del Viento decida acusarnos a nosotros de haberles arrebatado a sus cachorritas. Hojarasca Acuática le ha dicho a Estrella de Fuego que nuestro clan vecino está lo bastante desesperado como para hacer cualquier cosa.

Leonino se quedó de piedra. «¡Tengo que encontrar a las pequeñas! ¡Tengo que detener todo esto!». Pero ¿qué pasaba con su clan? Debería estar pensando únicamente en defenderlo. Debería ayudar a fortificar el campamento, como Nimbo Blanco y Carboncilla, o unirse a una patrulla para inspeccionar la frontera. No podía marcharse en busca de las gatitas. ¿Y si el Clan del Viento atacaba mientras él estaba fuera?

«¡La batalla será una oportunidad para demostrar que eres un auténtico guerrero! —le murmuró la voz de Estrella de Tigre al oído—. ¡Esas cachorritas no significan nada! Piensa en tu clan».

«Pero ¡estoy pensando en mi clan!». Leonino sacudió la cabeza, apagando la voz de Estrella de Tigre en su mente. Algunos gatos resultarían heridos. ¡Otros podrían incluso morir! Se estremeció al pensar en Zarpa Brecina atrapada en el fragor del combate. Si las gatitas solo se habían perdido en los túneles, habría una batalla por nada.

—¡Leonino! —Zarzoso iba hacia él—. Come algo y ayuda con los preparativos. Estrella de Fuego está organizando patrullas extra y hay que reforzar la barrera de espinos.

El joven miró a su padre; tenía el estómago revuelto.

—No tengo hambre —maulló.

—¿Estás asustado?

Leonino abrió la boca, buscando las palabras para explicarse.

—Es natural —continuó el lugarteniente, con voz más suave—. A mí solía preocuparme mucho que mis compañeros de clan resultaran heridos. Pero defender al clan forma parte del código guerrero; es para lo que todos

hemos entrenado. Sé que es duro, pero estamos haciendo lo correcto a los ojos del Clan Estelar. —Pasó la cola por el costado del aprendiz—. Tú tienes madera de gran guerrero, hijo, y yo estoy muy orgulloso de ti. Solo debes recordar lo que te han enseñado y mantenerte alerta.

—¿En serio tenemos que pelear?

—Si tu líder te lo ordena, entonces sí —murmuró Zarzoso—. Estrella de Fuego no conducirá a nadie a una batalla a menos que crea que es lo correcto.

«Pero ¡Estrella de Fuego no lo sabe todo!», pensó Leonino, sintiéndose repentinamente cansado. Ojalá no conociera la existencia de los túneles. En ese caso, podría hacer lo que le ordenaban sin cuestionárselo. Estaba abatido, pero miró a su padre y asintió.

—De acuerdo —maulló resignado, y se fue al montón de la carne fresca.

Le dieron náuseas las piezas apiladas allí. ¡Como si fuera un día normal y corriente!

—¿Por qué nosotros no podemos pelear? —protestó la vocecita de Albinilla desde el otro lado del claro.

—¡Yo no quiero esperar aquí a que el Clan del Viento venga a hacernos pedazos! —bufó Raposillo.

—Solo estorbaríais —les contestó Fronda muy seria. Les pasó la cola por encima, dirigiéndolos hacia la maternidad—. La mejor manera que tenéis de ayudar es quedaros escondidos en la guarida hasta que pase el peligro. El tiempo de luchar llegará para vosotros, pero no será en esta luna.

Leonino observó cómo Fronda obligaba a sus cachorros a cruzar la entrada de la maternidad. Pero no eran solo Albinilla y Raposillo quienes estaban en peligro. No podía permitir que sus compañeros de clan se vieran expuestos a una batalla, no cuando había algo que podía hacer al respecto. Entornando los ojos contra la lluvia, se separó del montón de la carne fresca y pasó ante la guarida de Hojarasca Acuática. Resbalando entre las goteantes zarzas, se abrió paso a través de la barrera del campamento. Se izó para alcanzar el primer repecho y, trepando de uno a otro, ascendió hasta lo alto de la hondonada, resollando por el esfuerzo.

Agazapándose en la hierba mojada por la lluvia, recuperó el aliento y se asomó para mirar hacia el campamento. Nadie lo había visto trepar por el muro rocoso. Sus compañeros de clan seguían atareados reforzando la barrera de espinos, reuniéndose en grupos para organizar patrullas, con el pelo erizado de excitación. El joven se dirigió sigilosamente hacia los árboles y luego corrió ladera abajo, encaminándose hacia el túnel de entrada.

De pronto, oyó voces detrás de una mata de helechos. Leonino se apretujó entre los goteantes tallos de la planta para ver quién estaba allí.

—Intenta seleccionar las hojas más carnosas… —estaba diciendo Glayino.

Carrasquera estaba sentada junto a él, arrancando hojas de una pequeña planta y amontonándolas sobre la tierra mojada.

Justo en ese momento, el aprendiz de curandero levantó la cabeza y olfateó el aire.

—¿Leonino?

Leonino se incorporó y salió de entre los helechos, sacudiéndose el agua del pelo.

—¿Qué haces aquí? —Los ojos verdes de Carrasquera centellearon, sorprendidos—. ¿Tenemos que regresar al campamento?

Su hermano negó con la cabeza.

—Creo que sé dónde están las gatitas del Clan del Viento —dijo atropelladamente.

Sonaron pisadas cerca de allí. Leonino volvió a esconderse en los helechos, agazapándose entre los tallos. Carrasquera y Glayino lo observaron pasmados y luego se miraron entre sí, mientras Espinardo y Candeal aparecían entre los árboles a la carrera.

—¡Será mejor que os deis prisa! —maulló Espinardo.

Leonino se agazapó todavía más cuando Carrasquera miró hacia las frondas con un destello de recelo en los ojos. ¿Sería capaz su hermana de delatarlo?

Candeal agitó la cola.

—¿Va todo bien?

—Sí —respondió Glayino con firmeza—. Solo tenemos que recoger unas cuantas hojas más y luego volveremos al campamento.

—Bien. —Espinardo asintió—. Nosotros nos vamos al risco; tenemos que comprobar si hay algún rastro del Clan del Viento. Quizá desde allí podamos ver si ya han atacado al Clan del Río.

De pronto, Candeal olfateó el aire.

—Huele como si Leonino hubiera estado aquí.

—Sí. —Glayino arrancó otra hoja de la planta de romaza que tenía delante —. Ha venido a decirnos que nos diéramos prisa.

—¿Ya ha vuelto al campamento? —preguntó Espinardo.

—Supongo.

—Está bien, no tardéis mucho —maulló Candeal, volviéndose hacia el helecho en el que se ocultaba Leonino.

El joven contuvo la respiración, esperando que su pelaje dorado no resaltara entre las verdes hojas.

—¡Vamos! —exclamó Espinardo, dirigiéndose hacia el risco.

Candeal giró en redondo y siguió al guerrero.

—¿Por qué, en el nombre del Clan Estelar, te has escondido? —quiso saber Carrasquera cuando su hermano salió del helecho.

—No tienen que saber lo que voy a hacer —susurró Leonino.

La cola de Glayino se agitaba nerviosamente.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—¿Y qué pasa con las cachorritas del Clan del Viento? —Carrasquera entrecerró los ojos.

Leonino respiró hondo.

—Debajo de nuestro territorio hay una red de túneles.

—¿Túneles? —A Glayino se le erizó el pelo.

—Sí. Y algunos llevan hasta el páramo, al territorio del Clan del Viento. Si uno quiere, puede ir hasta allí atravesándolos. Las cachorritas siguieron una vez a Zarpa Brecina hasta la entrada. Creo que tal vez podrían estar ahí dentro.

Carrasquera estaba mirándolo horrorizada.

—¡Has estado encontrándote con Zarpa Brecina! ¡Me dijiste que habías dejado de verla!

Leonino retrocedió. Su hermana estaba clavando las garras en la tierra, como controlándose para no arañarlo.

—¡Me mentiste a mí y mentiste a tus compañeros de clan! —le espetó la joven—. Siempre he creído que eras el más leal de todos nosotros. ¡Y ahora has traicionado a tu clan!

—¡No lo he traicionado! —exclamó Leonino—. Ya he dejado de reunirme con Zarpa Brecina. Solo estábamos jugando, pero entonces me di cuenta de que…

—¡De que un clan enemigo conoce una ruta secreta para entrar en nuestro territorio! —replicó Carrasquera—. ¿Ibas a contárselo a alguien o pensabas quedarte mirando mientras tu amiguita guiaba a sus compañeros de clan hasta nuestro campamento?

Leonino fulminó con la mirada a su hermana.

—¡Yo jamás habría permitido que eso pasara!

—Tranquilizaos. —Glayino se interpuso entre ambos—. Ahora ya está hecho. —Se volvió hacia Carrasquera—. Leonino no es el único que ha cometido errores en esta luna. Tú aún estás en un lío por intentar ayudar a Blimosa.

—Eso es distinto —gruñó la joven, pero lo dijo arañando el suelo.

—No hay tiempo para discutir. ¿Estás seguro de que las cachorritas están en los túneles, Leonino?

—No del todo, pero me parece el lugar más probable. —Miró con ansiedad a su hermana—. ¿Me ayudarás a buscarlas?

A Carrasquera le tembló la cola.

—Está bien. No quiero que el Clan del Viento ataque al Clan del Río; no cuando ya está tan cerca de solucionar su problema.

Leonino parpadeó.

—¿Qué quieres decir?

A Carrasquera se le erizó el pelo del lomo.

—Prometí no contarlo.

—¿A quién se lo prometiste? —quiso saber Glayino.

—A Blimosa y Estrella Leopardina.

—Pero nosotros somos hermanos. Debemos dejar de ocultarnos cosas entre nosotros. Las cosas no tendrían que ser así.

Los ojos de Carrasquera brillaron con incertidumbre.

—De acuerdo… —Respiró hondo—. Unos cachorros de los Dos Patas han estado amenazando el campamento del Clan del Río. Y ellos están intentando que el arroyo que lo rodea se vuelva más profundo y ancho para impedir que los Dos Patas lleguen hasta su campamento. Lo he visto con mis propios ojos. Les falta poco para terminar. Deberían regresar a su antigua isla campamento para la próxima Asamblea. —Le temblaban las patas—. Prometí no contarlo, pero ya no me parece bien. Todo ha salido mal.

—No, de eso nada. —Leonino levantó la barbilla—. Vamos a impedir la batalla.

—Pero ¿cómo? —maulló Carrasquera.

—Encontrando a las cachorritas.

Glayino se colocó junto a su hermano.

—¿Dónde están esos túneles? ¿Cómo entramos?

—Seguidme.

Leonino se dirigió a los árboles y echó a correr, mirando por encima del hombro para asegurarse de que sus hermanos lo seguían. Ellos iban

zigzagueando a sus espaldas y frenaron en seco sobre las resbaladizas hojas cuando Leonino llegó al final de la cuesta, donde comenzaba el túnel.

—¿Dónde está? —Carrasquera guiñó los ojos, mirando la extensión de zarzas que tenía ante ella.

Leonino señaló con la cola hacia la madriguera de conejos por la que Zarpa Brecina había desaparecido la primera vez.

—Ahí.

—¿Qué? —maulló la joven, sorprendida—. No me extraña que nadie haya reparado en él hasta ahora.

Glayino estaba olfateando el aire con la cola temblorosa, como si buscara algo.

Leonino frunció el entrecejo.

—¿Tú ya habías estado aquí? —le preguntó a su hermano.

—Creo que no —respondió, agitando las orejas.

¿Por qué parecía tan asustado? No había tiempo para preocuparse por eso. Leonino se metió debajo de las zarzas, retorciéndose para pasar por el estrecho corredor.

—Seguidme.

Se abrió paso entre los zarzales. Ahora era más fácil, después de todas sus visitas, aunque habían crecido una o dos ramas nuevas desde la última vez que estuvo allí; se agachó más cuando se le engancharon en las orejas. Glayino le pisaba los talones, rozándole la cola con la nariz.

—La entrada está aquí.

Leonino salió entre los arbustos y guio a Glayino hasta el agujero, en el lateral de la colina. Se detuvo ante él y captó el familiar olor a aire rancio que surgía del túnel.

Carrasquera apareció tras ellos y se quedó mirando la abertura, indecisa. La lluvia le goteaba por el pelaje y tenía la punta de las orejas adornada con una temblorosa gota de agua.

—¿Tenemos que entrar ahí?

Leonino asintió.

—¿Y qué pasa con la lluvia? —Glayino sonó receloso.

—Dentro del túnel no lloverá… —Leonino estaba confundido; ¿es que su hermano no se alegraba de librarse de la lluvia?

Glayino pegó las orejas a la cabeza y olisqueó la entrada.

—¿Alguna vez has estado ahí dentro mientras llovía? —preguntó con desconfianza.

—No. —Leonino estaba cada vez más impaciente. No tenían tiempo para ponerse a dudar—. Debemos encontrar a las cachorritas antes de que empiece la batalla.

Y, dicho eso, se metió en el túnel y comenzó a recorrerlo a toda prisa.

—¡Espera! —exclamó Carrasquera—. Está demasiado oscuro para ver adónde voy.

Leonino esperó mientras sus hermanos lo alcanzaban. Los dos se movían con mucha cautela; sus pasos sonaban irregulares sobre el suelo rocoso, pero seguro que Glayino podía ir por los túneles mucho más fácilmente que los demás, ¿no? Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a la oscuridad.

—Hay una cueva más adelante —los tranquilizó—. Tiene un agujero en el techo, así que allí habrá más luz.

Y siguió andando, ahora más despacio. Oyó cómo Glayino olfateaba el aire y también el roce de Carrasquera contra las paredes.

—¿De verdad que estos túneles llevan hasta el territorio del Clan del Viento? —La voz de la joven resonó escalofriantemente en la oscuridad—. ¿Tú has llegado hasta allí?

—No, nunca he pasado de la cueva —respondió Leonino.

Luego se quedó paralizado. Captó olores conocidos más adelante. «¡Clan del Viento!». ¿Es que Zarpa Brecina ya había guiado a una patrulla hasta los túneles?

El aliento de Glayino le agitó el pelo de una oreja.

—Sabes que hay gatos del Clan del Viento más adelante.

—Sí —suspiró Leonino.

—Quizá deberíamos regresar —susurró Carrasquera—. No queremos que el Clan del Viento sepa que conocemos este lugar. Eso echaría a perder nuestra ventaja.

—Probablemente ya lo saben.

Leonino sintió el corazón tan pesado como una piedra. Zarpa Brecina había revelado su secreto; no le sorprendería que también lo hubiera traicionado a él. La última vez que se vieron no había sido un encuentro muy cordial. Siguió hasta la tenue luz y entró en la gruta.

En la penumbra, distinguió apenas a Zarpa Brecina al otro lado del río.

Ventolino estaba caminando detrás de ella, olfateando todos los túneles.

—He perdido su rastro —maulló el aprendiz del Clan del Viento.

—¡Leonino! —Zarpa Brecina sonó sorprendida.

Ventolino giró en redondo, bufando, para encararse al recién llegado.

Zarpa Brecina miró nerviosa a su compañero de clan, antes de seguir hablando.

—¿Cómo es que conoces este lugar?

Leonino la comprendió al instante. La joven estaba fingiendo, no le había dicho nada a su compañero de que se había reunido allí con él. Era una estratagema sensata, pero se sintió mal al actuar como si fueran casi desconocidos, después de haber compartido tanto tiempo en aquel lugar.

—Lo encontré hace unos pocos días por casualidad —mintió, mientras Carrasquera y Glayino entraban en la cueva—. Estaba persiguiendo un conejo, así que me metí por un agujero y terminé aquí —añadió, lanzando una mirada de advertencia a su hermana.

Ventolino erizó el pelo.

—¿Estos túneles también llevan al territorio del Clan del Trueno?

—Yo no lo sabía —respondió Zarpa Brecina con los ojos dilatados—. Solo había llegado hasta esta cueva.

—¿Y qué estáis haciendo aquí vosotros tres? —quiso saber Ventolino.

Carrasquera se plantó delante de su hermano alzando la barbilla.

—Al oír que unas cachorritas vuestras se habían perdido, Leonino ha pensado que podrían estar aquí.

—¿Y cómo sabías que había otra entrada en el territorio del Clan del Viento? —preguntó Ventolino, flexionando las garras.

—Solo ha sido una suposición. —Leonino se encogió de hombros—. Hay muchísimos túneles. Por lo que yo sé, también podrían conducir al territorio del Clan de la Sombra.

Ventolino lo miró fijamente. El denso aire estaba cargado de desconfianza.

—¿Hay algún rastro de las gatitas en vuestro túnel?

—No —contestó Carrasquera con voz tensa.

—Nosotros hemos seguido su olor hasta aquí, pero ahora ha desaparecido —explicó Zarpa Brecina.

Glayino se había adelantado cautelosamente y estaba olisqueando el río. Su superficie, de costumbre lisa, estaba rizada, como agitada por el viento, y la oscura agua lamía las orillas, formando charcos en los huecos de las rocas.

—¿El agua siempre tiene este nivel? —preguntó.

—Solo después de haber llovido —respondió Zarpa Brecina.

—¿Y crees que sube más?

La aprendiza del Clan del Viento ladeó la cabeza, desconcertada.

—No lo sé.

Leonino sintió que ardía de vergüenza. ¿Por qué Glayino le daba tanta importancia a la lluvia? Él solo quería encontrar a las gatitas y salir de allí cuanto antes.

Ventolino dio vueltas alrededor de su compañera de clan.

—Estos intrusos pueden largarse por donde han venido —maulló—. Nosotros ya estamos buscando a las pequeñas, no necesitamos su ayuda. —Miró ceñudo a Leonino—. Además, ¿por qué os preocupáis por los cachorros del Clan del Viento?

—Va a haber una batalla por su causa, ¿o es que no te has enterado? —replicó Carrasquera sacudiendo la cola.

—¿Podemos dejar de hablar y comenzar la búsqueda? —soltó Zarpa Brecina, impaciente.

Ventolino le lanzó una mirada furibunda.

—Podríamos dejar que nos acompañen —maulló la joven atigrada—. ¿Cómo vamos a cargar con tres cachorritas nosotros solos? —Y, sin esperar su respuesta, se dirigió al túnel que tenía más cerca—. Tenemos que encontrarlas antes de que alguno de nuestros compañeros de clan resulte herido.

—¡Estoy de acuerdo! —Carrasquera salvó el río de un salto y se volvió a mirar a Glayino—. El cauce tiene unas dos colas de zorro de ancho —le informó.

El aprendiz de curandero se agazapó, preparándose para saltar. Leonino vio que le temblaban las patas. «¡Deja que lo haga!», se dijo a sí mismo, aunque se puso en tensión, listo para zambullirse en el revuelto río si era necesario. Su hermano, sin embargo, dio un salto altísimo y aterrizó a más de una cola del agua.

Mientras Leonino lo seguía, Zarpa Brecina salió del túnel en el que había estado olisqueando.

—No han pasado por aquí —anunció la joven.

Leonino se asomó con sigilo a otra de las oscuras aberturas. No captó ningún olor.

—¡Por aquí! —Glayino estaba agazapado delante de un pasaje estrecho, agitando los bigotes.

Carrasquera se acercó a él y examinó el suelo.

—¡Tienes razón! Aquí hay una huella.

Leonino se acercó a mirar. No cabía duda: en el suelo embarrado había una huella diminuta reciente.

—Han ido por aquí —maulló, buscando con la mirada los ojos azules de Zarpa Brecina, que centellearon de miedo.

—Ay, Leonino —susurró la aprendiza del Clan del Viento—. ¿Qué hemos hecho?

19

—Yo iré primero.

Glayino casi no se dio cuenta de que había dicho esas palabras en voz alta, hasta que Ventolino resopló con desdén:

—Pero ¡tú eres ciego!

—¡Y supongo que tú puedes ver perfectamente en la oscuridad! —espetó Carrasquera.

Ventolino erizó el pelo, pero no dijo nada más. Glayino se alegró, porque estaba a punto de girar en redondo y salir disparado por el túnel, de regreso al bosque, donde la lluvia caía sobre las hojas y la tierra y no se acumulaba en fríos túneles de piedra, arrastrando todo lo que había en su interior… Desde que había pisado el primer túnel, apenas podía pensar en nada más que en el sueño en que corría aterrorizado para salvar la vida, siguiendo a Hojas Caídas. En su mente se agolpaban las imágenes de aquel momento: el oscuro túnel, el rugido del agua, la impresión cuando la ola lo golpeó y se lo llevó como a una hoja atrapada en una tormenta, boqueando y descubriendo que lo único que había para respirar era agua. «¡No pienses en eso!». Por lo menos, esta vez no había destellos de luz que lo distrajeran; así podría concentrarse en sus instintos.

Leonino se apartó para dejarlo pasar. Al rozarlo, Glayino notó un gran alivio en su hermano. «Cree que yo lo haré mejor que él en la oscuridad. Espero que tenga razón». Una fría ráfaga de aire le dio de lleno en el hocico, haciendo que le temblaran los bigotes, pero la brisa arrastraba algo más, susurros que sentía, más que oía, fluyendo desde lo más profundo del túnel como la sangre por sus venas. El joven entró en el túnel, notando cómo la oscuridad lo engullía. Aquella no era la oscuridad a la que estaba acostumbrado. A pesar de su ceguera, en el bosque podía percibir la calidez del sol en la piel, los frescos aromas que perfumaban el aire, el viento que

susurraba entre las hojas… Pero aquella oscuridad era sofocante, mohosa y fría, le presionaba el cuerpo y le llenaba la nariz y la boca. No había otra cosa que oscuridad, tan espesa como un pelaje, blanda como el agua. Una oscuridad que parecía querer engullirlo.

La roca que pisaba estaba cubierta de un fino lodo, y los muros eran tan estrechos que le rozaban el pelo mientras avanzaba lentamente.

—¿No puedes ir más deprisa? —La voz de Ventolino era tan áspera como los muros.

—¡Chis!

Glayino intentó levantar una barrera entre él y el miedo que irradiaban los demás, y siguió adelante. Notó que la senda comenzaba a descender y que el pasaje se ensanchaba. Un aire frío le atravesó la piel cuando pasaron por debajo de una grieta en el techo. ¿De verdad era aquel el camino correcto? La corriente que barría el túnel como si fuera agua no llevaba ningún olor a felinos; solo olió el aire del bosque que se colaba por las fisuras del techo.

De pronto, alguien le rozó el costado.

Glayino se sulfuró.

—¡Soy yo quien va en cabeza, Ventolino! —Y le dio un empujón para apartarlo.

—¿De qué estás hablando? ¡Soy el último de la fila! —le espetó Ventolino desde el final de la cola.

Carrasquera tocó con la nariz la punta de la cola de su hermano.

—Aquí no hay nadie, Glayino —maulló.

Sorprendido, el aprendiz de curandero olfateó el aire. Un olor nuevo le llenó la lengua; no pertenecía a ningún clan, pero le resultó vagamente familiar. Volvió a saborear el aire y se le erizó el pelo de inquietud cuando el otro gato se apretó de nuevo contra él, acompasando sus pasos con los suyos.

—Caminaré contigo, amigo mío, como tú caminaste conmigo una vez —susurró una voz a su oído.

«¡Hojas Caídas!». A Glayino le dio un vuelco el corazón. El recuerdo de una enorme ola negra engulléndolo lo hizo frenar de golpe. Contuvo sus deseos de dar media vuelta y echar a correr, de regresar disparado a la cueva y al bosque, a la seguridad del cielo abierto.

—No podía dejar que caminaras solo por aquí, cuando tú caminaste a mi lado como un hermano.

Glayino parpadeó, intentando ver.

—¿Estoy soñando?

—No —susurró Hojas Caídas—. He venido a ayudarte. Sé dónde están las gatitas.

—¿Por qué nos hemos parado? —preguntó un malhumorado Ventolino desde su último puesto.

Carrasquera tocó la cola de Glayino con la nariz.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —contestó él, y luego bajó mucho la voz, musitando las palabras para que solo Hojas Caídas pudiera oírlo—: ¿Las has visto?

—Sé dónde están. —Hojas Caídas empujó a Glayino para que siguiera adelante—. Pero tenemos que darnos prisa.

Glayino se resistió.

—¿Por qué tendría que fiarme de ti, si no pudiste salir de estos túneles?

—No he dejado de recorrerlos desde entonces —murmuró Hojas Caídas con tristeza—. Ahora los conozco mejor que el páramo que se extiende sobre nosotros.

—¿De verdad has visto a las cachorritas?

—Están vivas, pero tienen frío. Debemos apresurarnos.

Allí abajo quizá no bastara solo con el instinto. Tocando el costado de Hojas Caídas con la cola, Glayino dejó que el gato lo guiara por un túnel que se desviaba hacia un lado y descendía abruptamente. El suelo rocoso estaba resbaladizo por la lluvia.

—¿Seguro que sabes adónde vas? —exclamó Ventolino.

—¿Todavía captas su rastro? —preguntó Leonino, nervioso.

—Han pasado por aquí —contestó Glayino.

Hojas Caídas viró de nuevo, empujando a su amigo hacia otro pasaje.

—¡Agáchate! —lo avisó.

Glayino bajó la cabeza justo a tiempo, colándose a través de una estrecha abertura.

—¡Agachaos! —advirtió a sus compañeros mientras se retorcía por debajo de la roca. El espacio se volvió cada vez más pequeño, hasta que el joven aprendiz terminó arrastrándose con la barriga pegada al suelo.

—¡Esto parece una vía sin salida! —resolló Carrasquera tras él.

—Se ensancha dentro de poco —le prometió Hojas Caídas a Glayino.

El aprendiz de curandero captó el dulce aroma del brezo y notó lluvia en la cara. Debía de haber un agujero en el techo cerca de allí. Se deslizó por el pasaje y se sintió aliviado al notar más espacio a su alrededor.

—¿Y ahora por dónde? —Zarpa Brecina salió detrás de los hermanos.

—Aquí hay tres túneles —señaló Leonino.

Glayino saboreó el aire, pero no había ni rastro de las cachorritas.

—Por aquí —susurró Hojas Caídas.

Al seguir a su amigo por uno de los túneles, Glayino notó que sus bigotes rozaban ambas paredes.

—¿Cómo sabes que vamos por el buen camino? —le preguntó Ventolino secamente, pero Glayino percibió el pánico que latía bajo su piel.

En realidad, todos los gatos irradiaban miedo, llenando la oscuridad con un pavor asfixiante que Glayino intentó bloquear.

—Puedo captar el olor de las pequeñas —mintió. No podía permitir que el miedo de los demás lo desbordara a él. «¡Escucha a Hojas Caídas!», se dijo.

El túnel serpenteó, giró hacia arriba y luego se ensanchó. A través de una grieta en lo alto, se filtraba aire. Todos se detuvieron detrás de Glayino.

—Ya sabía yo que esto era una vía sin salida —suspiró Zarpa Brecina.

Un peñasco bloqueaba el túnel más adelante. Glayino percibió su implacable presencia.

—Nunca podremos pasar al otro lado —maulló Ventolino.

La lluvia golpeaba en lo alto, goteando en el túnel por la grieta y resonando contra las rocas mientras Glayino olisqueaba la piedra mojada. La recorrió con la nariz, siguiendo su liso contorno hasta que tocó la pared del túnel. Entre esta y la roca había un estrecho espacio, demasiado pequeño para colarse a través de él.

—¿Y ahora qué? —espetó Ventolino—. ¿Crees que podrás guiarnos de vuelta? —le preguntó a Glayino, con un tono poco convencido—. ¿O es que nos has traído hasta aquí solo para enseñarnos este pedrusco? Déjame adivinar: es una piedra especial del Clan Estelar y va a decirnos dónde están las pequeñas…

—¡Cierra el pico! —le bufó Zarpa Brecina.

—¿Por qué? —gruñó Ventolino—. ¡Estamos perdidos bajo tierra! ¿Quieres que le dé las gracias a Glayino por eso?

—¡Chis! —ordenó Carrasquera de repente.

—¡Voy a seguir diciendo lo que me apetezca! —replicó el aprendiz del Clan del Viento—. Solo porque él sea tu hermano…

—¡Oigo algo! —exclamó Carrasquera.

—¿Qué es? —Leonino sintió un cosquilleo de emoción.

Glayino aguzó el oído.

Un gritito, apenas más sonoro que la lluvia.

«¿Las cachorritas?».

—¿Hay alguien ahí? —llamó.

El gritito se transformó en un maullido de alegría.

¡Estaban detrás del peñasco!

Hojas Caídas susurró al lado de Glayino:

—Te he dicho que te ayudaría a encontrarlas.

—¡Creo que puedo trepar hasta lo alto! —maulló Leonino.

Glayino oyó sus zarpas arañando la piedra mientras subía por la roca y un leve chapoteo cuando bajó por el otro lado.

—¡Están aquí! —El alegre maullido de Leonino resonó por todo el túnel.

Carrasquera, Zarpa Brecina y Ventolino corrieron a reunirse con él.

—¡Gracias al Clan Estelar que os hemos encontrado! —ronroneó Zarpa Brecina.

—¡No hemos podido subir otra vez a la piedra para volver! —le respondió una vocecilla asustada.

—¡Pensábamos que íbamos a quedarnos atrapadas aquí para siempre!

—Os llevaremos a casa —las tranquilizó Ventolino.

—Venga, Fosquilla —la animó Zarpa Brecina.

Unas diminutas zarpas arañaron la roca y un empapado bulto de pelo cayó resbalando patosamente a los pies de Glayino.

—¿Estás bien? —le preguntó el aprendiz. Cada vez llovía con mayor intensidad. Tenían que salir de allí cuanto antes.

—Estoy bien, pero…

La voz de Zarpa Brecina la interrumpió:

—Ahora te toca a ti, Cañeta.

Y otra gatita aterrizó blandamente junto a ellos. Glayino acercó la nariz a la recién llegada.

—¿Estás herida?

—No.

El joven atrajo a las dos con la cola, apretándose contra ellas para darles calor.

Ventolino saltó a su lado, sujetando a la tercera cachorrita por el pescuezo, y Glayino se puso tenso. La pequeña apenas respiraba y no se movió cuando Ventolino la depositó en el suelo.

—¡Cardina se ha quedado dormida y ahora no se despierta! —gimió Fosquilla.

Glayino empujó a las temblorosas hermanas hacia Ventolino y se agachó al lado del cuerpecillo mojado e inerte que yacía a sus pies. La gatita estaba fría y se estremecía con pequeñas convulsiones. El aprendiz de curandero comenzó a masajearle el cuerpo, frotándola para intentar que entrara en calor.

Zarpa Brecina volvió de detrás del peñasco.

—¿Cómo se encuentra Cardina?

—¡Ayuda a Ventolino a calentar a las otras dos! —le ordenó Glayino.

—¡Tenemos hambre! —exclamó Cañeta, apretujándose contra Zarpa Brecina.

—¡Os está bien empleado, por escaparos! —las riñó la aprendiza.

Sonó enfadada, pero Glayino notó cómo se le clavaba en la piel la temerosa mirada de la joven mientras él se encargaba de Cardina. La lluvia se colaba cada vez con más fuerza por el agujero del techo, y el limo se había transformado en un barro resbaladizo bajo sus zarpas. Frotó a Cardina con más ahínco. Tenía que sacarlos a todos de allí.

Leonino y Carrasquera saltaron de detrás de la roca.

—¿Sabéis salir de aquí? —preguntó Fosquilla temblando.

—Por supuesto que sí —aseguró Ventolino—. Hemos encontrado la forma de entrar, ¿no? Salir será más fácil todavía.

«No se cree lo que dice», pensó Glayino.

—Saldremos —maulló en voz baja, esperando que Hojas Caídas le diera ánimos, pero solo notó el temblor de la cola de su amigo contra el costado.

Cardina empezó a toser y a retorcerse bajo las zarpas del joven. Su cuerpo estaba entrando en calor. Intentó ponerse en pie.

—¡Nos habéis encontrado! —exclamó con voz estrangulada.

Carrasquera envolvió con su cuerpo a la temblorosa cachorrita.

—¿Pensabais que íbamos a dejaros en este lugar tan espantoso?

La pequeña se sorprendió.

—¡Tú eres del Clan del Trueno!

—Hemos ayudado a vuestros compañeros de clan a localizaros —le explicó la joven.

—Habéis causado muchos problemas —las riñó Ventolino, gruñendo.

Leonino deslizó la cola por el suelo.

—Podemos preocuparnos de eso cuando estemos fuera.

De pronto, el sonido de una fuerte corriente de aire llenó los túneles.

—Está lloviendo más fuerte —maulló Carrasquera.

—Eso no es la lluvia —murmuró Leonino—. Viene del interior de los túneles.

—¿Del interior? —chilló Cañeta.

—¿Qué es? —quiso saber Ventolino.

A Glayino se le revolvió el estómago. Él sabía perfectamente lo que significaba eso.

—El río se ha desbordado —maulló en un susurro.

Con el pelo erizado por la alarma, Leonino corrió al lado de su hermano.

—¿Cómo lo sabes?

Glayino cerró los ojos.

—He oído ese ruido antes. Los túneles van a inundarse.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó Leonino con una explosión de energía.

Fosquilla soltó un gritito cuando el aprendiz del Clan del Trueno la levantó por el pescuezo.

—Ventolino, Zarpa Brecina, agarrad a las otras dos —ordenó el joven por la comisura de la boca.

—Yo os guiaré —maulló Glayino.

Él los había llevado hasta allí; ahora tenía que sacarlos. Echó a correr por el túnel, volviendo sobre sus pasos. Los demás lo siguieron, rozando las paredes de piedra y resbalando tras él.

Hojas Caídas ajustó sus pasos a los de Glayino, siguiendo su ritmo.

—¡Tienes que llevarnos de vuelta a la cueva! —bufó Glayino.

—Lo haré —le prometió Hojas Caídas.

Las zancadas del joven gato no producían ningún sonido al correr sobre el suelo del pasaje, pero su piel ardía de miedo y su mente rememoraba recuerdos que se repetían en la cabeza de Glayino: patas agitándose en aguas cenagosas, luchando contra corrientes demasiado fuertes para dominarlas, su hocico boqueando para respirar y encontrando solo agua, incredulidad mientras el mundo se terminaba y la vida abandonaba su cuerpo. «¡Hojas Caídas está recordando cómo se ahogó!».

Glayino apretó el paso, agachándose justo a tiempo para pasar retorciéndose por el estrecho pasaje. Avanzó mientras el bajo techo le arañaba la columna, astillándose las garras contra la piedra. Tras conseguir salir penosamente al otro lado, esperó hasta oír que los demás lo seguían. Las cachorritas chillaron de miedo y dolor al ser arrastradas sobre la áspera roca.

—¡Ya casi estamos! —los animó Glayino.

Ahora el túnel iba hacia arriba y el agua le bañaba las patas. Un giro más y otro. Captó el olor del aire fresco. Cuando irrumpió en la cueva, la esperanza creció en su interior.

«¡Lo hemos conseguido!». Notó a Hojas Caídas temblando de alivio a su lado.

Delante de ellos, el río rugía.

Leonino apareció como un rayo a sus espaldas.

—¡Toma a Fosquilla! —le dijo a Glayino, lanzándole a la pequeña.

Glayino la agarró por el pescuezo.

—¿Qué está haciendo Leonino? —Carrasquera acababa de salir disparada del túnel, seguida de Zarpa Brecina y Ventolino.

Glayino oyó un chapoteo cuando su hermano se sumergió en el río; dejó a Fosquilla en el suelo.

—¡Leonino! —aulló. Aguzó el oído por encima del bramido del agua—. ¿Puedes ver algo? —le preguntó a Carrasquera.

—¡Está nadando!

—¡Está loco! —exclamó Ventolino sin aliento.

—¡Estoy bien! —respondió Leonino, escupiendo agua al salir esforzadamente por el extremo más alejado del río.

—¿Cómo vamos a cruzar a las cachorritas hasta ahí? —exclamó Zarpa Brecina.

—¡No serviría de nada! —respondió Leonino a voces—. ¡El túnel está taponado! —añadió con pánico en la voz—. La lluvia ha arrastrado tierra hasta la entrada. Hay demasiado barro para atravesarlo.

—¿Y nuestro túnel? —preguntó Zarpa Brecina.

Ventolino se alejó corriendo hacia la entrada mientras Leonino regresaba a través del río.

—¡También está bloqueado! —informó Ventolino desde el túnel del Clan del Viento—. ¡Han caído rocas del techo! Esto es como una cascada. ¡Nunca conseguiríamos subir a las pequeñas por aquí!

—¡Tenemos que intentarlo! —gritó Zarpa Brecina.

—No creo que haya bastante espacio en lo alto para pasar al otro lado —protestó Ventolino. El miedo lo volvía iracundo—. ¡Si una de las cachorritas cayera por las rocas, podría morir!

—¡Tiene que haber otra salida! —aulló Carrasquera.

Glayino se pegó a Hojas Caídas, intentando leerle el pensamiento, pero el costado del joven parecía estar desvaneciéndose, y Glayino lo atravesó con un estremecimiento.

—¿Hojas Caídas? —bufó.

—¡Lo lamento!

Culpabilidad y pesar pendieron en el aire como bruma. De repente, Glayino notó solo frío donde estaba el cuerpo de su amigo. Se sintió aterrorizado y el tiempo pareció detenerse. Por un instante, el aprendiz vislumbró un par de ojos verdes.

—¡Espera! —exclamó—. ¡Ven con nosotros!

Hojas Caídas parpadeó, con los ojos rebosantes de tristeza.

—Aún no ha llegado mi hora de partir —maulló débilmente, y luego desapareció.

«¡Otra vez no!».

—¿Vamos a morir? —La aterrada voz de Cañeta se elevó por encima del torrente.

A Glayino le dio vueltas la cabeza. Intentaba pensar en la forma de escapar de allí. El río seguía creciendo, y burbujeaba y espumeaba contra los muros de la caverna. Las partículas de agua salpicaban la cara del joven. Leonino se apretujó contra los demás, hasta que se quedaron apiñados en una estrecha franja de roca, con el agua lamiéndoles las patas.

«¡Ayúdanos!».

A Glayino le rugió la sangre en los oídos.

¿El Clan Estelar podría oírlo allí abajo?

De pronto, una luz plateada brilló en una esquina de su campo de visión, como la luna desplazándose despacio por un negro cielo forestal. Glayino levantó la cabeza y vio una cornisa rocosa cerca del techo de la gruta. Allí había un gato sentado. Era el gato de su sueño, el de las garras retorcidas, el pelo lleno de calvas y los ojos saltones y ciegos. El gato viejo que había enviado a Hojas Caídas a los túneles a morir.

El gato miró directamente a Glayino.

El joven sintió que la rabia crecía en su pecho. «¿Has venido a vernos morir también a nosotros?».

Una sombra rodó bajo las zarpas del gato. El viejo estaba empujando algo hacia el borde de la cornisa. Algo largo, suave y liso. A Glayino se le erizó el pelo. «¡El palo del lago!».

Sus marcas eran claras bajo la luz de la luna y, mientras Glayino las observaba, confundido, el gato levantó la pata y una garra temblorosa sobre una hilera de rayas. Cinco largas y tres cortas. Glayino soltó un grito estrangulado. «¡Esas rayas no estaban antes ahí!». Las había contado tantas veces que las conocía de memoria.

«¡Cinco guerreros y tres cachorros! ¡Se refieren a nosotros!».

Aturdido por el miedo, se quedó mirando al viejo gato a los ojos. «¿Vamos a morir aquí?».

El gato inclinó la cabeza para mirar el palo y, lentamente, bajó la garra para pasarla a través de las rayas. Con una oleada de esperanza, Glayino lo entendió.

«¡Vamos a sobrevivir!».

El viejo asintió.

Alguien le dio un manotazo en la oreja.

—¡Deja de mirar a la nada y ayúdanos a pensar! —gruñó Ventolino.

La visión desapareció y Glayino se sumió de nuevo en la oscuridad. Se volvió hacia los demás, con el pelo erizado por la emoción.

—¡Hay una forma de salir de aquí! —exclamó—. ¡La conozco!

—¿Y cuál es? —preguntó Leonino.

—No estoy seguro —admitió Glayino—. Dejadme pensar un momento.

—¡Pensar no moverá las rocas! —se angustió Zarpa Brecina—. ¡Estamos atrapados!

—Podríamos esperar a que la cueva se inunde y salir por el agujero del techo —sugirió Carrasquera.

—Es demasiado pequeño para escapar —gruñó Ventolino.

—¡Y las cachorritas podrían ahogarse! —señaló Zarpa Brecina.

Glayino sacudió la cabeza. Había algo rondando sus pensamientos, una idea que percibía levemente, sin poder alcanzarla del todo. «¡El palo!». Había estado en la gruta, pero él lo había encontrado en el lago… ¿Cómo había llegado hasta allí?

El agua chapoteó a sus pies. El aprendiz retrocedió y luego se quedó paralizado. Vio cómo el río subía hasta el palo, levantándolo, arrastrándolo… ¡Por supuesto! El río debía de desembocar en el lago.

—¡Tenemos que nadar! —exclamó.

—¿Nadar? ¿Adónde? —se asombró Leonino.

—El río termina en el lago. ¡Él nos llevará hasta allí!

—Pero ¡desaparece bajo tierra! —bufó Ventolino.

—¡Y desemboca en el lago! —insistió Glayino.

—Nosotros no somos del Clan del Río. ¡No sabemos nadar! —se lamentó Zarpa Brecina.

Leonino se pegó a Glayino.

—¿Eso funcionará de verdad?

—No hay otra salida.

—Si tú dices que debemos hacerlo, entonces tenemos que confiar en ti —maulló Carrasquera.

—¡Confiad vosotros! —gruñó Ventolino.

—Si no hacemos algo, ¡acabaremos ahogándonos todos! —gritó Zarpa Brecina.

Carrasquera amasó el suelo bajo sus zarpas.

—¡Vamos a intentarlo!

Fosquilla gritó de pavor.

—¡Yo no me meto en el agua!

—Nosotros os sujetaremos por la cola —le prometió Leonino—. No vamos a soltaros.

—¿Por la cola? —chilló Cardina.

—Si os agarramos por el pescuezo, tragaremos demasiada agua —les explicó Leonino—. Vosotras tendréis que mantener la cabeza fuera del agua moviendo las patas delanteras una y otra vez: así.

Y salpicó a todo el mundo mientras agitaba las patas en el aire, mostrando a las gatitas lo que tenían que hacer.

—Tengo miedo —susurró Zarpa Brecina.

—Todo irá bien. —Leonino se restregó contra la aprendiza del Clan del Viento. Glayino estaba lo bastante cerca como para oírlo susurrar—: El tiempo que hemos pasado juntos será algo que recordaré incluso cuando me reúna con el Clan Estelar.

Zarpa Brecina se estremeció.

—Allí no habrá fronteras entre nosotros.

Glayino parpadeó, sorprendido por la emoción que fluyó entre ambos jóvenes. Justo en ese momento, una luz centelleó en su visión y volvió a ver al viejo gato.

«¡Marchaos ya!».

Glayino pensó en todos los gatos que se habían aventurado en aquella gruta; su miedo y su esperanza parecieron susurrar a su alrededor. Las rayas en el palo habían marcado su destino. ¿De verdad las líneas predecían que los gatos de clan iban a sobrevivir? Tenía que creer que sí.

—¡Tenemos que irnos ya! —exclamó.

—Alineaos al borde del río —ordenó Carrasquera—. Leonino, tú llevarás a Cañeta, yo llevaré a Cardina, y Ventolino, a Fosquilla.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Zarpa Brecina.

—Sujétame la cola —maulló Glayino—. Nos ayudaremos el uno al otro.

—De acuerdo —accedió Zarpa Brecina, y el aprendiz notó cómo ella le agarraba delicadamente la punta de la cola con los dientes.

—¡Yo no voy!

Fosquilla chapoteó en la orilla al intentar salir corriendo y soltó un chillido cuando Ventolino la atrapó y la arrastró de vuelta con los demás.

—No te preocupes —la tranquilizó—. No voy a soltarte. Jamás dejaría que te ahogaras.

Fosquilla gimoteó, pero no intentó escaparse de nuevo.

—Vamos —maulló Leonino.

Glayino avanzó por el suelo cubierto de agua. Las patas le latieron de miedo al notar el empuje de la corriente.

—¿Listos? —preguntó Leonino.

—¡Sí! —respondió Carrasquera.

Glayino tensó el cuerpo.

—¡Saltad!

Y se lanzó al turbulento torrente. Zarpa Brecina le tiró de la cola cuando el agua la arrastró en un remolino río abajo. La corriente arrastró a Glayino al fondo y el joven se perdió en el sueño en el que volvía a ahogarse, asfixiado por las revueltas aguas, con los cuerpos de otros gatos flotando a su alrededor y un rugido en los oídos.

20

El agua silbó en los oídos de Carrasquera al perder de vista la pálida luz de la cueva. El río la arrastró al interior del túnel, tirando de ella hacia el fondo. Sus pulmones pedían aire a gritos. La aprendiza contuvo el impulso de tragar agua y mantuvo las mandíbulas bien cerradas alrededor de la cola de Cardina.

Notó el roce de la roca en las orejas y aire en la cara cuando la corriente la empujó de nuevo hacia arriba. Inspiró a toda prisa, antes de que el río volviera a engullirla.

Un cuerpo pasó junto al suyo y se alejó. Cardina se debatía, arañándole la nariz con sus afiladas garritas. Carrasquera reprimió el instinto de patalear; confiando en Glayino, dejó que la corriente la arrastrara, sintiendo cómo la roca le golpeaba los costados cuando el agua la lanzaba contra los laterales del túnel.

El rugido se tornó más sonoro, hasta que la joven creyó que iban a estallarle los oídos.

Luego llegó la paz.

El río la dejó ir y el ruido desapareció. Carrasquera se esforzó por ver algo a través de la oscuridad. ¿Aquello era luz? Puntos relucientes centelleaban en la distancia. ¿Era el Clan Estelar, que le daba la bienvenida?

La cabeza le dio vueltas y la oscuridad comenzó a invadirle la conciencia. Luchó por subir, buscando la superficie frenéticamente, suplicando no encontrarse con una roca encima de ella. Con un último esfuerzo desesperado, se impulsó hacia arriba y arriba… Parecía que el mundo estaba hecho de agua.

De repente, salió a la superficie del lago, sorprendida por el viento frío que le azotó la cara y le colmó los ojos y los oídos. ¡Lo habían conseguido! Jadeó y resolló, tomando una bocanada tras otra de un aire helado y maravilloso. Parpadeando contra el agua que se le metía en los ojos, vio que

los puntos eran estrellas que centelleaban a través de las nubes rotas por el viento. La tormenta se estaba alejando.

Cardina pataleó a su lado, luchando por mantener la cabeza fuera del agua. Carrasquera la sujetó con las patas delanteras, le soltó la cola y la agarró de nuevo por el pescuezo.

En cuanto la tuvo bien afianzada, comenzó a nadar con las patas traseras, levantando la cabeza. Se obligó a relajarse, dejando que el agua la sostuviera y moviendo las patas con un ritmo regular y firme que las mantuviera a ambas a flote. La cachorrita tosía y estornudaba, temblando contra su pecho.

Carrasquera inspeccionó la oscura superficie del lago, buscando a los demás. Sintió una gran alegría en lo más hondo al ver la dorada cabeza de Leonino a unas pocas colas de distancia. Cañeta iba aferrada a su lomo, con ojos resplandecientes en la oscuridad. Estallaron burbujas cerca del aprendiz y Ventolino emergió a su lado con Fosquilla en la boca.

¿Y Glayino? ¿Y Zarpa Brecina? Carrasquera intentó contener el pánico. ¿Lo habrían logrado también? Oyó un chapoteo a sus espaldas y se giró tan bruscamente que Cardina chilló por la sorpresa.

Su hermano y Zarpa Brecina iban agitando las patas uno al lado del otro, salpicando la superficie mientras se esforzaban por mantenerse a flote.

—¡Glayino! —llamó Carrasquera.

—¡Estamos bien! —exclamó Zarpa Brecina.

Carrasquera nadó hacia ellos impulsándose con las patas traseras y se asombró al descubrirse nadando como un miembro del Clan del Río.

—¡La orilla está por ahí!

Había visto que no se encontraba lejos y, al alcanzar a Glayino, lo empujó en esa dirección.

Zarpa Brecina se fue hacia Leonino. ¿Por qué la aprendiza del Clan del Viento no estaba intentando ayudar a su compañero de clan? Entonces Carrasquera se dio cuenta de que su hermano estaba dando manotazos en el agua y hundiendo la cabeza. Cuando el joven sacó la cabeza para respirar, Carrasquera vio que tenía los ojos desorbitados de pavor.

—¡Cañeta ha desaparecido! —aulló el aprendiz del Clan del Trueno.

Zarpa Brecina se sumergió. Carrasquera contuvo la respiración cuando vio que su hermano volvía a hundirse en el agua. ¿Acaso la corriente había arrastrado a la cachorrita al interminable y oscuro fondo del lago?

De pronto, la cabeza de Zarpa Brecina apareció en la superficie con Cañeta entre los dientes. La pequeña sacudía las patas desesperadamente. ¡Estaba viva!

Leonino emergió también y sus ojos se iluminaron al ver a la cachorrita. Nadó hasta Zarpa Brecina para agarrar la cola de Cañeta con la boca y juntos se dirigieron así a la orilla. Carrasquera nadaba al lado de Glayino, asegurándose de vez en cuando de que Ventolino podía arreglárselas solo. El aprendiz negro avanzaba por el agua sujetando a Fosquilla con los dientes y con los ojos clavados en la orilla.

A Carrasquera le ardían los músculos de agotamiento, pero no se atrevía a dejar de moverse. Con el pelo de Cardina tapándole la boca, cada respiración suponía un gran esfuerzo; aun así, mantuvo la vista fija en la orilla y siguió adelante. Por fin notó que sus patas rozaban los guijarros y, alargando una pata, tocó el fondo. «¡Gracias, Clan Estelar!».

Caminando ya hacia la orilla, dejó a Cardina en las aguas bajas y se detuvo un instante, jadeando para tratar de recuperar el aliento. Zarpa Brecina y Leonino ya estaban tirados en la playa, resoplando penosamente mientras Cañeta, agachada entre ambos, vomitaba agua sobre las piedrecillas.

Carrasquera oyó el entrechocar de los guijarros cuando Glayino salió a la orilla tras ella.

—¿Cómo sabías que el río subterráneo nos traería hasta el lago? —le preguntó a su hermano con voz estrangulada.

—Tenía… tenía sentido —respondió Glayino, escupiendo agua.

Se fue a la playa chapoteando y Cardina lo siguió dando traspiés.

A unas pocas colas de distancia, Ventolino estaba saliendo a la orilla esforzadamente. Fosquilla colgaba de sus mandíbulas, pataleando con brío para que la dejara en el suelo.

—¡Estamos todos a salvo! —exclamó Carrasquera sin aliento, y, resbalando sobre los guijarros mojados con patas temblorosas, se acercó a Zarpa Brecina y Leonino, que seguían tumbados en la orilla—. ¿Vosotros dos estáis bien?

Leonino levantó la cabeza.

—Solo medio ahogados.

Zarpa Brecina ronroneó. Luego tocó a Leonino con la punta de su empapada cola y se puso en pie.

—Será mejor que nos llevemos a las pequeñas de vuelta al campamento.

Carrasquera miró a su alrededor. La orilla estaba poblada de zarzales y helechos y, tras ellos, se extendía el oscuro bosque. Aquel era territorio del Clan del Trueno.

—Llevémoslas antes a ver a Hojarasca Acuática —sugirió—. Está más cerca y tenemos que asegurarnos de que se encuentran bien.

Cañeta seguía expulsando agua, y Cardina se había derrumbado al lado de su hermana y respiraba aceleradamente, aunque tenía los ojos bien abiertos.

—Carrasquera tiene razón —maulló Glayino, uniéndose al grupo—. Necesitan tratamiento para la conmoción.

Fosquilla corrió hacia ellos junto con Ventolino.

—¡Esto es lo más horrible que he hecho jamás! —exclamó la cachorrita, y se sacudió el agua del pelo.

—Pues espera a probar las medicinas de Hojarasca Acuática —la avisó Glayino.

—¿Hojarasca Acuática? —repitió Ventolino, con un brillo de recelo en los ojos.

—El campamento del Clan del Trueno está más cerca —le explicó Zarpa Brecina—. Las pequeñas necesitan recuperarse y recibir tratamiento.

Ventolino se quedó mirando a Fosquilla. Tenía sangre en las zonas en que las rocas le habían arañado la piel.

—De acuerdo —accedió.

Glayino plantó las orejas.

—Escuchad.

Alaridos amenazantes resonaron en el aire nocturno. Carrasquera se puso tensa al reconocer la voz de su padre, respondida por gruñidos de gatos del Clan del Viento.

—Vienen de la frontera del bosque —maulló Glayino.

¿Es que la desaparición de todos ellos había empeorado las cosas?

—¡Si no regresamos pronto, habrá una batalla! —exclamó Carrasquera sin aliento.

Leonino se levantó de un salto.

—Podemos enseñarles a las cachorritas. Si se enteran de que están sanas y salvas, ya no habrá por qué combatir.

—¿Nos vamos a la batalla? —A Fosquilla se le pusieron los ojos tan grandes como los de un búho.

—¡Yo puedo ayudar a luchar! —maulló Cañeta.

—Si llegamos allí deprisa, no habrá ninguna batalla —contestó Carrasquera. Cañeta no tenía la menor idea de que ella había contribuido a causar aquel problema y tampoco imaginaba que, si combatían, tendría que enfrentarse a algunos de los gatos que acababan de salvarla—. ¿Creéis que podréis seguirnos?

—¡Claro que sí! —Cardina sacudió la cola.

Glayino olfateó a una cachorrita tras otra.

—Necesitan hierbas… —maulló dubitativo. Pero luego alzó la barbilla—. Aunque eso puede esperar un poco.

—Caminar las ayudará a entrar en calor —señaló Zarpa Brecina.

Carrasquera inició la marcha subiendo por la orilla y se abrió paso entre los helechos, sujetando las frondas para que los demás pudieran pasar. Zarpa Brecina empujó delicadamente a Fosquilla cuesta arriba, mientras Ventolino seguía a Cardina, apretando el hocico contra su costado para que no trastabillara. Leonino alzó a Cañeta por el pescuezo y la llevó junto a Carrasquera. La aprendiza del Clan del Trueno soltó las hojas de los helechos en cuanto su hermano cruzó con la cachorrita. La pequeña se quedó mirando hacia las ramas de lo alto con los ojos desorbitados, como si jamás hubiera caminado debajo de los árboles.

—¿Qué está haciendo Glayino? —preguntó Leonino mirando a su hermano, que se había quedado en la orilla.

Carrasquera entornó los ojos. Glayino estaba agachado junto a un palo.

—Tú vete con los demás —le dijo a Leonino—. Nosotros enseguida os alcanzaremos. —Y, dicho eso, corrió hacia la playa—. ¿Te encuentras bien? —le preguntó a Glayino.

El aprendiz no pareció oírla. Estaba mirando fijamente aquel palo, con los ojos cerrados como cuando dormía. Carrasquera se le acercó más, sintiendo como si estuviera invadiendo su intimidad.

—Todos estamos sanos y salvos, tal como prometiste… —murmuró Glayino, con el hocico pegado a la lisa y pálida madera—. Gracias.

—¡Tenemos que irnos! —lo apremió su hermana.

Glayino no se movió.

—Ve con cuidado, Hojas Caídas —susurró—. Espero que algún día encuentres el camino de salida.

—¡Vamos, Glayino! —insistió Carrasquera.

Tenían que darse prisa. Los alaridos procedentes de la frontera eran cada vez más feroces.

El aprendiz de curandero levantó la cabeza.

—Ya voy.

Dejó atrás el palo y fue junto a su hermana.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada importante —contestó él, volviendo hacia ella sus ojos ciegos.

Carrasquera lo conocía lo bastante como para saber que sí era importante. A veces le gustaría comprender mejor a su hermano. Leonino era más sencillo. Su amistad con Zarpa Brecina había quebrantado el código guerrero,

pero no había ningún misterio en que a él le gustara aquella hermosa gata del Clan del Viento. Glayino, sin embargo, parecía estar guiado por manos invisibles, como si recorriera un mundo secreto del que ella jamás podría formar parte.

Alcanzaron a los demás. A Carrasquera le dolía el pecho y tenía las zarpas magulladas tras el recorrido por los túneles. Qué blando le resultó el suelo forestal después de tanta roca áspera. Ventolino iba muy deprisa y las cachorritas tenían que correr para seguirle el ritmo. Cardina tropezó con una raíz, pero Leonino la recogió de inmediato y ella no se quejó, colgando desmadejada de su boca y con los ojos vidriosos de agotamiento.

Cañeta resollaba penosamente.

—Puedo llevarte, si quieres —se ofreció Carrasquera, pero la pequeña negó con la cabeza, demasiado ahogada para hablar.

De repente, Fosquilla soltó un grito. Se le había enganchado una espina en el pelo. Glayino la liberó apartando la zarza con los dientes. A Carrasquera se le contrajo el estómago. Era cruel obligar a las gatitas a desplazarse tan rápido por el bosque, pero tenían que impedir la batalla.

—Ya casi hemos llegado —maulló.

El suelo descendió y Ventolino echó a correr. Cañeta y Fosquilla lo siguieron resbalando.

Un aullido furioso resonó por el bosque.

—¡Ya os he dicho que no tenemos a vuestras cachorritas!

Era la voz de Estrella de Fuego.

—Entonces, ¿dónde están? —replicó Estrella de Bigotes—. El Clan del Río jura que ellos tampoco las tienen. Pero deben de estar en algún sitio, y estamos dispuestos a cualquier cosa para encontrarlas.

—¡Poned una pata en este lado de la frontera y os despellejaremos!

Carrasquera trató de ver a sus compañeros de clan. A través de los árboles distinguió a Zarzoso encarándose a Perlada, que se encontraba en el lado del barranco del Clan del Viento. Estrella de Fuego estaba junto a su lugarteniente. Espinardo, Candeal, Zancudo y Bayino se erguían detrás de ellos con el pelo erizado y les plantaban cara a los gatos del Clan del Viento mostrando los colmillos con gruñidos amenazadores. Corvino Plumoso arañaba el suelo al lado de Estrella de Bigotes y Perlada, también con las garras desenvainadas, mientras Cárabo y Oreja Partida daban vueltas detrás de ellos.

Con el corazón desbocado, Carrasquera sobrepasó a las gatitas y corrió tras Ventolino. Las zarzas se sacudían tras la estela del aprendiz y golpearon a

la joven en el hocico. Carrasquera salió de entre la maleza justo a tiempo de ver cómo Ventolino salvaba el barranco de un salto.

—¡Deteneos! ¡Hemos encontrado a nuestras cachorritas! —aulló.

—¡No hay razón para pelear! —añadió Carrasquera, mirando angustiada por encima del hombro, deseando que los demás aparecieran tras ella.

—¿Dónde están? —quiso saber Estrella de Bigotes.

—Ya vienen —aseguró Carrasquera.

Los guerreros se quedaron mirando atónitos cómo la vegetación se estremecía, hasta que vieron aparecer a Zarpa Brecina, que empujaba con el hocico a Cañeta y Fosquilla. Las pequeñas se detuvieron tambaleándose y guiñando los ojos bajo la luz de la luna. Leonino salió de entre las zarzas, seguido de Glayino, que depositó delicadamente a Cardina junto a sus hermanas.

—Por el Clan Estelar, ¿dónde las habéis encontrado? —preguntó Estrella de Bigotes, con los ojos desorbitados.

A Leonino se le erizó el pelo del lomo. Miró a Zarpa Brecina de reojo y dio un paso al frente.

—Habían descubierto la manera de entrar… —empezó, pero Carrasquera lo interrumpió.

—Estaban en la orilla del lago —maulló—. Se habían construido un campamento para resguardarse de la lluvia.

¿De que serviría ahora desvelar el secreto de su hermano? Los túneles que se extendían entre ambos clanes estaban bloqueados y ya nadie podría cruzarlos. Cualquier ventaja táctica había desaparecido, así que hablar de eso solo metería en problemas a Leonino. Carrasquera miró a los demás, suplicando en silencio que le siguieran la corriente.

Zarpa Brecina asintió.

—Estaban justo al otro lado de la frontera del Clan del Trueno, abajo, en la playa. —Clavó los ojos en Ventolino—. Leonino, Carrasquera y Glayino nos han visto buscándolas y nos han llamado al captar su rastro.

—¡¿Qué rastro?! —exclamó Estrella de Bigotes—. Nosotros no hemos encontrado ni el más mínimo olor.

Ventolino parpadeó.

—La lluvia lo habrá eliminado —maulló.

Cautelosamente, Cañeta, Cardina y Fosquilla se acercaron a la frontera, arrastrando la cola con las orejas gachas, y se pararon al final del barranco.

—¿Por qué habéis abandonado el campamento sin permiso? —les gruñó Estrella de Bigotes desde el otro lado.

Cañeta levantó la cabeza.

—Estábamos explorando.

—¿Explorando? —repitió el líder del Clan del Viento—. Mientras os buscábamos, hemos estado a punto de combatir contra el Clan del Río y el Clan del Trueno.

—Lo sentimos —maulló Fosquilla, cabizbaja.

—No lo hemos pensado —añadió Cardina.

—Nos parecía divertido construir nuestro propio campamento en la orilla del lago —maulló Cañeta, lanzando una mirada pícara a Carrasquera. No tenía ni idea de lo importante que era que la existencia de los túneles permaneciese en secreto.

Leonino se acercó a la línea fronteriza.

—¿Dices que habéis estado a punto de combatir contra el Clan del Río? —le preguntó a Estrella de Bigotes.

A Carrasquera la recorrió un escalofrío de esperanza.

—Entonces, ¿todavía no ha habido ninguna batalla?

—Le hemos dado al Clan del Río hasta el alba para que nos devuelva a nuestras pequeñas. —El líder soltó un suspiro exasperado—. Pero parece que ahora tendremos que disculparnos por acusarlos falsamente.

—¿Disculparnos? —Oreja Partida sacudió la cola—. ¡No te olvides de que ellos traspasaron nuestra frontera!

—Los estaba persiguiendo un perro —le recordó Estrella de Bigotes.

—Eso es lo que dijeron la última vez —gruñó Corvino Plumoso.

—Yo mismo capté el olor del perro —espetó el líder—. Tenemos que confiar en lo que nos dicen nuestros ojos y nuestros oídos.

Corvino Plumoso se sulfuró.

—Pero aún podrían invadirnos…

Estrella de Bigotes entornó los ojos al mirarlo.

—O quizá regresen a su viejo campamento, como han prometido. Lo averiguaremos en la próxima Asamblea. Hasta entonces, patrullaremos nuestras fronteras como siempre. Y, si vemos a ese perro, le enseñaremos a no alejarse demasiado del cercado.

Carrasquera sintió que se le aflojaban las patas de alivio. La amenaza de la batalla había pasado. Las cachorritas del Clan del Viento estaban a salvo. Se dio cuenta de que Estrella de Fuego estaba mirándola.

—Parece que tenías razón, Carrasquera —maulló el líder del Clan del Trueno.

Ella bajó la cabeza.

—No se trataba de tener razón.

Zarzoso le pasó la cola por el lomo.

—Se te ve agotada. Deberíamos llevaros a todos a casa.

—Sí —coincidió Estrella de Bigotes. Cruzó la frontera de un salto y pasó a las gatitas, una tras otra, al otro lado—. Lamento mucho que nuestras pequeñas hayan causado tantos problemas.

—Nosotros también tenemos cachorros —contestó Estrella de Fuego, con un tono cálido—. Ya sabemos cómo es eso.

Oreja Partida soltó un resoplido, agarró a Cardina por el pescuezo, dio media vuelta bruscamente y se alejó entre los árboles. Cárabo levantó a Fosquilla, mientras Corvino Plumoso se ocupaba de Cañeta.

—¡Gracias por traernos de vuelta! —chilló Cañeta mientras se la llevaban.

Zarzoso lanzó una mirada a Glayino, que se había quedado junto a las zarzas.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —lo tranquilizó el joven, y comenzó a lavarse la cola.

Carrasquera parpadeó. ¿Acaso no le importaba que hubieran impedido una batalla? Era como si su misión hubiese terminado en el momento en que habían dejado atrás el lago.

—Será mejor que yo también me vaya. —Ventolino hizo una leve inclinación con la cabeza, mirando a Leonino y Carrasquera—. ¿Vienes? —le preguntó a Zarpa Brecina, que seguía en el lado de la frontera del Clan del Trueno.

—Enseguida —respondió ella.

Ventolino soltó un bufido y corrió tras sus compañeros de clan.

Zarpa Brecina se acercó a Leonino y entrelazó brevemente la cola con la de él.

—Gracias por ayudarnos.

Estrella de Fuego entornó los ojos y Carrasquera se puso tensa. Miró a su hermano, esperando su respuesta con un hormigueo en las zarpas. Se había evitado una batalla, pero ¿había otra todavía en el horizonte?

—Habríamos hecho lo mismo por cualquiera —maulló Leonino con indiferencia.

Los ojos de Zarpa Brecina destellaron de dolor.

—Vas a ser un gran guerrero, Leonino.

El joven aprendiz se quedó mirando cómo la gata del Clan del Viento saltaba el barranco y desaparecía en las sombras. Luego se volvió hacia Estrella de Fuego con rostro inexpresivo.

—¿Nos vamos a casa?

Estrella de Fuego asintió y guio a sus compañeros de clan hacia el campamento.

Carrasquera clavó las garras en la blanda tierra mojada. Leonino había aprendido la lección. El código guerrero era más importante que cualquier amistad. Era lo que guiaba sus pasos en todo, e impedía más batallas de las que iniciaba. Glayino podía permitirse poner a prueba los límites del código —él tenía su propia y misteriosa relación con el Clan Estelar—, pero ella y Leonino eran guerreros. Sin el código, no eran nada.

«Ya no soy aprendiza de curandera. No puedo ser amiga de Blimosa, no como antes. Obedecer el código guerrero es lo único que importa; así, los clanes estarán a salvo».

Con los músculos doloridos y las patas cansadas, siguió a sus compañeros de clan por el bosque. Aquella noche podría dormir profundamente.

21

A Leonino aún le dolían los músculos por la carrera a través de los túneles y el largo recorrido a nado hasta la orilla, pero ya no le apetecía seguir descansando en la guarida. Había dormido hasta mediodía, y Cenizo se había negado a llevarlo a entrenar hasta que hubiera dormido bien una noche más, pero le dolía tanto el corazón que no podía parar de moverse y revolver el seco musgo de su lecho. Al final, renunció a intentar ponerse cómodo y salió al bosque por la barrera de espinos.

—¿Necesitabas estirar las piernas?

La voz de Rivera sorprendió a Leonino, que había salido del campamento ensimismado en sus pensamientos. El sol vespertino relucía a través de los árboles a medida que iba descendiendo hacia el horizonte.

—Estoy harto de descansar —le dijo a la guerrera.

—Tienes mejor aspecto —maulló ella—. Anoche, parecía que hubieras ido hasta las montañas y regresado.

El joven se miró las patas.

—Nos costó bastante encontrar a las cachorritas.

—Pero lo conseguisteis —le recordó Rivera.

—Sí —murmuró, comenzando a ascender la ladera.

—¡Esperaré a que vuelvas! —exclamó la gata.

—No tardaré —prometió Leonino.

Zigzagueando lentamente entre los árboles, se encaminó hacia la entrada del túnel subterráneo. Al ver los zarzales que la protegían, sintió que el corazón se le encogía un poco más. Se retorció debajo de las espinosas ramas y subió la cuesta, hasta detenerse delante de la pequeña madriguera desde la que Zarpa Brecina lo había llamado una vez. Se la imaginó ahora, con sus ojos azules centelleando de emoción.

Nunca más volvería a verla así. Como una amiga. Como uno de los miembros del Clan Oscuro, con su propio territorio secreto. Él no podía tener todo eso y seguir siendo un guerrero leal al Clan del Trueno.

Cerró los ojos, imaginándose que aún podía captar el olor de la aprendiza en el túnel de entrada. Sabía que eso era imposible. Una avalancha de barro bloqueaba el camino, enterrando el final de la amistad más bonita que había conocido jamás.

—Adiós, Zarpa Brecina —susurró junto al túnel, deseando que el viento pudiera llevar sus palabras a través de la oscuridad, imaginándose a la joven aguardando en el otro extremo.

«En el Clan Estelar no habrá fronteras entre nosotros». Recordó el momento que ambos habían compartido en el túnel, cuando pensaban que iban a morir. La intensidad de ese instante aún latía en sus zarpas. ¿Cómo podía darle la espalda a su amistad?

Tenía que hacerlo.

Y ella también.

Cuando Leonino se encaminó a casa a través del bosque en penumbra, había una media luna suspendida en el cielo. El viento acariciaba la copa de los árboles y los helechos crujían levemente al ir desplegando poco a poco sus nuevas y brillantes hojas.

Un cuerpo rozó el costado de Leonino.

El joven pegó un salto con la cola erizada.

—Estamos orgullosos de ti. —La voz de Estrella de Tigre flotó en el aire.

Al girarse, Leonino vio la resplandeciente silueta del atigrado y el fulgor de sus ojos ámbar en la luz crepuscular.

Un segundo cuerpo le rozó el otro costado. Alcotán.

—Has tomado la decisión correcta —le dijo el guerrero atigrado oscuro, dándole un empujoncito con el hombro. Leonino se estremeció con su contacto fantasmal.

—He perdido a mi mejor amiga —murmuró—. Jamás pensé que pudiera sentirme tan vacío.

—La amistad no vale para nada —gruñó Estrella de Tigre—. Has aprendido una lección importante, una que yo no habría podido enseñarte nunca. Pero te enseñaré muchas otras cosas. Llegará el día en que serás tan poderoso que no necesitarás tener amigos. Y, cuando llegue ese día, te prometo que no te arrepentirás de haber escogido ser guerrero.

Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, *Los gatos guerreros*.